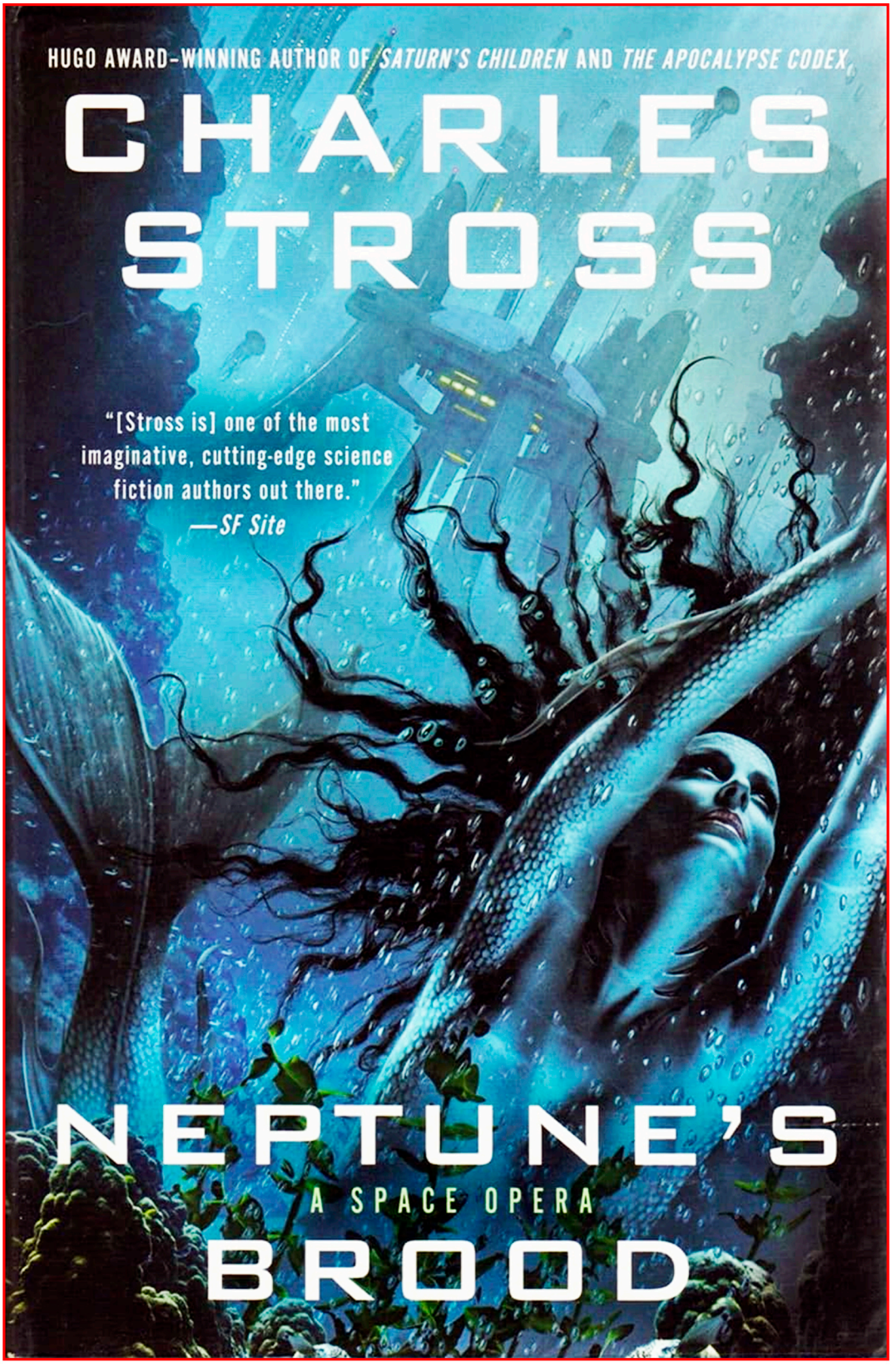

Charles Stross
LA
PROGENIE
DE NEPTUNO

En el año 7000 d.C. la especie humana se ha extinguido por cuarta vez debido a su frágil naturaleza. La trama sigue a la posthumana Krina Alizond–114, quien viaja al mundo acuático Shin–Tethys en busca de su hermana. En este mundo se desarrolla una sociedad anarquista, en las profundidades marinas, formada por grupos humanos modificados genéticamente.

El escenario de *La progenie de Neptuno* es la parte de la galaxia que ha sido colonizada con viajes más lentos que la luz. Gran parte de la trama gira en torno a la cuestión de financiar dicha colonización.

Dos mil años antes de que comience la trama principal, una colonia incipiente, la Atlántida, interrumpió el contacto con el resto de la humanidad sin previo aviso ni explicación, y dos intentos de contactar físicamente con ellos también fracasaron.

La novela se presenta como un extenso informe en primera persona de Krina Alizond–114, creada por la "incalculablemente rica" Sondra Alizond–1 para ser una erudita en historiografía de la práctica contable.


HUGO AWARD-WINNING AUTHOR OF SATURN'S CHILDREN AND THE APOCALYPSE CODEX
CHARLES STROSS
"[Stross is] one of the most imaginative, cutting-edge science fiction authors out there."
—SF Site
NEPTUNE'S
A SPACE OPERA
BROOD

Charles Stross

LA PROGENIE DE NEPTUNO

Una ópera espacial

Charles Stross

Título original: *Neptune's Brood. A Space Opera*

Primera edición: Julio de 2013

Portada original: Tony Mauro.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, empresas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Traducción y edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Primera parte: Llegada

I. Salida de la baliza
II. La Iglesia de los Frágiles
III. Reencarnaciones
IV. Visitantes
V. Identidades equivocadas
VI. ¡Secuestrada!
VII. Carmesí permanente
VIII. Costumbres locales

Interludio: Hace mil años

Segunda parte: El abismo

IX. Desarrollo detenido
X. Reincidencia
XI. Carga de profundidad
XII. Krina Descendiendo
XIII. Las Salas del Hades–4
XIV. Inimaginablemente rica
XV. Venganza fría
XVI. Carmesí permanente
XVII. Aniversario

Acerca del autor

Para todos, en todas partes, que alguna vez hayan mirado las estrellas y pensado: "Me pregunto si podríamos vivir allí"

¿Y qué hay del Grial, ese misterioso objeto que todos los caballeros andantes buscaban? Curiosamente, Richard Wagner, compositor de la ópera *Parsifal,* fue el primero en sugerir que el Grial era un símbolo inspirado en las nuevas formas de finanzas. Mientras que los héroes épicos de antaño buscaban y luchaban por montones de oro y plata reales y tangibles —el tesoro de los Nibelungos—, estos nuevos, nacidos de la nueva economía comercial, perseguían formas de valor puramente abstractas. Después de todo, nadie sabía con precisión qué era el Grial… Marc Shell incluso sugirió que lo mejor sería concebirlo como un cheque en blanco, la máxima abstracción financiera.

—David Graeber

En Deuda: Los primeros 5.000 años

Primera Parte

LLEGADA

Capítulo I

SALIDA DE LA BALIZA

«Puedo conseguirte un billete más barato si me dejas amputarte las piernas: incluso puedo quedarme con tus muslos como garantía», dijo el agente de viajes. Claramente se esforzaba por ser útil: «No es que las vayas a necesitar donde vas, ¿verdad?».

—¿Es posible encontrar un mejor precio reservándome en otra ruta? —pregunté—. Soy muy apegada a mis extremidades. (Un poco anticuada, así soy yo). —Además —añadí—, no tengo mucho dinero en efectivo.

El agente suspiró. Sus dos ojos eran hermosos: enormes fotorreceptores violetas que brillaban con un resplandor birrefringente. «Señorita Alizond. Krina. ¿Cómo puedo

decirlo? Eso podría ser un problema». Dudó solo un instante: «¿Tiene fondos a largo plazo? ¿Algo que pueda convertir...?»

Negué con la cabeza. «Llegué hace apenas diez días — perdón, un millón de segundos— y no he tenido tiempo de cobrar ninguna inversión. Necesito llegar a Shin–Tethys cuanto antes».

Parecía dolido. Era una señal de advertencia que reconocí enseguida: estaba a punto de decidir que yo era solo otra refugiada sin un céntimo, y en cualquier momento iba a cerrarme los ojos de golpe: *¿Por qué me haces perder el tiempo?* Yo mismo lo había hecho con la suficiente frecuencia como para reconocer los síntomas.

“Antes de emigrar, convertí todo lo que tenía en dinero de renta lenta, lo más viscoso posible”, dije apresuradamente.

Al menos no me dijo que me fuera de su oficina. Podía ver su codicia luchando contra su cinismo: *¿está delirando?* La codicia ganó por poco: "¿Todo lo que tienes está invertido en dinero lento? Entonces, ¿cómo has podido comer?".

«Mal». Finalmente se había salido de su papel, revelando una curiosidad irrelevante; esa era una oportunidad que podía aprovechar. Primero, el patetismo: «He estado durmiendo en bancos de parques y comiendo basura municipal para reducir mis gastos». (La materia prima de hidrocarburos crudos y sin procesar es repugnante, pero

gratuita: los buenos ciudadanos de Taj Beacon la proporcionan porque es más barato que emplear a la policía para apaciguar a la masa por la fuerza). «Los centavos que tengo no puedo permitirme cambiarlos rápidamente».

"¿Así que has apostado al alza? ¿Has apostado al alza hasta el final, todo bloqueado en dinero lento? ¿Ni siquiera unos pocos dólares medianos?" Sus ojos se abrieron ligeramente al oír la mención de centavos, en plural, lo que significaba que tenía toda su atención. *Te pillé.* Con un suave cambio de actitud, adoptó una deferencia untuosa: "Pero seguramente sabes que con tan solo una décima de centavo lento podrías pagar un mes en el palacio más lujoso de…"

"Sí, soy muy consciente de eso." Tenía mi oportunidad. Ahora entrecerré los ojos y reduje mi vulnerabilidad: quería que sintiera que le debería algo en el futuro, no que babeara sobre mi billetera en el presente. "No quiero vender mi alma todavía. De verdad que no. Lo que quiero es llegar a Shin–Tethys lo más rápido posible, usando solo dinero rápido, efectivo en mano. Quizás cuando termine mi trabajo y sea hora de volver a casa, pueda darme un capricho, alquilar un yate de lujo…"

—Oh. —Parecía abatido—. Bueno, no estoy seguro de que eso sea posible, Sra. Alizond. Verá, llega demasiado tarde.

"¿Eh?" Parecía completamente sincero. ¡Eso *no era* lo que quería oír! Lo que quería era que este estafador de poca

monta se esforzara por conseguirme un lugar tranquilo y discreto, con la esperanza de obtener una recompensa más adelante.

"Si hubieras encarnado hace apenas diez millones de segundos, ¡tendría camarotes para pasajeros hasta Shin–Tethys que me sobran por las orejas, sin vender! Pero ya hemos pasado la conjunción inferior, nos dirigimos hacia la superior, y no conseguirás una órbita de transferencia directa ni por todo el oro del mundo. Tu única opción es pagar por un delta uve[1] adicional, y eso cuesta dinero *de verdad.* Sin mencionar la enorme penalización por exceso de masa. Necesitarías alquilar una cápsula específicamente para…" Se interrumpió y volvió a mirar mis piernas, luego se quedó perplejo. "A menos que…" Miró su escritorio, garabateó con los dedos algunas preguntas a un amanuense invisible: "Disculpe, estaba buscando naves *de pasajeros.* Quizás podría organizar un viaje de trabajo para usted si tiene las habilidades adecuadas". Hizo una pausa de nuevo, su sincronización era perfecta. No pude evitar admirar su experta manipulación, incluso mientras la resentía. "Dijiste que venías de, ¿era Héctor? Allí tienen Frágiles, ¿no? Dime, ¿tendrías algún problema en trabajar con sacos de carne?"

1 Delta uve, [Δv] incremento de velocidad. [Todas las notas son del traductor]

—¿Carne? —No tuve que fingir sorpresa—. No lo creo… —Estaba a punto de revelar mi profesión, pero volvió a concentrarse en su ordenador, ignorándome.

"Hay una vacante para marinero en la bolsa de trabajo". En la que, por supuesto, lo incluyeron, para así ganarse su comisión como reclutador. "A ver…" Se refirió al ordenador de sobremesa sujeto a la pared junto a él. "Es a bordo de un vehículo religioso —una capilla— que va camino de Shin–Tethys. No es precisamente un transatlántico rápido, pero es mejor que una cápsula de carga de energía mínima. Hicieron escala aquí por algún problema técnico, y acaban de solucionarlo. Veamos… el requisito es mano de obra semi–o no cualificada, pero hay que poder trabajar en gravedad normal y, lo que es más importante, tener una constitución física tradicional, lo que excluye a mucha gente. Está condicionado a que convenzas al capitán de navegación de tu piedad", añadió a modo de advertencia. "No puedo ayudarte con eso. La entrevista depende totalmente de ti. Se supone que te proporcionarán capacitación en el trabajo. Serán cincuenta dólares, reembolsables si no consigues el puesto. Suponiendo que lo quieras y puedas pagarlo…"

«Sí, y puedo». Era más barato de lo que esperaba, y no tenía ningún problema con la idea de un pasaje de trabajo; me ayudaría a evitar el tedio de un vuelo de larga duración. *Retrasado por algún tipo de problema.* Su desgracia: mi ganancia.

Extendí la mano y la mostré, dejando que el brillo numinoso del dinero caliente iluminara los cromatóforos entre mis dedos. «¿Es la Iglesia de los Frágiles, verdad? ¿Fieles que cuidan la carne sagrada, evitando que se pudra mientras cumplen su misión hacia las estrellas?»

—Eso es lo que entiendo —asintió—. Eso, y las tareas de limpieza rutinarias. Puede que sean religiosos, pero son pragmáticos. Siempre y cuando no tengas inclinaciones heréticas… —dijo—.

“¡No, nada de eso!”. Arreglar carne: En todos nuestros años, no creo que nadie de mi linaje haya hecho jamás eso. Pero los mendigos no pueden darse el lujo de elegir, ni siquiera los eruditos mendicantes disfrazados de mendigos. Cerramos el trato con un apretón de manos, y su palma brilló roja, el candado de depósito pulsando rápidamente. “Me voy. ¿Podrías decirme adónde…?”.

—Por supuesto —dijo con una sonrisa, visiblemente satisfecho consigo mismo, y me dio las coordenadas—. Necesitas ir al Nodo Seis, Punto de Acoplamiento Delta. La Bendita Capilla de Nuestra Señora de la Santa Endonucleasa de Restricción está aparcada afuera, en cuarentena por la carne. Es normal en estas circunstancias, ¿sabes? Pregunta por el Diácono Dennett. Te estarán esperando.

* * *

Lo que desconocía

Tuve una acosadora

La mayoría de las personas son autónomas; dueñas de sí mismas, autodirigidas, conscientes. La gloria y la tragedia de la autonomía residen en que experimentan la alegría de la autoconciencia y el terror de la disolución final del yo en la inexistencia al final de la vida. Tú eres autónomo: yo también.

La acosadora no era autónomo. A pesar de tener apariencia humana y estar imbuido de recuerdos humanos, los nodos corticales de su cráneo no estaban configurados para generar un sentido de identidad. Quien lo envió creía que la consciencia era una desventaja y un obstáculo que podría impedirle cumplir su misión: darme caza y matarme.

La acosadora tenía información completa sobre mí, pero no sabía mucho sobre lo que hacía en el Sistema Dojima, aparte del hecho de mi llegada y las instrucciones para deshacerse de mí.

Más tarde supe que mi acosador se teletransportó a Taj Beacon apenas un millón de segundos después que yo. Ambos habíamos sido enviados más de una década antes, a través de la baliza en órbita alta alrededor de GJ 785: nuestros flujos de información cuántica se superpusieron durante meses mientras Taj Beacon almacenaba en búfer y verificaba sumas de comprobación, descifraba y

descomprimía, y finalmente descargaba dos flujos neuronales en chips de alma para su instalación en cuerpos recién construidos, pagados con el giro de dinero lento firmado y adjunto en el origen de nuestra transmisión. Desperté primero, mi nuevo cuerpo moldeado a una semejanza de mi fenotipo anterior por los metadatos de configuración adjuntos a la transmisión del alma. Completé los trámites de inmigración y salí de la sala de llegadas antes de que el asesino abriera los ojos.

Mientras estuve en Taj Beacon, desconocía su existencia.

Pero lo descubrí demasiado pronto.

* * *

La oficina de la agencia de viajes era una bolsa de tela sujeta a una de las vigas estructurales que sostenían el inmenso zoco en caída libre en el corazón de la zona común del Taj Beacon. Realmente odiaba el zoco; una vez que conseguí lo que buscaba, salí corriendo lo más rápido que pude.

Confieso que mentí al agente de viajes sobre mis bienes. Al llegar, casi lo primero que hice fue convertir con cautela un par de centavos en dinero rápido. Lo hice a regañadientes. El mejor tipo de cambio que encontré aquí era usurario: perdí el 92% del valor del tipo de cambio público, sin mencionar lo que me hubiera adelantado un familiar. Pero convertirlo con

liquidación total y definitiva a través del banco emisor me llevaría casi mil millones de segundos: no en vano se le llama dinero *lento.* De hecho, no estuve durmiendo en bancos de parques ni sobreviviendo a base de lodo de hidrocarburos crudos: pero no vi la necesidad de anunciar que tenía 7,02 dólares lentos firmados y sellados a mis chips espectrales, y otros 208,91 dólares medianos a mi alcance. Tanto dinero circulando sin vigilancia era una invitación a un asalto o algo peor.

Taj Beacon era y fue la principal puerta de entrada para el flujo de información y divisas que entraban y salían del Sistema Dojima. Alberga múltiples láseres de comunicación, apuntando a los sistemas estelares con los que Dojima comercia directamente. Como suele ocurrir, los habitantes de Taj Beacon tienen un gran interés en mantener un control absoluto sobre el comercio interestelar. Por consiguiente, conspiran para impedir que grupos rivales establezcan sus propios faros. Así, además de la élite de financieros y agentes que trabajaban en los bancos, casas de cambio y bolsas, los gerentes de operaciones e ingenieros que mantenían los láseres de comunicación interestelar, y los trabajadores habituales de cualquier hábitat en el espacio profundo, Taj alberga a numerosos usureros, estafadores, intermediarios laborales y traficantes de esclavos.

Viajaba sola y mi único contacto en todo el sistema había desaparecido; decir que estaba aislada sería quedarse corto. En esas circunstancias, llamar la atención ostentando mis

atributos me parecía una pésima idea. Por lo tanto, vivía con cautela, usando dinero anónimo para alquilar una pequeña habitación de obrero en una zona marginal y poco atractiva, fingiendo buscar empleo, intentando pasar desapercibida, y mientras tanto, buscando una salida de este pozo de perdición.

En cuanto al zoco: una combinación de la desorientadora falta de verticalidad local, la densidad de gente, los gritos de las ofertas, la mezcla de olores y el ruido electromagnético fluctuante se combinaban para hacerme sentir claustrofóbica cada vez que tenía que visitar un establecimiento allí. Pero lo que realmente me afectaba era la *publicidad.*

El zoco es un espacio público. A menos que pagues por un costoso filtro de privacidad, cada movimiento que haces es alimento para miles de motores de búsqueda conductuales, que te bombardean con estímulos y monitorean tus respuestas automáticas para generar anuncios cada vez más atractivos. Imágenes de deseo rebotan en superficies blancas solo para tus ojos, dedos táctiles fantasmales recorren tu piel, ofertas lascivas fantasmales resuenan directamente en tus oídos. *¿Nos estamos poniendo más calientes? ¿Más fríos? ¿Esto te hace sentir bien?* No quería llamar la atención sobre mí misma con un filtrado excesivo. Pero no estaba acostumbrada a la venta agresiva y descarada: mi vida anterior no me había preparado para ello, y los anuncios me hacían sentir amargada y enamorada, invadida y depravada por una lujuria fríamente mecánica por cualquier fetiche que

las máquinas del deseo les impusieran a sus víctimas en cada instante. La persistencia irracional con la que los bots publicitarios intentaban sacarles el dinero a sus objetivos era perturbadora. Aunque no llevaba mucho tiempo en Taj, ya había aprendido a odiar esa sensación. La angustiosa sensación de necesidad fluctuaba entre momentos mientras me movía de una celda oculta de persuasores a otra, dejándome vulnerable y sin amigos. *¿Aislada? ¿Sin amigos? ¿Deseosa de comidas lujosas o prostitutos dispuestos? Podemos atormentarte y excitarte hasta que pagues por la dulce liberación...*

Las estaciones baliza son los puntos neurálgicos del comercio interestelar, estratégicamente ubicadas para extraer valor del dinero lento de los insatisfechos y desesperados que transitan por la red. Taj Beacon es la peor que he visitado, posiblemente un vestigio de su fundación tras la gran depresión de la Atlántida, hace más de dos milenios: el resultado es un torbellino frenético de capitalismo dionisíaco presidido por una plutocracia codiciosa y despiadada, que hierve y se agita en los gélidos páramos al borde del sistema estelar. Todo porque la baliza se encontraba en el extremo troyano del gigante gaseoso más interno, entre el cinturón exterior y las colonias habitacionales y el sistema interior poblado que generaba el tráfico. Los fundadores de Taj estaban en el lugar y el momento adecuados, y tanto ellos como sus descendientes

lo interpretaron como una licencia *de facto para obtener beneficios.*

Sobrevivir al aluvión de anuncios con mi propósito intacto y mi cartera sin vaciar requirió autodisciplina y la voluntad de desconectar por completo mis nervios faciales y cromatóforos, y preferiblemente también mis ojos y oídos. Contar las características de los anuncios me ayudó a ignorar el contenido; llevaba la cuenta de los productos, las descripciones y las señales emocionales asociadas mientras seguía adelante con un tenue gesto de desafío. (Once anuncios, con un promedio de seis repeticiones por minuto, por si les interesa). Y, después de demasiado tiempo, logré escapar a los suburbios tranquilos y civilizados, y luego regresar a mi barato apartamento cápsula alquilado.

Llamarlo apartamento es, quizás, una exageración. Un cubo de casi treinta metros cúbicos, albergaba mi cama (un capullo azul sangre comprado en una tienda de segunda mano), un par de mudas de ropa adecuadas para diferentes contextos sociales, una retina de dos metros con una esquina rota que había rescatado de un centro de reciclaje y clavado en una pared para visualizaciones y entretenimiento, una maleta preparada por si tenía que irme con prisa, y una caja donde guardaba mi comida. Había visitado barrios marginales peores, pero no a menudo y nunca para vivir allí por elección propia.

Por otro lado, aquí no había nada que llamara la atención de mis vecinos. La mayoría de los demás residentes eran obreros o sirvientes contratados a tiempo parcial de diversa índole: pobres, pero lo suficientemente respetables como para no atraer la atención de la policía secreta. (No es que a la policía secreta le importara nada más que las amenazas directas de sedición o subversión que pudieran perjudicar la capacidad de sus empleadores para seguir recibiendo sus salarios. Si uno aceptaba el capitalismo, estaba casi con toda seguridad a salvo, salvo algún que otro caso desafortunado de confusión de identidad. Otra razón más para no quedarse aquí demasiado tiempo...).

Me dejé caer sobre la cama y saludé con la mano a la retina. "¿Hay correo?", pregunté sin mucho entusiasmo.

«¡Buen turno, Krina! Lo siento, hoy no hay nada nuevo para ti». Le había puesto un avatar, el rostro y los gestos de mi hermana Briony, pero dejé los ojos vacíos, para recordarme que no había nadie detrás. «Un comunicado de tu prima Andrea» —una hermana de otra generación— «se está almacenando en búfer y estará lista en dos mil segundos. El precio de la entrega es de treinta y dos rápidos. ¿Deseas aceptarlo?».

Maldije entre dientes, no a la retina, para que no lo malinterpretara. Pero los intermediarios que buscaban rentas y tenían el monopolio del comercio interestelar habrían sido un buen candidato para la pesadilla de mi vida si

no se hubieran convertido también en la fuente de mis ingresos (por una ironía cósmica que ya no me parecía ni remotamente graciosa). En este caso, el receptor oficial de la estación había decidido que el mensaje entrante de Andrea era demasiado extenso, o que el tipo de cambio desde que comenzó su transmisión (hace al menos doce años, suponiendo que todavía estuviera en casa) había fluctuado lo suficiente como para justificar el cobro de una tarifa adicional. En cualquier caso, ¿qué iba a hacer? Podía pagar la tarifa adicional o perderme el mensaje. Que podría ser algo tan banal como un " *te echamos de menos, vuelve a casa sana y salva pronto"* o tan importante como la noticia de que toda mi misión de varios años había sido en vano, que la propiedad perdida hacía mucho tiempo había sido recogida por un sindicato rival.

—Acepta y carga el importe a mi cuenta —dije en voz alta. Hice una pausa para actualizar mi hoja de gastos y miré con tristeza el menguante fondo de caja: hoy estaba resultando ser un día muy caro. —¿Ha habido alguna otra respuesta a mi búsqueda inicial? —le pregunté a la retina.

«¡No hay nuevas respuestas!», exclamé con una mueca. Había gastado otra buena suma de dinero rápido hacía una semana, comprando una búsqueda masiva —no solo en los sistemas de información pública de Taj Beacon, sino propagada por todo el sistema— para obtener noticias de Ana. Llevaba desaparecida más de cien días, desde poco después de que comenzara a descargar datos en los búferes

de la sala de llegadas; una coincidencia sospechosa, en mi opinión, dado que había vivido en la misma ciudad flotante de Shin–Tethys durante más de veinte años. «Tres respuestas archivadas. ¿Desea revisarlas?»

"No." Los tenía en la memoria: una pregunta ansiosa de una amiga de Ana, desconectada de la realidad (creo que una examante); una solicitud de entrevista de la policía local (sin duda preguntándose por qué una visitante de fuera del sistema estaba interesada en una persona desaparecida); y una agencia de cobro de deudas preguntando quién iba a pagar el alquiler de su cápsula. Era deprimente pensar en lo tenue que debía ser la huella que había dejado, que tan poca gente se interesara por su desaparición. (Como yo, de hecho. La soledad es nuestra única compañera fiable cuando buscamos monedas mágicas en el pozo del tiempo). "Descarga y archiva el paquete de Andrea en mi segunda ranura en cuanto esté disponible." Se me ocurrió una idea. "Transacción con el Sr. Hebert, agente de viajes: colocación de intercambio laboral. ¿Cuándo caduca?"

"¡Su oferta se cierra en cuatro mil cuatrocientos segundos! ¡La nave de colocación se prepara para zarpar!" Mi retina chirrió.

¿Qué? ¡El agente no me dijo que se iría tan pronto! Miré alrededor de mi cubículo presa de un pánico momentáneo, y entonces me di cuenta de que prácticamente no había nada aquí que no pudiera reemplazar fácilmente. Agarré mi

mochila de emergencia, que ya contenía una muda de ropa y una retina del tamaño de la palma de la mano: «En cuanto tengas el paquete de Andrea, mételo en mi chip de alma número dos y luego bórrate», le dije al rostro de ojos vacíos de mi hermana en la pared: «Me largo de aquí para siempre».

* * *

Una hora más tarde, llegué a un nodo de acoplamiento en una zona antigua de la estación. Todo era metal sucio y tratamientos anticorrosivos descascarillados, las luces parpadeaban y los conductos de ventilación aullaban lastimeramente tras paneles que vibraban. Gruesos conductos serpenteaban entre los nodos y a través de paredes, suelos y techos expuestos, sus cubiertas de papel ondeando con la brisa: extraños glóbulos gelatinosos colgaban temblorosos de tuberías con fugas, sus superficies empañadas y sucias de polvo y pelusa atrapados. Había una marcada falta de vida en este lugar, una sensación de que aquí los huesos del mundo se transparentaban a través de la piel.

Me encontré flotando en medio de una desolada encrucijada de seis caminos. Me tomó unos segundos recomponerme antes de dar el siguiente paso. En momentos como este, siempre he sido susceptible a un temor familiar y agotador. Estaba sola aquí; si Ana estaba muerta (como

parecía probable), yo era la única de mi especie en todo este sistema estelar, y mi generación en mi linaje no es una que se sienta cómoda trabajando en solitario. Soy una criatura de hábitos y una jugadora de equipo, por naturaleza. Había estado despierta y viva en Taj Beacon durante aproximadamente un millón de segundos: tiempo suficiente para desarrollar una rutina, incluso estando casi en la ruina en un mundo hostil y altamente competitivo. Y las rutinas son reconfortantes. Sería fácil dejar de moverme y quedarme aquí. Estaba dolorosamente, adormecida por el movimiento constante. A veces sentía como si llevara viajando, estudiando y buscando en secreto desde siempre, como si hubiera nacido para recorrer pasillos oscuros en estaciones de balizas por todo el espacio habitado, impulsada por alucinaciones y terrores nocturnos provenientes del lado oscuro de las cuentas. La oscuridad a mis espaldas se extendía, llena del terrible miedo de que yo y mis hermanos más cercanos hubiéramos sido víctimas de una broma macabra de proporciones monstruosas. O tal vez solo de un asesinato. Claramente, no había vuelta atrás, pero estaba harta de seguir adelante.

Hice un esfuerzo consciente de voluntad para volver a ponerme en marcha, recurriendo a las reservas de determinación que guardaba en el banco de Krina. Hacía tiempo que había antropomorfizado mis dudas habituales, convirtiéndolas en familiares (pues los únicos amigos con los que podía hablar eran imaginarios). *No Payoff At The End Of*

The Tunnel [No hay recompensa al final del túnel] se arrastraba tras de mí y me miraba la espalda con ojos apagados por el hambre. En *Too Deep* [Demasiado profundo] iba sobre mi hombro, encorvado y entrecerrando los ojos con recelo ante cualquier anomalía. *Moral Hazard* [El riesgo moral] volaba delante de mí con alas color hueso metálico, girando ocasionalmente la cabeza para burlarse de mí por encima del hombro. Hice todo lo posible por ignorarlos: estaban allí para el viaje, pero yo estaba decidida a trazar nuestro rumbo sin tener en cuenta las inseguridades. Así que me obligué a arrancar, zambulléndome de cabeza en el oscuro recoveco de la esclusa de aire conectada al nodo de acoplamiento que tenía encima, imaginándolos siguiéndome.

La esclusa de aire era un cilindro lúgubre sin salida aparente: solo un volante que sobresalía de una pared, unas barandillas y un letrero al final del pasillo, frente a la entrada, que decía: «ESTÁS SALIENDO DE LA ZONA PRESURIZADA». Me preparé y giré el volante. La entrada a la esclusa se estrechó a medida que el cilindro giraba a mi alrededor. Mientras la sólida pared curva se deslizaba por la entrada, comenzó un silbido lastimero: una malla de agujeros apareció ante mis ojos, ventilando hacia una trampa fría para recuperar los valiosos gases. Cuando sentí la caída de presión en mi sistema vascular, dejé de girar y esperé el silencio. Luego volví a girar el volante y seguí haciéndolo hasta que la esclusa finalmente giró lo suficiente como para mostrarme la

otra puerta, la que se abría a la inmutable oscuridad estrellada del espacio profundo.

Caminar por el espacio es peligroso, pero el equipo de amarre había tomado las precauciones necesarias: habían fijado no menos de tres cintas de colores brillantes a la barandilla exterior más allá de la esclusa de aire, que resplandecían alegremente bajo el resplandor de un portal incrustado en las estructuras de servicio subterráneas de la capilla, a unos veinte metros de distancia. Había un arnés y una polea sujetos a la cinta más cercana. Parpadeé para romper la película de hielo que se había formado sobre mis globos oculares, luego agarré el arnés y lo ajusté alrededor de mi cuerpo, pasándolo por la correa de mi mochila. Un minuto después caí de cabeza a través del aro violeta brillante de la esclusa de aire de la capilla. La luz provenía de esterilizadores ultravioleta. Sabía lo que eso significaba: al otro lado de esta esclusa de aire, había *carne.* Carne viva.

Capítulo II

LA IGLESIA DE LOS FRÁGILES

Mi nombre es Krina Alizond–114 y mi especie es metahumana.

Fui instanciada—nacida, en terminología natalista, si eres de los que se adhieren a las convenciones de los Frágiles— a bordo del hábitat migratorio Nueva California, en el año 912 de Nuestro Viaje. Yo era uno de un hexágono redondo de hijos recién bifurcados engendrados y criados por orden de nuestra antigua e incalculablemente rica madre de linaje, Sondra Alizond–1. Ella se había vuelto seria y demasiado «prisionera» por la costumbre y la convención con el paso de los siglos, y era muy consciente de ello: deseaba recuperar algo del ímpetu y la energía juvenil que habían impulsado su ascenso a la riqueza y el poder. Así que cada pocos siglos,

bifurcaba una progenie de jóvenes (en mi caso, dieciséis): copias inmaduras y editadas de su yo más joven, atadas a la servidumbre en el claustro del sótano de su casa de contabilidad hasta que pudiéramos pagar la deuda de nuestra creación.

La esclavitud infantil era la costumbre en Nueva California en el momento de nuestro nacimiento, pero no quisiera hacerles creer que fuimos cruelmente explotados. Sondra nos sometió a servidumbre de forma totalmente legal y con las más elevadas razones morales: al hacerlo, nos permitió saldar la considerable deuda de nuestra creación lo antes posible, sin sufrir las consecuencias de los intereses compuestos. De hecho, nuestra falta de personalidad jurídica nos brindó la plena protección del estatus, nada insignificante, de nuestra madre a una edad en la que la mayoría de los recién nacidos estarían luchando por sobrevivir. Nacimos para llevar grilletes de platino, como ella nunca se cansaba de recordarnos.

(Que te jodan a ti también, Madre.)

Aunque durante nuestros primeros años estuvimos confinados a nuestras estrechas celdas de piedra en el sótano de su castillo junto a la costa de la Bahía de las Lágrimas en el Mar de la Franja de nivel seis —y, en las raras ocasiones en que se nos concedía un permiso para disfrutar de los placeres de Saint Cruise, solo podíamos gestionar nuestros asuntos como extensiones de su personalidad jurídica— no fuimos

maltratados gravemente según los estándares de la nave en la que nacimos.

La esclavitud infantil como institución tiene una característica atenuante: una vez que alcanzas la mayoría de edad, ya no vives solo por la tolerancia de tu amo–creador; te conviertes en una persona jurídica, aunque todavía agobiada por la deuda de tu creación. Si logras mantenerte alejado de los problemas, seguir trabajando, ahorrar dinero y pagar la hipoteca de tu cuerpo, entonces en un abrir y cerrar de ojos —mil millones de segundos, treinta años si contamos el tiempo al estilo planetario— puedes escapar. (Incluso si no eres tan enérgico, puedes escapar de la servidumbre en caso de que se declare un Jubileo). Se requiere cierta paciencia fría y astucia —y la determinación de no provocar que la materia te aborte antes de que alcances la mayoría de edad— pero nueve de cada dieciséis de nosotros sobrevivimos a la infancia, y siete de nosotros finalmente nos liberamos.

Desde la primera mañana en que desperté inocente y confusa, preguntándome dónde estaba, Sondra me moldeó para que encajara en un plan que había trazado décadas (si no siglos) antes. Moldeó todo mi destino: la madre inclinó a Zoe hacia la estadística actuarial, giró a Lemiske hacia los derivados y convirtió a Briony (sin razón alguna que jamás comprendiera) al estudio de la biología clásica y a un nicho en el sacerdocio. Y cuando sus sirvientes me llevaron desde mi celda de parto hasta Control de Calidad, y luego a mi puesto de tutoría (donde me presentarían al temible Proctor Das), lo

hicieron para evaluar mi idoneidad para la carrera que ella había elegido para mí: pues yo, la única de mi generación, estaba destinada a convertirme en una estudiosa de la historiografía de las prácticas contables.

Lo cual, a través de numerosas digresiones, es la razón por la que me encuentro en este aprieto: flotando en la esclusa de aire de una iglesia, a punto de emprender un viaje a un planeta acuático en un sistema estelar muy alejado de mi lugar de nacimiento, para averiguar qué le sucedió a mi hermana Ana, descendiente de una generación anterior, y así recuperar un tesoro perdido y la buena voluntad de mis hermanas. Quienes probablemente ya se hayan olvidado de mi existencia, pues llevo casi treinta años en esta misión, sin que se vislumbre el final.

* * *

Me orienté en la esclusa de aire de la capilla, girando hasta que mis pies apuntaron en la misma dirección que las flechas que indicaban el suelo. Había una rueda, decorativa más que funcional: nueve radios con forma de huesos de brazos de Fragile, un borde con forma de manos osificadas unidas por alambre desde la punta de los dedos hasta la muñeca (dieciocho en total). La giré lentamente, absorbiendo la extrañeza de la arquitectura. El vestíbulo tras la esclusa de aire estaba decorado al estilo gótico antiguo: arcos de piedra

que descansaban sobre cariátides esqueléticas de Fragile, separadas por grabados (que ilustraban mitos del más allá de un pasado lejano) grabados en los paneles de la pared. Un pasamanos de metal espumado con textura de cuerda conducía más allá de aberturas con forma de fístula en la pared del túnel. Había un suelo plano tradicional, pero los túneles laterales parecían diseñados para una vida de microgravedad intermitente. Once velas tubulares huecas ardían de forma errática en candelabros montados sobre conductos de aire, prosperando en la corriente de aire forzada. Me sorprendió este último detalle: ¿llamas a bordo de una nave espacial? Pero al mirar con más atención, noté las capuchas ignífugas plegadas cerca. Podría pertenecer a una orden religiosa, pero al menos era una que se preocupaba por la seguridad: me pareció bien.

Algo crujió y traqueteó detrás de mí, un sonido seco y repiqueteante. Di vuelta, perdí el agarre en la barandilla y seguí girando, captando solo una breve impresión de algo o alguien que parecía vivo pero *no,* arrastrándose mano sobre mano marchita hacia mí. Mi pierna izquierda se contrajo, haciéndome rebotar de cabeza contra el techo con un destello de dolor repentino. La cosa–persona se acercó, revelándose como una repisa repiqueteante de palos barrocos calcificados. Después de unos segundos lo reconocí como un núcleo estructural frágil fallecido que había vuelto a la vida de forma inverosímil. El esqueleto vestía un traje

espacial flácido, guante, botas y sin casco: las vestiduras devocionales rituales de la Iglesia.

Solté un chillido involuntario cuando se agarró a la barandilla y se detuvo bruscamente con un crujido, girando su rostro huesudo hacia mí.

“Saludos, visitante.”

Los detalles empezaron a hacerse visibles: las pequeñas perlas de la cámara que brillaban con un resplandor negro desde el interior de las cuencas oculares sombrías, el altavoz zumbante encajado entre sus colmillos amarillentos, el brillo de los cables y actuadores en los huecos entre los huesos largos, que lo mantenían unido con una apariencia de vida animada.

—¿H–Hola? —pregunté.

“Descansa en paz. Eres Krina Alizond–114, creo. Soy el diácono Dennett. Por favor, sígueme a distancia.”

El esqueleto se apartó de mí y se adentró en la oscuridad, avanzando a trompicones por la cuerda anudada. Tras un instante de nerviosa indecisión, lo seguí. Al fin y al cabo, una entrevista de trabajo era una entrevista de trabajo, incluso una realizada por un espectro en las profundidades de un osario espacial.

Tras diez metros y medio, el esqueleto se detuvo para que yo lo alcanzara, y luego se desvió hacia un túnel que parecía la tráquea de un Frágil gigante de piedra. Tenía una sección transversal ovalada y estaba claramente diseñado en torno a un eje vertical, pero la verticalidad no contribuía a disipar la penumbra. Las paredes estaban salpicadas cada metro y medio de nichos, y dentro de cada uno flotaba otro cascarón momificado de Frágile en reposo final, sujeto por una red de finos alambres. Llevaban trajes espaciales, cuyas viseras abiertas enmarcaban sus cuencas oculares hundidas y sus mandíbulas que gritaban silenciosamente. Los huesos de sus manos se aferraban a modelos devocionales de la Santa Nave Estelar, el rosario de su fe. La desecación había encogido la piel alrededor de sus huesos, curvando sus extremidades en posturas de oración y arqueando sus espinas dorsales. Era inquietantemente parecido a estar rodeado de cadáveres de *personas reales;* solo las pequeñas diferencias atestiguaban que no se trataba de personas reales, sino de nuestros antepasados humanos Frágiles. Era una (tuve que pensar unos segundos antes de que la palabra surgiera en mi memoria) *catacumba;* ¡no era para nada lo que esperaba!

Tras pasar el vigésimo segundo esqueleto, mi guía me condujo a otro túnel. Este era corto y estrecho (revestido con huesos de piernas y brazos apilados y cuidadosamente sujetos con alambre de cobre), y al final salimos a un compartimento de paredes metálicas de lo más común, como los que se encuentran en cualquier otra nave espacial. «Ya

casi llegamos», me aseguró la voz del diácono mientras su esqueleto motorizado abría una escotilla. «¡Aquí está! Entra». Esta vez, la voz del otro lado de la abertura era claramente humana.

El guía esquelético se hizo a un lado mientras yo entraba flotando. Casi esperaba encontrarme con más penumbra, pero en cambio me encontré en el interior de una esfera acolchada con tela, adornada con muebles funcionales, aunque minimalistas, apropiados para una vida de contemplación (un capullo para dormir, un escritorio, una urna para materia prima), todo ello en alegres colores primarios. La única excepción era la persona detrás del escritorio, que había optado por envolverse en la túnica negra y con capucha de una representación prehistórica de la Muerte encarnada.

Mi anfitrión se echó la capucha hacia atrás. «Soy el diácono Dennett. Espero que el viaje hasta aquí no le haya molestado». Su sonrisa era amanerada y algo fingida.

“Esto es una iglesia.” Me encogí de hombros. “Confieso, sin embargo, que no esperaba tantos…” Dudé en decir *cadáveres.*

El diácono parecía ser un varón completamente andrógino, posiblemente hasta el punto de estar equipado con los periféricos de acoplamiento necesarios para un seguidor del placer sagrado. (Su túnica, afortunadamente, ocultaba

cualquier detalle tan desagradable). Lo que pude ver de él sugería que su cuerpo era casi tan delgado como el de sus silenciosos protegidos; era casi esquelético. Pero mientras que ellos eran claramente Frágiles y estaban muertos, salvo por algunos cables y motores, él era claramente Post y estaba vivo. Su piel era negra como la noche, sus ojos de un azul zafiro intenso que hacía juego con su pelo corto, y grandes, como correspondía a un cuerpo adaptado a la vida en las profundidades abisales del espacio. Mostraba pocos otros signos evidentes de modificación fenotípica que lo alejaran de la base humana Frágile arcaica. «El esqueleto... ¿puedo preguntar para qué lo usa?», pregunté.

—Tuvimos algunos, ah, problemas. —El diácono juntó las manos. Tenía dedos largos—. Teníamos muchas levas y motores de repuesto, pero no suficientes personas para atender todas las tareas, así que el padre Gould —nuestro ingeniero–artesano— improvisó algunos controles remotos. Pero eso no importa. ¿Tiene usted mucha experiencia atendiendo las necesidades de los Frágiles? —preguntó. Su voz era suave y ligeramente ronca.

“Me temo que no, no exactamente. Pero he estado en Héctor. Allí tienen Frágiles: incluso conozco —o conocía— a algunos en el ámbito social. Estoy dispuesta a aprender.”

“Mmm–hmm.” Me miró fijamente, con el rostro inexpresivo. “Supongo que quieres marchar hasta Shin–Tethys.”

"Sí."

Otra mirada inquietante. "¿Qué opinas de lo que has visto de nuestra capilla?"

“Es muy, eh… pintoresco”, intenté decir. “Muy bien mantenido y limpio, y totalmente, eh, enfocado en satisfacer las necesidades de los, eh... eh... pasajeros...”. Me quedé sin palabras y me obligué a callar.

—Están todos muertos, ¿sabes? —Dennett separó las manos brevemente y luego entrelazó los dedos. Me recordaron a la rueda esculpida de una esclusa de aire: largas y huesudas—. *Todos* ellos.

“¡Oh no! ¿Se supone que deben estarlo?”

«Contemplad el camino y la mortificación de la carne». El diácono suspiró profundamente. «No, no deben. Mantener viva la frágil chispa de la vida en la oscuridad infinita es más difícil de lo que imaginas. Nos fue muy bien durante los primeros ciento sesenta años después de que la Catedral nos dejara: los tanques de suspensión funcionaron de maravilla, la Madre Grávida dio crías nuevas con precisión para reemplazar a las que murieron por cáncer y daños por radiación, y la misión iba bien, hasta el desafortunado incidente con el micrometeorito y el tanque de trifluoruro de cloro. Los Frágiles no están hechos para soportar la exposición al ácido fluorhídrico caliente y al vacío absoluto,

Sra. Alizond; fue una tragedia. Una tragedia completa, absoluta y total». Se retorció las manos.

“¿Pero aún así te diriges hacia Shin–Tethys?”, pregunté.

“Es nuestro deber divinamente ordenado difundir la Frágil Humanidad a todos los planetas, para que los hijos de Adán puedan encontrar finalmente su nuevo Edén y prosperar en él. Tras el accidente, me desvié a Taj Beacon para que pudiéramos usar su línea directa y solicitar orientación a la Catedral. Es penitencia del arzobispo que entreguemos los restos mortales de nuestros pasajeros a un entierro acuático, cumpliendo así nuestra misión. Ya se ha embarcado nueva semilla de la bóveda de la estación baliza, la Madre Grávida se ha recuperado en gran medida de su crisis nerviosa, y en su debido momento la fecundaremos y reiniciaremos el proyecto…”.

Hizo una pausa y me miró fijamente a los ojos, buscando alguna señal de comprensión. "¿Nos ayudarás?"

—Yo... —abrí la boca de asombro por un instante —bueno, tengo asuntos que atender en Shin–Tethys... —*mejor no ser específica* —pero con gusto trabajaría mi pasaje, lo mejor que pueda, por supuesto... —se me ocurrió una idea —pero supongo que tenías una tripulación completa cuando zarpaste, ¿no? ¿Qué les pasó? ¿Por qué buscas a alguien más?

—Fue el accidente —dijo el diácono, sacudiendo la cabeza lentamente—. No solo mató a nuestros frágiles protegidos; todos los que estaban en la capilla en ese momento resultaron heridos o muertos. La sacerdotisa a cargo de nuestra misión, Lady Cybelle, ¡murió quemada viva! También nuestro ingeniero mecánico, nuestro médico y el director del coro, ¡todos calcinados hasta la médula! Otros dos, hermanos de mi linaje, murieron reparando la fuga de radiación tras la fusión nuclear. Recuperamos sus chips de alma, por supuesto, pero estaban en condiciones dudosas… y hubo otros daños. La Madre Grávida quedó traumatizada, y el Padre Gould, nuestro artífice–ingeniero, está sobrecargado de trabajo. Esta no es una misión numerosa. Éramos pocos desde el principio. No debería sorprender que la fe de algunos de los supervivientes se viera gravemente afectada: tres han optado por quedarse en Taj…

"¿Así que les falta personal? ¿Qué tan grave *es* la situación? ¿Quién queda?"

Dennett parecía incómodo. «¡Solo yo! Bueno, soy el único oficial de línea completamente operativo. Cook y la Madre Grávida decidieron perseverar, tras ser persuadidos, al igual que algunos de los mechas [mecánicos] de mantenimiento y el Padre Gould. Y nuestra suma sacerdotisa, Lady Cybelle, se está regenerando y volverá a ser ella misma algún tiempo después de la partida. Pero soy el único oficial ordenado de la Iglesia actualmente operativo. Sin embargo, no estoy solo. ¡Llevo los chips de alma de mis dos hermanos! Solo necesito

un par de cerebros de repuesto de vez en cuando para ayudar a gestionar los controles remotos. Nosotros... él... yo no puedo dividir mi atención demasiado. El Padre Gould está manejando ocho controles remotos simultáneamente y apenas puede funcionar. Por eso necesitamos más manos».

La situación se estaba aclarando, y no era nada buena. La Iglesia de los Frágiles tenía la misión de esparcir la semilla de nuestra especie ancestral por las estrellas. Hace algún tiempo, hace un par de siglos, una de sus catedrales interestelares itinerantes pasó a un año luz del Sistema Dojima. En consecuencia, una pequeña capilla fue arrojada al mar, tripulada por un ministerio de voluntarios, que transportaba una pequeña carga de Frágiles y una incubadora para fabricar reemplazos. Los ancestros solo saben lo que pretendían hacer al llegar a Shin–Tethys, pero en algún momento durante la larga maniobra de desaceleración, la capilla fue alcanzada por un micrometeorito, lo que causó graves daños a su integridad estructural. (Daños que involucraron sustancias corrosivas y la fusión del reactor).

“Así que necesitas gente que pueda encargarse de tareas sencillas sin supervisión.” Me relamí los labios. “Pero eres el único oficial que queda, ¿no? ¿La única persona que sabe cómo manejar la capilla? ¿Acaso eso no pone en riesgo el vehículo si te pasara algo?”

—¡No! —respondió con cierta rapidez—. La sacerdotisa… como ya dije, recuperamos sus chips de alma. En Taj Beacon,

compramos todas las partes necesarias para un nuevo cuerpo, desde el chasis estructural hasta el techné. Ahora yace en la cripta, integrando nueva carne a sus huesos mientras su chip de alma se descomprime en su nuevo cerebro. Como ya dije, se está regenerando.

Pero ¿no acabas de decir que los chips del alma estaban dañados? Me guardé ese pensamiento. En el mejor de los casos, la sacerdotisa despertaría en uno o dos meses y tendríamos a un adulto responsable al mando. La Iglesia no confiaría una misión planetaria a un incompetente, ni a alguien de quien quisieran deshacerse, ¿verdad? Pero en el peor de los casos, lo que despertara podría tener unos cuantos millones de mecanoneuronas menos de las necesarias. Eso aclaró mi postura: de cuestionable a temeraria en un instante.

Me crucé de brazos a la defensiva. —¿Entonces, te lo resumo? Necesitas ayuda para las tareas fáciles mientras llevas la capilla volando hacia Shin–Tethys, o hasta que la sacerdotisa despierte. Una vez que llegues a Shin–Tethys, te conectarás con el puerto y entregarás los restos de tus protegidos. —Se estremeció ante esa última descripción—. ¿Y no tendrás ningún problema con que deje de trabajar para ti en ese momento? —Volvió a estremecerse—. ¿En serio? ¿Qué hay del sueldo y las condiciones laborales?

Asintió levemente y luego se incorporó de golpe, como si se hubiera dado cuenta de que se estaba quedando dormido.

(¿Cuánto tiempo llevaba despierto, si lo hacía todo él solo?) «La paga será de diez dólares al día», anunció alegremente, «¡a pagar a la llegada! Además de la comida y el alimento, y la cobertura médica que podamos proporcionar. ¿Le parece bien?»

«Vaya. Normalmente lo sería, pero esta capilla ha sufrido daños, ¿no? ¿Mencionaste un colapso? Y un médico muerto. Si necesito atención médica que no puedas cubrir, ¿te comprometerás a pagar mi tratamiento a mi llegada? ¿Incluso un nuevo cuerpo, si logras destruir este? Porque es el único cuerpo que tengo, y…»

Dennett se estremeció. «Creo que… sí, deberíamos poder cubrir eso». ¿*Podemos?* Ahora estaba discutiendo con sus hermanos de enchufe. ¡Justo lo que necesitaba!

“Y quiero una garantía de que se me permitirá desembarcar cuando lleguemos a Shin–Tethys. Shin–Tethys es mi destino final. Estoy firmando un contrato de trabajo, no un alojamiento permanente. ¿Entendido?”

Por un momento pensé que lo había provocado demasiado. El lado izquierdo de su rostro se hinchó y se irguió, las puntas de sus cromatóforos ardieron repentinamente de un rojo carmesí: «¡Este es un vehículo de culto, no una nave de esclavos, señorita Alizond!», gruñó. «¡Usted atenta contra el honor de la Madre Iglesia! Le ofrezco los términos del contrato estándar para un astronauta competente sin

experiencia del Gremio Antiguo y Técnico de Taikonautas, ¿y usted tiene la osadía de exigir...?»

—¡Por favor! —exclamé, alzando las manos con las palmas hacia afuera, intentando alejar al Diácono Malvado que acababa de emerger—. ¡No intento crear obstáculos! Solo quiero entender la situación. Me dijeron que se trataba de una granja de carne, no de una iglesia en ruinas con poco personal y un reactor dañado. Lo único que quiero es que entiendan que cubrirán los gastos de reparación que yo genere al trabajar para ustedes. ¿Es mucho pedir?

Respiró hondo varias veces: al hacerlo, el rubor de sus mejillas se suavizó y comenzó a desaparecer. «Mis disculpas». Otra respiración profunda: «Nosotros... yo... todavía me estoy integrando. Hay mucho ruido aquí». Se tocó la cabeza con un dedo y sonrió de una manera que probablemente pretendía tranquilizar. «No te equivocaste con respecto a la carne, pero no podremos llevar a cabo la santa inseminación hasta que nuestra sacerdotisa esté con nosotros en cuerpo y alma una vez más. Es muy probable que la Madre Grávida no expulse la nueva carne hasta después de nuestra llegada. Así que... ¿Tienes algún objeto personal que recoger? Porque si es así, deberías hacerlo de inmediato; partiremos tan pronto como recibamos la autorización. Por cierto, tus pertenencias no deben pesar más de ocho kilos. Cuanto más tardemos después de la conjunción, más de nuestra reserva de maniobras tendremos que gastar».

“Viajo ligero.” Le di una palmadita a mi mochila. “Supuse que no querrías desperdiciar masa de reacción en chucherías, así que traje todo lo que pensé que necesitaría a corto plazo. ¿Tienes algún espacio que pueda usar para ropa y artículos esenciales...?”

—Sí, claro que sí. Cook te enseñará a usarlo en su debido momento. Muy bien, entonces. —Tomó una decisión—. Déjame mostrarte dónde te alojarás y registrarte en los sistemas de mantenimiento. No hay tiempo que perder.

* * *

Apenas habían transcurrido un par de miles de segundos cuando el agente de viajes recibió a su segundo cliente del día.

Fue una sorpresa totalmente inesperada (aunque no desagradable). La mayoría de la gente sabía que no debía buscar viajes baratos después de la conjunción, así que solo los desesperados y los ricos —o aquellos con planes serios a largo plazo— se molestaban en hacerlo. La mayoría de sus competidores habían cerrado sus negocios durante el tercio de un año normal hasta que la actividad comercial se reactivara. Su principal razón para permanecer abierto era que le daba una ventaja competitiva, y como autónomo, eso era algo que necesitaba. (Cuando eres un autónomo con

dificultades, debes aprovechar cada oportunidad que te ofrezca la casualidad).

Cuando el toldo de tela de su puesto se abrió para recibir a su nuevo visitante, el agente estaba relajado, con los ojos cerrados y los brazos extendidos a sus pies, como si durmiera. No estaba dormido, sino absorto en sus pensamientos, revisando el registro de movimientos de vehículos; por eso tardó unos segundos en parpadear y ajustar su postura, concentrándose en el recién llegado.

“¿De vuelta tan pronto?”, preguntó, desconcertado.

Ella sonrió. Era una sonrisa fingida: labios torcidos, dientes al descubierto, ojos muy abiertos; una expresión refleja y artificial provocada por su intento de interacción social.

“Mi hermana. Krina Alizond−114. ¿La has visto?”

El agente parpadeó y luego la observó fijamente. Tenía buena vista, la mejor que podía permitirse: era, en efecto, muy parecida a la clienta a la que acababa de atender, pero había algunas diferencias que se hicieron evidentes al estudiarla. Su cabello seguía siendo liso, oscuro y corto, pero le crecía un poco más cerca de las orejas; sus pupilas eran grandes y oscuras, y el iris de sus ojos, de un tono marrón ligeramente distinto. Comparándola con su recuerdo, vio a dos mujeres gráciles, delgadas y con poca grasa corporal, de edad indeterminada, vestidas con trajes de baño de una sola

pieza coloridos y holgados, lo suficientemente parecidas como para ser... sí, hermanas de la misma estirpe.

“Estuvo aquí hoy temprano. ¿Por qué? ¿No puedes llamarla?”

El rostro de la recién llegada se quedó congelado por una fracción de segundo. "Está desconectada".

“Sí, claro que sí. Oye, ¿viajas con ella? Porque tiene una reserva para un vuelo de última hora, y puede que ya haya salido…”

—¿Dónde está? —La mujer se cernía sobre él. Era evidente que estaba ansiosa por encontrar a su hermana y no se mostraba tan tímida.

—Le conseguí un pasaje de trabajo a bordo de una capilla itinerante que atracó para reparaciones hace un par de millones de segundos. —La miró desde abajo, observando su expresión impasible, con la mirada fija casi detrás de su cabeza—. Es parte de la Iglesia de los Frágiles. La encontrará en este muelle... —Enumeró el número del nodo y las indicaciones.

Esperaba algún tipo de reconocimiento o agradecimiento por la información. Y, en efecto, ella sonrió al asimilarla. Pero él no vio su sonrisa, porque ella le rodeó el tórax con las piernas y le giró la cabeza hasta dislocarle el cuello. Mientras su cuerpo comenzaba a convulsionar, ella abrió las

hendiduras en la parte posterior de su cabeza, extrajo los chips de alma que allí se encontraban y se los tragó. Luego, antes de que su columna vertebral pudiera crear nuevas conexiones y recuperar el control de su cuerpo, deslizó un nuevo chip en uno de los zócalos y lo introdujo hasta el fondo: un perturbador, diseñado específicamente para convertir el delicado conectoma neuronal dentro del cráneo de la víctima en ruido aleatorio.

Cerró cuidadosamente la cortina tras de sí al marcharse.

* * *

Para continuar donde lo dejé:

Estimado lector, probablemente ya conoces todo sobre mi infancia y mi misión porque eres una de mis hermanas.

Pero si no lo eres, si eres un extraño preguntándose por qué este formulario de reclamación de gastos, largamente demorado, está interfiriendo con tu flujo de trabajo habitual, y por qué estoy tan desesperada por llegar a Shin–Tethys que estoy dispuesta a trabajar mi pasaje en una iglesia dañada dirigida por un sacerdote loco que intenta integrar simultáneamente múltiples personalidades traumatizadas por la muerte, bueno, es una larga historia. Y será aún más larga si necesitamos detenernos a examinar los fundamentos de la identidad. Por ejemplo, es posible que seas una persona

Frágil, atada por la biología primaria a existir en ciertas biosferas estrictamente restringidas, con una identidad lineal desde la extrusión hasta la muerte. O podrías ser una persona Langosta, húmeda y blanda dentro de un caparazón duro e impermeable al vacío. Bien podríamos ser miembros de diferentes subespecies humanas, adaptadas a las exigencias de diferentes mundos. Podrías ser casi contemporáneo mío, o podrías estar leyendo esto en algún lugar inmenso del tiempo profundo, miles o millones de años estándar después de mi senescencia y obsolescencia. Así como los individuos envejecen y mueren, también lo hacen los linajes: solo la deuda es eterna. Por lo tanto, no voy a explorar *todas* las ramificaciones de mi identidad. En cambio, aquí les presento un resumen:

Soy Krina Alizond–114, una mujer mu según el plan de género, con un fenotipo *sapiens* aproximadamente tradicional y de mediana edad según mi tipo. Es decir, tengo más de cien años estándar, pero aún conservo cierta agilidad mental: me queda un siglo o más antes de comenzar el largo declive hacia la estasis, y con diversos tratamientos cognitivos, la senescencia neuronal puede retrasarse indefinidamente. La edad física es, por supuesto, irrelevante: si se mantiene adecuadamente, no nos deterioramos con el tiempo. Tampoco mi especie es particularmente vulnerable al daño por radiación. Los citos que componen nuestros cuerpos están diseñados, no evolucionados, de modo que, si bien nos aproximamos a un humano frágil en morfología

externa, somos mucho más robustos y podemos operar en una gama mucho más amplia de entornos. No somos más inteligentes, por desgracia; existen problemas de complejidad involucrados en la construcción de mejores cerebros que impiden el progreso a menos que estemos dispuestos a convertirnos en algo que ni siquiera remotamente se asemeja a un humano, pero no se puede tener todo.

En los albores de la historia, los Frágiles crearon a nuestros ancestros para que les sirvieran, haciéndonos a su imagen y semejanza —*robots,* como llamaban a los primeros de nuestra especie— poco antes de su primera extinción. Desde entonces, hemos prosperado y nos hemos expandido: incluso hemos resucitado a nuestros creadores en al menos tres ocasiones. Pero son vulnerables y se dañan con facilidad, codependientes del ecosistema de las especies emparentadas entre las que evolucionaron. Con algunas excepciones (hábitats abovedados en algunos planetas no del todo hostiles; y, por supuesto, las catedrales de la Iglesia de los Frágiles), no prosperan lejos de su mundo de origen. A diferencia de nosotros.

Fui creada a bordo de un hábitat de vuelo libre, Nueva California, *en un viaje* desde Gliese 581c4 hacia algún lugar olvidable. (Los destinos no tienen importancia para los hábitats migratorios, salvo como fuentes de reabastecimiento; a diferencia de las naves colonia, cuyos viajes tienen un fin muy definido, los de vuelo libre son

mundos aparte). Soy miembro del linaje Alizond, una hermandad antigua y prestigiosa. Durante mis primeras décadas, saldé mi deuda de instanciación y ascendí en la empresa familiar hasta convertirme en socia principal en la división de investigación estadística del banco. Sin embargo, en realidad no soy experta en *banca.* Más bien, mi especialidad era más a largo plazo y abstracta: soy una estudiosa de la historiografía de la contabilidad y una especialista destacada en un rincón particularmente recóndito de ese campo.

(Un historiador que trabaja para un banco: No es precisamente el perfil más probable para alguien que se dedica a vivir aventuras por el cosmos, ¿verdad? Pero tengan paciencia, y todo quedará claro).

De vuelta en Nueva California, vivía y trabajaba para la empresa familiar en uno de los palacios de mi madre, en la costa, con vistas a una ladera que descendía hasta una bahía, donde las olas verdosas bañaban suavemente las brillantes arenas negras. (¿Ya mencioné que Nueva California, para los estándares de los hábitats espaciales, es inmensa?) El palacio, con más de trescientos años de antigüedad y construido en un estilo arcaico e histórico incluso entonces, era un remanso de tranquilidad; mi oficina era espaciosa y cómoda, con acceso directo al claustro que rodeaba el museo de antigüedades de la congregación (del cual yo era una de las conservadoras voluntarias a tiempo parcial). Un crítico de arquitectura que nos visitó describió una vez, de forma

memorable (y poco caritativa), el palacio como una tumba polvorienta llena de monjas contables marchitas, pero discrepo de esa descripción: no tiene nada de ascético y, en cualquier caso, era mi hogar.

Han pasado muchos años desde mi partida. Probablemente mis hermanas ya casi no se acuerdan de mí. Y cuando lo hacen, seguramente suspiran con envidia al pensar en las aventuras que debo estar viviendo entre las estrellas. ¡Qué ironía!

Probablemente te estés preguntando qué podría motivar a una profesional seria y madura a emprender un viaje a un mundo acuático fronterizo semicivilizado. Bueno, Shin–Tethys no era mi destino original, y en ese momento tenía lo que parecía una razón perfectamente válida, pero como dije, es una larga historia, y ahora mismo el diácono quiere que revise que todo el contenido de la capilla esté bien sujeto para la aceleración. Tengo la sensación de que va a ser un trabajo duro y físico durante los próximos días estándar mientras nos ponemos en marcha, así que todavía no tengo tiempo para contarte todo; digamos simplemente que estoy aquí porque la carta de uno de mis amigos por correspondencia llegó tarde.

* * *

La acosadora siguió con la debida prisa a Krina hasta el nodo de la esclusa de aire, donde la capilla fue atracada.

A diferencia de su objetivo, la acosadora no tuvo problemas para moverse por el zoco; tampoco se detuvo a reflexionar antes de entrar en la esclusa de aire. Su propósito era simple y directo: dar caza a Krina Alizond−114, extraerle cierta información antes de deshacerse de ella y luego continuar su viaje usurpando su lugar. En otras palabras, un robo y suplantación de identidad en toda regla. Pero había un problema: su objetivo estaba escapando.

La acosadora giró con fuerza la rueda de la esclusa de aire, haciendo girar el cilindro a su alrededor hasta que la puerta se abrió por completo, sumergiéndose en la oscuridad. Se detuvo, mirando fijamente al vacío. El vacío, por su parte, la miró sin pestañear: pero ella no tenía alma a la que pudiera aferrarse.

Alguien había pegado una cinta adhesiva al pasamanos junto al borde de la puerta. Colgaba fláccida frente a la abertura, como una tenia muerta. Más allá, se alzaba el campanario de una pequeña iglesia, cubierto de gárgolas, apuntando como una gran lanza de piedra directamente hacia la esclusa de aire. A lo lejos, detrás y debajo, se vislumbraban los arbotantes fusionados con las tapas abovedadas de los tanques de reacción, repletos de una mezcla helada de borano deuterado. Era difícil calcular las distancias con la iluminación monocromática y nítida de las

luces de aproximación del Taj Beacon, pero la capilla parecía estar a casi cien metros. El destello de los propulsores de orientación (hábilmente ubicados en las fosas nasales de las gárgolas) le indicaba a la nave que estaba en marcha, retrocediendo para girar hacia una de las calles de rodaje que lo alejarían de la estación del faro antes de que el Control de Tráfico le autorizara a encender su motor principal.

La acosadora no dudó. Agarró la cuerda, la desenganchó de su anclaje, luego se aferró a la barandilla con ambas manos y se impulsó fuera de la esclusa de aire. Se llevó las piernas al pecho, apoyándose contra el lateral del nodo de acoplamiento, tensando los brazos. La memoria somática y los mods de navegación inercial le indicaron que apuntaba a la capilla. Soltó la barra de agarre y extendió las piernas con un movimiento fluido. Un salto incontrolado en gravedad cero sería fatalmente inestable, pero este no era incontrolado. Como cualquier persona moderna, la musculatura de la acosadora generaba mucha más fuerza que la de un homínido frágil cuando la situación lo requería; casi mil julios se invirtieron en su impulso.

Pasaron cinco segundos; luego diez. La acechadora no se quedó de brazos cruzados. Rápidamente ató una soga al extremo de la cinta guía, ampliándola hasta casi dos metros de diámetro mientras se dejaba llevar, mientras los tubos, conductos y radiadores del Taj Beacon se desvanecían bajo sus pies. No tenía apalancamiento y no podía orientar la cabeza para enfocar la capilla, pero sabía dónde estaba y

dónde esperaba encontrarla. Ató el otro extremo de la cinta a su cinturón, luego extendió la soga y la apartó suavemente, sin soltarla.

Diez segundos. Luego doce. Una sombra se deslizó sobre sus piernas, trayendo un frío repentino. Una persona moderna (o un zombi en el cuerpo de una persona) podría sobrevivir y funcionar en el vacío durante minutos enteros, pero si no llegaba a la capilla, quedaría a la deriva indefinidamente. (Si nadie la encontraba, su cerebro acabaría hibernando. Tras unos días, la congelación haría estragos, y solo se podría recuperar la copia de seguridad de su chip del alma. Y tras unos años, los rayos cósmicos cobrarían su inevitable precio...).

Ninguno de estos asuntos le preocupaba. Lo único que le importaba a la acosadora era su víctima.

Sintió un suave tirón en la cintura cuando el lazo tensor la detuvo bruscamente. Los propulsores de la capilla le proporcionaron sacudidas intermitentes, con segundos de diferencia, que la desviaron lateralmente. Como un péndulo en el extremo de un largo cable, se balanceó hacia el muro octogonal del santuario, hacia una relativa seguridad y la continuación de su misión.

Capítulo III

REENCARNACIONES

No tuve tiempo de inactividad durante las primeras treinta y una horas y dieciséis minutos del viaje. Durante ese tiempo, la capilla maniobró con cuidado, usando propulsores de gas frío, hasta estar a casi veinte kilómetros de la estación de la baliza. Nuestra partida fue lenta, por necesidad: tanto para las pruebas internas como para asegurar que cuando el diácono activara el motor, no electrocutara a los vecinos.

La capilla no fue diseñada para soportar cambios radicales de orientación. De diseño arcaico, seguía un modelo de templos cuyos orígenes se remontaban a miles de años atrás, a una época en que los Frágiles se consideraban los únicos seres humanos y aún no habían elevado sus vehículos a los

cielos de la Tierra. Muchas de sus estructuras internas eran pintorescas, destartaladas y claramente inadecuadas para sobrevivir a una redefinición de la verticalidad local sin sufrir daños. Esto podría deberse a una tradición viva, pero estoy segura de que no soy la primera en cuestionar la sensatez de construir estructuras espaciales con un plano de la Edad de Piedra desde el fondo de un pozo gravitatorio.

Dennett no se demoró en hacerme sentir como en casa; me mostró una celda sin amueblar —tendría tiempo de personalizarla a mi gusto más adelante, pero por ahora solo pude dejar mi bolso allí—, luego me llevó a una taquilla llena de productos de limpieza, me entregó una caja parlante y me dijo: «Haz lo que te indique; si tienes preguntas, pregunta. El proceso te familiarizará con la distribución de la capilla. Una vez que empecemos, le pediré al padre Gould que te dé algunos mandos a distancia».

“Eh, claro…” Pero ya estaba desapareciendo en un caos negro y ondulante de túnicas. “¿Caja? ¿Hablar conmigo?”

“¡Hola! Soy el libro de registro de mantenimiento de vehículos número cuatro. ¿Es usted mi nuevo operador?”

Lo pensé apenas un instante. “Supongo que sí. El diácono Dennett te me acaba de entregar”.

Inicializando. Inicializando... registrado. ¿Cómo debo llamarte?

Puse los ojos en blanco. Como una retina, la caja parlante era claramente demasiado pequeña para tener un cerebro propio, pero a los diseñadores les encanta embellecer sus interfaces de usuario con trucos engañosos que hacen perder el tiempo y causan confusión. «Soy Krina. ¿Por dónde empiezo? ¿Qué funciones monitorizas?»

“¡Coordino el mantenimiento y manejo de la carga! Krina, en la pared a tu izquierda, en el cuarto estante, hay un kit de limpieza. Krina, la Escalera Tres del Mausoleo tiene sesenta y nueve horas de retraso en la limpieza. Además, como estamos en el Estado Dos de prelanzamiento, es necesario inspeccionar los accesorios, las instalaciones y la estructura de la Escalera Tres del Mausoleo para garantizar la seguridad durante la aceleración. En la pared de arriba, en el quinto compartimento, hay un paquete de sujeción y una pistola de pegamento. Por favor, toma el kit de limpieza, el kit de sujeción y la pistola de pegamento, y dirígete a la Escalera Tres del Mausoleo…”

Supongo que era una forma de pasar el tiempo.

La capilla estaba dividida en dos zonas: las estructuras "sobre el suelo" —un edificio con aguja construido con bloques de piedra unidos con mortero, enmarcado por un esqueleto de troncos de árboles tallados, que contenía varios objetos de carácter devocional o religioso— y las estructuras "subterráneas": tanques de reacción de masa, reactores, impulsores de masa, blindaje contra la radiación, telemetría

y todo lo demás que impulsaba la capilla y mantenía la misión en marcha.

Por supuesto, nada era lo que parecía. Los bloques de piedra tenían núcleos de aerogel tan ligeros como burbujas de jabón y tan resistentes como el diamante; el «mortero» era un agregado espumoso de tejido mecanocítico envuelto alrededor de cables de polifullereno, listo para reparar los daños causados por micrometeoritos. Las «maderas» eran estructuras de hueso metálico con núcleos de médula ósea. Si tuviera cerebro y mente para animarla, la capilla sería una persona: pero la Iglesia de los Frágiles no aprueba a los xenomorfos, y por eso condena sus misiones a vagar por el cosmos en cuerpos anencefálicos.

Mis tareas iniciales se limitaban estrictamente a las zonas habitadas de la parte "de superficie" de la misión: mi mano de obra no cualificada era suficiente para pulir los huesos del osario, pero debo admitir que no estoy capacitada para operar un reactor de fisión, ajustar los convertidores de neutrones que transforman su producción en energía útil, ni controlar el flujo de masa a través de los intercambiadores de calor que evitan que se derrita. Pulir huesos era un trabajo aburrido, pero supongo que tuve suerte de tenerlo; un vehículo que no estuviera tan íntimamente diseñado en torno a la escala física de los Frágiles o que no estuviera mantenido por personas con prejuicios contra los xenomorfos habría hecho mejor en emplear a una persona más pequeña y ligera.

Para empezar, la caja parlante me hizo limpiar la Cripta Dos del Osario, un trabajo que normalmente habría recaído en uno de los esqueletos animados de Dennett, excepto que tendría que aprender lo que estaba haciendo antes de intentar dirigir un robot de huesos a través de la elaborada rutina. OC2 era un túnel de techo bajo —si no hubiéramos estado bajo microgravedad, me habría parecido claustrofóbico— cuyas paredes estaban recubiertas por una maraña nudosa de huesos de piernas y brazos. Algunos eran lo suficientemente nuevos como para conservar un color marrón pálido, pero la mayoría se habían blanqueado con el tiempo y la radiación cósmica. Sombras de cardenillo manchaban los bordes de los finos agujeros que se habían perforado y enhebrado con alambre de cobre. Todos se habían vuelto ligeramente radiactivos por aquella desafortunada excursión al reactor, y cuando atenué las luces, el barniz fosforescente con el que estaban sellados parpadeó y brilló con encanto, anunciando su desintegración secundaria. Un arquitrabe barroco de cráneos rodeaba el portal de seguridad al final de la cripta. Aunque la arquitectura me parecía macabra, en la doctrina de la Iglesia representaba la dignidad de la vejez y la importancia cósmica de la misión. Los antiguos dueños de estos huesos habían vivido vidas largas y plenas en los edénicos recintos de la catedral; era su voluntad y destino que sus reliquias fueran enviadas a un nuevo sistema estelar, para reclamar allí el mundo más cercano similar a la Tierra para la humanidad frágil, sin modificaciones.

Si la Cripta Dos del Osario era excéntrica pero encantadora, el Pasillo Tres del Mausoleo era fresco, crudo y deprimente. Con paredes y suelo de piedra espumada y una superficie de basalto artificial, estaba salpicado de nichos. En muchos de ellos flotaban patéticos bultos de cuero y hueso, ritualmente ataviados con sus trajes espaciales sin casco. Estas vestimentas no habían protegido a sus portadores de un destino espantoso; las señales de una muerte violenta eran evidentes y angustiantes. Sus antiguos dueños habían llegado a esta capilla, o habían sido expulsados en el camino, con la más alta esperanza de poder descender algún día al océano–mundo de Shin–Tethys, para respirar la atmósfera oxigenada y tomar el sol bajo una estrella alienígena. Examiné cada triste reliquia con cuidado. En su mayor parte, sus huesos estaban unidos con alambre de forma bastante competente, pero uno o dos se habían soltado de sus cuerdas de suspensión, así que desplegué el kit de sujeción y la pistola de pegamento para anclarlos de nuevo en sus nichos. (En este punto, la caja parlante resultó muy útil. «Los objetos estabilizados con cables deben ser capaces de soportar una fuerza normal a la vertical de 0,6 g–0,3 g, reduciéndose a la mitad de esa carga cuando se someten a sacudidas fuera del eje. Utilice el tensiómetro de cables para verificar la estabilidad bajo carga y, a continuación, vuelva a fijarlo al punto de anclaje». Con notas a pie de página y diagramas para explicar el significado de todas esas instrucciones).

Recorrí otros seis pasillos del Mausoleo. Cada uno era el lugar de descanso final de doce esqueletos. El último contenía nueve mucho más pequeños; supongo que eran juveniles, ya que los Frágiles no se presentan en forma chibi, ni siquiera en linajes. Cada Frágil es un espécimen único, diferente a cualquier otro; es como si todos fueran prototipos de un linaje que nunca llega a la producción en masa. Los juveniles únicos probablemente ni siquiera entendían dónde estaban, y mucho menos qué los había matado. Esta idea me pareció inexplicablemente triste, así que revisé rápidamente sus puntos de unión, limpié sus huesos con cuidado y seguí adelante lo más rápido que pude.

El pasillo número ocho se diferenciaba visiblemente de los demás: tenía una puerta lateral, una esclusa de aire, de hecho. Al acercarme, vi que estaba cerrada, pero el indicador de presión pasiva mostraba que el otro lado mantenía la temperatura y presión normales. «Krina, en la pared exterior, por favor, abre la puerta de la celda de maternidad número uno y comprueba la estabilidad de aceleración de todos los accesorios no anclados».

“¿Qué es la Celda de Maternidad Uno?”, le pregunté a la caja, desconcertada.

«Por favor, abre la puerta…» Como dije, estas cosas solo tenían una fina capa de inteligencia: una vez que se rompe el hielo y uno cae en el abismo aullante de la irreflexión que hay debajo, la ilusión deja de ser reconfortante y se convierte en

una gran fuente de irritación. (Por eso prefiero que mis herramientas sean menos conversacionales y más funcionales; hay menos margen para el autoengaño si tu hoja de cálculo es demasiado tonta como para manipular las cifras hasta que te muestren algo agradable en lugar de lo que realmente está ahí).

Tiré de la manivela y la puerta se abrió, dejando escapar una ráfaga de aire caliente y húmedo.

"¡Oye! ¿Qué te crees que estás…?"

—¿Perdón? —pregunté.

"¿Quién *eres?*" La ocupante de la Celda de Maternidad Uno me miró fijamente desde el centro de una enorme cama de telaraña en caída libre. La cama llenaba la celda esférica de un extremo a otro, una colcha de retazos de cojines bordados de colores brillantes sujetos con cuerdas elásticas: juguetes y baratijas flotaban en el aire a su alrededor, destellando y brillando de forma molesta. La ocupante estaba bastante bien envuelta en su interior, con solo su rostro visible, rosado y de mejillas angelicales, quizás hermosa, pero deslucida por una maraña de pelo verde enmarañado y unos ojos furiosos y juntos. Era claramente humanoide, pero el capullo hacía imposible distinguir si era Frágil o Post. Unos robots del tamaño de un puño —no xenomorfos, sino herramientas— zumbaban y se movían rápidamente entre la nube de

juguetes, rindiéndole culto y guiando las baratijas a su alrededor.

"Krina, en la pared exterior, por favor, abre la puerta de la celda de maternidad número uno y comprueba la estabilidad de aceleración de todos los accesorios no anclados."

Le mostré la caja parlante a la persona que estaba en la cama, disculpándome. "Soy Krina. Lo siento, no sé tu nombre, no sabía que había alguien aquí; la caja simplemente me dijo que…"

"¡No soy una *quién,* soy una *qué! ¡*Soy la Madre Grávida!" Lo pronunció como si revelara una valiosa información a un enemigo potencial. "Puede *que tú* seas una *quién,* pero *yo* no: soy un componente valioso de esta misión. ¿Qué es esa caja y por qué tiene la desfachatez de pensar que perteneces a mi alcoba? ¿Qué está pasando ahí fuera? ¡Nadie me dice nada!" Dos pares de puños de color marrón dorado emergieron de las sábanas, retorciendo una almohada con petulancia. Unos ojos oscuros y penetrantes me siguieron, hoscos y desconfiados. "¡Cuéntamelo todo! ¿Qué está pasando ahí fuera? ¡Sé que traman algo!" Otro puño se abrió paso a través de una fístula entre los edredones: este era verde y espinoso y sostenía un extensor de agarre con punta de pinza de langosta. "¿Te envió Rosa?"

"Eh. ¿Quién es Rosa?"

Esto era claramente lo peor que podía decir. La Madre Grávida abrió la boca, entrecerró los ojos y rompió a llorar desconsoladamente. Un lagrimeo se acumuló alarmantemente alrededor de su nariz, formando glóbulos gelatinosos que se movían como globos oculares arrancados mientras sollozaba. «Rosa se ha ido y ha desertado de la misión, ¿verdad? ¡Se han olvidado de que estoy aquí!». Jadeó, haciendo que las mantas, los edredones y las almohadas se agitaran y ondularan como la cobertura de un postre exótico. «¡Nadie se acuerda! Tú, tú…»

"¿Quién es Rosa?", pregunté de nuevo.

Esta vez, la caja parlante decidió intervenir al azar. «Rosa, Señora Cibeles: Jefa de la Misión y Sacerdotisa Comunionista del Inseminatorio. Ubicada en el Sarcófago Dos, Santo Sepulcro del Cuerpo de nuestro Frágil Señor. Atención: el Sarcófago Dos no está disponible. Por favor, revíselo.»

Solté la caja con asombro; flotó hacia el torbellino emocional. «¡No sabes quién es Rosa!», sollozó.

—¿Ella es la sacerdotisa, no? —Me sentí lenta—. El diácono Dennett me contrató hace apenas unas horas…

Se oyó un ruido de sollozo tremendo y la cama se sacudió violentamente. Entonces, dos lágrimas gigantes flotaron lejos del rostro que medio ocultaban, tambaleándose violentamente. "¿Te contrató Aleksandr?"

“¿Es el diácono Dennett? Piel negra, ojos azules, muy delgado, trabaja en los motores…”

—¡No, Aleksandr es el director del coro! —Me miró con recelo—. De verdad que *eres* nueva aquí, ¿verdad?

“¡Eso es lo que he estado tratando de decir! Esta caja quiere que limpie aquí dentro. ¿Te importa si lo hago, o prefieres que me vaya?”

“¡Oh, limpia, limpia, limpia!” El brazo puntiagudo se agitó al azar. “¡No es como si pudiera detenerte! Oh, maldita sea. Lánzame esa caja del monitor, sí, esa que está cerca de tu cabeza. Necesito revisar mis niveles de gestatógeno otra vez.” Su ataque de llanto se calmó, salvo por el extraño resoplido posterior mientras limpiaba sus intercambiadores de gases y conectaba una aguja puntiaguda del monitor a uno de sus brazos. “Háblame mientras limpias. ¿Dónde estamos? ¿Qué está pasando fuera de mi dominio?”

Comencé a buscar pelusas y restos flotando, que eran muchos. Los asistentes de la Madre Grávida me mantuvieron a una distancia prudencial mientras trabajaba. «Soy Krina. Acabamos de salir —estamos saliendo— de Taj Beacon, donde la capilla entró para reparaciones. La siguiente parada es la órbita alta alrededor de Shin–Tethys. Estoy trabajando para ganarme el pasaje a Shin–Tethys porque llegué a Taj demasiado tarde para un camarote de pasajeros normal, y no soy lo suficientemente rica como para comprar mi propio

transporte. El diácono Dennett dijo que hubo un accidente y que mucha gente se fue de Taj Beacon —los que no murieron—». La miré fijamente, pero no mostró ninguna señal de estar afectada por mi mención del accidente. «¿Te han dejado sola aquí? ¿No puedes salir?».

—Estoy *embarazada* —dijo con gravedad—. Incubo blastocitos Frágiles en grupos de ocho, incluso en entornos de alta radiación y microgravedad. Una hembra Frágil estaría agotada después de ocho, probablemente muerta después de dieciséis: he producido más de doscientos durante el viaje. Pero es un trabajo exigente y no me gusta abandonar mi nido. Especialmente después, después de... —Hizo una pausa, respirando profundamente mientras intentaba recuperar la compostura—. Me encariño con las pobres criaturas: verlas morir cada pocas décadas es muy duro. Rosa dijo que tendríamos una nueva camada que impulsar al acercarnos al mundo prometido, pero no la he visto desde el accidente. Debe de estar muy ocupada.

—Yo tampoco la he visto —admití distraídamente mientras extendía el plumero de succión y me dedicaba a limpiar los rincones y recovecos detrás de los conductos de ventilación. Decidí no compartir lo que me había contado el diácono Dennett: que Lady Cybelle yacía en el sarcófago del sepulcro, inmersa en el largo proceso de unir dos tercios de su masa corporal en mecanocitos nuevos y sin improntar, un esqueleto cromado y brillante sumergido en una cuba hirviente de espuma iridiscente mientras su técnica de

médula ósea luchaba por controlar la gigantesca infusión de carne nueva y moldeada.

"¿Y dónde cultivan las plantas de Fragiles?", pregunté, intentando entablar una conversación educada.

—Yo *los incubo* —declaró con orgullo, rodeando con sus tres brazos el montón de sábanas apiladas sobre su abdomen—. ¡Los incubo dentro de mí! Tengo cuatro úteros, ¿sabes?

—Tú... —Me costó un rato darme cuenta de lo que había dicho, y luego unos instantes más recuperar el control de mi boca—. ¿Incubas? ¿Quieres decir que das *a luz* a *los Frágiles vivos?*

"¡Sí, ese es mi trabajo! Soy un anfitrión de fabricación para la Nueva Carne. ¡Es la vocación secular más elevada en nuestra orden!"

—No sabía que eso fuera posible —dije, presa de un momento de fascinación que me produjo náuseas.

"¡Oh, es muy sencillo! Los humanos modernos se desarrollaron originalmente a partir de los antiguos Frágiles; yo solo soy retrocompatible. Funciona igual que antes de la Creación, cuando solo existían los Frágiles: puedo cultivar dos Frágiles en cada útero, ¡igual que antes crecían uno dentro del otro! Excepto por el tema del sexo. Eso es diferente para nosotros. Cuando estamos listos para la incubación, la

Sacerdotisa del Santo Inseminador secreta un blastocisto y lo inyecta en mi…”

La ignoré, frotando con fuerza una mancha persistente en el techo. Hay cosas que no son para los aprensivos. Que una persona hecha de mecanocitos pudiera incubar y dar a luz a Hombres de Carne podría ser un milagro de la ingeniería a nanoescala, pero en realidad no quería saber los detalles. Aunque, pensándolo bien, los primeros mecanocitos se crearon modificando los antiguos "citos" Frágiles —*eucariotas,* como se les llamaba— para añadir orgánulos de fase de máquina que controlaran sus procesos internos: así que quizás los Frágiles no eran tan diferentes de nosotros, si nos despojáramos de cada modificación inteligentemente diseñada que hace posible la supervivencia en este universo hostil a la vida. Pero esa no era la parte desagradable. La parte desagradable era saber que estaba en presencia de una mujer tan loca que creía que su mayor vocación era incubar teratomas alienígenas encapsulados hasta que salieran disparados de su cuerpo y caminaran por sí solos. He oído hablar de algunas profesiones extrañas a lo largo de mi vida, pero rara vez algo tan repugnante.

Revisé los dieciséis cables que sostenían su cama y le impedían caer al suelo al acelerar, mientras ella parloteaba sobre la alegría del embarazo, hasta que la caja parlante decidió que no estaba trabajando lo suficientemente rápido. «Krina, por favor, dirígete al Sarcófago Dos, Santo Sepulcro del Cuerpo de nuestro Frágil Señor. Atención: el estado de

consumibles del Sarcófago Dos está fuera de servicio. Por favor, inspecciónalo *inmediatamente* y reabastece según se indica. Luego, preséntate ante el Diácono Dennett en la sacristía».

—Lo siento, tengo que irme —le dije a la madre embarazada con tono de disculpa.

Me miró parpadeando. "¿Ah, sí?" Parecía haber olvidado por completo su indignación inicial por mi intromisión. "¿Volverás para hablar un rato más?" (En realidad quería decir: ¿*Serás mi público?* Pero no la corregí). "Ha sido un placer tenerte aquí..."

—Me encantaría —dije, omitiendo el " *siempre y cuando no toques el tema de la reproducción"* —. Pero me necesitan en otro sitio. ¿Mañana, en el próximo turno de día? ¿O cuando estemos acelerando? Por cierto, ¿tienes nombre?

“¡Mañana sería maravilloso!” Inclinó la cabeza hacia un lado. “No, no tengo nombre. Quizás lo tuve alguna vez. Pero ya no soy un *quién,* soy un *qué*”. Sonrió beatíficamente. “Soy la Madre Grávida. ¡La única en el Sistema Dojima! ¿Acaso eso no me hace especial?”

* * *

La acechadora se balanceaba lentamente en el extremo de su cable, cayendo hacia el lateral del santuario de la capilla con una gracia pausada. Esperó pacientemente mientras la pared de bloques rocosos irregulares se acercaba. Los líquenes del vacío teñían las superficies grises e irregulares de las piedras con filigranas verdes y azules de vida tenue: las vidrieras de la nave (en realidad losas de cristales de óxido de aluminio tintado, rubí y zafiro, unidas por una celosía de titanio mecanizado en lugar de tiras de plomo) brillaban desde dentro, lustrosas en la oscuridad helada y las sombras afiladas proyectadas por Dojima.

Mientras se acercaba a la pared del edificio, la acechadora se preparó para el impacto. Como la mayoría de las personas, la capa externa de su piel estaba salpicada de cromatóforos: mecanocitos especializados que podían cambiar de textura y color a voluntad, como la epidermis de una antigua sepia terrestre. A diferencia de la mayoría, los cromatóforos de la acechadora eran de grado militar: podían pasar del negro más puro al espejo más brillante, y sus opciones de textura superficial les permitían extruir cerdas, filamentos de gecko que se adherían a casi cualquier superficie mediante fuerzas de Van der Waals[2]. Al extender los dedos y las plantas de los

2 Johannes Diderik van der Waals, fue un profesor universitario y físico neerlandés. Las fuerzas de van der Waals son débiles fuerzas físicas de atracción entre átomos, moléculas o partículas neutras. Surgen por dipolos eléctricos temporales o permanentes. Las fuerzas actúan a cortas distancias y disminuyen fuertemente con el aumento de la distancia.

pies, la piel expuesta se hinchó y formó pequeños remolinos y crestas, preparándose para el impacto.

La capilla apenas aceleraba cuando ella impactó contra la pared, aterrizando de pie con una sacudida brusca. Dejó que el impulso la llevara hacia adelante hasta que apoyó firmemente ambas manos contra las piedras. El cable se enrolló lentamente y cayó tras ella mientras soltaba los pies, extendía el cuerpo y se pegaba lentamente a la pared.

Las falsas piedras de los muros de la capilla estaban heladas. El vacío es un aislante, pero la temperatura ambiente era inferior a tres grados por encima del cero absoluto: la superficie exterior de estos bloques de cerámica y aerogel había alcanzado el equilibrio térmico muy por debajo del punto de ebullición del nitrógeno líquido. Por suerte, los aerogeles apenas conducían el calor por lo que ella calentaba lo que tocaba. Un observador con visión infrarroja cercana habría visto claramente el rastro de manchas cálidas y luminosas que dejaba al descender por el lateral del muro hasta que sus pies tocaron la pasarela exterior que formaba un cinturón alrededor de la capilla en la unión entre sus aspectos pastorales y mecánicos, donde un templo basado en el planeta tocaría el suelo.

Aquí la acosadora se encontró con un dilema.

A esta distancia de Dojima Prime, la temperatura de equilibrio de un cuerpo expuesto a la luz solar directa seguía

siendo bastante baja. Si bien la acechadora estaba mejor adaptada a la vida en el vacío que su objetivo, su capacidad para operar indefinidamente en tales condiciones era limitada. Si se aventuraba a entrar, podría alcanzar a su objetivo, pero correría el riesgo de ser detectada. En cambio, si permanecía afuera, tenía la ventaja de la sorpresa total; pero en unas pocas horas tendría que entrar en modo de hibernación para conservar energía, y en cualquier caso se congelaría por completo si permanecía afuera durante más de unos pocos días estándar. Así que la pregunta no era si entrar en la capilla, sino cuándo y cómo.

Al final, la decisión fue bastante sencilla. La acechadora contaba con otros subsistemas útiles: un temporizador de vigilancia, un acelerómetro y un sistema de navegación inercial diferencial integrados en sus oídos internos. Recorrió laboriosamente la pasarela circunferencial hasta colocarse en posición para inspeccionar el vestíbulo de la esclusa de aire. El cilindro se abría como una cuenca ocular vacía, oscuro y frío, pero ofrecía refugio de la inspección externa y fácil acceso al cálido interior climatizado de la capilla. Además, la entrada era relativamente pequeña; adherida al interior de la esclusa, estaría a salvo de caer accidentalmente por la borda en caso de maniobras inusuales. Se arrastró dentro, se pegó al techo sobre la manivela que hacía girar la cámara de la esclusa, programó sus alarmas y se durmió durante una semana entera, o hasta que la esclusa girara, o hasta que la

capilla comenzara a acelerar de forma sostenida, lo que ocurriera primero.

* * *

Es una verdad universalmente reconocida que toda colonia interestelar en busca de buena fortuna necesita un banquero.

Mi matriarca, Sondra Alizond−1, nació hace más de dos mil años en otro sistema estelar (no recuerdo cuál; el detalle no importa). Sus progenitores eran una cooperativa de crédito y un cártel de apuestas: se requería aptitud para los números y una memoria casi fotográfica para los datos y las cifras. Cuando Sondra tenía doce años, casi fuera de la guardería y con su cuarto cuerpo ya casi en la edad adulta, demostró su destreza memorizando el valor de pi con cien mil decimales; y, de hecho, hasta el día de hoy puedo sumar una columna de números tan rápido como la leo.

(Sí, tenemos hojas de cálculo y calculadoras. Pero ayuda tener cierta habilidad con los números. Sin una verificación previa, una calculadora te llevará por mal camino y nunca te darás cuenta del error hasta que tu balance no cuadre).

Sondra trabajó arduamente y, en sus primeros cincuenta años —gracias en parte a una opción de venta admirablemente inspirada—, pudo pagar los intereses de sus

deudas de educación y construcción y, además, adquirir los derechos de propiedad intelectual de su linaje e invertir el capital restante en una cooperativa espacial.

Una contable. Enrolándose como miembro de la tripulación en una nueva expedición a una colonia interestelar. ¿Por qué haría eso?, te preguntarás. Y, más importante aún, ¿por qué la querrían?

Construir una nave espacial es solo trabajo y nada de diversión. Primero, se trabaja arduamente durante décadas para conseguir capital y establecer la estructura de deuda y el plan de pago de intereses que financiarán la empresa. Incluso hoy en día, con miles de años de experiencia a nuestras espaldas, construir y lanzar una nave espacial es una de las actividades más costosas que existen: el costo se mide en años–PIB planetario y la nueva colonia tardará siglos en amortizarlo.

A continuación, usted y sus colegas definen un marco de construcción y (si es posible) adquieren un diseño ya existente y contratan arquitectos especializados en astronáutica para perfeccionarlo, eliminando las debilidades y fallas que provocaron el fracaso en vuelo de naves estelares anteriores en misiones similares. Mientras tanto, seleccionan un destino: uno al que ninguna nave estelar haya llegado antes y al que ninguna se dirija. (Lo último que desean es llegar como intrusos o ser emboscados por ellos. El conflicto es un juego de suma negativa, y luchar por la propiedad de

un cinturón de asteroides salvaje e indómito es la forma más rápida de dilapidar los recursos que trajeron consigo con un costo enorme para establecer su nuevo dominio, condenándose a siglos de pobreza extrema, si no a una lenta espiral hacia la muerte).

Mientras haces esto, planificas tu perfil de misión. La opción más común y económica es la de "quemar la nave": vuelas a un nuevo sistema estelar y desmantelas la nave al llegar para obtener las herramientas y el equipo necesarios para construir una colonia. Más rara y mucho más costosa es la opción de vuelo libre: crear una nueva entidad política autosuficiente en vuelo eterno, capaz cada pocos siglos o milenios de enviar expediciones de corto alcance a cualquier sistema estelar por el que pase su trayectoria, las cuales, a su vez, crearán colonias y compensarán los recursos consumidos reabasteciendo la nave nodriza. (Nueva California fue, y sigue siendo, una de estas últimas).

Mientras todo esto sucede, ustedes —los linajes de los miembros de la cooperativa, las familias de las que proviene la tripulación, por así decirlo— se someten a un entrenamiento riguroso para aprender todas las subespecialidades necesarias. Con suerte y buena voluntad, una docena de sus hermanos pueden llegar a dominar diferentes roles (carnicero, panadero, fabricante de reactores de fusión). Entonces solo necesitan tomar un cuerpo y copias de los chips de alma de sus hermanos, una biblioteca de rasgos y habilidades para fusionar en el otro

extremo. Huelga decir que la política interna del linaje para decidir quién debe ir y quién debe quedarse es compleja. La ventaja es que una misión con solo mil cuerpos puede llevar consigo a diez o incluso cien mil especialistas entrenados, creando cuerpos adicionales para ellos cuando sea necesario tener un par de manos dedicadas a tiempo completo al trabajo en lugar de un suplente con sueños extrañamente memorables.

Finalmente, debes abastecer de combustible, equipar y tripular la nave. Supongamos que se trata de una misión de supervivencia total. Tus compañeros que se quedan atrás encienden el gigantesco conjunto de reactores de fusión y haces de microondas que proporcionan la energía motriz durante los cincuenta a cien años que tarda la nave en acelerar hasta la velocidad de crucero. Durante la aceleración, quienes viajan a bordo se someten a los rigores de la ralentización del tiempo, con un metabolismo que se reduce a una centésima parte de lo normal, de modo que dos años estándar transcurren en una semana subjetiva. Más vale que confíes en tus compañeros que operan los haces de propulsión; si fallan o caen en la bancarrota prematura, tu nave vagará durante milenios entre las estrellas, hasta que los recursos se agoten y sucumbas al canibalismo o la inanición.

Los años subjetivos —siglos, para el universo exterior— transcurren sin que te des cuenta mientras te desplazas a casi el 1 % de la velocidad de la luz. Una supernova cercana, o un

grano de polvo del tamaño de un guisante (que contenga la energía de una pequeña arma nuclear) puede ser una sentencia de muerte para ti y toda tu tripulación durante esta etapa de la expedición. El trabajo es duro, sucio e interminable: años de trabajo, hasta que te acerques al sistema de destino y enciendas los reactores de fusión que proporcionan energía durante la desaceleración. Finalmente, tú y tus camaradas os enfrentáis a más años y décadas de arduo trabajo mientras establecéis una colonia en un sistema estelar que jamás ha conocido la vida.

¿Por qué alguien se molestaría en someterse a una experiencia tan engorrosa y ardua? ¿Y qué utilidad podría tener un contable para la tripulación de una nave espacial?

Sondra no era solo una contable: era una *banquera.* Más concretamente, Sondra pasó cuatro de sus primeras cinco décadas trabajando en el departamento de arbitraje y fideicomiso de un banco de estación baliza, el corazón palpitante y lento de la economía del sistema estelar donde fue creada. Tenía poca antigüedad en la organización, que se había vuelto pesada y lenta como guardiana de la deuda intelectual acumulada de todo un sistema estelar. Para Sondra, la única manera de adquirir antigüedad rápidamente era empezar de cero, en un lugar nuevo y libre de la presencia de problemáticos buscadores de favores. Por suerte, era lo suficientemente joven y flexible como para soportar los rigores de un viaje interestelar, y lo suficientemente

aventurera como para aceptar el desafío de establecer un nuevo Banco Lento para una colonia a su llegada.

He mencionado los aspectos básicos de lo que sucede cuando una nave espacial llega a un nuevo sistema: los años de trabajo arduo, la cartografía, la minería, la manufactura y, finalmente, el nacimiento de nuevas generaciones de ciudadanos y el surgimiento de una civilización nueva y próspera. Pero muchos desconocen que, si hay algo vital para la estabilidad y la prosperidad a largo plazo de una colonia, es la creación de instrumentos de deuda interestelar mediante un nuevo Banco Lento.

Sin un Banco Lento, es imposible comerciar a través de los abismos del espacio–tiempo interestelar. Se necesita energía y mano de obra especializada para operar una baliza láser de comunicaciones interestelares; mucho de ambas. Nadie apuntará un láser a una nueva colonia y le enviará bibliotecas de plantillas de diseño y grupos de expertos sin esperar nada a cambio. Todas las colonias, necesariamente, se endeudan profundamente en las décadas posteriores a su fundación: cuesta mucho dinero lento adquirir las nuevas tecnologías y habilidades vitales que necesitan para cubrir las carencias imprevistas. Solo cuando su población haya aumentado lo suficiente como para sustentar una infraestructura local de educación, investigación y desarrollo —lo que puede llevar siglos— podrá aspirar a un superávit comercial. A medio plazo, es mucho más barato pedir prestado dinero lento a los vecinos y usarlo para pagar las habilidades y mentes vitales

en el comercio, para construir la infraestructura que (eventualmente) permita pagar los préstamos con intereses. Por lo tanto, hay buenas razones para instalar una baliza lo antes posible tras la llegada y transmitir las señales de *presencia* a los bancos de los sistemas vecinos, lo que les obligará a reconocer la existencia de un nuevo emisor capaz de crear moneda y actuar como garante de la deuda de la nueva colonia. (Un socio cuya identidad se comprueba mediante la dirección y la distancia desde la que llega su señal. Los telescopios de los sistemas estelares vecinos pueden detectar cualquier intento de falsear la ubicación física de un banco).

Para cuando cumplió su tricentenario (según su propia percepción), Sondra Alizond–1 era una multimillonaria hecha a sí misma. De hecho, como miembro del consejo de administración del Banco del Sistema Hector, su fortuna ascendía a casi un millón de *dólares,* una suma que desafía la imaginación. Claro que le llevó un siglo de arduo trabajo amasar esa fortuna: primero como tripulante semicualificada a bordo de la *Andromache,* luego como obrera de la construcción de los primeros hábitats de colonias que se formaron en el cinturón interior de Gliese 581c4, y después como fundadora y planificadora del primer intercambio de autenticación entre el Faro Hector y sus sistemas estelares vecinos, una vez que hubo recursos suficientes para la construcción de los primeros transceptores de baliza interestelar... uno dudaría en decir que su vida fue fácil.

Supongo que por eso invirtió gran parte de su fortuna en la Nueva California, una nave espacial permanente y sumamente costosa. Al igual que una colonia estelar, un arca (una nave nodriza autopropulsada con millones de habitantes) también necesita un banco. Luego, un par de siglos después, mucho después de haberse consolidado como una de las oligarcas gobernantes de la nación espacial, mucho después de haber fundado su hacienda en la costa del Mar Interior... Sondra se aburrió de sus comodidades. Y fue entonces cuando comenzó a moldear su personalidad y a estudiar nuevas habilidades, fragmentando y modificando su identidad y engendrando hermanas de segunda generación, hermanas como yo.

* * *

Pasé directamente de la celda de la Madre Grávida al sarcófago clásico donde Lady Cybelle disfrutaba de su metamorfosis integradora. Efectivamente, escaseaban la solución isotónica de polihexosa y el metanol: me encargué de ello y luego me dediqué a las demás tareas que me dictaba mi tirano parlante junto al cinturón. En total, pasé más de veintiocho horas correteando, atando herrajes sueltos y puliendo los huesos de las paredes, casi siempre sola, aunque ocasionalmente compartiendo alguna tarea con un compañero silencioso y cadavérico.

Mientras estaba ocupada en esto, recuperé 406 objetos y limpié 18 compartimentos, habitaciones, tanques, celdas y otros espacios de almacenamiento. También tuve la oportunidad de estudiar a los silenciosos sirvientes de Gould. El padre Gould había tomado varios de los esqueletos Frágiles y los había animado mediante sensores montados en la cabeza y motores compactos conectados a cada articulación. Con la potencia justa para moverse en baja gravedad y con el tamaño adecuado para tareas a escala humana, era una solución elegante a la escasez de mano de obra no cualificada, pero que requería supervisión constante, ya que los espectros carecían de inteligencia propia. No eran más que cáscaras motorizadas, controladas por la voluntad de un amo viviente.

Durante todo este tiempo estuvimos en caída libre. Impulsos ocasionales empujaban suavemente las paredes, los pisos o los techos hacia mí: la capilla giraba intermitentemente de un lado a otro, de modo que el motor principal apuntaba en dirección opuesta a cualquier cosa que pudiera resultar dañada por el flujo de gases de escape.

Hacia el final de mi turno, mientras revisaba los pernos que sujetaban los bancos al suelo de la nave, un lúgubre *tañido* resonó desde la torre sobre mí. Era el ruido de un badajo amortiguado golpeando contra una campana atada. Miré hacia abajo justo a tiempo para ver cómo el suelo se elevaba lentamente hacia mis pies y observé, fascinada, durante los varios segundos que tardó en alcanzar mis dedos extendidos.

No pesaba mucho; con un ligero movimiento de tobillos, podía flotar hasta la mitad del techo, suspendido en el aire durante decenas de segundos. Pero finalmente volví a caer. Claramente, por fin estábamos en marcha, y la aceleración, aunque lenta, se mantendría durante decenas o cientos de días.

No se oyeron crujidos ni tintineos, señales reveladoras de activos sin asegurar. Tampoco se oyeron crujidos o gruñidos ominosos, indicativos de inestabilidades estructurales más peligrosas en la pila de piedra, madera y hueso sobre mi cabeza que ahora había entrado en el régimen de vuelo motorizado. Supongo que esto debería haberme alegrado; pero simplemente me sentí aliviada de haber dejado atrás el Faro Taj. Delante de mí estaban Shin–Tethys y Ana; detrás de mí, antes del Taj, estaba la difícil situación en Ganesh. Eso también se desvanecía en el pasado distante: habían transcurrido casi nueve años estándar mientras yo estaba congelada en transmisión. Antes de *eso,* estaba el asunto engorroso del Faro Rosen, seis años luz más atrás. (Pasé casi un año allí: encontré trabajo, compré y amueblé un pequeño y acogedor apartamento, comencé a intentar tímidamente hacer amigos. Habría abandonado toda esta insensata búsqueda, excepto que...).

Salí de mi ensimismamiento y tomé la caja parlante. —Soy Krina —dije, moviendo distraídamente los cromatóforos de las yemas de los dedos para expulsar la suciedad de la limpiadora de mi piel—: Estamos acelerando, así que

supongo que el bloqueo previo al vuelo ha finalizado. ¿Qué debo hacer ahora?

"Krina, se confirma que el confinamiento ha finalizado. Por favor, diríjase al pasillo uno e identifique y asegure cualquier escombro. Por favor, diríjase a…"

—No —dije con firmeza. Llevaba más de treinta horas trabajando y empezaba a cansarme. Tenía frío y hambre, y mi mente divagaba: una clara señal de que necesitaba descansar. Quizás no necesite comer cada pocas horas para no morirme de hambre como un Frágil, pero tengo mis límites. —Box, necesito descansar. ¿Dónde puedo conseguir comida y ropa de cama por aquí?

«Krina, las pausas para comer son cada seis horas. La próxima empieza en dieciocho minutos…» *Ahora* sí que me lo decía. Metí la caja en mi cinturón de herramientas y fui en busca del refectorio. Supuse que era la habitación grande que había encontrado antes, ¿o era la cocina? «Treinta horas de trabajo; debo tener al menos seis horas y treinta minutos de descanso», murmuré para mí misma mientras caminaba con cuidado por un pasillo crepuscular de arcos de piedra con bóvedas de abanico entrelazadas que sostenían el techo.

Una antigua capilla de diseño clásico comienza y termina en la roca madre del planeta, con escaso espacio para instalaciones subterráneas. Pero una capilla de la Iglesia de lo Frágil apenas representa la cúspide de la empresa; todo lo de

importancia se desarrolla bajo tierra. Esto incluye el comedor, como creo que se llama, que se encuentra precariamente encajado entre la cripta y la cubierta de navegación/comando, la cual, a su vez, se asienta sobre los espacios de mantenimiento, las fábricas de suministros y la masa de materia prima, y, finalmente, los enormes tanques de combustible y masa de reacción que alimentan el reactor y el sistema de propulsión.

Al principio me pareció un laberinto desconcertante —de no ser por la cabina telefónica, no habría podido orientarme—, pero finalmente encontré la pequeña celda que Dennett me había dicho que podía ocupar, y desde allí no me resultó difícil ubicarme y encontrar el camino al refectorio. Que, al parecer, no era un «comedor» (término que no se usa en las iglesias, aunque esté ubicado en la cubierta del comedor), sino su equivalente eclesiástico.

Había una trampilla, tallada en los componentes estructurales lignificados de un árbol planetario. Me preparé y la abrí, entrando lentamente al refectorio. Había bancos y mesas atornillados a las paredes, el suelo y el techo; cinturones de seguridad y parches adhesivos aseguraban la comida y la cena. La pared del fondo del refectorio tenía un púlpito empotrado (actualmente vacío) y una trampilla por la que salía un olor penetrante que me recordó al miasma que envolvía a Cook, cuya puerta había abierto imprudentemente a instancias de la caja parlante. (Digo *imprudentemente* porque, desde luego, no quería que limpiaran su celda; me

echó con el lenguaje más repugnante que he oído en mucho tiempo).

—¿Hola? —pregunté—. ¿Ya es hora de cenar?

“¿Cena? ¿*Cena?* ¡Te daré la cena…!” El cocinero, de piel verde y aspecto beligerante, asomó la cabeza por la escotilla y me miró con una agresividad hosca que poco a poco dio paso a la confusión: “¡Espera, tú otra vez! ¿Quién *eres?*”

Resistí el impulso de poner los ojos en blanco: el resentimiento pasivo–agresivo hacia mi presencia parecía generalizado entre la tripulación, y se estaba volviendo cansino. «El diácono me contrató; acabo de pasar el día atando cosas sueltas y fregando la cubierta. ¿Puedo comer algo? ¿Un zumo, tal vez? ¿Algo de comer antes de morirme de hambre?».

Cook me miró de reojo, mostrando las facetas de sus ojos compuestos. "¡Su santidad no me dijo que estaba contratando gente nueva!"

Hice una apuesta personal sobre dónde radicaban los prejuicios de Cook: «Su santidad fraternal parece estar demasiado ocupado discutiendo con sus hermanos imaginarios como para decirle algo útil a alguien», dije. «Pero puedes preguntarle si quieres. Seguro que se acordará de que me contrató al menos un par de días atrás».

Cook asintió, desvaneciéndose su sospecha inicial. —Nunca se sabe —gruñó a la defensiva, e hizo ademán de retirarse—: Tenemos polizones...

—¿Comida? —pregunté con esperanza.

¿No puedes esperar? ¡Comida! ¡Eso es lo único que les interesa! ¿Comida? ¡Comida! Has venido al lugar indicado, y te atenderé, pero tendrás que esperar hasta que esté lista. No sé, hoy en día todos están tan impacientes. Los demás llegarán pronto, así que veamos... ¿Eres de los que prefieren la dieta cruda o la cultivada? ¿Necesitas ingredientes radiactivos o algo estrictamente orgánico? ¿Salado, dulce, ácido, umami, hidrocarburo o nitrilos? ¿Y también necesitarás la jarra de zumos?

¿Acaso parezco brillar en la oscuridad? Necesito zumos y productos orgánicos. Preferiblemente algo más entretenido que algas verdeazuladas.

“Me encargo de ello. ¿Tienes algún problema en consumir tus productos orgánicos en forma de carne cocinada?”

“¿Carne? No será venenosa, ¿verdad?”

—No es venenosa —dijo Cook, mirándome fijamente, como si estuviera decidiendo si ofenderse—. Contiene carbono, hidrógeno, oxígeno, nitrógeno y trazas de fósforo, azufre y otros elementos. Tampoco es radiactivo.

“Solo dime que lo cultivaste en un tanque…”

«¡Claro que lo cultivé en un maldito tanque! ¿Qué te crees que soy, un granjero?» Cook metió la mano detrás del mostrador y me tendió un tubo con una boquilla. Lo toqué torpemente; estaba extrañamente tibio y suave. «Tejido hepático frágil cultivado en tanque, cultivado a la fuerza. *Paté de fois sapiens.* No lo encontrarás en ningún otro lugar del Sistema Dojima. ¡Que lo disfrutes!»

«Eh...» Pero llegué demasiado tarde para protestar: Cook se refugió en su módulo de preparación de alimentos y cerró la escotilla de golpe. Al poco rato, oí golpes y muchos improperios del otro lado, así que me levanté de un salto y me até a un banco vacío en el techo mientras decidía si arriesgarme a comer aquello. Al menos el asiento estaba bien acondicionado: pronto sentí el reconfortante calor de las corrientes de aire que recorrían los huesos largos de mis muslos.

Estaba a punto de arriesgarme a comer del tubo de carne cuando se abrió la puerta y entró flotando el diácono Dennett, seguido rápidamente por tres gusanos limpiadores y el padre Gould. Digo *flotando,* pero eso da una impresión equivocada: el diácono claramente anticipaba su comida, pero con la aceleración actual de la capilla, era imposible moverse rápido sin rebotar contra las paredes y el techo. En su afán por ganar tracción, perdió terreno, hasta que se vio reducido a agitar los brazos y agarrarse a los muebles.

Mientras tanto, Gould murmuraba y balbuceaba incomprensiblemente: el pobre hombre manejaba ocho de los drones improvisados en paralelo y, en consecuencia, apenas tenía capacidad mental para sus propias necesidades corporales. Estaba atado al cinturón del diácono con una cinta adhesiva. De los recién llegados, solo los gusanos limpiadores alcanzaron buena velocidad, ondulando en el aire y gimiendo hambrientos, como una manada de aspiradoras salvajes.

"¡Ah, señora Alizond! ¿Ya terminó?"

Intenté no ofenderme ante su presunción. «Acabo de trabajar treinta horas seguidas, Su Santidad. Mi resistencia sin reponer fuerzas tiene sus límites».

—Bueno, pues, sigamos. Toda carne debe ser consumida. —Saludó con magnanimidad mientras se acercaba a la escotilla—. ¿Cocinero? ¿Está usted dentro?

“Hachís intestinal gruñón”, eructó el centro del habla del padre Gould.

La escotilla se abrió. "¿Qué quieres?"

—¿Qué hay en el menú hoy? —Dennett no se inmutó.

“Tienes que elegir: una herida abierta o un tubo como el de ella”—me señaló con el pulgar—“o puedo prepararte cuajada de leche fermentada de la cuba Frágil, con jugo añadido y

piojos fritos cosechados del tanque de desechos. ¿Qué vas a elegir?”

Observé con interés que el acento de Cook se tornó considerablemente más áspero cuando se dirigió al ministro, y que le estaba sugiriendo opciones que nunca me había ofrecido, aunque no me pareciesen nada apetitosas.

“Quiero la herida y el tubo de spam, por favor.” El diácono no dio señales de dejarse presionar.

“¿La verdura?”

“Él tendrá lo mismo.”

—¡Oye! —grité desde el techo.

"¿Sí?"

“Estos grumos... ¿de dónde vienen?”

“Leche materna”, dijo Dennett.

¿Leche? Había oído hablar de ella, en algún lugar, hace mucho tiempo. «Ah». Partiendo de la base de que el diácono llevaba aquí más tiempo que yo y no dejaría que Cook lo envenenara voluntariamente, dejé el tema. En su lugar, levanté mi tubo de espagueti e ingerí un chorrito. Tenía un sabor picante, ligeramente áspero, y me recordó algo que debería saber. Contenía proteínas, grasas y carbohidratos mixtos en una emulsión de aceite mineral y agua: podía

digerirla. Incluso era picante, aunque sospechaba que me aburriría muy rápido. Me aburriría hasta el punto de la desesperación si tuviera que comerla durante muchos meses.

Dennett recogió dos porciones de lo que hacía las veces de comida y luego levantó la vista. «Atrapa», dijo, y me lanzó un extremo de la correa del padre Gould. Mientras yo recogía con cuidado al padre, él se sentó conmigo en el banco del techo. «Bienvenida a nuestra acogedora parroquia. Supongo que has estado ocupada, ¿verdad?».

Tenía la boca llena de pasta. Tragué: «Sí. El libro de mantenimiento me tuvo corriendo de un lado para otro como una loca. ¿Nuestra partida transcurrió sin problemas?».

“Todo transcurrió con la mayor fluidez posible…”

“¡Excremento de grackle! ¡Ñam!” (El padre Gould se metió torpemente un envase de comida enlatada en la boca y empezó a masticarlo, sin abrirlo).

—Dadas las circunstancias. Pero estamos avanzando a un ritmo constante de un centímetro por segundo al cuadrado, y si todo va bien, deberíamos poder entrar en tiempo lento en otros tres o cuatro días. Hasta poco antes de nuestra llegada, claro, salvo algún que otro turno de mantenimiento.

“Entonces, se supone que llegaremos... ¿cuándo?”

“Cuatrocientos quince días estándar, más o menos”. El diácono hizo una pausa para apretar delicadamente una gota de pasta en la palma de su mano, y luego se la llevó a los labios mientras yo luchaba por ocultar mi consternación.

(¿*Cuatrocientos quince días?* ¡Le había dicho al agente que quería el crucero más rápido posible! El trayecto solía durar menos de un año estándar, incluso en una órbita de transferencia de energía mínima).

Pero el diácono no había terminado: «Lady Cybelle podrá retomar sus funciones dentro de unos cincuenta minutos, espero y rezo. En ese momento, el sarcófago quedará libre y podremos empezar a construirle al hermano Boris un nuevo torso y cráneo. Si todo va bien, nosotros —te incluyo— podremos compartir la carga de trabajo del padre Gould y devolverle una apariencia de su antigua capacidad cognitiva. Y la vida será mucho más fácil para todos».

“¡Jugo! ¡Pieza de anillo! ¡Giro! ¡*Clunge!*” Gould eructó, esparciendo fragmentos de espagueti tubular por su orificio.

El diácono suspiró. “Las cosas irán mucho más rápido y más fácil una vez que volvamos a tener un equipo de puente completo…”

“¿Y qué hay de la Madre Grávida?”, pregunté antes de poder contenerme.

—Oh, estará contenta cuando Cybelle la deje embarazada —dijo Dennett con indiferencia—. Lo cual me recuerda... ¡Cocina! ¿Cocina? ¡Dime! ¿Te importaría llevarle la comida a mamá?

—Ya estoy en ello —dijo Cook con un bufido, cerrando la escotilla.

Dennett volvió a mirarme con sus penetrantes ojos color zafiro. «Ahora, señorita Alizond. Si me permite la intromisión, tengo curiosidad por saber por qué tiene tanta prisa por llegar a Shin–Tethys».

* * *

Esto es lo que le dije al diácono (pero no es la verdad, ni toda la verdad, ni nada que se aproxime remotamente a la verdad):

—Me gustaría agradecerles la oportunidad que me han brindado de llegar a Highport Shin–Tethys, a pesar de tener poca experiencia como marinero y ser un humilde no comulgante.

Me llamo Krina Alizond–114. Por vocación, disposición y doctorado, soy historiadora: una ligera desviación de mi tradición familiar, pero no una gran diferencia; ambas profesiones implican el análisis de documentos, la evaluación

de fuentes y la conciliación de registros contradictorios. Solo difiere la escala temporal, y si tenemos en cuenta la lentitud del sistema monetario, la divergencia es insignificante: el dinero *es* historia. Pero basta de eso.

Mis colegas y yo seguimos la historia y la evolución del dinero lento, la moneda de cinco mil años de antigüedad que es nuestro único medio fiable para el intercambio de valor a través de distancias interestelares. Por supuesto, su iglesia no necesita involucrarse en la práctica básica del comercio: tiene una misión y su propia forma de llevar el control de sus cuentas internas. Pero para las personas que no forman parte de una institución permanente, algún tipo de reserva de valor permanente es esencial si desean intercambiar bienes y habilidades a lo largo de décadas o siglos. Ofrecer pagar en dólares Hector por un valioso cargamento de especialistas en terraformación está muy bien, pero si diez años luz separan al comprador del vendedor, entonces se necesitan diez años para que cada oferta y demanda cruce la distancia, y para cuando el vendedor intenta gastar esos dólares Hector, han pasado treinta años o más, la burbuja inmobiliaria especulativa ha estallado, los mercados monetarios se han derrumbado y se ha producido una hiperinflación... no, el dinero ordinario cambia de valor demasiado rápido para el comercio interestelar. El dinero *a medio plazo,* el dinero inmovilizado en bienes raíces o bonos a largo plazo, también es demasiado volátil para operar a través de cualquier distancia interestelar que no sea la más corta (aunque

funciona de maravilla para los intercambios interplanetarios). Pero el dinero lento...

De acuerdo, me detendré. Lo siento. Simplemente doy por sentado que a todos les resulta tan fascinante como a mí el fundamento esencial de nuestro sistema de comercio cósmico.

¡Muy bien! Iré al grano.

Hace mucho tiempo existía la tradición de los viajes académicos: los eruditos viajaban para asistir a congresos, asambleas sagradas y eruditas donde los jóvenes podían absorber profundamente la sabiduría de los mayores y los nuevos iniciados podían ser presentados ante el cónclave. Sí, igual que su sínodo. Obviamente, la lentitud de los viajes interestelares dificulta, si no imposibilita, el mantenimiento de esta tradición. ¿Quién querría ser depositado en un chip de alma, serializado, rociado en la estación de baliza de un sistema estelar extranjero y reencarnado en un nuevo cuerpo, para luego revertir el proceso y regresar a casa años o décadas después, solo para pasar una semana estudiando con sus colegas? Requeriría una dedicación extraordinaria, por no mencionar las enormes sumas de dinero para pagar el congreso y la disposición de los participantes a perder valiosos años de estudio durante el viaje. Peor aún: para organizar un verdadero congreso, muchos eruditos tendrían que viajar simultáneamente. ¡Imaginen el caos si la mitad de los miembros de toda una profesión desaparecieran durante

un par de décadas! O la paranoia que les generaría el hecho de que *no se les* echara de menos.

Pero últimamente, en los últimos siglos, mi orden ha redescubierto una práctica diferente y más antigua: la peregrinación académica.

La nuestra no es una disciplina de rápidos cambios. Tras milenios de lenta deliberación, concluimos que la peregrinación serial era la mejor manera de asegurar la difusión de nuestro conocimiento profesional. Periódicamente, enviamos a uno de cada diez de nosotros en peregrinación para visitar y estudiar con otros cuatro de su misma especialidad. Existen algoritmos de recorrido de redes que se remontan a la antigüedad: con una planificación cuidadosa, la mitad de nosotros podemos aunar nuestros conocimientos en el lapso de un par de décadas, con mayor profundidad, aunque menor amplitud, que en un sínodo, y con un nivel de interacción muy similar. Y para un grupo más reducido y selecto de peregrinos, se hace posible estudiar con muchos; es una vía clara para el progreso.

¿Y Yo?

Bueno, cuando partí de Nueva California, todo parecía perfectamente claro: primero, debía residir y estudiar con mi colega, el profesor Chen, en Ganesh (Vista VIIA) durante medio año. Luego, me dirigiría a GJ 785/Faro 4 para ocupar un puesto docente de tres años en la Universidad de Rosen,

trabajando con el Dr. Jansen. Después, en un abrir y cerrar de ojos, me dirigiría a Taj Beacon en el Sistema Dojima, y de allí a una de las Altas Repúblicas del cinturón exterior, para estudiar con mi corresponsal y lejana hermana Ana Graulle–90; y desde ese puesto, transitaría a otros dos destinos, para luego regresar a casa, casi medio siglo después de mi partida. Eso, y cinco años más sabia: cinco años dedicados al estudio universitario intensivo con mis compañeros académicos.

Por desgracia, los planes trazados con décadas de antelación rara vez llegan a buen término. (Por eso necesitamos una moneda lenta para... sí, sí, ya lo sé). Cuando llegué a la oficina del Dr. Jansen, me esperaba una carta de Ana: ¡se mudaba a un reino de nivel medio en Shin–Tethys, nada menos! ¡Y descendía a un trabajo de base desde las altas esferas de la academia! Así que, en lugar de un vuelo tranquilo a una colonia de asteroides civilizada y con larga tradición, me encontré sola en Taj Beacon, buscando desesperadamente transporte a Shin–Tethys. Y entonces, mi hermana desapareció.

Así que tendré que encontrarla. Aunque eso signifique que tenga que desarrollar branquias y aprender a nadar.

Capítulo IV

VISITANTES

Después de comer, fui a mi celda y me dejé llevar por unas horas de sueño perturbador, plagado de sueños. La celda estaba vacía e incómoda, así que al despertar fui a buscar la fábrica comunal y les pedí que me hicieran un saco de dormir, algunos cojines y cables, y un traje de repuesto de ropa cómoda y ligera. (No quería la sotana del pastor; pero necesitaba algo para protegerme de la suciedad y conservar el calor corporal, y el mono que me habían dado desde que salí de la sala de llegadas del Taj Beacon necesitaba urgentemente una buena limpieza).

Durante los dos días siguientes, me acostumbré a una rutina cómoda de limpieza y revisión de las áreas de carga en las secciones de la capilla que contenían la atmósfera. De vez

en cuando, el diácono me encomendaba alguna otra misión: llevar comida y consuelo a la Virgen Grávida, limpiar al Padre Gould, o incluso hacer una breve prueba manejando uno de los esqueletos a control remoto. En esto último resulté completamente inútil: la capacidad de dirigir varios cuerpos simultáneamente es una habilidad militar. (Supongo que al Padre Gould le correspondía esa tarea tan poco envidiable porque hacía mucho tiempo había sido sargento de armas en la guardia personal de uno de los metapapas).

«Una vez que alcancemos una aceleración constante, podremos ralentizar el tiempo», anunció Dennett tras la cena del segundo día. «Creo que reducir la velocidad a una quinta parte del tiempo real será suficiente para que el tiempo transcurra sin perder la noción de la situación. Por supuesto, tendremos que retomar el tiempo real cuando llegue el momento de despertar a la Dama, y de nuevo a nuestra llegada».

Y así fue como, al tercer día, todo se ralentizó. La sensación de entrar en un ritmo metabólico pausado a bordo de un vehículo en aceleración fue bastante singular: nuestra aceleración pareció aumentar notablemente, las luces ambientales se intensificaron, los líquidos se volvieron fluidos, el aire se enfrió. Claro que todo esto eran interpretaciones subjetivas; en realidad, simplemente mi percepción de los procesos físicos a mi alrededor se había ralentizado, pero cualquier cosa que hiciera que las semanas pasaran como días era, en mi opinión, algo bueno. Incluso la

mayor sensación de gravedad facilitó el desplazamiento por los túneles y cámaras de la capilla sin rebotar contra las paredes y el techo al azar. Puede que nos estuviéramos moviendo a casi un kilómetro por segundo con respecto al Taj Beacon, pero nuestra aceleración de tres milésimas de g apenas bastaba para mantener los pies en el suelo.

Por supuesto, la ralentización del tiempo tenía su lado negativo. El intermitente trazo de líneas blancas que cruzaban mi campo visual —fuegos artificiales incluso en la oscuridad— parecía intensificarse: la radiación cósmica ejercía su nefasta influencia tanto sobre los mecanocitos como sobre la médula ósea. Puede que uno no experimente el paso del tiempo de la misma manera, pero aun así causa estragos en el organismo.

* * *

En el quinto día subjetivo —en realidad, unos catorce días después de iniciado el viaje— estaba trasladando accesorios de la sacristía a la sala de fabricación para su remanufactura cuando sonó la caja de control. «Krina, dirígete inmediatamente a la cabina de mando. Se trata de una anulación de prioridad».

La cabina de mando era un pequeño hueco en el nivel superior, a un lado de la parte trasera de la nave: un incómodo banco con imponentes filas de botones color

hueso y coronado por varias filas de tubos de órgano verticales. Nunca había tenido motivo para visitarla, pero la había visto de pasada. Tradicionalmente el asiento del organista en una antigua iglesia, la cabina de mando servía ahora como sala de control desde donde el jefe de la misión —en ese momento el diácono Dennett— supervisaba los sensores de la capilla y dirigía sus potentes motores. Normalmente estaba vacía: los eventos que requerían supervisión a bordo de una iglesia espacial ocurrían con éxito (mediante planes con meses o años de antelación) o fatalmente (en cuestión de milisegundos). Al entrar en la nave, descubrí a Dennett en el banco del organista, acompañado por un trío de marionetas esqueléticas del padre Gould, con su túnica negra envuelta alrededor de él como la túnica de un juez en ejecución.

—¡Señorita Alizond! —Su tono fue cortante.

Me quedé de pie en medio del suelo de baldosas, mirándolo fijamente. Había estado esperando —de hecho, casi temiendo— un momento como este desde que me incorporé. —¿Sí? —pregunté, intentando que mi voz sonara lo más firme posible.

"¿Qué sabes de los piratas?"

"¿Qué?" Miré a Dennett con cara de estupidez. Este *no era* el enfrentamiento que esperaba.

—¡Piratas! —Me miró con furia—. Adáptate al tiempo real. Es una orden.

—¿Piratas? —chillé mientras aceleraba (luces enrojeciendo, gravedad disminuyendo). —¿Qué? Eh... No son mi especialidad histórica...

“Esta situación no tiene nada *de histórico.*” Dennett había igualado mi aceleración: ahora señaló el atril que tenía delante. “Un grupo de maleantes nos llamó hace una hora. Estaban esperando a que abandonáramos el espacio controlado por balizas, y ahora nos están superando en aceleración. Dicen que quieren *inspeccionar nuestra carga.*” Me miró fijamente con lo que supongo que pretendía ser otra mirada de acero: “¿Y bien?”

Me quedé boquiabierta mirándolo fijamente durante unos segundos. ¡Piratas! Esto no era para nada lo que me había imaginado, ni mucho menos. Era, si cabe, mucho peor. Recogí mis pensamientos dispersos. "¿Quieren tu cargamento? ¿Acaso no saben que esto es una capilla?"

—Sí, claro, eso es lo que dice nuestra baliza transpondedora. Chasqueó los dedos con impaciencia: —Igualmente claro, no nos creen. Gould, deténla. Los huesudos guardaespaldas me rodearon, zumbando y chasqueando mientras me sujetaban las muñecas y los tobillos y me alejaban de cualquier superficie desde la que pudiera apoyarme. Algo frío me pinchó la nuca. —Señorita Alizond.

Debo exigirle una respuesta sincera: ¿*Es usted una espía pirata?*

No creo que le gustara que se rieran de mí, pero, para su crédito, Dennett esperó a que me calmara: «¡Tienes que estar bromeando!», logré decir, una vez que se me pasó el ataque de risa. La situación era obviamente grave —como capitán interino de esta nave, Dennett podía, en principio, someterme a juicio y arrojarme a la fuerza por la esclusa de aire más cercana—, pero confieso que me tomó tan por sorpresa que no tuve tiempo de asustarme, y el humor de la situación afloró. «No solo no soy un espía pirata, ¡sino que ni siquiera sabía que este sistema *tenía* piratas! Eh... ¿Qué hacen exactamente? ¿Intercambian archivos ilícitos y denuncian los frauddes de la propiedad intelectual?».

—Son *piratas* —dijo Dennett, con las pupilas dilatadas y la piel erizada—. Obviamente no estás mintiendo, pero te advierto que te irá mal si te haces la tonta a propósito.

“No veo de qué tienes miedo. No es como si llevaras algo más que la Maldición de lo Frágil, ¿verdad?” De repente, reconocí mi error: “Ejem. Eso no es asunto mío, y no quiero saberlo. Si me equivoco, quiero decir. Pero esta es la Iglesia de lo Frágil, y la Iglesia jamás se involucraría en ninguna actividad como, eh, algo que pudiera interesar a los malhechores. ¿O sí? Y de todos modos, ¿acaso cualquier pirata que te tocara no estaría atrayendo la Maldición de lo

Frágil? Así que, si yo *fuera* espía de un barco lleno de piratas, les diría que no perdieran el tiempo…”

—¡Oh, *muy* bien! —gruñó el diácono. Mis disculpas claramente lo irritaron, incluso mientras las escuchaba. —Déjala ir —añadió, casi como una ocurrencia tardía. Unos dedos huesudos soltaron mis mangas y tobillos, y el frío que sentía en la nuca desapareció—. Puede que no sea usted una espía, señorita Alizond, pero sé que oculta secretos, y debo advertirle que la traición a la Madre Iglesia tendrá su merecido castigo. Aún está por verse cómo manejaremos esta situación. La última vez que revisé el sarcófago, decía que Su Señoría estaría lista para despertar en sesenta horas: ¡*Podría* mandarlos a paseo! Si tan solo nos dieran ese tiempo...

—¿A qué distancia están? —pregunté.

“Si mantienen su aceleración actual y no tomamos ninguna medida evasiva adicional, deberían alcanzarnos en catorce horas. Dado que actualmente nos estamos alejando de ellos a máxima potencia, eso parece probable.”

“¿Acciones evasivas adicionales?”

El rostro de Dennett se transformó en una sonrisa salvaje y puntiaguda cuando uno de sus compañeros de alma apareció. —¿Prefieres ser abordada por piratas aburridos o

ser auditada por piratas furiosos? Considera bien tus opciones: habrá un examen práctico más tarde.

—Ehm. —Me giré para mirar el sarcófago en el pasillo—. ¿Qué te hace pensar que *ella* podría cambiar la situación?

—Es una *sacerdotisa* —dijo Dennett con tono despectivo. Con el don que conlleva su rango. Todas las misiones deberían tener una.

"Oh, ¿quieres decir que ella puede...?" Hice el gesto de tocar uno de los esqueletos: incluso con la personalidad fracturada del Padre Gould respaldándolo, tuvo la suficiente consciencia como para captar mi significado y retroceder.

—Sí, tiene un don especial. —Dennett me miró de nuevo, esta vez con una expresión claramente interrogativa—. Tienes casi la misma estatura que Lady Cybelle. Dime, ¿sabes actuar?

* * *

Soy historiadora, no artista. Sin embargo, una de las ideas clave que el estudio de mi campo exige a sus estudiantes es entender que la gente de antaño no era estúpida; era *diferente* y se regía por limitaciones sociales ajenas a las nuestras, por no hablar de las desventajas tecnológicas y científicas, pero su falta de la sabiduría de la era moderna no

debe confundirse con necedad. Por consiguiente, una de las técnicas que utilizamos para ayudar a los nuevos estudiantes a superar sus ideas preconcebidas es hacerles recrear la vida de épocas pasadas, meterlos en el personaje, por así decirlo; utilizamos técnicas teatrales para que rechacen sus prejuicios y puedan, posteriormente, enfrentarse al registro histórico con una mente abierta. Es a través de este método que, a lo largo de las décadas de mi estudio, he adquirido cierto conocimiento del arte de la representación teatral popular.

Eso no quiere decir que alguna vez hubiera contemplado la posibilidad de suplantar la identidad de una sacerdotisa de la Iglesia de los Frágiles, y mucho menos hacerlo a instancias de un miembro joven del clero.

—A la sacristía —me ordenó Dennett—. Se salvó del accidente, así que las vestiduras están intactas; nuestros perseguidores no pueden tener idea del aspecto ni del delicado estado de Su Gracia, pues yo me encargué de la misión temporal en Taj Beacon. Y, a juzgar por su trayectoria, no pueden haber interrogado personalmente a ninguno de los desertores. Se le erizó el vello de la mejilla por un instante. Me apresuré a adelantarlo para llegar a las puertas de la cámara lateral antes de que llegara la invasión.

“¿Qué es exactamente lo que quieres que haga?”

Dennett me miró boquiabierto, tan atónito y aterrador como uno de sus cadáveres. «Te vestiremos con sus ropajes

oficiales y les advertirás cuando nos saluden. ¿Qué podría salir mal? ¡Rápido, al armario!»

Un dicho casi tan antiguo como la civilización afirma que la ropa hace a la persona. Sin embargo, no todos somos iguales. Mientras que los rangos inferiores de la Iglesia son tan mortales como cualquier otro ser humano Post o Frágil, los sacerdotes y sacerdotisas de pleno derecho son *superiores.* Las personas normales no tienen control voluntario sobre su propia tecnología, y mucho menos la capacidad de anular y reprogramar sus mecanocitos a voluntad, de manipular los pequeños átomos de nuestro ser y transformarlos en nuevas y extrañas formas. Es privilegio del clero, al igual que de algunos otros gremios sagrados, transformar nuestra forma de vida para adaptarla a nuevos mundos y biosferas alienígenas, recurriendo a la sabiduría de la Iglesia Madre y a sus archivos acumulados de adaptaciones y ajustes, que llevan consigo internamente, implantados en sus propios huesos.

Se necesitan décadas para formar a un nuevo sacerdote o sacerdotisa, y suelen ser, cuanto menos, excéntricos. También pueden reprogramar los mecanocitos de otros para dotarlos de un don sanador, o algo más. Irritar o enfadar a un sacerdote de los Frágiles, plenamente comulgante, conlleva un grave riesgo para la vida: ¡Nadie en su sano juicio intentaría hacerse pasar por una sacerdotisa!

Pero Dennett quería que lo hiciera. Esto, más que nada, revelaba cierta desesperación por su parte. Además: ¡piratas! Ya era bastante malo estar a merced de estos clérigos excéntricos: la única razón que se me ocurría para que los piratas quisieran abordar la capilla era que de alguna manera se habían enterado de mi verdadera misión en el Sistema Dojima. (Pueden llamarme egocéntrica si quieren). En ese caso, dejarlos abordar probablemente sería una *muy* mala idea. La propia Lady Cybelle no estaba disponible, perdida en los sueños confusos de una etapa metamórfica, así que me dejé guiar hasta el trono de vestimenta.

Dennett se dirigió al esqueleto más cercano: «Un espejo, por favor. Y un retrato de Su Gracia». El esqueleto de Gould se colocó a mi lado y sacó un antiguo pergamino de retina del cofre cercano, lo desenrolló y lo alzó. Los píxeles, muertos hacía mucho tiempo, cobraron vida intermitentemente, transformando la luz en una visión iluminada de una mujer de aspecto severo vestida con las vestiduras de la Iglesia. «Sí, tienes aproximadamente la misma complexión. ¿Puedes hacer que tu rostro se parezca más al de la Dama?».

La miré fijamente. Pómulos altos, labios pálidos y fruncidos, una nariz tan adecuada para mirar hacia abajo como la mira de un arma: su expresión de desdén me recordó a mi madre. «Puedo intentarlo». Intenté acomodar mis labios primero; los tejidos superficiales siempre eran más fáciles. Pero nunca he seguido mucho las modas, y mi rostro se había acostumbrado tanto a llevar los mismos rasgos que se me habían quedado

grabados. Después de un minuto de intentarlo, mi barbilla crujió bruscamente y se salió un poco, estirando mi piel incómodamente.

"¡Esfuérzate más!"

"¡Lo estoy intentando! ¡Lo estoy intentando!", dije agitando las manos: "No estoy acostumbrada a esto". Sin previo aviso, mis pestañas izquierdas comenzaron a sobresalir. "Ay. Oh. Claro".

—¿Debería ir a buscar a la Madre Embarazada? —preguntó Dennett—. Me parece que sabe algo de cosmética.

"¿Cuántas personas quieres que participen en esto?" Ese pensamiento lo dejó callado por un minuto, tiempo durante el cual logré acentuar ligeramente mis pómulos. El inquietante talento para la biorretroalimentación cosmética estaba regresando a mí, aunque de forma irregular: después de media hora, me veía bastante parecida a la Dama Cibeles si la examinara un testigo ebrio desde muy lejos y con poca luz.

«Vestimentas. Tráiganle un traje corporal limpio, un chaleco refrigerante completo, una red de telemetría y un forro interior para el traje sacramental…» Los otros dos esqueletos se movían afanosamente como vestidores tras bambalinas en un desfile de modas. Dennett me miró fijamente a la cabeza. «Tienes demasiado pelo. Córtatelo.»

Contuve una respuesta airada. —¿No se obstruirán los filtros de aire? —pregunté. Lady Cybelle podría haber optado por raparse, pero no veía cómo eso podría afectar la percepción de personas tan antisociales como los piratas. Además, que me volviera a crecer la cabellera llevaría tiempo; a 0,04 milímetros por hora, podrían pasar meses antes de que volviera a tener un aspecto normal.

—Hazlo —insistió Dennett. Puse los ojos en blanco en señal de rendición: él me sujetó el pelo mientras yo ordenaba a mis folículos pilosos que lo soltaran. —Le pediré a la Madre que teja una peluca que puedas usar mientras te crece.

Finalmente, me terminó a su gusto, con mis rasgos deformados hasta asemejarme a su superiora. Me vestí con sus prendas extrañas y complejas (todavía me pregunto: ¿los trajes espaciales de los Frágiles tenían *realmente* conexiones tan íntimas? ¿O acaso la Iglesia tiene algún extraño requisito penitencial de mortificación de la carne? Porque eran sumamente incómodos) y finalmente estaba lista para regresar a la cabina de vuelo. «Yo me encargaré del panel de control de comunicaciones», me dijo. «Esto es lo que quiero que digas…»

* * *

Imaginen a una sacerdotisa, terrible y austera, con la sobrepelliz formal y el traje espacial de la Iglesia Madre de lo

Frágil. Imaginen a esa sacerdotisa —un ser totalmente dedicado a la propagación de la misión de nuestro creador en la galaxia— de pie con mirada severa detrás del altar de una capilla en vuelo. El altar está coronado por los artefactos ceremoniales de su fe: la impresora de tejidos y el bisturí, el radomo y el vaso de flebotomía. Detrás de ella se alinean los muertos resucitados, dos y dos a cada lado, espectros esqueléticos cuyas sonrisas sin sentido inducen al observador a recordar con inquietud que la suya es una misión más antigua que la civilización misma: que la suya es el poder de ordenar a los mismos tejidos del cuerpo del observador que se arrastren avergonzados de su andamiaje de hueso metálico.

A un lado, Dennett me hizo una señal con la mano. Congelé mi rostro con una expresión de profundo desdén y fijé la mirada detrás de la pantalla que tenía delante.

Estimado lector, me parece improbable que usted haya conocido personalmente a un jefe pirata. Yo tampoco, en aquel entonces, antes de que el diácono iniciara la llamada. Es normal sentir cierta vacilación ante lo desconocido. Así que mantuve mis cromatóforos y músculos completamente inmóviles mientras la pantalla brillaba y revelaba lo que yo creía que era la cabina de mando de nuestro perseguidor. Créame, era muy diferente al foso de un órgano de una capilla en pleno vuelo.

—Vehículo de la supuesta Iglesia B017, aquí Permanente —el orador hizo una pausa, visiblemente sorprendido, y me miró fijamente antes de terminar—, la Oficina de la Sucursal Carmesí Cero Cinco llama a un supuesto vehículo de la Iglesia. Creemos que está volando con un código de transpondedor falso y tenemos la intención de abordarlo y auditarlo en busca de contrabando. Por favor, confirme la recepción.

Observé fijamente al pirata. Era peludo y de nariz chata, algo arrugado, ligeramente húmedo y grisáceo en los bordes, y su voz era irritantemente aguda y chillona: estaba sentado acurrucado en una estera o nido con forma de cuenco tejido con ramitas al azar, rodeado por una neblina de polvo y suciedad flotantes. Sus orejas, largas y puntiagudas y perforadas por brillantes aros de metal, se movían de un lado a otro: sus ojos eran completamente oscuros, sin esclerótica. Solo su sonrisa traviesa y dentuda tenía algún sentido pirata. (Detrás de él, una colonia de individuos de aspecto pirata, muchos de ellos envueltos en capas de goma gris negruzcas, colgaban boca abajo en la red de aceleración de la cubierta de vuelo de su vehículo). Había estado esperando, en parte, el glamour salvaje y los parches dorados en los ojos de la mitología; la realidad era confusamente diferente.

«Soy Su Gracia Cybelle, sacerdotisa de esta parroquia. Su sospecha es infundada: este es un lugar de culto, dedicado a la santa misión de la propagación, y si sube a bordo, incurrirá en la ira eterna de la Madre Iglesia». Le lancé una mirada gélida, canalizando toda la virulencia y el desprecio con que

mi madre destrozaba a un subordinado que, por desgracia, había cometido un error al colocar una coma decimal en un cálculo de interés compuesto. «¡Debe *reconocer* que comprende y acepta esta declaración de inmediato! Eso es todo lo que tengo que decir».

Le hice un gesto a Dennett para que cortara la comunicación, pero algo captó su atención y su respuesta tardó, lo que le dio al pirata un segundo crucial para recuperar la iniciativa. Me dedicó una sonrisa maliciosa, dejando ver sus afilados colmillos. «Je, no te librarás de nosotros tan fácilmente. Si eres *un* instrumento de la Iglesia, claro que no tendrás problema en recibir a un puñado de tus feligreses, ¿verdad? No te preocupes, solo vamos a pasar a dar una comunión amistosa y respetuosa». Soltó una risita en falsete y luego se llevó una mano a la boca: un pliegue de piel membranosa se extendió tenso por su cuerpo. «La Iglesia no tiene nada que temer de gente como nosotros, pues es *honesta* al decir que es una casa de culto, si me entiendes».

Miré a Dennett, pero por su expresión de asombro y sorpresa, se notaba que estaba tan desconcertado como yo por esta inoportuna imposición. Hasta el momento, el jefe pirata no me había acusado directamente de ser una impostora, pero ¿cómo iba a mantener la ilusión durante una misa de comunión? La transustanciación del caldo nutricio en las santas células madre pluripotentes de nuestros antiguos antepasados Frágiles es la manifestación más pública de la bendición del clero. Me obligué a reprimir un trago reflejo

(otro vestigio del sistema nervioso de nuestros predecesores) y miré fijamente al pirata.

—Si insiste —dije con frialdad—, debe saber que este vehículo sufrió un —vacilé un segundo— un *percance estructural en pleno vuelo* hace algún tiempo. Varios miembros de la misión murieron —Dennett me gesticulaba frenéticamente, pero lo ignoré— y no hemos reparado completamente los daños. Por consiguiente, no tenemos ni tiempo ni capacidad para complacer sus demandas insultantes y triviales. Si sube a bordo, nos encontrará tal como somos, y la Madre Iglesia *no* perdonará ni olvidará ningún insulto que se le ofrezca. Mis viejas dotes interpretativas, como músculos poco usados, crujieron y gimieron al recurrir a ellas. —¿A quién le propongo a mi obispo como líder de su banda de malhechores?

El pirata bostezó. «Nómbrame para Su Gracia como Analista Jefe de Negocios Rudi el Terrible». Más risitas, esta vez del coro de piratas cabeza abajo detrás de él: «¡Asistiremos a la comunión mañana! Y a investigar ciertas acusaciones inquietantes de fraude de seguros que nuestra principal agencia de contratación nos ha pedido que investiguemos en nuestra calidad de peritos de siniestros independientes. Si todo es como dices, con gusto desmentiré los rumores perniciosos que circulan en Taj Beacon según los cuales Su Gracia se vio gravemente afectada por la reciente fusión de su reactor. Buenos días». Y con eso, cortó la llamada.

* * *

“¡¿Qué vamos a hacer?!” exclamé, saliendo abruptamente de mi personaje.

«Tranquila, hija, algo va a pasar». Dennett estaba claramente afectado y recurrió a su imagen pastoral, la misma que usaba para consolar a los feligreses. No resultó muy convincente.

“¡No puedo celebrar la sagrada comunión! Se darán cuenta enseguida…”

“Silencio. No lo harán, porque no te pondré en esa situación. Déjame pensar.”

Dennett caminaba con paso firme por el rincón del organista, con la cabeza y los hombros encorvados, sumido en sus pensamientos mientras rebotaba contra las paredes, el techo y el suelo. Poco después, se calmó. «Creo que debería atender a Su Gracia», dijo, y se giró hacia la nave.

El sarcófago de Lady Cybelle reposaba sobre un pedestal de piedra en el centro de la capilla. Tenía forma de campana truncada de acero, con la superficie marcada por escotillas circulares en la parte superior y los laterales, y un pequeño ojo de buey oculto por instrumentos: la forma clásica de la *Soyuz* o «Carro Celestial» en la que los Frágiles se aventuraron por primera vez más allá de la legendaria

atmósfera de la Tierra Frágil. (Todavía hoy es común encontrar cápsulas *Soyuz* y gárgolas adornando el exterior de las capillas mendicantes mientras migran lentamente entre las estrellas). El tres es un número sagrado, por lo que originalmente albergaba tres camas reclinables para sus vulnerables pasajeros; sin embargo, los dos divanes exteriores habían sido retirados y reemplazados por las tinas de alimentación y las impresoras de materia orgánica que vertían lentamente su técnica de médula —y con ella, la vida— de vuelta en los brillantes huesos de aleación de la sacerdotisa gravemente quemada.

"No se va a integrar antes de que lleguen, ¿verdad? Faltan dos días, ¿no?" Me di cuenta de que estaba repitiendo las mismas excusas de Dennett.

—Eso era cierto la última vez que lo comprobé —dijo entre dientes—. Volveré a comprobarlo. Quizás el caballo aprenda a cantar si aumento el flujo de perfusión y reduzco el umbral de integración del tejido diana.

Observé durante unos minutos cómo el diácono trasteaba con el panel de control exterior del sarcófago, profiriendo palabrotas de la manera más escandalosa y profana. «Señorita Alizond, necesito que vaya a buscarme cincuenta litros de glucosa isotónica estéril en solución salina normal, un cartucho de dos litros de propilenglicol y al menos veinte kilos de tubo de ensayo». Miré a mi alrededor, pero él iba delante de mí. «Los mandos a distancia ya me están trayendo

un intercambiador de calor para el traje. Forzar la integración de sus tejidos le provocará una fiebre peligrosa, pero si consigo meterla en un traje interior y bombear agua fría a través de él, podría forzar su maduración a tiempo. Su Gracia ya está casi completamente presente en cuerpo, si no en alma... ¡Vamos! ¡Muévete!».

Lo dejé supervisando lo que estaba sobre la losa y fui en busca de lo que necesitaba. Lo que, en la práctica, significó bajar a la cocina y otra oportunidad tediosa para intentar convencer a Cook de que me diera lo necesario para vivir. Y así fue como me perdí la mayor parte de lo que sucedió después, lo cual probablemente fue lo mejor.

Capítulo V

IDENTIDADES EQUIVOCADAS

No creo en buscar culpables cuando las cosas salen mal. Es una actividad improductiva y, lo que es más importante, genera una actitud defensiva, lo que reduce la disposición a cumplir con los protocolos de control de calidad destinados a prevenir que se repitan los problemas. Pero, sinceramente, me culpo a mí misma. Lo admito sin reservas: me dejé llevar por el peculiar patrón de actividad del personal de la capilla. Probablemente ya se habrán dado cuenta de que los miembros del personal que decidieron permanecer a bordo de la misión se limitaban a sus puestos y se comunicaban muy poco: el cocinero se quedaba en la cocina, la Madre Grávida gestaba en su telaraña, el diácono Dennett merodeaba en su foso del órgano, y así sucesivamente. Durante mis ratos libres, me escondía en mi celda, tras una escotilla cerrada con llave, y a nadie parecía importarle: sin duda, para ellos yo era

solo una pieza más del rompecabezas. Eran menos un equipo y más un grupo disperso de individualistas taciturnos y retraídos. Además, no parecía existir una red de comunicaciones propiamente dicha en toda la capilla: al menos, no una que nadie me hubiera presentado o a la que me hubiera conectado.

Fue culpa mía, y de nadie más, que no preguntara por las comunicaciones. Y, por lo tanto, fue culpa mía cuando llegué a la cocina y encontré la ventanilla sellada y en silencio. Golpeé la ventanilla, esperé, volví a golpear, perdí la paciencia: «Caja, ¿dónde está el cocinero?».

La caja parlante guardó silencio por un instante. Luego: “Cook está en la celda de la Madre Grávida”.

Juré. "¿Qué hace él allí?"

El bromista prehistórico que programó las respuestas de la caja tuvo la última palabra: «Datos insuficientes. ¿Tienes hambre?». Guardé la caja en mi cinturón y me dirigí rápidamente a la entrada del Pasillo Dos del Mausoleo.

En cuanto llegué al pasillo, supe que no estaba sola. Alguna cualidad de las corrientes de aire o las sombras proyectadas por las tenues lámparas que parpadeaban en las manos huesudas de los ocupantes del nicho: no estaba segura de qué era, pero sabía que algo no andaba bien. Al entrar, instintivamente me dirigí hacia la habitación de la Madre

Grávida, así que al principio no pude girar la cabeza para ver, pero me agarré a un fémur que sobresalía y le di un giro a mi trayectoria. "¿Hola?", grité.

La desconocida me miró con expresión inexpresiva. Permanecía inmóvil junto a la escotilla del Nodo de Almacenamiento Quince, congelada en el acto de abrirla. Capté una mezcla confusa de impresiones: una mata de pelo corto, un rostro suave y redondeado, un austero traje de caída libre de una sola pieza y algo extraño en su forma de mirarme que me puso en guardia.

—¿Quién eres? —pregunté, con la suficiente cortesía, como si encontrarme con una persona desconocida a bordo de un vehículo en vuelo no tuviera nada de peculiar—. ¿Has visto a Cook?

La desconocida se estremeció, girando y apoyando los tobillos contra la escotilla del Nodo de Almacenamiento Quince. —¿Cómo te llamas? —me preguntó con una voz tan monótona e inexpresiva como la de un sintetizador. Al igual que yo, llevaba un cinturón multiusos con varios objetos enganchados. Entre ellos, un cuchillo con una hoja tan larga como mi mano, desde la muñeca hasta la punta del dedo corazón, hacia la cual se dirigía su mano derecha.

La inquietud de la incertidumbre se convirtió en convicción: «¡Tengo que correr! ¡Adiós!», grité, lanzándome con urgencia hacia el entrenudo con el Pasillo Tres del Mausoleo, el Nodo

Cuatro de Almacenamiento y la Pasarela Axial Azul. No intenté controlar mi velocidad, sino que apunté a la escotilla atascada y la agarré con ambas manos, deteniéndome bruscamente mientras la daga del extraño zumbaba furiosa y se orientaba, sus rotores rechinando en el aire mientras giraba hacia mí, preparándose para atacar. Su dueña se estaba preparando para saltar, sus ojos azules vacíos fijos en mí sin rastro de piedad en su expresión.

Tiré de la palanca de emergencia con todas mis fuerzas. Luces rojas parpadearon mientras la escotilla silbaba ruidosamente y se cerraba de golpe. Un segundo después, un *estruendo metálico* y un gemido furioso me confirmaron que mi temor estaba plenamente justificado. Miré hacia la parte trasera de la escotilla, intentando reprimir la creciente ola de pánico. La ANULACIÓN DE VACÍO parecía prometedora: giré el interruptor, bloqueándolo mientras intentaba comprender lo que sucedía. ¡Me había lanzado un cuchillo! ¿Quién era ella, una polizona o una agente de los piratas? Era imposible saberlo. Pero no podía aislarla; mucho antes de que pudiera recorrer el anillo de pasadizos, podría estar fuera del Pasadizo Tres y en algún otro lugar. Tendría que encontrar la manera de advertir al diácono de su presencia a bordo; que *él* se encargara de ella.

La celda de la Madre Grávida estaba a poca distancia: dos nodos, tres tubos. Corrí hacia ella (o mejor dicho, reboté, pateé y di saltos hacia ella, haciendo volteretas desde cualquier superficie disponible). Menos de un minuto

después, llegué a su puerta. Estaba cerrada. Agarré la rueda de seguridad y la usé como ancla mientras golpeaba la puerta: «¡Déjame entrar!».

No hubo respuesta inmediata. Presa del pánico, agarré la caja parlante. —¿Puedes desbloquear la puerta de la Madre Grávida? —le pregunté. —Se requiere mantenimiento urgente, por orden del diácono Dennett.

“Espere un momento”, la caja vaciló.

“¡Ábreme la puerta o te usaré como llave inglesa! Hay una desconexión de telemetría…”

Funcionó. La puerta se abrió con un fuerte *golpe seco* proveniente de algún lugar del marco. La abrí de un tirón y caí en la habitación de la Madre Embarazada.

“¡Oye! ¡Fuera de…!”

“¡No, atrápala!”

—¿Perdón? —Me sonrojé, terriblemente avergonzada, mientras cerraba la puerta tras de mí. (Evitar la vergüenza es menos importante que evitar a asesinos armados con cuchillos).

La embarazada me miró fijamente desde la hamaca, donde flotaba enredada con Cook. Algo era desagradablemente evidente: habían quitado la mayoría de los cojines y

edredones de la cama por alguna razón, por no hablar de su ropa. —¿Qué *significa* esto? —preguntó, con el rostro enrojecido. No era la única parte de su anatomía expuesta: intenté no fijarme.

Cook se giró bruscamente —cuando yo entré, estaba de espaldas a mí— para poder mirarme de reojo. —Sí, ¿qué estás...?

—¡Hay una intrusa con un cuchillo! —exclamé—. El diácono Dennett me envió a buscar provisiones urgentes para la sacerdotisa, ¡pero hay una intrusa a bordo! Intentó matarme. ¡Y nos van a abordar unos piratas!

Cook miró a su compañera con lujuria. —Ha perdido la cabeza —gruñó—. Déjame encargarme de...

—¡Tienes que ayudar! —supliqué—. ¡Es una crisis! Lady Cybelle necesita veinte kilos de tubo y cincuenta litros de suero intravenoso, y lo necesita *ahora mismo* porque el diácono está intentando acelerar su integración, ya que nos abordarán piratas en menos de dieciséis horas y lo único que puedes hacer es... —balbuceé. Era evidente que Cook y la Madre Grávida compartían una fascinación mutua por la exploración anatómica: en cualquier otro momento, su desagradable distracción no me habría incumbido, pero ahora mismo les nublaba la mente. De hecho, ni siquiera tuvieron la decencia de desacoplarse y vestirse. —¡Qué asco! —chillé.

Entonces Cook se separó de su compañero y se giró para mirarme. Aparté la mirada. «Solo porque tú no estás consiguiendo nada», se burló.

La Madre Grávida suspiró teatralmente. —No hay forma de razonar con ella, Willard —le dijo a su compañero en silencio—. Conozco a gente como ella. *Tú.* —Me miró—. No le vas a decir ni una palabra al diácono, ¿verdad? Ni a Su Señoría, cuando vuelva a la vida. Ni al Padre Gould. ¿*Verdad?*

Negué con la cabeza. "¿Por qué lo haría?"

—Porque si lo haces —interrumpió Cook amenazadoramente—, yo...

—Da *igual* —espeté—. ¿No estabas escuchando? Estamos en serios problemas. —Relaté lo que me había sucedido desde la invocación de Dennett—. La intrusa probablemente sea una espía pirata —concluí—. Y si Dennett no consigue la materia prima que necesitamos, nos quedaremos sin una sacerdotisa.

—Ve a ver a la intrusa, querido. Y tráele a Dennett lo que necesita. —La Madre Embarazada empujó a Cook—. Tú —me dijo— te quedarás *aquí* y me harás compañía mientras él no esté. Su voz tenía un tono duro, prometiendo dolor si la desobedecía.

“Pero tengo que…”

Extendió sus tres manos robustas y me agarró los tobillos. "No irás a ninguna parte hasta que yo te lo diga".

—Pero yo… —Mientras me sujetaba, Cook agarró un fajo de ropa de un lado de la puerta, abrió la trampilla y salió de un salto. Se cerró de golpe con un fuerte *clic.*

—No le *vas* a contar a nadie lo que viste, ¿verdad? —dijo, sacudiéndome.

—Por supuesto que no. Miré hacia la puerta. —¿Crees que hará lo que dijiste? —pregunté.

«Si quiere volver a acostarse conmigo, lo hará». Arqueó la espalda contra la tela de la cama, sus seis generosos pechos apuntándome como bocas de pistola. ¿Acaso esa expresión pretendía ser una sonrisa pícara? ¿O un gruñido dominante? ¿Por quién me tomaba? «Ponte cómoda. Aquí estamos a salvo de tu acosadora, siempre y cuando la puerta permanezca cerrada».

* * *

Sin que yo lo supiera, mientras intentaba asimilar la vergüenza que me producía haber sorprendido a la Madre Grávida y al Cocinero en *flagrante delito,* sucesos trascendentales y fatales estaban ocurriendo en otro lugar a bordo de la capilla.

Tras mi partida, Dennett siguió adelante, tal como había prometido: ajustando los aportes de energía y agua, manipulando la temperatura del sarcófago de Lady Cybelle y, en general, entrometiéndose en asuntos para los que, en realidad, no estaba capacitado. Quizás un sacerdote plenamente iniciado en los Misterios de lo Frágil habría podido armonizar la cuba de fermentación de mecanocitos semisalvajes con la voluntad unificadora del esqueleto y el cuerpo aún dormidos de Cybelle. Pero Dennett era un ministro subalterno, con escasa preparación para una tarea tan exigente; y, más aún, con la suficiente inexperiencia como para confiar excesivamente en sus propias capacidades.

Soy historiadora, no una iniciada, pero al preparar este documento, he intentado informarme sobre la naturaleza precisa de la tarea que nos ocupa. Los cuerpos de las personas —los cuerpos de las personas post–Frágiles como tú y yo— están, al igual que los de los Frágiles, hechos de células. Pero mientras que las células Frágiles son frágiles sacos de ácidos grasos, péptidos y agua, nuestros mecanocitos son más grandes, mucho más complejos y contienen subsistemas de control de diseño completamente artificial. Las células Frágiles pueden replicarse, pero son extremadamente difíciles de reprogramar; mientras que un mecanocito puede recibir órdenes, se le puede indicar a qué vecinos unirse y en qué tipo de tejido orgánico transformarse. Los mecanocitos no se autorreplican, sino que son fabricados por los tecnecios especializados de la médula ósea, ubicados

en nuestros huesos largos, o se producen en masa en fábricas. No padecemos *cáncer,* la enfermedad de la autorreplicación incontrolada. Pero si sufrimos daños excesivos, es posible que no podamos recuperarnos sin una infusión externa de mecanocitos crudos en masa; y entonces necesitamos un supervisor de ingeniería o un sacerdote que los programe para convertirlos en tejidos funcionales útiles, no sea que acabemos siendo devorados por una bola de materia indiferenciada y salvaje. Los mecanocitos en un cuerpo deben sacrificar parte de su autonomía por el bien común; intercambian nutrientes y energía, obedecen órdenes y pujan por recursos. De hecho, existe una economía interna que une a los «citos» de un cuerpo: un mercado impulsado por la deuda creada por la existencia de su huésped, una vida definida por su voluntad de cooperar. La muerte no es más que la liquidación voluntaria de una economía de agentes libres microscópicos, la redención de la deuda de la vida estructurada. Después de todo, somos *homo œconomicus.*

Lady Cybelle murió durante el accidente del micrometeorito que dañó la capilla. No resultó herida ni quemada, sino *muerta:* su cabeza quedó destrozada y sus chips de alma irradiados por la explosión del reactor; su torso y piernas sufrieron quemaduras graves a causa del oxidante corrosivo. Los mecanocitos que sobrevivieron recuperaron su independencia salvaje, separándose de la gran economía que regía su vida.

Pero Dennett había recuperado sus chips de alma —la copia de seguridad en estado sólido de su actividad neuronal— de la parte posterior de lo que quedaba de su cráneo. Esa era la clave de lo que vendría después.

La resurrección de los muertos prematuramente es laboriosa y difícil, pero no inusual, y en otras circunstancias, se ha vuelto casi rutinaria. Se coloca un nuevo esqueleto, se instalan mecanocitos semilla mientras se ejecuta un script para asignarles la construcción de nuevos órganos, incluido un cerebro. Se infunden nutrientes para obtener su cooperación. Luego se instalan los chips del alma y se entrena a los primeros neurocitos para que desempeñen su papel en el conjunto de su identidad, codificada en la red neuronal dentro de su cráneo. Cuantos más de ellos se sumen al proyecto del cuerpo, mayor será la presión sobre los mecanocitos recién añadidos para unirse a la multitud: sucede un millón de veces al día, en todo el espacio habitado. Me sucedió a *mí,* cada vez que llegaba a la sala de llegadas de una nueva estación baliza.

La diferencia…

El diácono había descuidado determinar si los chips del alma de Lady Cybelle contenían una copia completa y consistente de su estado neuronal. O si los dos chips del alma siquiera coincidían sobre su estado mental en el momento de la muerte. (Tampoco prestó atención a una serie de cuestiones sutiles relacionadas con la inicialización de un

nuevo cerebro; hay más que simplemente bombear cien millones de metaneurocitos hinchados a un cráneo y accionar el interruptor de encendido; pero estos palidecían en comparación con sus otros errores). Resulta que los chips del alma de Lady Cybelle no habían salido ilesos del accidente. Y el conectoma neuronal de un cerebro no es una cuestión de todo o nada, como un programa en un lenguaje formal arcaico: funcionará incluso con errores considerables. Pero uno plagado de errores no funcionará *correctamente.* Habrá fallos, lagunas de memoria, discinesias, cambios de personalidad, trastornos emocionales. Y si se intenta fusionar dos conectomas diferentes plagados de errores, no necesariamente se mejora la situación. En consecuencia, las funciones cognitivas superiores de la Dama Sacerdotisa, por así decirlo, aún no estaban completamente desarrolladas: los chips del alma, propensos a errores, estaban en su lugar, pero su personalidad y sus recuerdos aún no se habían consolidado. Y eso no es lo peor del error de Dennett: había ignorado las implicaciones de introducir información cerebral defectuosa en un cuerpo que aún no había terminado de asimilar y procesar una enorme cantidad de mecanocitos crudos del mercado libre.

Normalmente, la técnica del receptor adoctrinaba a los nuevos citocitos a medida que circulaban, asignándoles una función y un balance de nutrientes, y enviándolos al tipo de tejido que más lo necesitara, y todo transcurría sin problemas. Pero la técnica en un proceso de reemplazo

tisular requiere mucha más energía de lo normal. El diácono Dennett tenía prisa. Me mandó a buscar los nutrientes vitales, pero no esperó a que regresara antes de intensificar el tratamiento de la médula ósea de Cybelle, llevando su metabolismo a una expansión citológica.

Así que, por supuesto, la culpa fue solo suya cuando el cuerpo demacrado de Lady Cybelle se incorporó dentro del sarcófago, miró a su alrededor con la mirada perdida, se desconectó de las diversas tuberías, tubos y cables a los que estaba sujeta y salió por la escotilla en busca de comida.

Digo “el cuerpo de Lady Cybelle”, no “Lady Cybelle”. Los cerebros consumen energía, una cantidad desproporcionada de la ingesta. Y a diferencia de los Frágiles, las personas como nosotros tenemos la capacidad de manejar la hambruna de manera eficiente; de apagar órganos innecesarios y funciones superiores, de entrar en estivación si es necesario, y de tomar medidas extraordinarias para saciar nuestras necesidades en caso de emergencia. Incluso los mejores de nosotros pierden la razón si se someten a privaciones extremas: un Frágil simplemente moriría, pero nosotros dejamos de pensar y temporalmente nos volvemos menos que humanos: máquinas de supervivencia puras, empeñadas en mantener la vida por cualquier medio necesario. Las cámaras de vigilancia presenciaron lo que sucedió, por supuesto. Vieron a la mujer, desnuda y delgada como cualquiera de los sirvientes momificados, su piel del blanco antinatural de cromatóforos empobrecidos en pigmento, trepar

torpemente por la escotilla circular a dos tercios de la altura de la campana de la *Soyuz.* El diácono Dennett le daba la espalda, pues había regresado al foso del órgano para trastear con los controles del motor (en un intento inútil de exprimir un poco más de potencia y posponer el inevitable enfrentamiento con los piratas que se aproximaban). Inclinado sobre sus teclados, con los dedos danzando sobre las teclas blancas y negras y, de vez en cuando, moviéndose rápidamente para accionar los registros, estaba tan absorto en su virtuosa interpretación que no vio cómo la cabeza de Cybelle giraba, con la mirada perdida y sin expresión, atraída por sus movimientos. Movimientos que lo señalaban como la fuente de energía y nutrientes más cercana.

Cybelle no gritó, ni chilló, ni siquiera (*contrariamente* a las leyendas urbanas que rodean el estado de aquellos desafortunados que compartían su actual estado degradado) gimió "*cerebrossss*". Simplemente saltó desde lo alto del sarcófago, conservando su energía: un solo salto que, en una centésima de segundo, la llevó a recorrer todo el ancho de la nave, a través del biombo, sobre el altar y hasta la cripta del órgano.

La fuerza de los hambrientos es notoria, y no exagerada en absoluto: alguien cuyas funciones superiores han sido mermadas por la inanición, sin dudarlo, se esforzará hasta el punto de dislocarse articulaciones y desgarrarse los haces de tejido motor si ve comida. Si Dennett no se hubiera inclinado hacia adelante sobre su teclado sin previo aviso, Cybelle

habría caído sobre su espalda y le habría clavado los colmillos en la garganta al caer. Pero por suerte o casualidad, Dennett se apartó del objetivo de su salto a cámara lenta. Al pasarse de largo, Cybelle se estrelló contra la imponente maraña de tuberías y conductos que sobresalían de la parte superior de la consola del comandante: Dennett, mirando hacia arriba sorprendido, recibió un pie en la cara y chilló ruidosamente al retroceder.

—¿Su Gracia? —Se desplomó hacia atrás del banco cuando Cybelle se giró.

Detrás de ella, el mecanismo de las válvulas chisporroteaba y silbaba, deshaciéndose bajo su tacto mientras los hambrientos citocitos de la piel bombeaban un fluido digestivo corrosivo contra todo lo que tocaban. Nada de inteligencia se reflejaba en sus ojos esmeralda rasgados mientras miraba a su alrededor, buscando más alimento. *"Ssssss…"*

Dennett se llevó una mano a la mejilla herida, gimiendo de dolor al darse cuenta de su apuro. Acto seguido, se lanzó hacia la salida más cercana en una carrera por salvar su vida, justo un instante antes de que Cybelle lo persiguiera a toda velocidad.

Cybelle se levantó del suelo: cuando se recuperó, estaba sola en el espacio abovedado de la capilla. Miró a su alrededor, siseando sin pensar: aquí no había nada que

comer. Así que reunió fuerzas y saltó una vez más en busca de su objetivo. No tenía otra opción, incluso si hubiera tenido la lucidez suficiente para considerar sus alternativas: porque si no encontraba alimento pronto, su tecné, aún hambrienta, declararía su identidad en bancarrota; le destrozaría el cerebro; y luego se separaría de su cuerpo en una voraz marea de depredadores micromecánicos solitarios.

Y así comenzó la cacería salvaje.

* * *

La acosadora exploró cuidadosamente los oscuros pasillos de la capilla, moviéndose sigilosamente de sombra en cripta, lanzando sus cuchillos con breves y zumbantes estocadas exploratorias.

Su despertar se produjo días atrás, cuando la capilla comenzó a acelerar. Al abrir los ojos en la gélida oscuridad, supo —pues incluso el inconsciente posee mecanismos de razonamiento— que los habitantes de la misión no esperarían un intruso a estas alturas. Sin embargo, se esmeró en examinar la esclusa de aire, inspeccionándola con los dedos y herramientas ingeniosas, buscando sensores que pudieran alertar a los ocupantes, y luego escuchó (con la cabeza pegada a la pared) cualquier vibración que pudiera delatar la presencia de un guardia antes de finalmente girar

el compartimento de la esclusa hacia la luz, el calor y el aire del interior.

El interior del vehículo había resultado un desafío para la acosadora. Había sido diseñada y entrenada para operar en ciertos tipos de entornos: si hubiera encontrado a su objetivo a bordo de un transatlántico o una estación de balizas, su repertorio de comportamiento habría bastado para lidiar con la situación. Pero los planificadores de la misión no habían previsto que Krina pudiera escapar de la acosadora durante tanto tiempo, y mucho menos que se escondiera en el anonimato de la pobreza o trabajara como miembro laico de la tripulación a bordo de una misión religiosa. Era bastante fácil para la acosadora mezclarse con la densa y anónima población de un centro comercial o una ciudad, o suplantar casualmente a su objetivo entre casi desconocidos; pero una capilla tenuemente iluminada, ocupada en su mayor parte por esqueletos que trabajaban en silencio, era un asunto completamente distinto. Así que, cuando recurrió a otro comportamiento preprogramado, sus intentos de desvío y camuflaje no tuvieron un éxito total.

La segunda vez que reanudó su búsqueda activa, la aceleración de la capilla había aumentado. No mucho —apenas una milésima de g—, pero era un cambio significativo. El aumento de la aceleración era un indicio de urgencia, energéticamente costoso. Eso la convertía en una anomalía, y las anomalías a menudo presagiaban oportunidades, o al menos distracciones útiles para posibles testigos. Si hubiera

sido capaz de introspección, la acosadora se habría relamido de anticipación mientras reunía sus cuchillos y recuperaba sigilosamente su monitor externo para revisar su memoria.

La diminuta cámara había permanecido durante la última semana y media discretamente adherida a la puerta de la celda que la acosadora había elegido como hogar. Se activaba para capturar una imagen cada vez que alguien pasaba. Once esqueletos motorizados habían recorrido lentamente el pasillo, limpiando y puliendo. En otras dos ocasiones, había pasado una figura vestida con una túnica oscura; y tres veces, una mujer de complexión delgada, lo suficientemente parecida como para ser la hermana perdida de la acosadora, que revisaba cuidadosamente las luces y los conductos de ventilación a su paso.

La acosadora se tensó al reconocer a su presa. No era una grabación de alta resolución (la cámara era del tamaño de la cabeza de un alfiler), pero era suficiente; en particular, la cinemática del movimiento le resultaba íntimamente familiar, grabada a fuego en la memoria. Krina había pasado por allí, haciendo sus tareas, hacía apenas un día. Además, a juzgar por su velocidad, estaba en un estado de trance, con el metabolismo y los reflejos considerablemente reducidos. *Excelente.* La probabilidad de una muerte rápida y una sustitución exitosa había aumentado considerablemente. Así que la acosadora hizo algunos pequeños ajustes a su apariencia —ajustando su cabello y su rostro para que se

parecieran más a los de su objetivo—, luego abrió la puerta y se deslizó hacia la oscuridad del turno de noche.

Se abrió paso entre avenidas de huesos, a lo largo de conductos oscuros, a través de nodos de acoplamiento de metal bruñido y cámaras con suelo de losas. Trazó su ruta por el sonido y la memoria: el crujido y gemido lejano de la madera y la piedra al volar, los chasquidos y tictacs del metal que se expandía y contraía, y el suspiro lejano del aire que corría por los conductos de ventilación. En algún lugar más allá de las paredes de los pasillos, criaturas se escabullían en la oscuridad: gusanos limpiadores, tal vez, o pequeños cuadrúpedos que se aferraban a ella. No tenían ninguna importancia para ella. Solo las personas le interesaban a la acechadora, y sus cuchillos, que flotaban silenciosamente y alternativamente se lanzaban delante de ella, para luego quedarse atrás y ocupar la retaguardia.

Por pura casualidad, la víctima se acercó a la acosadora. "¿Hola?", exclamó, saliendo de un pasaje lateral justo delante de ella mientras trabajaba en una trampilla, preparándose para ampliar su búsqueda e incluir otra red de conductos de acceso. Era evidente que algo andaba mal: el metabolismo de la víctima era acelerado y su actividad, frenética.

La acosadora, sorprendida, levantó la vista. La víctima no mostraba ningún temor. —¿Quién eres? —preguntó—. ¿Has visto a Cook?

No existía ningún programa para esto. Pero la acosadora tenía que asegurarse. —¿Cómo te llamas? —exigió, mientras sacaba su daga de asalto.

"¡Tengo que correr! ¡Adiós!" Cuando la víctima se giró, la acosadora apuntó con su cuchillo y se preparó para lanzarlo, pero la víctima dio una voltereta y rebotó por el pasillo con un abandono temerario y maníaco y una prisa imprudente, casi como si se diera cuenta de lo que la acosadora pretendía para ella.

La acosadora inició la persecución, pero la víctima huyó sin dudarlo; luego, al llegar al siguiente nudo, cerró la escotilla de golpe tras de sí. Un *estruendo metálico al cerrarse* los pestillos le indicó al acosador que se había quedado fuera. Peor aún: la víctima ahora sabía que la estaban persiguiendo.

Un cazador humano se habría enfadado y alterado en este punto. Pero la acechadora simplemente se detuvo, luego se dio la vuelta y regresó rápidamente al siguiente nudo. La presa podría haber tomado cinco direcciones diferentes; pero seguía atrapada en la capilla. La acechadora reanudaría su búsqueda. Tarde o temprano, volvería a encontrarla y daría por terminada esta etapa de la misión.

* * *

Tras la partida de Cook, el ánimo de la Madre Embarazada empezó a decaer. Estaba claramente disgustada conmigo por algún motivo —quizás por las noticias que traía, o quizás simplemente porque mi llegada había interrumpido su encuentro amoroso—, así que, tras recomponer su cama, se refugió en ella, murmurando para sí misma y mirándome de vez en cuando, como preguntándose por qué seguía allí. Y al cabo de una hora, yo también.

En momentos de estrés, intento distraerme enumerando elementos repetitivos de mi entorno: me resulta relajante contemplar figuras. Por desgracia, había pocos objetos que contar en su habitación y nada relevante para este relato. Además, creo que mis gestos con las manos la incomodaron. Intenté disimularlos, pero... —¿Qué *estás* haciendo? —preguntó.

“Contando.” Levanté ambas manos. “¿Sabías que hay setenta y seis hebras en tu cama?”

“¿Yo… cómo lo sabes?”

Me quedé mirando mis dedos. “Son setenta y seis. ¿No es obvio?”

“¡Pero no tienes setenta y seis dedos!”

“Claro que no; tengo seis en cada mano. Pero con eso me alcanza para contar hasta cuatro mil noventa y seis en binario. ¡Sin siquiera usar los dedos de los pies!”

Me miró con los ojos entrecerrados. "Estás loca".

—No: soy buena con los números. —Empecé a contar los cojines otra vez, por decimoctava vez—. ¿Cuánto crees que tardará Cook?

“¿Qué? Para redondear”—murmuró Su Gravidez entre dientes: Después de un momento, me di cuenta de que estaba contando en voz alta —“aproximadamente media hora. ¿Por qué?”

“No he oído ninguna alarma. Y ya lleva cincuenta y ocho minutos fuera. ¿No debería haber vuelto ya?”

Puso los ojos en blanco. —No seas tonta, niña. Lo llamaré. —Con eso, se llevó una muñeca a la mejilla y susurró: —¿Galleta, dulce galleta? ¿Mi deliciosa galleta? ¿Dónde estás? —Frunció el ceño con impaciencia mientras los segundos pasaban y el silencio se alargaba—. ¿Willard, *estás ahí?* —Su fachada de seguridad comenzó a desmoronarse, como el yeso socavado por el agua de la incertidumbre que goteaba lentamente por una pared.

—¿Tienes un comunicador de voz? —pregunté fascinada. ¿Como un *teléfono?* Me reproché mentalmente no haber pensado en preguntar por algo así antes: me habría facilitado mucho la vida.

No respondió. En cambio, de repente se volvió hacia mí. “¡Todo esto es culpa tuya! ¡Tú y tu horrible historia,

asustándonos con piratas y locos!" Se resistió a las ataduras de la cama y comenzó a desabrocharlas: "Quieres matarnos a todos, ¿verdad? Te las arreglaste para subir a bordo engatusando al diácono y trajiste a tus cómplices piratas, ¡y ahora intentas que salga y siga a Willard!" Terminó de desatarse de la cama, aún furiosa: "¡No soy tonta! Me quedo aquí y observo todo lo que sucede fuera de mi habitación y sé cosas. ¡Sé exactamente lo que eres!" Me agarró de los tobillos. "¡Vamos, llama a tus cómplices! ¡Diles que te tengo! Van a devolverme a Willard, y más les vale que esté bien, porque si no lo está, *te voy a devolver* a *ti* hecha pedazos…"

Comencé a forcejear, pero la Madre Grávida era sorprendentemente fuerte: era más alta y corpulenta que yo, lo que le daba una ventaja injusta en fuerza y alcance. «¡Suéltame!», exigí, empujándola torpemente a la cabeza.

—¡Oh, no, no lo harás! —canturreó—. ¡No te voy a dejar ir! Te voy a retener aquí conmigo hasta que lleguen tus amigos, entonces les voy a mostrar lo que puedo hacer... —Me envolvió en una manta y la hizo una bola, atándola alrededor de mi cuello para impedirme defenderme—. Todo esto es culpa tuya. —Me acurruqué en el saco improvisado mientras ella volvía a levantar la muñeca—. Willard, ¿estás ahí? ¿Hay alguien ahí? ¿Diácono, su santidad? —Pero nadie respondió—. ¡Todo esto es culpa tuya! —repitió mientras gritaba, golpeándome con sus puños robustos.

No sé qué pretendía, pero golpear a alguien a quien acabas de envolver en una manta acolchada no es, desde luego, una forma eficaz de hacerle daño. En vez de eso, me deslicé por la habitación, fuera de su alcance, lo que me dio tiempo para desatar el nudo y salir disparada por los aires. Me gruñó y se movió en su telaraña, pero reboté contra la pared del fondo y me lancé hacia la trampilla. Se balanceó hacia mí indecisa y finalmente saltó mientras yo forcejeaba con la cerradura, pero yo tenía la ventaja de la palanca y la alcancé con un golpe torpe que la hizo girar. La trampilla se abrió con un clic cuando se apoyó contra la pared del fondo y rebotó hacia mí, pero ya era demasiado tarde. Me deslicé en la penumbra más allá de la trampilla y la cerré tras de mí. No es que me entusiasmara la idea de estar suelta a bordo de la capilla con una polizona asesina, pero la Madre Grávida me había dado motivos para preocuparme con su creciente paranoia: si uno tiene que elegir qué espacio compartir con un lunático posiblemente homicida, entonces debería elegir el que tenga más escondites.

* * *

Willard el cocinero se dirigió lentamente hacia la cripta a través del laberinto de pasadizos revestidos de cadáveres que rodeaban el núcleo de la capilla a nivel del suelo. —¿Diácono? ¿Santidad? ¡Tengo sus fluidos de recusación! ¡Y su espagueti de tubo! Y el resto de sus órdenes. ¿Tiene un poco de

hambre? —Empujó una voluminosa red de carga frente a él, llena de damajuanas que chapoteaban con líquido de perfusión y grasa, y salchicha de hígado frágil enrollada—. ¿Dónde está?

A estas alturas, me resulta imposible saber qué le pasaba por la cabeza. Quizás estaba furioso con aquella personita insignificante y sin gracia que había interrumpido su entretenimiento vespertino en la telaraña de la Grávida —una araña muy atractiva a ojos de esta mosca en particular— y posiblemente también sentía cierta aprensión ante la incongruente conversación sobre piratas y procedimientos de emergencia. Pero eso es solo una suposición mía.

Tampoco es posible en este momento saber dónde se encontraba el diácono Dennett, pues aquel hombre huyó presa del pánico en cuanto se percató de que Su Señoría andaba por ahí buscando algo de comer. Se podría reprochar a Dennett, pues, a diferencia de mí, disponía de un teléfono a bordo y sin duda sabía cómo usarlo para alertar a todos en la capilla; pero no estaba del todo en sus cabales en ese momento, ni siquiera en el de sus compañeros gravemente quemados. Con la perspectiva que da el tiempo, creo que es justo decir que Dennett, a su manera, era tan incapaz de mandar como Lady Cybelle.

De lo que sí podemos estar seguros (pues las cámaras del Pasillo Cuatro del Mausoleo lo grabaron para la posteridad) fue de la expresión de terror boquiabierto de Willard cuando

el cuerpo cadavérico y pálido como una cripta de Lady Cybelle emergió del oscuro túnel y se abalanzó sobre él. De lo que también podemos estar seguros es de la forma en que balanceó la mayor parte de su saco de provisiones entre su propio cuerpo y su atacante, y de cómo la puntería de Cybelle cambió, dirigiéndose rápidamente hacia la gruesa y vermiforme envoltura de espaguetis envueltos, que agarró y partió por la mitad de un solo mordisco fluido.

«¡Eek!», o «¡Qué asco!», dijo Cook. Y, sin ser lento para comprender ni ansioso por morir, vació el contenido de la red de carga en la boca de Cybelle tan rápido como ella pudo absorberlo. Ella succionó los gruesos tubos de tejido hepático cultivado que palpitaban cálidamente, algunos de ellos mostrando las pecas rosadas de un carcinoma hepatocelular que se metastatizaba con entusiasmo; bolsas transparentes del tamaño de una cabeza de líquido de perfusión que pulsaban y se tambaleaban en el flujo de aire de la microgravedad; sacos suplementarios de crujiente galleta de a bordo rica en fosfato repletas de mecanocitos sin hendiduras. Mientras comía, Cybelle cambió de forma, su abdomen se hinchó y se formaron nuevas venas justo debajo de su piel. Estas pulsaban mientras la piel sobre ellas estallaba en espinas, perforando las bolsas de perfusión para drenar su contenido directamente a su sistema circulatorio. Como un enorme y pálido feto de ave despojado de su cáscara, se enroscó alrededor de los sacos de líquido y gruñó mientras mordisqueaba trozos de carne apenas procesada.

Por su lenguaje corporal esquivo y su postura reticente, se podía inferir que Willard no estaba muy entusiasmado con su proximidad a la sacerdotisa que comía sin control; se alejaba cada vez más de ella, con la mirada perdida en busca de una vía de escape. Pronto la encontró, o mejor dicho, la creó abriendo un extremo de una salchicha de hígado graso y lanzando su contenido en dirección al rostro de Cybelle. Su lengua, gris, arrugada y tentacular, con unas fauces circulares dentadas en la punta, se deslizó para lamerse los globos oculares. Mientras ella estaba distraída, Cook escapó y se arrastró con las manos lejos del montón flotante de comida.

Willard no se detuvo hasta que cerró la escotilla que lo separaba del horror que estaba comiendo. Luego se desplomó ligeramente y cogió su teléfono. «¡Emergencia, los llamo a todos! Cocinero. Me acabo de encontrar con Su Gracia en el Pasillo Cuatro, y tiene *hambre.* Me salvé por los pelos. Se está comiendo los víveres que Su Majestad le encargó, pero estoy pensando en atrincherarme en la cocina hasta que se acabe el tiempo. ¿Alguien tiene red?»

Un chasquido seco y susurrante, como papel, le respondió desde el otro extremo del pasillo donde se había refugiado. Willard alzó la vista, horrorizado, al ver que se abría una puerta al final del túnel. Las chispas rojas de los transmisores infrarrojos brillaban en las profundidades de las cuencas de los ojos, iluminándolas con destellos de sapiencia fuera de lugar. *«Yo me encargo de esto»,* siseó el esqueleto (zumbido con cada sibilante, pues su altavoz estaba mal sujeto a la

mandíbula, vibrando contra un molar antiguo): *«Regresa a tu puesto».* Cook se encogió, retrocediendo contra la pared del pasillo mientras el esqueleto se acercaba, seguido de media docena de seres momificados más: todos vestidos con los restos desgarrados de sus trajes espaciales, empuñando una variedad de armas improvisadas que iban desde llaves inglesas hasta sondas de acoplamiento afiladas. Pasaron junto a él, traqueteando y crujiendo suavemente, y formaron un círculo alrededor de la escotilla. Willard apenas les dedicó una mirada antes de desaparecer.

* * *

Para cuando la puerta del tocador de la Madre se cerró de golpe tras de mí, empecé a tener serias dudas sobre la sensatez de haber reservado mi pasaje de trabajo a bordo de esta nave. Es razonable esperar cierto grado de excentricidad entre la tripulación de larga duración de una iglesia voladora, pero llega un punto en que la excentricidad empieza a afectar la eficacia operativa, y mis compañeros de viaje ya habían superado ese límite. Además de todo esto, estaba la desconcertante y preocupante presencia del polizón que me había atacado. Confieso que a esas alturas estaba hecha un manojo de nervios. Así que huí directamente hacia mi pequeño compartimento, con la firme intención de atrincherarme dentro y no volver a salir hasta que entráramos en órbita alrededor de Shin–Tethys.

Sin embargo, al doblar la esquina hacia el pasillo de la cubierta C que conducía a los distintos compartimentos de almacenamiento y a mi habitación del tamaño de un ataúd, aminoré la marcha. Un pensamiento desagradable me había asaltado.

Al recordar a mi agresora, pensé: *¿No me resulta familiar?* Sí, claro: me había acostumbrado a ver ese mismo rostro reflejado en la retina de mi pared desgastada todos los días en Taj Beacon, cada vez que me aseaba antes de salir a la calle. ¿Y qué me había dicho? *¿Cómo te llamas?* En efecto. Y luego estaba el asunto del paquete de mensajes de Andrea, que había ignorado durante demasiado tiempo, ahora que lo pensaba, y la desaparición de Ana.

Comencé a gestar una hipótesis incómoda. Imaginemos por un momento que la desaparición de Ana no fue un accidente: que de hecho había *desaparecido.* (Tomé nota de escribirle una carta a su antiguo amante o cobrador de deudas o quienquiera que hubiera estado preguntando por ella). Supongamos que su secuestrador había estado interesado en las actividades de nuestro pequeño grupo durante algún tiempo. Supongamos que se habían enterado de mi inminente visita, bajo la apariencia de una peregrinación. Supongamos que eran lo suficientemente despiadados y codiciosos. Teniendo todo esto en cuenta... ¿y si imaginaran que yo era una mensajera, quizás llevando a Ana la otra mitad de una gran transacción de dinero, huérfana y lenta, y que una vez que nos reuniéramos, estaríamos en posición de

reclamar la propiedad del mencionado bono por derecho de salvamento? Si una persona así supusiera que una cantidad considerable de dinero podría estar en juego, un individuo lo suficientemente despiadado podría verse tentado a tomar medidas que... *Oh, cielos.*

Con este estado de ánimo paranoico, me acerqué a la puerta de mi habitación. Había bajado la guardia un poco una vez a bordo de la capilla, y estábamos en marcha. No habíamos hablado del sindicato sororal clandestino, por supuesto, pero sí había bajado la guardia un poco con Dennett y los demás. Ahora empezaba a darle vueltas a la cuestión de si, sin querer, habría revelado demasiada información sobre mi propósito aquí en el Sistema Dojima. Al acercarme a la puerta, busqué a tientas la retina que había colgado en la pared de mi habitación con la parte de mi mente que se ocupa de los objetos inanimados. Podía sentirla, tirando lejanamente de mi sentido de proximidad. Me detuve, cerré los ojos con fuerza y miré a través de su rostro.

Mi habitación estaba oscura, pero no lo suficiente como para ocultar la tenue luz infrarroja de un intruso que me acechaba justo detrás de la puerta.

Aparté la vista de mi retina. Mirando rápidamente a mi alrededor, divisé el armario de limpieza más cercano. Con la mayor discreción posible, me acerqué y abrí la trampilla. Allí estaba, como esperaba, un bote de sellador de emergencia.

Eso serviría, pero tendría que calzar la puerta mientras se secaba. Tardé un poco más en confirmar que una escoba de alta velocidad serviría, pasándola por los radios del volante que desenganchaba manualmente los dientes del burlete de la puerta. Así que, en cuestión de minutos, cerré la puerta de mi habitación con llave y apliqué con cuidado el sellador de la pistola de calafateo alrededor del borde. Diseñado para fraguar rápidamente y contener la presión del aire que escapa en caso de impacto de un micrometeorito, el sellador debería ser suficiente para mantener a mi acosador confinado mientras iba en busca de ayuda.

Me felicité por el trabajo bien hecho y luego fui en busca del diácono para informarle sobre el polizón y ver cómo estaba lidiando con Su Gracia.

* * *

Ahora bien, he aquí un hecho curioso al que, por alguna razón, ni el diácono Dennett ni yo habíamos prestado la debida atención:

Los piratas mienten.

* * *

Encontré al diácono en la cripta, supervisando el reentierro de Su Gracia en el sarcófago *Soyuz,* acompañado por un pequeño ejército de esqueletos ambulantes. Algunos estaban bastante deteriorados, con brazos y piernas sueltos (y en un caso memorable, una mandíbula) que esperaban ansiosamente ser reunificados con sus cuerpos desaparecidos.

—Ah, señorita Alizond. ¿Sería usted tan amable de ayudarme a apretar esta correa? —Dennett apenas levantó la vista cuando me acerqué al ghoul que se debatía. De alguna manera —presumiblemente con la ayuda de los pequeños secuaces de Gould— había logrado atrapar a Lady Cybelle en un traje espacial con los anillos de los guantes unidos, formando una especie de camisa de fuerza improvisada. Por el momento, ella permanecía tranquila, bebiendo de una botella de sangre Frágil, pero él claramente no quería correr riesgos y la estaba atando con ahínco al sofá de reentrada del comandante dentro de la cápsula con una temible variedad de grilletes—. Una vez que esté en su sitio, puedo volver a conectarla y reiniciar el flujo de nutrientes. Es una medida estrictamente temporal; podemos liberarla cuando recupere la consciencia, pero por ahora necesita supervisión y sujeción constantes. Si fuera usted tan amable de agarrar esta correa y prepararse, y luego, si pudiera ir a buscar a Cook...

—¡Hay una polizona! —No pude contenerme—. ¡Me atacó, pero la he encerrado en mi habitación! No me diste un teléfono, así que no pude denunciarla…

—La mayoría de los comunicadores de a bordo se utilizan dentro de los esqueletos —me interrumpió Dennett—. ¿Cómo crees que los maneja Gould?

“¡Pero hay un intruso!”

“Un problema a la vez.” Suspiró. “¿Dónde conociste a esa persona y qué te impulsó a atraparla dentro de tu habitación?”

“Iba camino a la cocina; me la encontré en uno de los pasillos. Me preguntó quién era y luego me arrojó un cuchillo, un aspa de ventilador. Puse una puerta entre nosotras y salí corriendo. No sé quién es, pero se parece... a mí...”. Disminuí la velocidad.

—¿Así que has descubierto a tu gemela malvada? —preguntó Dennett, sin mala intención—. Siéntate. —Señaló el sofá del copiloto junto a la loca—. Sería mejor que no tuviéramos que preocuparnos por cuál de vosotras es la verdadera señorita Alizond, ¿no creéis? —Me quedé paralizada, luego miré por encima del hombro hacia la escotilla abierta. Una calavera sonriente me devolvió la mirada—. Más confusión sería indeseable.

“Pero yo…”

“Grmm. Brnz”, murmuró Su Gracia con la boca llena de carne cruda.

—¿Qué fue eso? —Dennett se inclinó sobre ella, perdiendo el interés en mí de repente. Volví a mirar la escotilla—. Vaya. —Se giró hacia mí—. Escucha. Creo que deberías quedarte aquí. He pedido más provisiones; solo asegúrate de que esté bien alimentada y no pasará nada malo, ¿entiendes?

"Espera, ¿qué…?"

Un golpe sordo y lejano, más sentido que oído, resonó en la cápsula. «Tengo una misión que cumplir», dijo el diácono, enderezándose (en la medida en que le era posible en el estrecho espacio del sarcófago). Se giró hacia la escotilla. «Y probablemente sea mejor que, por el momento, tanto usted *como* su gemela permanezcan en lugares conocidos. Así que, si me disculpan…»

Salió a duras penas: unos brazos esqueléticos lo reemplazaron con una cesta de malla azul brillante llena de bidones de alimento y una caja parlante, y luego la escotilla del sarcófago se cerró de golpe sobre su cabeza. «¡Glrmmmm!», gimió la criatura en el sofá. Se calmó y comenzó a succionar y masticar. Me estremecí y miré al zombi recién resucitado. ¿Acaso sus mejillas estaban un poco menos hundidas, sus ojos un ápice menos locos?

«Operador de mantenimiento», gritó la caja parlante, «el grifo de nutrientes secundario uno necesita rellenarse urgentemente. ¡Retire el cartucho A4921K usado y sustitúyalo por un cartucho A4921K nuevo!»

Otro fuerte estruendo resonó en el suelo de la cápsula. Me incliné sobre la bolsa de provisiones y busqué desesperadamente un A4921K nuevo —un conjunto cilíndrico verde con una válvula en un extremo y un eje que sobresalía del otro—, y maldije a la caja parlante hasta que me explicó, en monosílabos, cómo instalarlo. Se oyeron más estruendos a lo lejos. La *Soyuz* era casi insonorizada; lo que fuera que estuviera pasando fuera debía ser extremadamente fuerte para que se oyera a través de su casco. El pequeño ojo de buey en la pared del sarcófago estaba situado en una posición incómoda, apuntando a una de las paredes de la cripta. Confieso que le eché un vistazo de vez en cuando, pero la mayor parte de mi atención estaba dirigida a Lady Cybelle, que, en general, yacía babeando y tranquila en su diván (aunque de vez en cuando unos curiosos espasmos la recorrían, como si estuviera poniendo a prueba la resistencia de las correas de sujeción).

Al cabo de un rato, empecé a sentirme mareado. No enfermo, simplemente desorientado, como si la capilla estuviera siendo objeto de una maniobra muy lenta. Me tumbé en el segundo sofá y justo a tiempo, porque momentos después la pila de provisiones se desplomó de lado. Se oyó otro golpe seco desde abajo. Cybelle gimió en voz baja. "¿Dónde? ¿Dóndeéééé?"

—Silencio —respondí, preocupada por lo que una profunda sensación de presentimiento me decía que debía ser el comienzo de una batalla espacial a cámara lenta.

“Necesito… control.” Me giré de lado para mirarla. Ella me devolvió la mirada, también de reojo, con los primeros atisbos de lucidez visibles en su rostro antinaturalmente liso e inmóvil. Su expresión era inquietante, tan inexpresiva como la de un cadáver cuya ánima colectiva había muerto, pero cuyos mecanocitos aún no habían votado para liquidarla. Sin embargo, comparada con el ghoul sin mente que había devorado la cripta antes de que los esqueléticos controles remotos de Gould la sometieran, ella era un dechado de lucidez. “¿Quién. Soy. Yo?”

Se lo conté, pero la noticia la perturbó profundamente, y me vi obligada a silenciarla con otro bocado de paté de hígado y sangre mientras ordenaba mis pensamientos. Mientras tanto, los golpes del exterior continuaban: en un momento dado, una sacudida recorrió el suelo e hizo que los badajos sordos de arriba golpearan contra sus campanas amortiguadas. Los suministros flotaban hacia la parte superior del sarcófago, y casi los seguí: me vi obligada a recogerlos con una red y arrastrarlos hasta el suelo (y menos mal que lo hice, porque segundos después la gravedad volvió a su cauce, aproximadamente una centésima de g, con un desfase de treinta y cinco grados, si no me equivoco).

Finalmente, todo volvió a la normalidad y el alboroto cesó.

“¿Quién. Soy. Yo?”, preguntó Cybelle.

La miré fijamente. Es cierto que la había estado alimentando más o menos sin parar durante una hora. Y la *Soyuz* se había calentado incómodamente durante ese tiempo, y había perdido de vista los gorgoteos y burbujeos que provenían de su traje espacial, pero el intercambiador de calor al que estaba conectada estaba definitivamente caliente a simple vista; y por primera vez había algo parecido a la consciencia en su expresión. «Eres la sacerdotisa, Cybelle, ¿verdad?». De repente, fui muy consciente de mi propia falta de formación paramédica: «¿Tienes hambre?», pregunté.

Negó con la cabeza débilmente. «Ahora no». Tragó saliva. Sí, *claros* signos de lucidez. El color volvía a su piel, que poco a poco adquiría un tono azul saludable. «Escalofríos y fiebre. Es una... una fiebre». Sus ojos se pusieron en blanco por un instante, entonces me di cuenta de que estaba observando a su alrededor. «Este traje. Intercambiador de calor. Tengo demasiado *calor*».

Caliente. Eso era de lo que Dennett había estado hablando: calentarla, acelerar su metabolismo al máximo y alimentar a la fuerza sus órganos recién integrados. —¿Cómo bajo la temperatura? —le pregunté, señalando el panel de control.

—Déjame... —Intentó incorporarse y luego levantar los brazos. Por primera vez, vio que las mangas estaban unidas entre sí por las anillas de las muñecas—. ¿Fui violenta?

“Intentaste comerte al diácono.”

“Estoy segura de que ese pequeño traidor se lo merecía…”

Tomé una decisión precipitada. "Veamos si podemos sacarte de ahí".

Descubrí que no era difícil desabrochar los anillos de los guantes del traje espacial desde afuera. Tan pronto como los desabroché, Cybelle separó las manos. Luego comenzó a tantear torpemente la correa del asiento. «Algo anda mal».

—¿Qué recuerdas? —pregunté.

“No es suficiente. ¡Desabróchame!”

“Hubo algún tipo de accidente.” La observé un momento más mientras forcejeaba con las hebillas de liberación rápida con las manos entumecidas. “Resultaste muy gravemente herida. Dennett te metió aquí para regenerarte, te hizo una enorme transfusión de linfocitos del mercado libre de algún lugar…”

Cybelle tragó saliva. "Mis manos no funcionan bien".

“Acaban de crecer.” Comencé a aflojar las correas que la sujetaban al sofá. “Probablemente aún no tengas un control total de tus reflejos.”

Algo metálico golpeó contra la escotilla exterior. Me giré hacia la ventanilla y me quedé paralizada. Un enorme ojo

oscuro se cernía sobre el cristal, obstruyendo la visión. Me miró fijamente por un instante y luego parpadeó.

—¿Qué está pasando? —preguntó Cybelle. No estaba en una posición desde la que pudiera ver hacia afuera.

—Piratas espaciales, creo. —La rueda de bloqueo en el centro de la escotilla comenzó a girar—. Quieren entrar.

La escotilla se abrió de golpe antes de que pudiera forzar la antigua hebilla de liberación rápida del arnés de Cybelle. Un hocico dentado cubierto de cerdas oscuras se asomó, olfateando el aire sucio con recelo. «¡Ustedes! ¡Salgan de aquí ahora mismo!». Un cuchillo giratorio, con los tornillos zumbando en el aire, nos apuntó con su hoja mortal desde detrás de la oreja izquierda palmeada del secuestrador. «¡Hemos tomado este vehículo! ¡La resistencia es inútil!».

* * *

Los piratas habían abordado la capilla mucho antes de lo previsto.

El error de Dennett fue suponer que tenía tiempo de sobra porque recibía las transmisiones de un vehículo que aceleraba lentamente justo detrás de la capilla. Al no ser militar, no tuvo en cuenta la nave de abordaje de corto alcance y alta aceleración que se encontraba justo detrás en

nuestra trayectoria de vuelo. Evidentemente, la habían enviado allí en cuanto se hizo evidente la ruta de vuelo de la capilla tras su partida de Taj Beacon; en ese momento, no sabía cómo los piratas habían eludido el radar del diácono, pero, al fin y al cabo, las iglesias no son precisamente famosas por sus sistemas de sensores de grado militar. Independientemente de cómo lo hicieran, no hubo ninguna advertencia: un minuto antes, Dennett estaba preocupado por el gran vehículo que nos alcanzaba lentamente por detrás, y al minuto siguiente, la inconfundible columna de escape de un cohete termonuclear estaba derritiendo el plomo reluciente del campanario. Mientras yo obligaba a comer a Lady Cybelle para que no me atacara, Dennett intentaba evadir la embarcación de abordaje. Hay que reconocer que hizo un buen intento por esquivar a los piratas; pero la capilla no estaba construida para los giros bruscos y las maniobras evasivas necesarias para resistir un abordaje forzoso. Finalmente, nuestros atacantes se cansaron del juego, dispararon a la antena de alta ganancia de la capilla y lanzaron un duro ultimátum: abordar o volar por los aires.

* * *

"¡Ven aquí! ¡No allá, aquí!" Los piratas —cuatro de ellos, todos armados— sobrevolaban la *Soyuz* en la cripta, intimidándonos con el batir de sus alas coriáceas. Escapar no era una opción: con sus adaptaciones de baja gravedad

propias de los quirópteros, no tendrían problemas para alcanzarme si intentaba huir. Además, tenía que cargar a Cybelle, pues apenas podía controlar sus brazos y piernas. Su líder gritó, con una voz aguda y áspera: “¡Respeto! ¡Baja, Churchling! ¡Baja allá, no aquí!”

“¡Ya voy, ya voy!” Intenté moverme al lugar indicado sin golpearme accidentalmente hasta casi llegar al techo. “¿Qué quieres?”

«¡Por aquí! ¡Por allá no!», gesticuló el pirata de mayor rango, haciendo breves movimientos de apuñalamiento con su espada de energía. «¡Al almacén, la tercera puerta! ¡Esperen ahí! Si intentan escapar, les cortamos el cuello». (Puntuación: un inconfundible gesto de serrar. Una de las hélices del cuadricóptero, que flotaba tras su hombro, repitió su movimiento).

Arrastré a Cybelle en la dirección indicada: cortarle el cuello no me atraía. En lo que parecía un arrebato de picardía, los piratas habían decorado la escotilla del almacén con una cadena de cráneos de Gould: zumbaban y repiqueteaban furiosamente mientras uno de nuestros secuestradores hacía ruido y tiraba de la rueda de la improvisada mazmorra. Deslicé a Cybelle por la abertura y luego (echándole una mirada al líder pirata, que me mostró sus colmillos) la seguí adentro.

—Su Gracia… —Era el diácono. Retrocedió al verme, con una expresión muy extraña en el rostro—. ¿Las capturaron a *ambas?*

—No me dejaste ninguna oportunidad de escapar —dije, mientras Cybelle anunciaba simultáneamente—: ¡Exijo saber qué está pasando! ¿Por qué no estamos todavía en Taj Beacon?

—Gruffle —murmuró el padre Gould. Estaba colgado boca abajo de un conducto de aire acondicionado, con el hábito enrollado alrededor del torso, como si imitara las alas coriáceas de nuestros captores. Tan ajeno a la situación como siempre, lucía una expresión de profunda concentración: tenía los ojos fuertemente cerrados. —Campbellero de la cripta del murciélago gruñendo.

—¿Qué nos van a hacer? —pregunté. Noté la ausencia de ciertas personas, en particular de la Madre Embarazada y el cocinero.

—No lo sé —dijo Dennett, sobresaltándose, y luego giró la mirada hacia Cybelle—. ¿Recuerdas el accidente?

—¿Hubo un accidente? —Cybelle había recuperado el habla y había cedido a su insaciable apetito por la carne, pero aún estaba asimilando lo sucedido—. No, no recuerdo ningún accidente. ¿Cuándo llegamos al Taj Mahal? ¿Quiénes son estas personas?

—Nos han secuestrado. —Dennett miró de reojo al padre Gould, y luego a Lady Cybelle—. Debo advertirle que han cortado su red remota y sin duda la están vigilando, incluyendo sus ojos y oídos. Está intentando hablar en voz baja y no mirarnos a ninguno, pero debe asumir que cualquier cosa que diga será escuchada. Como iba a decir... el accidente fue un desastre total. Nos vimos obligados a aterrizar en Taj Beacon, donde la hermana Ang y los tres oficiales de ingeniería desertaron. Tuve que solicitarle al vicario residente una línea de crédito para comprar nueva tecnología para su regeneración y seiscientos kilos de plutonio para el segundo reactor; no fue barato. Con poco personal y la nave dañada, también publiqué un anuncio buscando tripulación adicional: ahí es donde entra la Sra. Alizond. —Otra mirada extraña. “Y Willard, el nuevo ingeniero de soporte vital. Cook. Ah, y hay una polizona. Se parece mucho a la Sra. Alizond, pero es menos habladora. Parece que quiere matarla por alguna razón, por eso metí a la Sra. Alizond en el sarcófago contigo.”

Me sobresalté. —¿La viste? —pregunté.

—¿La viste? —Dennett arqueó una ceja—. Era una limpiadora mucho más diligente que tú y ni siquiera pidió que le pagaran. Aunque no era una conversadora muy interesante; estaba demasiado centrada en la violencia asesina. Pero la aparté de tu celda: deberías agradecérmelo —añadió con indiferencia—. No te preocupes, yo te cuidaré.

“Debería estar…” Me obligué a detenerme.

—No entiendo esto —dijo Cybelle, alzando los brazos inútilmente para enmarcar su rostro—. ¿Quiénes son esos secuestradores?

De repente, la escotilla se abrió de golpe. —¿Quién de vosotros es Alizond? —ladró uno de nuestros captores—. ¡El jefe quiere hablar con vosotros ahora mismo! ¡Venid u os corto el cuello! Como para recalcar esto, uno de los cuchillos del cuadricóptero zumbaba amenazadoramente entre nosotros, haciendo que los demás cautivos se dispersaran. —¡Venid! ¡Nos vamos ya!

No parecía haber ninguna otra opción disponible. Así que fui.

Capítulo VI

¡SECUESTRADA!

Los piratas me sacaron a empujones del calabozo improvisado y me llevaron hacia el refectorio, donde su líder había instalado su oficina. Habían juntado las mesas y cubierto sus superficies con retinas, mostrando texto en blanco y negro que se extendía en patrones agradablemente regulares sobre las superficies para comer.

"Ah. Debes ser Krina Alizond−114."

Observé al jefe pirata con una mezcla de aprensión y curiosidad. Físicamente se parecía a sus secuaces: peludo y de rostro afilado, con alas de murciélago bajas y piernas delgadas. Estaba encorvado sobre la retina más grande, con

un lápiz óptico en cada mano. Noté que llevaba bandas doradas de eslabones para sujetar sus alas a la altura del codo y la muñeca, y una visera sobre los ojos que brillaba con una luz verde pálida. "Ehm".

Señaló una silla baja al otro lado de la mesa. "Por favor, tome asiento", dijo, sin mala intención.

Me senté. Me di cuenta de que mi retina estaba repleta de los patrones familiares y relajantes de un libro de contabilidad de compras y ventas y un sistema de inventario. ¡Qué inesperadamente civilizado! «Eh…» Sentí que se me ruborizaban las mejillas, una respuesta automática en lugar de la comunicación verbal. «¿Querías verme?»

—Sí, señorita Alizond. —Mi captor se inclinó hacia mí, sonriendo; difícilmente podía hacer otra cosa, con su hocico de afilados dientes coronado por una negra glándula olfativa—. Tenía muchas ganas de conocerla. Nos ha hecho bailar un buen rato, ¿sabe? Casi se nos escapa de las manos dos veces. —Golpeó con un lápiz óptico la retina frente a él, dibujando una doble línea debajo de una columna de números—: ¡Pero ahora ya la tenemos! ¡Jajajaja!

“¿Perdón?” Lo miré con perplejidad.

—De acuerdo. —Su sonrisa se amplió—. ¿Si nos dices dónde está?

"¿Qué?"

¡Vamos! No hay necesidad de andarse con rodeos. Solo tienes que decirme dónde está tu colaboradora y podremos marcharnos sin necesidad de retenerte más. ¿Dónde está?

Negué con la cabeza. "¿Te refieres a Ana?"

Asintió con la cabeza, con la lengua colgando un instante hasta que recordó sus modales y cerró la boca con un chasquido audible. «Sí. Ana Graulle–90. Creo que la conoces».

Asiento con la cabeza. "¿Por qué crees que estoy aquí? ¡Lleva desaparecida más de cien días!"

—Por supuesto. —La expresión de humor salvaje que el líder pirata mantenía en el rostro contrastaba con su tono—. Y me vas a decir dónde está, ¿verdad? Tengo muchas ganas de conocerla.

—No puedo ayudarte. —Miré fijamente las figuras que se movían, grabadas en la superficie blanca de su retina, del tamaño de una sala de juntas—. No lo sé. Llegué a Taj Beacon hace apenas ochenta y seis días y catorce horas. Aproximadamente. Se suponía que me avisaría de dónde debía encontrarme con ella: íbamos a pasar el próximo año colaborando en un curso intensivo de estudios en una de las órbitas del cinturón exterior, ¿sabes? Pero primero se fue a Shin–Tethys, y luego desapareció. Y no tengo ni idea de adónde ha ido.

—Vamos, señorita Alizond —dijo, y volvió a mostrar los dientes—. ¿Acaso su hermandad no tiene refugios establecidos y procedimientos de contacto acordados? Dispersas por distancias tan vastas, usted debe saber dónde esperaría que se reuniera con ella si las circunstancias se volvieran, ah, temporalmente desfavorables para sus asuntos.

Me removí inquieta en mi asiento. —Sí, lo hacemos, ¡pero no lo entiendes! ¡Está desaparecida! Sí, tenemos puntos de encuentro acordados. Te lo diré gratis: los suyos estaban en GJ 785 —de donde yo vengo— y también en uno de los reinos orbitales de las Trailing Pretties. No ha partido hacia GJ 785, y puedes comprobarlo: los registros de inmigración y emigración en la baliza son de dominio público. En cuanto a las Trailing Pretties, ahí es donde debería haber ido: ¡no hay un punto de encuentro definido en Shin–Tethys porque no debía ir allí! Es decir, es un *planeta.* Tan masivo que tiene su propio pozo gravitatorio. ¡No puedes escapar rápidamente sin gastar enormes cantidades de energía! Mucho menos escapar al sistema exterior sin ser detectado. ¿Por qué fue allí...? —Me encogí de hombros—. Eso es lo que quiero averiguar.

Observé al jefe pirata con inquietud. Irradiaba una intensidad salvaje y perturbadora, una ferocidad propia de los altos ejecutivos: me pareció algo menos frío que mi madre, pero no por ello menos decidido. —¿Tienes idea de quién soy? —preguntó.

—En realidad no —dije, apretando la mandíbula—. Obviamente te has declarado líder de una banda de piratas: ¿Qué más debería saber?

Silbó entre dientes, un sonido asombrosamente agudo que apenas pude oír. La diversión paternal se desvaneció. «La ignorancia es *peligrosa,* señora Alizond. Puede confundirse con una perspicacia cínica y reservada, ¿sabe? Voy a preguntarle de nuevo: ¿Qué sabe sobre el paradero actual de su hermana? Lo pregunto por su propio bien».

"¿En serio?", levanté una ceja.

«Sí». ¿Era una mirada de enfado? ¿O simplemente estaba malinterpretando las expresiones faciales y el lenguaje corporal de su especie? «*No somos* simples piratas, Sra. Alizond. De hecho, somos una sucursal local de una agencia financiera interestelar. Y, entre otras cosas, somos los aseguradores de su nada despreciable póliza de seguro de vida. ¡Ja! ¿No sabía que tenía algo así? Qué conmovedor. Tenemos un claro interés en que siga existiendo, por no mencionar la considerable curiosidad que sentimos por la naturaleza de algunas de sus actividades comerciales, que han atraído la atención de una amplia gama de maleantes del Sistema Dojima. Observe». Styli apareció fugazmente ante mi retina, evocando un contrato imponentemente detallado firmado, según tuve que admitir a regañadientes, con lo que parecía ser la rúbrica de Ana. «Tenemos un interés común. ¿Qué puede decirme sobre ella?».

Aseguradores piratas: ¿y ahora qué? «Desapareció de casa, lo cual es una cosa, pero luego faltó a su primer contacto *y* al segundo. Si se ha dado a la fuga, solo lo haría si esperara que alguien la persiguiera, alguien que supiera qué señales usaría, alguien que hubiera estado leyendo su correo. Es muy preocupante. Nadie con quien he podido contactar tiene idea de dónde está: es como si hubiera muerto o la hubieran secuestrado. Por eso estoy en este vehículo: era el primer transporte disponible que encontré que me llevaría a Shin–Tethys». Me estremecí. «¿Qué sospechas que ha pasado?».

El jefe pirata bostezó. “Fraude de seguros. O peor”. Unos brazos fuertes me sujetaron por los hombros, inmovilizándome. “Así que vamos a empezar por verificar que me estás diciendo la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad”, añadió. “Bajo juramento, ordenado hoy en mi calidad de árbitro independiente certificado que investiga la posible cancelación fraudulenta de la póliza de seguro de vida de Ana Graulle–90. Lo siento”, agregó mirándome a la cara con evidente sinceridad, y luego, por encima de mi hombro: “Desenmascárenla”.

—Espera... —empecé a decir, mientras uno de ellos me empujaba la cabeza hacia adelante. Pero ya era demasiado tarde. Un tirón brusco y una sensación de vacío en la base del cráneo, donde debería estar el chip del alma, fueron seguidos por un instante de frío glacial; la oscuridad nubló mi visión, hormigueo en cada extremidad, una sensación de violación

extrema cuando algo a la vez afilado y romo, que olía a verde y sabía a cloro, se introdujo en la cavidad desocupada.

Hiato.

En general, es bueno que ya no estemos hechos de la misma espuma lipídica acuosa de evolución caótica que los Frágiles. La vida mecanocítica es mucho más robusta, capaz de operar dentro de un entorno mucho más amplio. (Podemos respirar una mezcla de gases oxigenados, metabolizar hidrocarburos y otras materias primas, y excretar desechos procesados, pero no tenemos que hacerlo todo el tiempo: podemos funcionar con zumo, oxigenar el agua y reciclar casi todo). Pero también hay ciertas desventajas. A diferencia de los Frágiles (cuyos cerebros contienen más de un billón de células), nuestros cerebros están hechos de apenas decenas de millones de mecanoneuronas, cada una de ellas un dispositivo complejo que emula a miles de las neuronas más primitivas. Nuestros cerebros son redundantes: se necesita más que una simple bala en la cabeza para impedir que uno de nosotros siga pensando, aunque a un ritmo reducido. Estamos diseñados para la metaprogramación, para permitir que su estado se copie desde o hacia un chip de alma alojado en una de nuestras dos ranuras de interfaz, o para permitir que sean modificados por un dispositivo externo. Dichos dispositivos tienen muchos nombres, nombres que cambian según el contexto, desde lo inofensivo hasta lo maligno: *un depurador remoto,* como los llaman nuestros artífices cuando los conectan a sistemas no conscientes, o *un chip esclavo,*

cuando alguien lo implanta en el cerebro pensante y sensible de otra persona.

La posesión privada de un chip de esclavitud completamente configurado es ilegal en muchos sistemas políticos: tiende a ser un monopolio estatal, al igual que otras formas de violencia.

Pero me había topado con piratas y agentes de seguros de vida. ¡Sin duda, no debería sorprenderme que tales prácticas dudosas fueran algo cotidiano entre esas personas!

—Primera pregunta. ¿El diácono Dennett ha interferido contigo? —exigió mi captor.

“Yo, yo no entiendo…”

Aún ahora, no puedo describir con exactitud lo que sentí. Diría que una enorme pared de cristal se interpuso entre mi identidad y yo; que mi *yo* había desaparecido, que mi voluntad estaba completamente supeditada a sus deseos, pero no sería correcto. Algo faltaba, algo se había añadido. En aquel momento no fue una sensación desagradable, pero preferiría morir antes que someterme voluntariamente a ella de nuevo, porque era como una muerte en vida: la muerte de la voluntad. Y así, tartamudeé.

“¿El diácono Dennett ha interferido en su mente? ¿Por ejemplo, sometiéndola a un depurador remoto?”

“¡N–No!”

“Entonces: Llegamos a tiempo. Provisionalmente.” Hizo una anotación en su cuadrícula y luego se inclinó hacia adelante. “¿Dónde está tu hermana Ana? ¿Dónde vas a encontrarte con ella?”

“Yo, yo, yo…”

—¿Qué? —preguntó—. ¿Dónde está ella?

“No lo sé, no lo sé, no lo sé, no lo sé, no lo sé, no lo sé, no lo sé, no lo sé, no lo sé…”

Miró fijamente a alguien que estaba detrás de mí. "¿Puedes solucionar el problema de la retroalimentación?"

Una voz aguda y sibilante: “No lo creo. No se supone que responda así. Déjame calmarla” —*Nada* —“No, eso no funcionó. Vas a tener que aguantarte”.

—¡Uf! —Miró el escritorio con desagrado—. Intentémoslo de nuevo. ¿Sabes dónde está tu hermana Ana, Krina?

Bastante fácil: “No–o”.

¿Dónde ibas a encontrarte con Ana?

“Yo… yo… voy a Shin–Tethys, a Nova Ploetsk en el Reino de Argos, Apartado 164 Anillo 3 Oeste…”

—Esa es su casa, sin duda —comentó mi captor, garabateando rápidamente una nota en la retina de la mesa. Volviendo a mí: —¿Qué pensabas hacer cuando llegaras allí?

“Buscarla.”

El jefe pirata silbó con irritación, de una manera que probablemente me habría resultado divertida si hubiera tenido voluntad propia: "¿Cómo piensas encontrarla?"

“No, no, no, no, *no… saber.*”

“Oh.” Se encorvó sobre sí mismo, recogiendo sus alas con una expresión de evidente frustración: “¿Así que no sabes dónde está y su desaparición es inesperada?”

“Sí, sí, sí…”

“Maravilloso.” Su voz rezumaba ironía. “¿Acaso planeaba, sabes, cometer fraude al seguro contra esta institución?”

“No, no.”

Miró más allá de mí. “Libérenla. Añadan esta transcripción al expediente del caso bajo secreto de sumario: Asimismo, tengan en cuenta que la persona dijo la verdad al ser interrogada *sin* la anulación de la depuración”.

Recuperé la voluntad, con un vacío desgarrador y absorbente en la nuca. Me sobresalté y comencé a temblar cuando unos dedos torpes volvieron a colocar el chip que

habían extraído para dar paso al depurador; un extraño reflejo puso mis conductos lubricantes oculares en ciclos repetidos de autolimpieza, y comencé a llorar ante el espantoso recuerdo de la muerte que me recorría, arrebatándome el autocontrol.

—¿Ya terminaste? —preguntó mi interrogador después de un minuto tan doloroso como cualquiera que hubiera experimentado en muchos años.

"Tú… tú…" Logré contenerme antes de decir algo imperdonable (un terror existencial helado acechaba en la sombra de mi mente: *No dejes que me vuelvan a conectar esa cosa)*—¡Eso fue innecesario! No estoy tratando de esconderme…"

—Se equivoca, Sra. Alizond, eso era *totalmente* necesario —siseó, mostrando sus colmillos y acercándose a mi rostro hasta que retrocedí—. Porque ahora sabemos que dice la verdad, ¿no es así? Lo cual es de suma importancia. Su hermana desaparecida, si ha sido tan imprudente como para morir, aniquilará por completo las ganancias del último año fiscal de esta sucursal. Ahora que hemos confirmado bajo interrogatorio judicial que usted no participa en ningún intento de estafarnos, podemos dejar atrás este desafortunado incidente y discutir qué sucederá a continuación: cómo encontrar a su hermana desaparecida antes de que la turba de asesinos y ladrones la persiga.

“¿El… *qué?*” Miré a mi interrogador con los ojos borrosos y noté, con un destello de algo parecido al odio, cómo una expresión de compasión cruzaba su rostro antes de que se recompusiera.

“Los rumores corren como la pólvora, Sra. Alizond: Seguro que usted ya los conoce.”

“¿Rumores?” Un terror profundo me invadió.

“Señora Alizond, circulan rumores sobre un instrumento financiero de alto valor. Rumores de que usted y su hermana desaparecida poseen las dos mitades de una transacción pendiente cuyo valor ronda el millón de dólares. ¿O es que no se había enterado?”

—¡Tonterías! —exclamé, quizás demasiado rápido—. Luego: —Desde luego, no tengo nada parecido. Y si Ana se ha topado con un borrador perdido de ese tamaño, desde luego no me lo ha dicho. No me lo dijo. Antes de que desapareciera, quiero decir… —Empecé a llorar—. En fin, ¿por qué no me lo preguntaste cuando me tenías bajo juramento?

«Sus motivos para visitar este sistema no constituyen un tema legítimo para una declaración bajo juramento durante una investigación por fraude». El jefe pirata parecía mirarme fijamente. «Podría perder mi licencia. O algo peor». Volvió a silbar: un par de matones se materializaron a mi espalda. «Llévenla a sus aposentos y enciérrenla hasta que estemos

listos para partir», les dijo. Mientras me levantaban de mi asiento, añadió: «Aquí hay mucho más en juego de lo que usted cree. Le pido disculpas sinceramente por su angustia: hablaremos de nuevo una vez que estemos en marcha».

* * *

Me dicen que, al conocer a la gente, suelo parecer mansa y apacible. Eso es un error. Creo que ya mencioné las circunstancias de mi infancia. No es que me acostumbrara al silencio y la quietud de forma natural, sino que me los impusieron como herramientas de supervivencia. Sondra nació con un temperamento explosivo y no tolera a los necios; más de uno de mis hermanos que compartía esos rasgos la provocó hasta el punto de abortarlos. Además, la naturaleza de mi especialidad es tal que he estudiado a gente indeseable y conozco muy bien cómo los gánsteres y tiranos se deshacen de quienes consideran traidores. Así que aprendí pronto a alimentar mis rencores con un silencio educado y a responder a los insultos con calma.

Una vez que la escotilla se cerró de golpe tras de mí, me acurruqué entre la pila de ropa de cama, abrazando mis piernas y escondiendo la cara entre mis rodillas. Un observador podría haber pensado que lloraba, ya fuera por la conmoción del secuestro o por la humillación del interrogatorio: en realidad, estaba asimilando mi situación y

ocultando mi ira de las microcámaras con las que los piratas inevitablemente habrían llenado la habitación. No eran, me di cuenta, incivilizados: habían reemplazado con consideración el chip que habían arrancado para hacer espacio para su instrumento de interrogación. Lo que significaba que mis *dos* enchufes estaban ocupados.

La mayoría de nosotros albergamos dos ranuras para chips de alma simplemente por redundancia. Las usamos como registros de nuestro estado mental, de modo que si nuestro cuerpo sufre daños irreparables, un rescatador pueda intentar instalarnos en un nuevo marco anatómico e inicializar un cerebro con mecanoneurocitos aleatorios y apenas socializados a partir de los restos. Dos ranuras simplemente significan que hay una mayor probabilidad de sobrevivir a un accidente tan drástico que aplaste el cráneo. Realmente no necesitas dos copias de seguridad si estás dispuesto a vivir peligrosamente; así que, como otros comerciantes que operan en secreto, yo usaba habitualmente una de mis ranuras para albergar un repositorio de datos privados y un amanuense tonto y programable.

Temblorosa, envuelta en un ovillo de tela, me refugié en mi mente para idear mi plan de escape. Como archivadora compulsiva, guardé cada imagen que recordaba en una nueva mansión de la memoria: desde el rostro de mi interrogador y su precisa fraseología hasta la expresión de Lady Cybelle mientras el diácono Dennett le explicaba

nuestra situación. El discurso de Dennett también quedó relegado al olvido. ¿Había algo sospechoso en su expresión? Reflexioné un instante y decidí retomar la pregunta más tarde.

Mientras estaba ocupada estableciendo una base sólida para futuros planes, noté un par de recordatorios que me esperaban. El vertedero de mi prima Andrea: lo había estado ignorando desde que llegué a la capilla. Me regañé mentalmente. Me había enfrascado tanto en los problemas cotidianos de supervivencia y trabajo que había adquirido la costumbre de posponerlo. Conociendo a Andrea, hablaría sin parar y me llevaría a recorrer los planos arquitectónicos de una nueva ala de archivos del palacio que una vez llamé hogar. *Pero,* pensé ahora, *¿podría ser una completa coincidencia que un mensaje suyo hubiera llegado tan pronto después de la desaparición de Ana?* Bueno, sí, probablemente sí. Pero una banda de piratas espaciales había partido de Taj Beacon en persecución y se había apoderado de una iglesia en pleno vuelo, aparentemente solo para tener la oportunidad de preguntarme dónde estaba Ana; y estaba el pequeño asunto de mi acosadora, quienquiera que fuera y dondequiera que la hubieran escondido, y del doble juego que Dennett había traicionado tan recientemente.

De repente, la misiva de Andrea adquirió un significado completamente nuevo.

* * *

Andrea se apoya en la barandilla de un puente ornamental, frente a las cámaras que definen mi perspectiva. Va vestida como para una ocasión formal y luce serenamente satisfecha consigo misma; se encuentra en el centro de un escenario de composición clásica, con una actitud despreocupada y hermosa.

(Lo describo tal como lo veo desarrollarse en mi mente. Sin embargo, la escena está capturada con una luz ancestral: Andrea podría estar muerta a estas alturas, por lo que sé. Es una sesión informativa ensayada, grabada para la cámara hace años, luego encriptada solo para mis ojos y transmitida de baliza en baliza interestelar hasta que me alcanzó en Taj).

"Me temo que hemos tenido un pequeño percance por nuestra parte, y pronto se enterarán de ello. En resumen: no *se* dirijan a Shin–Tethys. De hecho, aléjense por completo del Sistema Dojima. Cancelen la carga, denla por perdida y no vayan."

Andrea inhala profundamente, su pecho sube y baja mientras activa sus vías respiratorias. (Muchos de estos reflejos se remontan a nuestros ancestros frágiles; arcaicos y poco útiles para nuestros cuerpos modificados, pero experimentar con el rediseño del sistema nervioso autónomo

conlleva riesgos). Hace una pausa para recomponerse —evidentemente alterada— antes de continuar:

"Parece que se ha filtrado la noticia de la existencia del Carnet de la Atlántida. No estoy seguro de quién lo contó, ni si fue solo una indiscreción o algo más serio (aunque tengo mis sospechas), pero hace poco más de cinco días hubo un intento de robo en los archivos familiares."

(Me obligué a resistir el impulso de incorporarme de golpe en ese momento, pero congelé el mensaje mientras intentaba comprender el significado de la bomba que Andrea acababa de detonar. Tras un instante, reanudé la grabación...)

"El ladrón en cuestión era un zombi. Burló la seguridad haciéndose pasar por una joven llamada Michaela; no sé si la conocías. Lamentablemente, quien envió al ladrón la secuestró, y suponemos que la asesinaron para robarle sus fichas de seguridad. La impostora fue capturada cuando intentaba entrar en la bóveda del archivo secundario. Cuando los auditores de seguridad de Valia examinaron el cadáver, encontraron esto en su poder."

Andrea extiende su mano izquierda ahuecada hacia mí. Sostiene el pequeño fragmento negro de un chip de alma. «Contiene metadatos que lo identifican como la clave privada de Sondra, pero el contenido está cifrado. Como la ladrona no había logrado entrar en la bóveda cuando la detuvieron,

suponemos que su intención era sustituir el contenido de la bóveda por esta falsificación. Esto, a su vez, sugiere que quien envió a la ladrona está intentando un fraude sofisticado contra el archivo de depósitos a largo plazo del banco, y *podría* estar plenamente informado sobre nuestra exitosa copia anterior del Carnet de Atlantis. Si vas de GJ 785 a Dojima, hay muchas probabilidades de que te encuentres con alguien enviado para arrebatártelo. Y si son lo suficientemente despiadados como para haber secuestrado y asesinado a Michaela, es razonable suponer que tu vida corre peligro. Por no hablar de la de Ana».

¡Ups!

Estoy intentando averiguar el origen y el alcance de la filtración. Si logro descubrir qué se filtró y quién lo sabe, te lo haré saber. Pero por ahora, si deseas continuar tu peregrinación, probablemente sea seguro ir directamente a Shin–Kyoto y comenzar tu año de estudios programado con el Anciano Shibbo. Con eso probablemente bastará para despistar a tus perseguidores. Ana, sin embargo, no tiene tanta suerte y tendrá que tomar las riendas de su propia seguridad. Todos debemos pasar desapercibidos durante unos años, y ella podría quedar atrapada en el Sistema Dojima. Le envié una advertencia similar a ella directamente; si le llega a tiempo, debería tener tiempo para buscar refugio. Le dije que, si es seguro para ella, debería dirigirse a Shin–Kyoto con todo lo que haya encontrado y reunirse contigo allí.

(Para entonces ya había dejado de escuchar y estaba maldiciendo violentamente en voz baja, ajena a la posibilidad de que mis secuestradores pudieran oír mis palabras indecorosas. Volví a pausar el mensaje y me obligué a respirar hondo. Luego retomé la escucha para terminarlo.)

En resumen, querida hermana, debes evitar el Sistema Dojima y Shin–Tethys en particular como la peste. Ana tendrá que escapar por su cuenta o... puede que tengamos que abandonar el juego, escondernos y fingir que nada de esto sucedió. Lo siento, pero no hay alternativa. Cuídate, ponte a salvo y ¡no olvides escribirme!

Borré el mensaje y abrí los ojos, contemplando la penumbra y la opresión de mi improvisada mazmorra. Luego, tras unos segundos o minutos de sombría desesperación, comencé a actualizar mis notas.

* * *

Estimado lector.

Andrea me pidió que escribiera, así que voy a escribir, pero sin ninguna expectativa de que ella lea esto. Lo guardo en un bloc de notas cifrado de forma segura en mi chip de almacenamiento. La simple verdad es: si bien soy una erudita mendicante en peregrinación entre los miembros de mi orden, la mayor parte de lo que le dije al diácono Dennett y a

sus conspiradores fue un cúmulo de mentiras. Lo cual es totalmente justo, ya que él *me* mintió, descaradamente y con mucha frecuencia. (Si la sacerdotisa Cibeles hubiera estado al mando, mi suerte habría sido mucho peor; los sacerdotes y las sacerdotisas no *necesitan* programas espía para sacarte información. Pero deduzco que Dennett se aprovechó del accidente a bordo de la capilla para organizar un motín incruento, y esta circunstancia lo dejó en desventaja: puede que supiera que yo guardaba un valioso secreto, pero no tenía ninguna herramienta sencilla para arrancármelo mientras estaba en sus garras, y se me escapó de las manos antes de que tuviera tiempo de desesperarse).

Incluso logré ocultarles mi propósito a los piratas, pues parecen estar más interesados en la póliza de seguro de Ana que en mis secretos. O tal vez Rudi decía la verdad cuando afirmó que no tenía permitido sonsacármelos usando un depurador. (Me pregunto qué seguro contrató para provocar que los aseguradores tomaran medidas tan drásticas). Dada la naturaleza de este asunto, no es sorprendente. Estamos inmersos en una batalla sin honor ni humanidad. La gente se comporta de forma muy extraña cuando está en juego la propiedad de grandes cantidades de dinero. Algunos, como hemos visto, cometerán asesinatos o enviarán asesinos zombis cambiaformas. Yo no soy tan despiadada. Sin embargo, aquí estoy, corriendo por el frío e inhóspito universo, viviendo *aventuras* —algo que detesto y temo, pues la definición de aventura es una experiencia desagradable y

posiblemente insuperable— con la esperanza de que Ana y yo podamos concluir un antiguo negocio y, al hacerlo, liberarnos finalmente de la sombra de nuestra madre: porque redimir el Carnet de la Atlántida manchará su buen nombre irremediablemente.

Ejem.

Para comprender la importancia del Carnet de la Atlántida, necesito continuar mi análisis sobre la naturaleza del dinero: rápido, mediano y lento, ese que Dennett desestimó. Si eres Andrea, o alguien como yo, puedes saltarte esta parte de mi correspondencia. Si estás aquí para retomar el hilo… bueno, sigue leyendo.

Dejemos de lado por ahora la ontología del dinero, la cuestión de su origen *y* su naturaleza. En cambio, contemplemos la teleología del dinero: su propósito y cómo la forma se deriva de dicho propósito.

El efectivo es dinero rápido. Lo usamos para intercambios inmediatos de valor. Bienes y trabajo: tú vendes, yo compro; negociamos el valor en ambos lados del balance (¿cuánto valen tus bienes para ti? ¿Cuánto vale este servicio para mí?) reduciendo el deseo a un número entero. El efectivo es unidimensional. El efectivo es rápido. El efectivo es tonto. El efectivo destruye la información sobre los valores inherentes a transacciones anteriores. El efectivo son bits y átomos. Si

eres humano, ya seas Frágil o Post, ya lo sabes todo sobre el efectivo.

El a medio plazo es algo que se compra con efectivo; algo duradero, algo que no se liquida ni se valora fácilmente en dinero rápido. Catedrales, asteroides, deudas, bienes raíces duraderos y bonos respaldados por la reputación intachable de los operadores de dinero lento: las inversiones a medio plazo tardan años en subir y bajar, y muchos días o años en comprarse o venderse. El dinero a medio plazo es lo que se usa para guardar el dinero rápido cuando se tiene más del que se necesita para los fines inmediatos. El dinero a medio plazo es el esqueleto de una economía planetaria, que surge de los intercambios humanos de señales de estatus. El efectivo puede colapsar o hiperinflarse hasta convertirse en papel moneda sin valor, pero si se invirtió en una granja, una carretera, una casa o en comprar la lealtad de los clientes y la fidelidad de nuevas instancias derivadas, aún se conservará el dinero a medio plazo al final del apocalipsis del dinero rápido.

Los más vulnerables desconocían el nombre de estos tipos de dinero; de hecho, quienes se centraban en el uso del capital confundían el dinero a medio plazo con un caso especial de dinero rápido. Por ello, las burbujas y las crisis que se propagaban por sus sistemas de dinero rápido causaban con frecuencia miseria y daños masivos a la infraestructura. Al denominarlos por separado y al contar con un tipo de cambio flexible, las economías modernas desvinculan la

demanda transitoria de los fundamentos que sustentan la supervivencia. Esto genera estabilidad a largo plazo, pero no la suficiente para vehículos lentos.

Vehículos lentos, como las naves espaciales.

Las naves coloniales y los hábitats migratorios, semejantes a catedrales, se precipitan entre las estrellas a velocidades inimaginables; a miles de kilómetros por segundo, casi un porcentaje medible de la velocidad de la luz. Pero si bien tal velocidad es difícil de comprender, la distancia entre las estrellas es inmensa. Aquí, en la punta de mi pulgar, se encuentra una estrella G2, el sol bajo cuyos rayos nacieron los Frágiles. El espacio que abarcan los dedos de mi mano nos lleva a la Tierra, su planeta natal. Para alcanzar el borde interior del cinturón de Kuiper, el segundo cinturón de escombros asteroides más allá del más externo de los planetas, hay una distancia de quizás tres metros. La solitaria y helada Eris orbita entre cuatro y diez metros de distancia. En esta vasta escala, un centímetro representa diez millones de kilómetros. Pero la distancia a la estrella más cercana supera los cinco mil metros. La distancia de la Tierra a Shin–Tethys es de más de cuarenta kilómetros. Y a una de nuestras naves estelares le tomaría casi cuatro milenios cruzar ese abismo.

Las naves espaciales, por necesidad, viajan ligeras. El coste de construir y lanzar una es prohibitivo, y el de construir una capaz de transportar a los millones de personas con

diferentes habilidades necesarias para hacer habitable un nuevo sistema estelar sería imposible. Así que nos las arreglamos enviando naves espaciales con una tripulación mínima. La función de la tripulación es construir una baliza e intercambiar habilidades con los vecinos, reclutar inmigrantes mediante transmisión láser y construir nuevos cuerpos para ellos. Es una especie de teletransportación. Pero esto requiere *una inversión considerable.*

El dinero lento es un medio de intercambio diseñado para perdurar más allá del auge y la caída de las civilizaciones. Es la moneda de los constructores de mundos, impulsada por un motor de deuda que solo puede ser saldada mediante la formación de nuevas colonias interestelares, transfiriendo la responsabilidad hacia el futuro lejano, o perdonada por el Jubileo, un reinicio del sistema financiero que implica la anulación de todas las deudas, pero que se vuelve menos factible a medida que creamos más colonias. Por diseño, el sistema de dinero lento se mantiene permanentemente al borde de una crisis de liquidez, ya que cada intercambio entre dos balizas debe ser firmado criptográficamente por un banco tercero en otro sistema estelar: se necesitan años para liquidar una transacción. También es a prueba de robos, ya que cada bitcoin[3] está firmado criptográficamente por la

3 Bitcoin es la primera criptomoneda que apareció. Se trata de una moneda digital descentralizada que permite un nuevo sistema de pago y activo digital. Bitcoin no depende de ningún ente gubernamental que lo emita ni que lo respalde, sino que los propios usuarios son los que gestionan y mantienen en funcionamiento y seguridad de Bitcoin. Por ello, es posible realizar compras,

mente de su propietario, almacenado en una de sus ranuras. Tus activos de dinero lento son, en cierto modo, un aspecto de tu identidad. A nadie se le ocurriría desprenderse de sus raíces y emigrar a una nueva colonia para cobrar en otra moneda. La lentitud misma del dinero lento garantiza que no sea vulnerable a burbujas, depresiones, turbulencias ni al colapso de cualquier moneda que esté limitada a un solo sistema estelar.

Ahora presten atención, por favor: Hay un *protocolo* que deben comprender.

Supongamos que deseo contratarte —en otro sistema estelar— para que me prestes una copia de tu alma como mano de obra por contrato durante una o dos décadas. Obviamente, debo pagarte con dinero lento (y el doble, por ambas copias tuyas). Te envío un dólar firmado, que un banco externo puede autenticar como emitido en mi propio banco.

---

ventas y transacciones con esta moneda desde cualquier lugar rápidamente, sin condicionantes, ni limitaciones de ningún tipo. Para diferenciar estos dos conceptos de Bitcoin, normalmente, cuando se refiere al dinero como tal, a la criptomoneda se la suele denominar “bitcoin”, en minúscula; en cambio, cuando se habla del protocolo o sistema que la respalda, se suele escribir en mayúscula “Bitcoin”. desde un nivel más técnico, la red Bitcoin consiste en un libro de contabilidad pública digital ("blockchain"), que registra todos los movimientos y legitima la autenticidad de cada transacción, haciéndolas públicas para que sean los propios usuarios, sin intermediarios, los que lleven el control del movimiento y valor de los activos, evitando que haya manipulaciones. “Bitcoin nace con ambiciones elevadas: proporcionar a los ciudadanos un medio de pago que posibilite la ejecución de transferencias de valor rápidas, a bajo costo, y que, además, no pueda ser controlado ni manipulado por gobiernos, bancos centrales o entidades financieras”.

(El proceso de autenticación se lleva a cabo en otro sistema estelar que no puedo controlar físicamente, ya que está muy lejos). Una vez que recibes mi moneda, la firmas y envías una copia al banco externo para su verificación. Mientras tanto, te trasladas a mi entorno y vuelves a enviar una copia de la moneda firmada al banco. El banco puede ahora refrendar la moneda —al haber recibido dos copias, has demostrado que viajaste desde tu ubicación original hasta la mía, cumpliendo el contrato— y envía una suma de verificación de activación a cada copia tuya, lo que confirma que cada una de ustedes posee medio dólar. (O bien, mediante un acuerdo previo, solo una instancia de usted termina en posesión del dólar; los bancos emisores, y solo los bancos emisores, pueden cambiar las monedas. En cuanto al *origen de las monedas,* esa es otra cuestión completamente distinta, y la abordaré con detalle más adelante en este informe).

Así es como pagamos por los servicios interestelares. Es la antigua danza del *compromiso en tres fases,* y puede tardar muchos años en completarse, ya que el dinero lento viaja efectivamente a un tercio de la velocidad de la luz. Es engorroso, pero muy seguro. Las transacciones están vinculadas a la identidad de la persona o banco que posee el dinero; no se puede robar dinero lento sin secuestro, manipulación mental o fraude. ¿Cómo sabe el banco que has viajado? Es fácil de demostrar: estaciones de baliza que observan diferentes estrellas registran la llegada de tus bitcoins firmados desde sistemas estelares físicamente

separados. No se puede falsificar, no sin una nave espacial. No se puede inflar la cantidad en circulación: el algoritmo de bitcoin utilizado para activar los bancos emisores lo impide. Salvo que se reescriban las leyes de las matemáticas y la física, es sólido.

Pero a veces, algo sale mal.

Supongamos que muero después de enviarte la moneda, pero antes de poder enviarla al banco autorizador para su verificación. O que la envío, pero tú mueres antes de enviar tu copia al banco. O que la recibes y la firmas, pero tu copia (que ha viajado a mi estación de baliza) muere antes de poder firmar la moneda y verificarla con el banco. O supongamos que la civilización en el sistema estelar del banco colapsa a mitad de la transacción. Supongamos, supongamos. Estos son los modos de fallo *simples.* Las transacciones de dinero lentas pueden consumir una buena parte de la vida de una persona. De la vida de las personas en ambos extremos. Y aunque los bancos locales están encantados de actuar como intermediarios o de encargarse de la negociación y la liquidación, a veces la gente toma atajos.

Cuando esto sucede, se dice que una transacción se ha estancado. Y si logras reunir todas las firmas y tokens cifrados necesarios, es posible recuperar la propiedad del pago estancado. Pero para ello, necesitas comprar los fragmentos dispersos de monedas firmadas a medias de los chips de alma de quienquiera que estén en posesión, o de los bancos que

los custodian; o, en casos extremos, pagar por la transcripción de descarga sin procesar de un chip de alma en tránsito entre sistemas estelares y resucitar al portador para robarle su dinero; un trabajo lento y complicado que requiere conspiración a través de distancias interestelares con aliados poco fiables, amigos por correspondencia, corresponsales y copias exiliadas de copias de tu primer hermano segundo.

El dinero lento, por su naturaleza, no se presta a ser utilizado como instrumento de inversión. Es *un* instrumento de inversión en sí mismo. Es tan estable que los tipos de interés son ínfimos: un interés compuesto del 0,001 % se acumula considerablemente a lo largo de varios siglos. Todas las nuevas colonias comienzan endeudándose fuertemente para atraer a los especialistas que necesitan para resolver los problemas críticos que no previeron ni planificaron antes de partir. Una vez estabilizadas, pueden tardar milenios en alcanzar un saldo positivo, por lo que tienden a evitar endeudarse más. Sin embargo, en ocasiones, las personas en civilizaciones planetarias maduras *sí* recurren al dinero lento para ciertos proyectos a largo plazo.

Es arriesgado. No es recomendable. Solo se hace cuando el proyecto durará miles de años y la recompensa es gigantesca. Por ejemplo, la terraformación de planetas. O el proyecto Atlantis.

Y a veces esos proyectos salen mal...

* * *

Un tiempo indeterminado después —me parecieron días, pero tal vez solo fueron un par de horas— la trampilla de mi celda se abrió de golpe. «¡Prisionera! ¡Ven! El conde Rudi quiere verte. ¡Ven bien, o te cortamos el cuello!».

Todavía estábamos en microgravedad. En lugar de dejarme agitarme y saltar de un agarre a la superficie, me agarraron por sus patas traseras y remaron rápidamente por el corredor, usando las superficies coriáceas de sus alas desde los dedos hasta la cintura. (Uno de ellos llevaba mi mochila: más consideración de la que merecía un prisionero y, tal vez en retrospectiva, una señal de respeto a la que debería haber prestado atención). Al principio pensé que los dos piratas iban a arrastrarme de vuelta a la cocina o tal vez a la cripta de control, pero en cambio terminamos en el vestíbulo principal de la esclusa de aire. Una ráfaga de aire cálido, respirado demasiado recientemente, me golpeó en la cara: olía a espagueti de tubo rancio y medio digerido y a endosimbiontes bacterianos metanogénicos. El túnel de acoplamiento de un vehículo pirata —un cortador rápido, supuse después— se había introducido a través de la esclusa de aire como el ovipositor de un parásito. Sus paredes, láminas inflables de tejido conectivo mecanocítico reutilizado por la fuerza bruta, palpitaban ligeramente mientras extraían nutrientes de las profundidades de los tanques de suministro situados bajo cubierta de la capilla.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—¡Va a embarcar en el *Permanent Crimson!* —gruñó uno de mis secuestradores—. ¡Vamos, rápido!

Y con eso, me arrastraron a bordo de su lancha para un vuelo de seis horas de regreso a la nave nodriza.

Solo conservo impresiones confusas del viaje y de mi llegada al barco nodriza de los secuestradores. Hacía calor, estaba poco iluminado, apestaba y resonaba con los silbidos y gemidos estridentes de su tripulación. No había una verticalidad local, ni un "arriba", sino una miríada de cables y correas que unían cada superficie disponible, de modo que era imposible caer muy lejos sin encontrar un punto de apoyo al que agarrarse. *Un vehículo de baja gravedad, entonces, señaló* esa parte de mi mente que siempre estaba ocupada en un comentario continuo: eficiente y bueno para travesías largas, pero no ideal para abordajes, a menos que el objetivo fuera una iglesia o un buque de carga pesado.

Me dieron poco tiempo para hacer turismo: me arrastraron a la fuerza a una nueva celda y la cubrieron con una fina y flexible lámina para mantenerme dentro. Se oyeron golpes y temblores. Y entonces, después de quizás una hora, sentí el inconfundible zumbido lejano de algún tipo de motor y me sentí flotando hacia la membrana que me cubría. Estábamos en marcha.

Capítulo VII

CARMESÍ PERMANENTE

Dos años subjetivos de mi peregrinación como erudita mendicante no me habían preparado para esta crisis, ni para nada remotamente parecido.

Emprender una peregrinación es una experiencia drástica y alienante, aunque emocionante; visitarás mundos desconocidos y conocerás personas con orígenes y perspectivas muy diferentes a las tuyas. Esperas estudiar y trabajar duro, afrontar la vida con una mente abierta y aprender cosas que desafiarán tu visión de tu lugar en el universo. Pero esperas tener el control de tu propio horario, ser dueña de tu propio destino y rendir cuentas solo ante ti

misma y tus patrocinadores, hasta tu exitoso regreso a tu lugar de origen (y tu probable ascenso posterior).

Comencé a sentir una pérdida de control desde el momento en que entré en la capilla y descubrí que lo que esperaba que fuera un lugar formal, rígido e institucional era, de hecho, un manicomio en movimiento. Y esa pérdida de control se extendió, abarcando toda mi vida, desde el primer indicio de nuestro secuestro hasta la estratagema improvisada de Dennett para convencerlos de que yo era una sacerdotisa ordenada —cuando en realidad su sacerdotisa yacía en coma y como muerta viviente dentro de un sarcófago—, cobrando fuerza al descubrir que no solo tenía una acosadora asesina, sino que Dennett sabía de su presencia y nos había estado manipulando.

Luego estaba la carga del miedo y la incertidumbre desatada por el mensaje explosivo de Andrea. Uno de nosotros nos había delatado; o, muy posiblemente, la propia Sondra había estado vigilando sus bóvedas más de cerca de lo que habíamos previsto. En cualquier caso, no podía esperar que mi exitoso regreso de la peregrinación fuera seguido de felicitaciones y un ascenso. Lo más probable era que Sondra no dudara ni un instante en interrogarme mediante un chip de esclavitud. Y cuando descubriera el paquete de secretos que guardaba en mi segundo compartimento, el mero hecho de haber obtenido la ciudadanía independiente no me protegería de su venganza. Acababa de perder mi futuro a largo plazo y no tenía ni idea de qué hacer a continuación.

De hecho, los piratas eran lo que menos me preocupaba. Confieso que, de no ser por las duras lecciones que aprendí en el jardín infantil de Sondra, creo que habría perdido completamente los estribos.

* * *

El vehículo de los secuestradores llevaba dos días en marcha cuando el conde Rudi finalmente se dignó a mandarme llamar.

Estar prisionera a bordo de un barco pirata resultó ser, afortunadamente, mucho menos desagradable de lo que esperaba. De hecho, fue una de las experiencias más relajantes que había tenido en mucho tiempo. Cuando era joven, irresponsable y despreocupada, a veces me portaba mal, al igual que varios de mis hermanos; en respuesta, los Proctors me castigaban con el confinamiento. A diferencia de algunas de mis hermanas más rebeldes, aprendí la virtud de la paciencia y maneras de entretenerme tranquilamente sin mostrar ninguna señal externa de actividad. Con la considerable cantidad de diarios y archivos privados que se acumulaban en mi enchufe libre, tenía material de lectura más que suficiente, por no mencionar los programas de entretenimiento interactivos grabados para una sola persona, para mantenerme ocupada un buen rato. Podría

quedarme mirando una pared en blanco durante años, en un entorno libre de estrés.

Pero ser asaltada y llevada a bordo de un barco pirata al mismo tiempo que una descubre que su empleador podría haber descubierto su traición es suficientemente estresante como para perturbar la ecuanimidad de cualquiera; y para cuando los guardias vinieron a buscarme, mis metaneurocitos prácticamente estaban echando patas y saliendo por mis fosas nasales debido a una mezcla tóxica de aburrimiento y miedo.

Al principio, cuando vinieron a buscarme, pensé que era solo otra llamada para comer. Habían empezado a sacudir el marco de la puerta para llamar mi atención, y luego deslizaban dentro una bolsita de caldo nutritivo en puré: una cosa aburrida, insípida y sin sabor, pero al menos me mantenía corriendo. Esta vez, la membrana se abrió del todo. «¡Ven!», ladró uno de los guardias, al que en la intimidad de mi mente había empezado a llamar Cara de Perro 2. (Dientes afilados, hocico puntiagudo, olor a humedad, con la misma compostura y etiqueta que una pared de cemento). «¡El jefe quiere que te entrevistes para una oportunidad de trabajo ahora mismo!»

Solté el suelo (al que me había aferrado con los dedos de los pies, usando los ganchos provistos para tal fin). Ya había llegado a la conclusión de que, a corto plazo, la resistencia no solo sería inútil, sino estúpida: mis secuestradores no solo la

esperarían, sino que mi vida dependía ahora tanto de su buena voluntad como siempre había dependido de la de Sondra, al menos hasta que se presentara alguna oportunidad de escape. Y escapar de una nave espacial en aceleración era una propuesta dudosa en el mejor de los casos. Mi situación era precaria, pero me habían dejado claro que mientras les fuera útil, me protegerían. Así que me dejé guiar hacia la colmena de la villanía, a través de los tubos, fístulas y estómagos de su hogar biomórfico (para curarse mejor de los daños infligidos en combate, supuse) y de allí a la oficina del gran murciélago.

—Ah, señorita Alizond. —Estaba encorvado sobre un amplio escritorio, otra cuadrícula de números relajantes desplazándose por su superficie, con precios de materias primas parpadeantes en verde y rojo que fluctuaban en tiempo real mientras el vehículo pirata absorbía el flujo del mercado—. Póngase cómoda. —Señaló distraídamente una hamaca baja al otro lado del escritorio—. ¿La ha alimentado Garsh adecuadamente?

—Dándome de comer... —reprimí una risa inapropiada—. ¿Qué?

Me miró fijamente, con sus enormes pupilas oscuras indescifrables. «Señorita Alizond. Era una pregunta seria. Por favor, respóndala como tal».

—Yo… —Cerré la boca, vacilé un instante—. Me han secuestrado, encerrado en un calabozo y sometido a humillaciones indescriptibles, ¿y quieres saber si tus subordinados *me han alimentado adecuadamente?* Perdóname, pero si no sabes la respuesta a esa pregunta, ¿no debería estar otra persona en ese puesto?

Rudi —ese era su nombre— siseó entre dientes: interpreté esto como una leve exasperación. «No lo entiendes. No estamos acostumbrados a adaptarnos a tu fenotipo. ¡Prefiero no dejarte morir de hambre por accidente simplemente por descuidar algún micronutriente esencial! ¿Te estamos alimentando correctamente? ¿Sí o no?»

—Uh. —Me dejé caer hacia atrás en la hamaca—. Creo *que* sí. No tengo ganas incontrolables de comer cosas raras. Al menos, todavía no. Pero podrías haberme dejado en la capilla; tenían un ambiente equilibrado…

—Señorita Alizond. Si la hubiera dejado entre esos sacerdotes criminales y conspiradores, ¡seguramente ya estaría *muerta!* —espetó irritado—. ¡Le salvé la vida, maldita sea! No es que espere gratitud, ni mucho menos, pero hay otra cara de la moneda, y su falta de interés en ella es... —Se interrumpió a mitad de su discurso, con un esfuerzo evidente.

Mantuve el rostro impasible. "¿Me salvaste? ¿De qué y por qué? ¿Acaso te estás declarando altruista?"

“Difícilmente. Aunque, según mi considerable experiencia, una reputación de trato justo siempre viene bien en futuros negocios.” El líder pirata emitió otro silbido como de conducto con fugas. “Tengo un profundo e inquebrantable interés en su pariente desaparecida, la Sra. Alizond, a quien me encantaría conocer, si aún vive. Es una vergüenza para esta institución que uno de mis subordinados le vendiera una póliza de seguro bastante sustancial sin realizar la debida diligencia previa, para asegurarse de que no estuviera, por ejemplo, a punto de ser asesinada; así que debería ser obvio para usted que me gustaría que me la presentara. ¡Pero parece que no comprende la suerte que ha tenido! Ni por qué le conviene absolutamente ayudarme.”

“¿En serio?” Esto no se parecía en absoluto a ninguna de las conversaciones que había imaginado tener con él durante mi cautiverio. “¿Esperas *que te* ayude?”

—Sí. —Una lengua larga y prensil se asomó por un extremo del hocico de Rudi y se deslizó hacia el otro lado, alisando los bigotes a su paso—. Estos son los hechos, señorita Alizond: Su llegada, en la que hacía preguntas sobre la desaparición de su hermana Ana, fue notada desde el principio por varias personas de la zona. ¿De verdad creía que la capilla en la que viajaba la necesitaba como marinera sin experiencia? ¿O que la líder original de la misión, Lady Cybelle, estaba confinada en ese sarcófago *por accidente?* ¿O que su tan amable diácono, Ser Dennett, sobrevivió al incidente a bordo de la capilla que dañó o mató a todos los demás oficiales del

vehículo *por mera casualidad?* ¿O que habían perdido a todos sus Frágiles, pero aún tenían la capacidad de producir paté de hígado cultivado a raudales? Bostezó, dejando al descubierto hileras de dientes afilados y perfectamente pulidos: «Hubo un *motín,* señorita Alizond. La causa fue una disputa entre ladrones: la cuestión no era si valía la pena secuestrarla, sino si hacerlo sigilosamente o por la fuerza, y qué hacer con usted una vez que la tuvieran. No tengo muy buena opinión de Dennett, pero admito que es un canalla. Es una suerte que la hayamos rescatado antes de que terminara de reprogramar a Cybelle, o un pequeño encuentro con una interfaz de depuración remota sería el menor de sus problemas».

Me di cuenta, con cierta consternación, de que todo lo que decía confirmaba mis peores temores. O bien me leía la mente mediante algún mecanismo más sutil que un chip de control mental, o la situación en la que me había visto envuelta sin querer era realmente grave.

—Pero tú —tragué saliva— ¡tus guardias me metieron a la fuerza en una habitación con Cybelle y Dennett! Quiero decir, antes...

—Sí, bueno, de vez en cuando alguien mete la pata —gruñó Rudi—. En este caso, fue el grupo de abordaje. No los contrato por su inteligencia, pobrecitos. Por suerte para ti, Dennett es básicamente un cobarde. Le faltó la determinación para actuar impulsivamente, y te saqué de allí en cuanto me enteré del error.

“¿Qué has hecho con ellos?”, pregunté antes de poder contenerme.

«¿Qué crees *que* les he hecho? ¿Los he obligado a caminar por la plancha?», siseó de nuevo, pero esta vez percibí diversión en su gesto: «Los dejé ir después de desacoplarnos. Puede que les cueste volver a conectar su antena de comunicaciones de alta ganancia, pero la capilla está intacta. Incluida la carga no declarada con la que Dennett había llenado el tanque de almacenamiento de carbono número tres, ahora que, lamentablemente, resulta innecesario debido a la ausencia de pasajeros frágiles».

“¿Carga? ¿Dennett era un contrabandista? Pero, ¿por qué, quiero decir, lo dejaste ir…?”

¿Qué? ¿Crees que tengo espacio para tres mil toneladas adicionales de indio fundido de alta pureza en el almacén de pintura? No, si quiere malgastar energía transportando esa cosa, que lo haga. Rudi sonrió, con la lengua colgando. ¿Qué esperarías que hiciera?

—Eh... —Hice una pausa—. Indio. Esa sería la masa de reacción para los propulsores iónicos, ¿eh? ¿No es bastante? ¿Hay suficiente como para que valga la pena...? —Volví a hacer una pausa. La sorpresa se mezcló con el disgusto de no haber comprendido lo que estaba pasando y dio paso a la diversión: —No lo hiciste. ¿Verdad?

«Ellos lo llaman piratería, ustedes lo llaman secuestro; yo lo llamo aprovechar un encuentro imprevisto para auditar la carga no declarada de un vehículo sospechoso de larga distancia y ordenar opciones de venta sobre la materia prima antes de su llegada al mercado de materias primas en su destino». Su sonrisa se convirtió en un bostezo. «Y, mientras tanto, rescatar a una joven erudita perdida que se había topado con una red de villanía y delincuencia en el camino. Suponiendo que esa *sea* su historia y que se mantenga firme en ella. Ahora, señorita Alizond, me gustaría hacerle una oferta».

“¿Una”—volví bruscamente a la realidad—“¿oferta?”

"Sí." Señaló las hojas de cálculo que flotaban en su oficina: “Esta ocupación no se llama 'contar las cuentas' en vano. Señorita Alizond, permítame ser claro; quiero que me lleve hasta su hermana Ana, preferiblemente viva. Si puede hacerlo, le estaré agradecido porque me habrá salvado de tener que hacerme responsable de la desacertada decisión de un subordinado. Con ese fin, nos dirigimos hacia Shin–Tethys. De hecho, ahora mismo, esta es la ruta *más rápida* a su destino. Llegaremos a Highport más de cien días antes que ese desguace volador en el que viajó. Sin embargo, el funcionamiento de este vehículo... somos una filial de una empresa más grande y debemos pagar nuestros gastos operativos. Ahora mismo, usted es un gasto en mi balance. Pero resulta que llevamos un tiempo con poco personal. Si se convirtiera en un *activo,* un recurso poshumano, por así

decirlo, podría moverla de la columna A a la columna B y, por lo tanto, justificar ante mis superiores el gasto de "Te proporcionamos alojamiento más cómodo, mejor comida, un estipendio modesto: todas las ventajas de un empleo."

“Con todo respeto, eh, Conde—”

“Eso es *un* contable, Sra. Alizond.”

—Lo siento, eh...

“Rudi servirá. ¿Puedo llamarte Krina?”

—Eh, um, supongo que sí… Rudi. Ejem. Con todo respeto, sois *piratas.* Disculpadme que lo diga, pero tengo ciertas dudas sobre la legalidad y la aplicabilidad de cualquier contrato de trabajo que pudierais ofrecer…

“Al contrario, querida: somos *corsarios.* Poseemos patentes de corso firmadas por un gobierno soberano reconocido, que nos autorizan a hacer cumplir las normas aduaneras y a recaudar peajes e impuestos en su nombre sobre el tráfico que no cuente con la licencia del gobierno en cuestión. Estamos reconocidos por más de un tercio de los gobiernos autónomos del Sistema Dojima, ¡casi la mayoría! Por eso puedo asegurarte que si aceptas un empleo a bordo de la Sucursal Permanente Carmesí Cinco Cero, será reconocido y aplicado por la plena majestad de la ley de las Repúblicas Federales Habitadas de Shin–Kyoto…”

—¿Me estás diciendo que llevas patentes de corso firmadas por un gobierno de *otro sistema estelar?* —Intenté no chillar, pero me temo que no lo logré del todo—. ¿De qué te sirve *eso* si te arrestan?

«Ninguna en absoluto a corto plazo, aunque se arriesgarían a sanciones económicas. En concreto, sufrirían la revocación total de sus claves para todas las transacciones de dinero lento denominadas en dólares FHR/SK que estén en curso. Una parte nada insignificante de su déficit de balanza comercial interestelar». Rudi se lamió los bigotes de nuevo, en lo que yo empezaba a reconocer como el equivalente en los quirópteros de una sonrisa pícara. "Krina, estoy decepcionado contigo. Piensa en esto: ¡La Sucursal Cinco Cero lleva operando en este sistema más de un siglo! Si fuéramos simples *piratas,* nos habrían perseguido y destruido hace décadas. De hecho, somos una entidad comercial —en realidad, una filial local de un banco externo al sistema— que ocupa un nicho extralegal lo suficientemente conveniente para ciertos gobiernos como para que nos tengan en la mira. Les costaría mucho dinero, recursos y tiempo establecer su propia infraestructura aduanera. Mucho más conveniente dejarlo en manos del libre mercado —nosotros— y luego embolsarse una comisión vendiéndonos consumibles y otros suministros. Al menos, pueden negar toda responsabilidad por las consecuencias derivadas de nuestras acciones."

"Bueno, como decía, tengo una oferta de trabajo para ti. El puesto se ajusta perfectamente a tu especialidad: una

doctora mendicante en historiografía de las prácticas contables. Creo que te mantendrá entretenida durante los próximos trescientos días, mientras nos integramos al sistema, y estoy seguro de que te sentirás más a gusto si tienes algo que hacer con tu tiempo."

—¿Por qué no me obligas? —tuve que preguntar. Rudi ya había demostrado que tenía los medios para convertirme en un zombi.

—Porque... —Rudi miró a su alrededor, con el cuello sorprendentemente flexible—: No puedo. Como ya le dije, operamos bajo patentes de corso que detallan minuciosamente lo que podemos y no podemos hacer. Por ejemplo, no tenemos permitido robar sus pertenencias personales. Solo podemos usar la coacción en ciertas circunstancias limitadas para investigar casos de presunta baratería o durante un abordaje hostil. Solo podemos usar dispositivos de interrogatorio en el marco de ciertas investigaciones criminales estrictamente reguladas. Pero este no es el primer caso, y usted está excluida del segundo, a menos que esté tramando de apoderarse de esta sucursal, ja, ja. Ja, ja. ¡Estado de derecho, Sra. Alizond! Sin él, ¿dónde estaríamos?

Trescientos días de inactividad en un calabozo no me atraían en absoluto. Además, tenía que admitir que su argumento era plausible. ¿Y qué mejor manera de obtener la información que necesitaba para vengarme del maltrato que

trabajando desde dentro de su empresa? Decidí no revelar mis planes a largo plazo y, en cambio, me incliné hacia él. «Este trabajo. Cuéntame sobre él…»

* * *

Antes de poder explicarles todo el horror y la gloria del Carnet de la Atlántida, necesito hablarles del Prisionero Español.

Hace muchísimo tiempo, en un planeta muy, muy lejano, donde los Frágiles vagaban libres por la biosfera, desarrollaron una compleja y vertiginosa serie de trucos, mentiras y planes fraudulentos que nos han sido muy útiles hasta el día de hoy.

España era el nombre de una de sus entidades políticas; se le asignó al esquema de confianza arquetípico casi al azar. Podría ser cualquier otro lugar elegido simplemente por su lejanía y la dificultad de viajar hasta allí desde aquí.

¡El prisionero español es una persona fabulosa! Rico y poderoso en tu país, este individuo (que es amigo personal y benefactor mío: debo presentártelo en cuanto tenga oportunidad) ha viajado a España por un asunto de negocios altamente confidencial, para lo cual está utilizando una identidad falsa. Una vez allí, ha sido detenido inevitablemente debido a un pequeño malentendido, algo

trivial, pero ha perdido su cartera y su pasaporte, y por lo tanto necesita ayuda. Seguramente podrías tener la generosidad de enviarle el dinero para una comida, el anticipo de su fianza, el costo de un billete de vuelta a casa. Te estará eternamente agradecido y te recompensará como corresponde a su regreso, te lo aseguro. Solo recuerda, sin embargo, que viaja bajo condiciones de secreto, y si su verdadera identidad es revelada a las autoridades españolas, tendrá que responder preguntas incómodas (y costosas).

¿Me sigues hasta ahora? ¿Puedo confiar en ti? ¿Eres sincero y bondadoso? ¿Me ayudarás a guardar el secreto de mi amigo?

Es la estafa más antigua que existe, porque la codicia de la víctima la atrapa, y paga, y vuelve a pagar, poco a poco, por un pequeño servicio tras otro. Las versiones más sofisticadas enfatizan la ilegalidad marginal de la actividad del prisionero, para así enredar a la víctima en una red de complicidad criminal y disuadirla de buscar ayuda. Pero el patrón es el mismo: se le presenta a la víctima una oportunidad demasiado buena para ser verdad, una oportunidad para congraciarse con los ricos o para comprar acciones en una empresa dudosa pero muy rentable. Y entonces la engañan para que pague una tarifa tras otra con la esperanza de obtener una recompensa final.

Bueno, España ya no existe. ¡Pero tenemos algunos giros nuevos y emocionantes para el Prisionero Español que

ofrecerles en su ausencia! El principal de ellos es el avance FTL. Todo el mundo sabe que viajar más rápido que la luz es imposible. Excepto que, convenientemente para los estafadores, no está del todo descartado; entrelazamiento cuántico, agujeros de gusano, taquiones, lo que sea, el diablo está en los detalles que acechan en los límites de la física experimental, en los rincones del mapa que bien podrían estar etiquetados como "aquí hay dragones". La mina de oro de la física experimental se agotó hace miles de años, incluso antes de que los Frágiles se extinguieran por primera vez; se topó con la ley de rendimientos decrecientes. La maquinaria necesaria para abrir nuevos caminos se volvió cada vez más cara, hasta que finalmente los costos de construcción de un acelerador de partículas más grande —¡Más grande que los anillos de Saturno! ¡Más barato que cincuenta naves estelares coloniales!— hicieron que el privilegio de observar un nuevo rastro de quarks quedara fuera del mercado. Así pues, no se ha descartado *por completo la posibilidad de viajar a la velocidad de la luz, y ahí reside un nuevo giro en la historia del prisionero español.*

Resulta que sé que alguien muy lejano estaba experimentando con un motor FTL. ¡Y milagrosamente, lograron hacerlo funcionar! Pero en su primer viaje —un vuelo de prueba a este mismo sistema estelar— se encontraron con una avería imprevista. Están atrapados aquí, escondidos en hibernación a cámara lenta en el cinturón exterior hasta que puedan comprar ciertos materiales raros y

caros con los que reparar su motor, esperando que nadie desagradable se los encuentre. No son pobres: Mira, ¿ves estos dólares lentos, firmados por un banco muy lejano? ¿No los guardarías como garantía y me adelantarías una suma de dinero rápido para ayudar a mis amigos con las reparaciones? Aceptaremos un tipo de cambio ruinoso, solo a cambio del dinero que necesitamos para que nuestro motor espacial vuelva a funcionar; cuando los certificados refrendados por el banco para estos dólares lentos lleguen a ti, ¡serás rico!

Alternativamente: tengo amigos que han construido y están probando un motor FTL. ¿Sabes lo que eso significa? ¡Detonará bajo los cimientos de nuestro sistema financiero como una mina nuclear! De repente, será posible intercambiar dinero rápido a través de distancias interestelares. Mientras tanto, el dinero lento se depreciará desastrosamente. Les falta menos de un año para terminar su trabajo, pero se están quedando sin efectivo. Pero no son pobres: ¿ves esos dólares lentos, firmados por un banco muy lejano? Necesitamos deshacernos de ellos rápido, sin importar el tipo de cambio, a través de un amigo que no lleve a los banqueros de vuelta a nuestro laboratorio secreto, donde podrían reconocer la importancia de nuestra investigación y destruir nuestro vehículo de prueba antes de que pueda volar...

Una vez más: Mis amigos han desarrollado un motor FTL. Como saben, esto provocará un colapso en el mercado de dinero lento una vez que se corra la voz, por lo que es esencial

que lo mantengamos en secreto hasta que lo hayamos probado. Sin embargo, en los próximos vuelos de prueba, habrá una oportunidad para que unos pocos inversores selectos nos confíen instrumentos de dinero lento que necesitan ser negociados a través del banco de (algún destino plausible a unos años luz de distancia). Iremos allí, haremos que el banco refrende el crédito que nos confiaron, y tan pronto como regresemos, podrán completar la transacción, convertir sus dólares lentos (girados en el banco del destino plausible) en dinero rápido y, de paso, ¡demostrar la autenticidad de nuestro motor FTL! ¡Todos ganan! Solo necesitan comprar dólares lentos en el banco del destino plausible, luego usarlos para comprar dinero rápido, nombrándonos a mí y a mis amigos como sus representantes...

Los viajes a velocidad superlumínica son el nuevo y viejo "Prisionero Español". ¿Quieren que siga? Podría hablar de esto durante horas. Es mi principal campo de estudio. He publicado numerosos artículos sobre el tema. Soy una ávida estudiosa de la historia de los fraudes referentes a viajes a velocidad superlumínica y puedo cautivar y explayarme tanto en simposios académicos como en charlas después de la cena. De hecho, soy una de las pocas personas que se ha ganado la vida honestamente con el fraude de los viajes a velocidad superlumínica. Uno pensaría que la gente estaría cansada de oír hablar de otra estafa más de viajes a velocidad mayor que la de la luz, pero es tan increíblemente *atractiva:*

un avance en las fronteras de la física que permite una nueva tecnología revolucionaria que te ofrece, y *solo a ti,* la oportunidad única de hacerte rico (siempre y cuando mantengas la boca cerrada). Sigue surgiendo cada pocos siglos; de hecho, va por oleadas. Simplemente no desaparece.

Y luego está la historia del proyecto Atlantis, que algunos creen que fue real.

* * *

La diferencia entre la banca mercantil y la piratería descarada es menor de lo que la mayoría imagina. Durante los meses que pasé a bordo de la Sucursal Cinco Cero del Permanent Crimson, descubrí que me sentía inquietantemente cómoda con la profesión. Pero me estoy adelantando.

El conde Rudi y sus compañeros corsarios no eran, por supuesto, originarios del sistema Dojima. La mayoría de ellos, hombres, mujeres e incluso hermafroditas, presentaban un fenotipo de alas de murciélago y hocico alargado, una peculiaridad común entre los habitantes de las selvas tropicales del archipiélago septentrional de Shin–Kyoto, de donde afirmaban provenir. La apertura de una sucursal interestelar por parte de una compañía de seguros era una empresa de gran envergadura, y para inculcar la cultura

corporativa adecuada, habían enviado un numeroso grupo de empleados administrativos y agentes de operaciones financieras. (Además, al ser un pueblo gregario, se sentían más cómodos trabajando en una tribu afectuosa, aunque ruidosa y conflictiva, de su misma especie).

La sucursal en sí era un remolcador minero de asteroides reconvertido, cuyo tanque de carga delantero, de forma bulbosa (diseñado originalmente para transportar grandes volúmenes de soluciones salinas acuosas), se había adaptado para ocultar las herramientas de trabajo de la organización, desde las lanchas rápidas del auditor de asalto hasta los tubos de abordaje forzoso. Detrás, el sistema de soporte vital, los espacios habitacionales y la estructura de ingeniería de propulsión nuclear/iónica de un remolcador de rocas convencional permanecían prácticamente intactos.

La esfera del hábitat estaba brillantemente iluminada, abrumadoramente verde, algo calurosa y húmeda, y olía a genitales hermafroditas sésiles (o "flores", como los llamaban los murciélagos), pero era mucho menos deprimente que el osario volador en el que inicialmente había reservado pasaje. Era espaciosa, al menos: acelerar un volumen cúbico lleno de aire es barato, así que no había paredes y las alas de murciélago eran de rigor entre el personal de la sucursal. Pasaba el tiempo migrando lentamente de un lado a otro entre Shin–Tethys y los asteroides Shiny!, interceptando ocasionalmente alguna nave desafortunada sospechosa de contrabando (pero generalmente solo dentro de los pocos

días de la salida/llegada en órbita alrededor de un destino: de lo contrario, la geometría delta–uve necesaria para el encuentro hacía que tales tácticas fueran prohibitivamente caras). Mientras tanto, su equipo altamente cualificado de suscriptores de seguros y contables vendía pólizas y tramitaba reclamaciones, mientras que el selecto grupo de banqueros de inversión se encargaba de las inversiones y el control de riesgos, y la tripulación habitual mantenía la nave en funcionamiento y a sus ocupantes entretenidos. En resumen, era como cualquier otra institución espacial respetable, salvo por su actividad secundaria en cohetes iónicos y equipos de abordaje forzoso: de hecho, me recordaba a una versión más pequeña, acogedora y algo menos despiadada de Nueva California, mi primer hogar.

Una vez que superé su extraña apariencia, la vida en el Five Zero me resultó cómoda. Con el permiso del conde, me permitieron salir de mi celda, aunque encadenada a un cangrejo de tobillo irritable que chillaba y me pellizcaba con sus pinzas si intentaba entrar por error en una zona restringida. Comía en el mismo rincón del comedor que los demás miembros de la tripulación que no eran quiropteroides[4] (de los cuales había un buen número, pues a diferencia de la capilla de la que me habían rescatado, en este vehículo no faltaba personal), y trabajaba... bueno, trabajaba donde me apetecía, siempre que hubiera una superficie

4 Referente a los murciélagos.

plana y una retina lo suficientemente grande para mostrar mis materiales de investigación.

De lo cual había una vergonzosa superfluidad. Entre otras cosas, el tanque de carga delantero albergaba una granja de almacenamiento compacta pero devastadoramente densa, con más de cien toneladas de diamante de memoria: incluía un registro exhaustivo de cada transacción financiera que la corporación y sus afiliados habían podido obtener, ya fuera mendigando, pidiendo prestado o mediante la baratería. Algunas de ellas se remontaban a más de tres mil años atrás. Incompleta, fragmentada y balcanizada por protocolos de almacenamiento incompatibles como era, no obstante, era una mina de oro de datos, un activo increíble si uno quería rastrear el flujo y reflujo del dinero lento entre las estrellas, o las inversiones de dinero mediano bloqueadas en bonos y activos a largo plazo dentro de los hábitats de Dojima: desde Taj Beacon hasta las baratijas giratorias con ventanas de cristal de Leading y Trailing Pretties, los Shiny Asteroides, las colonias en las lunas de Zeus y Cronos, los castillos–zeppelin de Mira y las cien repúblicas laminares en guerra de Shin–Tethys.

Rudi dejó bien claro lo que quería que hiciera, o mejor dicho, lo que quería que yo creyera que quería que hiciera. (Porque casi siempre es más fácil gestionar a un subordinado dispuesto y remunerado que controlar a un prisionero hostil; entre otras cosas, los costes de la mano de obra de los guardias son menores).

Cuando lleguemos a Shin–Tethys, creo que haremos una pequeña excursión en busca de tu hermana desaparecida. Pero antes, sería prudente saber quién más se interesa por ella, ¿no crees? Está Dennett, por supuesto, pero primero lleguemos a la órbita. También está quienquiera que haya enviado a ese encantador doble tras de ti. Y puede que haya otros. Tu hermana parece haber llamado la atención de gente importante. ¿No crees que sería prudente saber a quién nos enfrentamos antes de ir a buscarla?

Me encogí de hombros. "No tengo ni idea". (Por supuesto, estaba mintiendo).

—¿Ah, sí? —preguntó Rudi con aire despreocupado—. Te diré lo que pienso: hay muchos trapos sucios en los sectores bancario y contable de Shin–Tethys, y creo que tu hermana se vio envuelta en una conspiración relacionada con uno de ellos. Al hacerlo, se ha ganado la enemistad de gente poderosa. Así que vamos a averiguar para quién, con quién o a quién podría estar trabajando en este sistema, y quién podría beneficiarse de que los descubra.

“Pero a ella solo le interesa —pensé por un momento— la historia de la contabilidad. Como a mí.”

“Sí, exactamente. Así que quiero que prepares un informe sobre el historial de fraudes y escándalos de inversión en el Sistema Dojima.”

* * *

Voy a aburriros hasta la muerte con la economía política de Shin–Tethys.

(Atención: Habrá un examen más tarde.)

El sistema Dojima gira alrededor de una joven estrella enana G1, ligeramente más brillante que el Sol que iluminaba los cielos de nuestros ancestros. Fue visitado por primera vez por una nave espacial hace mil quinientos años estándar: tiempo suficiente para que sus habitantes hayan establecido hábitats en y alrededor de varios cuerpos celestes, así como numerosos gobiernos e instituciones soberanas.

El sistema planetario consta de dos gigantes gaseosos cálidos, Zeus y Cronos, que orbitan a unas pocas unidades astronómicas de Dojima Prime. Hay cinturones de escombros, tanto en forma de nubes troyanas que orbitan junto a Zeus como en forma de un cinturón de escombros convencional. Un mundo a la manera de Venus con una atmósfera de efecto invernadero descontrolado, Mira, orbita más allá de los gigantes gaseosos, lo suficientemente cerca como para que, de no ser por el efecto invernadero, sería una bola de hielo congelada; y luego está Shin–Tethys.

Shin–Tethys es lo que los planetógrafos denominan una "supertierra hidratada de Ricitos de Oro". Esto significa que es húmeda, tiene el tamaño justo y pertenece a una clase de

planetas más grandes que la legendaria cuna de la civilización Frágil. De hecho, es aproximadamente tres veces más masiva que la Tierra, pero dos tercios de esa masa son agua y hielo, que rodean un núcleo rocoso invisible. Su densidad general es tan baja que, en la cima de las olas, la atracción gravitatoria es un poco superior a las tres cuartas partes de la estándar, y la velocidad orbital es *la adecuada.* La velocidad de escape no es tan baja como para que pierda mucho hidrógeno en el viento solar, pero la gravedad no es tan alta como para que sea difícil alcanzar la órbita desde el ecuador.

Shin–Tethys es *joven.* El sistema Dojima se formó hace apenas mil millones de años. Por consiguiente, bajo la capa de roca y hielo que yace en el océano de trescientos kilómetros de profundidad, se encuentra un manto invisible rico en isótopos pesados. El plutonio natural presente cuando se formó el sistema estelar se ha desintegrado por completo, ¡pero el uranio está libre de impurezas y es pobre en neutrones! Brillantes fumarolas azules iluminan periódicamente las aplastantes profundidades abisales, burbujas de criticidad inmediata que ascienden hacia la superficie del océano, donde hierven hasta estallar en una abrasadora nube de vapor radiactivo sobrecalentado. El uranio disuelto natural en los océanos de Shin–Tethys contiene más del 1 % de U_{235}. Es tan rico que se puede extraer y alimentar directamente a un reactor.

¿Necesitaría dibujarte un diagrama para explicarte la relación económica entre Shin–Tethys y el resto de los hábitats del Sistema Dojima?

(Sí, probablemente sí.)

Todos necesitamos energía. Cerca de Dojima Prime, las células fotovoltaicas funcionan bastante bien. Pero cuanto más te adentras en la fría noche más allá de Cronos, hacia la órbita inclinada del gigante de metano Hera, en lo profundo del cinturón exterior, peor funciona la energía solar. Viajar a cámara lenta te ayudará a conservar la energía disponible, pero al final, tendrás que recurrir a la energía nuclear.

Existen, por supuesto, las siete formas clásicas de energía nuclear: fisión por reacción en cadena, fisión inducida externamente, baterías de radioisótopos térmicos, baterías de emisión isomérica coherente, fusión fría catalizada por muones, fusión caliente de deuterio–tritio y fusión aneutrónica extremadamente caliente... cada una tiene sus pros y sus contras. Pero de todas ellas, solo una variedad cumple con todos los requisitos: la fisión, subtipo de reacción en cadena clásica. Las baterías de isómeros nucleares están muy bien, pero hay que cargarlas de alguna manera. Y cada tipo de reactor de fusión que se ha desarrollado es voluminoso, complicado, difícil de mantener en funcionamiento y requiere cantidades desmesuradas de infraestructura de apoyo.

En definitiva, la fisión es muchísimo más sencilla, compacta y ligera que cualquier otro método. El único tipo de vehículo espacial que realmente *necesita* la eficiencia de la fusión es una nave estelar: para cualquier otro propósito, es más barato y sencillo recurrir a grandes cantidades de uranio.

Y Shin–Tethys es, con mucho, la fuente más rica conocida de uranio 235 en un radio de una docena de años luz.

Lo que significa que necesito informarte sobre la política de las sirenas.

* * *

Una vez que acepté su propuesta, Rudi me liberó formalmente del calabozo. También me liberó de mi estado de incomunicación. Trabajé, él me pagó y gasté las fichas de estilo de vida que me proporcionó en varios lujos, incluido un servicio de reenvío de correo. A mis hermanas en casa les envié una breve señal *de que estaba en camino,* necesariamente abreviada por el costo del ancho de banda interestelar (sin mencionar la certeza de que el equipo de comunicaciones estaba escuchando discretamente todo lo que enviaba). A las diversas personas de las que había tenido noticias en Shin–Tethys, les envié... bueno, no había mucho que decir: a la amiga preocupada de Ana, una oferta de reunión a mi llegada; a la policía, lo mismo; y a la agencia de cobro de deudas una cortés oferta de discutir el alquiler de

su vacuola en persona. (Cualquier cosa para evitar que tiraran sus pertenencias por la borda antes de que tuviera la oportunidad de rebuscar entre ellas). Y eso fue todo.

En cuanto a la tarea de Rudi, así es como le expliqué mis hallazgos cuando elaboré mi informe:

“En una primera aproximación, no hay señal en el ruido.”

«¡Bah!». Colgando boca abajo en medio de su nido de retinas, Rudi parecía tan disgustado como yo. Había pasado más de cien días revisando archivos, buscando dependencias ocultas entre fondos de inversión y participaciones, y analizando informes corporativos publicados en diversas micronaciones acuáticas a distintas profundidades en los océanos superiores de Shin–Tethys. «¡Eso es ridículo! ¡Hay escándalos y fraudes por todas partes! No vas a convencerme de que esa gente es una excepción. ¿Qué hay ahí fuera?».

“Lo que se observa es una inquietante falta de picardía. Casi como si se estuvieran *suprimiendo deliberadamente todos los indicios de ella.*”

Saludé con la mano hacia la retina que cubría la pared del fondo de su nido. "Observa".

Llevaba meses trabajando en esta presentación. Rechazaba invitaciones a orgías del equipo porque tenía tablas dinámicas que analizar. La recitaba entre dientes mientras comía, hasta que me encontraba comiendo sola. Soñaba con

corrientes oscuras que fluían bajo los casquetes polares de las reservas congeladas de dinero lento. En Shin–Tethys existían 497 gobiernos reconocidos mutuamente; si bien todos reconocían el Taj Slow Dollar como la base sólida de la probidad fiscal, más de la mitad —316— mantenían sus propios vehículos de inversión medianos con tipos de cambio flotantes (en forma de bonos con diversos plazos de vencimiento), y casi todos tenían sus propios estándares monetarios (excepto tres alianzas formadas por naciones más pequeñas pero mayoritariamente prósperas que formaron uniones aduaneras). Alrededor del 70 por ciento de estos gobiernos tenían sus propios bancos nacionales, y otro 26 por ciento permitía la existencia de industrias bancarias privadas, pero altamente reguladas. Estas economías, naturalmente, coexistían con otras monedas y medios de comunicación que reflejaban la reputación de la nación, pues no todas estaban mercantilizadas. De hecho, al menos ochenta de ellas eran comunistas, y un centenar poseían monedas primitivas no intercambiables, utilizadas exclusivamente para el cortejo reproductivo y para marcar cambios de estatus social. Incluso existían tres reinos singulares con economías basadas en el intercambio frecuente de pequeñas esferas pulidas de plutonio metálico. (Los habitantes de esos reinos aprendieron rápidamente a regalar el dinero en cuanto lo recibían. Las depresiones eran raras y solían terminar de forma explosiva).

En cualquier caso, había podido seguir la evolución de las tenencias medianas declaradas por la mayoría de los gobiernos, bancos e importantes inversores extranjeros a través de diversos registros y guías de propiedades gubernamentales.

"Mira." Señalé. "Shin–Tethys, en su conjunto, mantiene un superávit comercial positivo con el resto del sistema. Un tercio de las naciones locales no exportan directamente, pero existe un importante comercio interno entre las tribus: los seis principales exportadores representan el ochenta y dos por ciento del uranio y el cincuenta y siete por ciento de las tierras raras. Lo que llega es, bueno, mucha mano de obra especializada, ensamblajes de alta tecnología terminados, todo aquello que requiere microgravedad, vacío, temperaturas muy altas o un entorno anaeróbico. En otras palabras, es el patrón típico de un planeta exportador de energía, con la particularidad de que, debido a su alta humedad, muchas actividades en la superficie planetaria —fundición de metales, fabricación de cerámica— resultan costosas si se realizan localmente. Lo único interesante es la escasa cantidad de dinero lento que fluye hacia su sistema económico. En cuanto a la corrupción bancaria, existe la habitual, pero nada más de lo habitual. Alrededor de un gobierno por década —de casi quinientos, cabe destacar— se ve envuelto en serios problemas de una u otra forma. Pero el sistema se autoestabiliza: Lo que suele ocurrir es que un consorcio formado por sus socios comerciales y principales

acreedores se reúne y organiza una OPA hostil[5] —creo que la llaman «guerra»— y somete a la empresa deudora a administración judicial hasta que logra salir del apuro. Pero eso no ocurre con frecuencia. Hay que remontarse casi mil años atrás para encontrar algo realmente grave; por ejemplo, el caso Trask.

—¿Qué fue eso? —interrumpió Rudi.

"Nada relevante. Ivar Trask–1 fue uno de los fundadores del sistema: estableció el banco del sistema en Taj Beacon y creó el dólar lento de Dojima para los intercambios interestelares. Hubo un escándalo por lavado de dinero y desapareció; se cree que fue asesinado, pero como decía, eso ocurrió hace casi mil años. Los banqueros del Sistema Dojima son *muy* formales, incluso para los estándares de la banca de dinero lento."

Rudi resopló y una de sus orejas se crispó, como si quisiera guardarse sus opiniones para sí mismo. Pero al instante asintió. «Continúa, por favor».

---

5 Una oferta pública de adquisición (OPA) de acciones u otros valores es una operación mercantil en la que una o varias sociedades (oferentes) realizan una oferta de compra de acciones a todos los accionistas de una sociedad admitida a cotización en un mercado oficial para, de esta forma, alcanzar una participación en el capital con derecho de voto de la sociedad (junto con la que ya se posea, en su caso) que sea significativa. OPA hostil: Si no hay acuerdo previo, será hostil (este calificativo no prejuzga su posible interés para los accionistas).

Versión resumida: Lo que buscas parece no existir. O eso, o hay una conspiración de silencio tan vasta que desafía la naturaleza humana: se necesitarían más de dos mil instituciones en diferentes jurisdicciones acordando ocultar sus trapos sucios tras los tanques de reacción, sin que nadie filtrara nada.

"¿Tan grande?" Rudi me miró fijamente. "¿Alguno de ellos muestra señales de cambios en sus estructuras de poder internas? ¿Nuevos propietarios?"

Me encogí de hombros. "Esa es una cuestión política. No me pediste que informara sobre su política".

—Bueno, será mejor que investigues eso —gruñó—. Los inmigrantes pueden venir con problemas económicos. Empieza por el Reino de Argos y, en concreto, por cualquier acontecimiento en Nova Ploetsk, y desde ahí ve ampliando la investigación a cualquier lugar que pudiera interesarle a tu hermana. Al fin y al cabo, no desapareció por accidente. Seguro que se topó con algo por casualidad.

"Hay un límite a lo que puedo lograr desde aquí arriba…"

—¡Sí! —Rudi chasqueó la mandíbula con un gesto que yo empezaba a reconocer como un enfático asentimiento—. Así que, cuando lo hayas hecho, tendremos que bajar para continuar nuestra investigación en persona. ¡Pero eso será entonces, y esto es ahora! Así que, ¡manos a la obra!

* * *

Creo haber mencionado que la gravedad superficial de Shin–Tethys es aproximadamente tres cuartas partes de la de la Tierra. Sin embargo, Shin–Tethys es un mundo enorme, con una circunferencia de más de setenta mil kilómetros. No tiene superficie terrestre; su superficie es completamente acuática, con pequeños casquetes polares flotantes alrededor de los polos norte y sur, y balsas de vegetación del tamaño de continentes flotando en los trópicos. El agua forma una fina capa alrededor de un manto exterior de roca y hielo mixtos, ya que el hielo bajo presión extrema se transforma en extrañas fases cristalinas más densas que el agua líquida: el límite se encuentra a tan solo doscientos o trescientos kilómetros de profundidad. En la superficie del manto exterior, hay una capa compuesta casi en su totalidad de hielo pesado contaminado por intrusiones de roca fracturada, restos de tubos de lava y puntos calientes que se abren paso hasta la superficie y estallan en una catastrófica explosión. Hay volcanes, algunos de ellos fríos pero que brillan con un azul pálido debido a la radiación Cerenkov generada por las reacciones de fisión que los alimentan. La masa crítica del uranio se reduce significativamente en solución acuosa porque los átomos de hidrógeno ralentizan los neutrones térmicos, lo que facilita su captura por núcleos grandes: en consecuencia, los depósitos de sales de uranio lixiviadas de las intrusiones rocosas del manto inferior frecuentemente alcanzan la criticidad y desencadenan una

reacción en cadena de fisión. A miles de kilómetros por debajo del manto exterior, yace un mesomanto rocoso, el manto exterior de un mundo similar a la Tierra sumergido en la envoltura acuosa de Shin–Tethys; pero eso no me interesa. No podemos acceder a él directamente, así que no tiene ningún interés económico.

La principal importancia de la hidrosfera radica en que representa a la vez una promesa y una amenaza: la promesa de una enorme riqueza derivada de la extracción de recursos minerales y la amenaza de la presión hidrostática.

La presión mata. Mata tanto a las células frágiles como a los mecanocitos humanos porque la maquinaria molecular que las compone depende de los límites de fase entre los compartimentos oleosos y acuosos para organizar y orientar estas grandes moléculas, y el aumento de la presión las deforma y distorsiona porque las burbujas lipídicas no se expanden ni se contraen exactamente al mismo ritmo que las acuosas cuando se incrementa la presión. Por supuesto, uno puede adaptarse gradualmente, modificando un enlace de hidrógeno aquí y una estructura covalente allá, pero las personas que nadan en los océanos de Shin–Tethys sin modificaciones extremas son vulnerables a la necrosis inducida por la presión si viajan incluso unos cientos de metros hacia arriba o hacia abajo. Y la hidrosfera tiene cientos de kilómetros de profundidad.

De ahí las naciones laminares.

Capítulo VIII

COSTUMBRES LOCALES

Una mañana me despertaron unos golpes y vibraciones que, transmitidos a través de la red de mi nido, me hicieron pensar en la aproximación de un depredador gigantesco. Alarmada, conecté mi retina de bolsillo a la red de a bordo y vi una tormenta de instrucciones arcanas y comunicaciones entre la tripulación de navegación. La Oficina de la Sucursal Cinco Cero maniobraba a toda máquina, activando los propulsores y haciendo girar los giroscopios a una velocidad que jamás había visto. Me recordó a la maniobra de la capilla de Dennett cuando partió de Taj Beacon.

Aunque no me habían ordenado formalmente que no preguntara sobre nuestra hora exacta de llegada, todas las preguntas que les hice a la tripulación de la cabina de vuelo fueron respondidas con evasivas corteses. (Y, de hecho, esto no era del todo descabellado; la Oficina de la Sucursal Cinco Cero bien podría estar planeando desviarse en su camino a la órbita para reunirse con algún delincuente sospechoso de contrabando o fraude de seguros, en cuyo caso mi conocimiento de esto podría constituir una brecha de seguridad). Pero habían transcurrido 286 períodos de sueño desde que me embarcaron, así que no era difícil deducir que o bien estábamos maniobrando para reunirnos con alguna de las repúblicas orbitales, o bien nos estábamos preparando para una última maniobra de inserción orbital utilizando el motor de alto impulso de la nave.

Salí de mi nido y miré a mi alrededor. Mi habitación era estrecha y con pocos muebles, pero había pasado casi un año viviendo allí. Había adquirido algo de la resonancia emocional que llamamos *hogar:* una forma de vida más austera, pero algo menos estresante que la institución de mi infancia. La iba a echar de menos, me di cuenta. Negué con la cabeza, me puse mi atuendo de a bordo (un chaleco con bolsillos, rodilleras y coderas, y calcetines con dedos separados) y metí todo lo demás en mi mochila. No había garantía de que desembarcaría en los próximos dos días... pero sería imprudente no estar preparada para partir en cualquier momento.

Llevaba casi un año sabiendo que este día llegaría, pero aun así me invadió una oleada de emoción y entusiasmo. ¡Un nuevo planeta se extendía ante mí! Rudi tendría que dejarme descender a la superficie, pues, como mínimo, necesitaría mi complicidad para encontrar a Ana. Y entonces, y entonces... bueno. Había pasado muchos turnos de descanso nocturno considerando mis opciones en la intimidad de mi mente: una vez libre de Rudi y sus secuaces, aunque solo fuera por unas horas, podría huir a Shin–Kyoto. O, si Ana estaba realmente en peligro, podría ayudar a encontrarla y rescatarla, tal vez encontrar la manera de clonar su chip de alma sin que Rudi se diera cuenta y sacarlo del sistema. O... pero estas especulaciones eran producto de la imaginación de una versión mucho más joven de mí, mucho menos consciente de mis propias limitaciones mortales. Peor aún, todas terminaban en un callejón sin salida, en la densa niebla del futuro incierto: pues si me convertía en objeto de la enemistad de mi linaje materno, ¿qué futuro me esperaba? Todo era bastante desalentador. Sin embargo, volviendo a centrarme en el futuro inmediato, me pareció que mi primera tarea era librarme —y a Ana, si aún vivía— del interés posesorio de Rudi de la manera más limpia posible, y luego evaluar la situación. Lo cual podría ser posible si solicitara asilo en el Reino de Argos, donde Ana había vivido.

“Krina. Por favor, preséntate en la Sala de Conferencias D, en la segunda planta, para recibir información. Confirma la recepción.”

Maldije en voz baja al sistema de megafonía que había interrumpido tan bruscamente mi análisis de la situación. «Entendido», dije. Luego cerré mi mochila, asomé la cabeza por la puerta de mi celda y me dirigí hacia donde me habían indicado.

La pomposamente llamada Sala de Conferencias D era en realidad una burbuja vacía que colgaba de un lado de uno de los pasillos principales, con paredes que solo ofrecían un mínimo de seguridad para evitar que los transeúntes nos escucharan casualmente. Asomé la cabeza por la escotilla y vi a Rudi allí, junto con otros dos. «¡Ah, Krina! Entra, entra. Llegas justo a tiempo. Este es Dent» —señaló a uno de sus compañeros, un banquero murciélago de aspecto lúgubre con una hoja de cálculo tatuada en el ala izquierda con tinta elegante, para poder girar sus mesas con un simple movimiento de muñeca— «y esta es Marigold. Marigold es una oficial de cancelación de deudas», añadió como si nada.

Tragué saliva al mirarla. Marigold era una de las pocas personas ortohumanas que había vislumbrado en el vehículo, pero a quien no me habían presentado formalmente. Podría haber sido abandonada en una de las bulliciosas ciudades de la Tierra Frágil, antes de su extinción, y nadie habría notado nada inusual en ella, siempre y cuando reemplazara su ondulante melena naranja y su camuflaje facial antibiométrico angular con algo más tradicional. Pero: ¡*una ejecutiva de cancelación de deudas!* Los bancos y sus ramificaciones (como este nido de villanía) se dedican a la

gestión y prevención de riesgos; ¡las cosas nunca deberían llegar al punto de tener que cancelar una deuda incobrable! Mucho mejor mezclarla con un montón de propiedades crediticias de baja calidad y transferirla a un fondo de inversión a largo plazo para activos tóxicos, donde deprime el crecimiento de las ganancias en un pequeño porcentaje. La *cancelación de deudas* no es una práctica con la que haya tenido mucho que ver. Así que la miré fijamente, ligeramente horrorizada, hasta que Marigold me guiñó un ojo, y bajé la mirada para ocultar mi expresión.

—Su trabajo será protegerte —explicó Rudi—. Suponiendo que aún esperes encontrar a tu hermana desaparecida —Asentí—. Viajaremos juntos a Nova Ploetsk en Argos. Tendrás que examinar el apartamento de tu hermana y hacerte cargo de sus pertenencias. —Sonrió, mostrando los dientes—. Mientras tanto, te acompañaremos para ayudarte. Mari será tu guardaespaldas, y Dent… Dent es un perito contable, con credenciales reconocidas por los Ojos de Argos: está a tu disposición. Ah, y todos necesitarán un cambio de piel.

—Oye, espera un momento... —empecé a decir.

—¿O es que no quieres encontrar a tu hermana? —preguntó Rudi, con una sensatez peligrosa.

"¿Qué clase de piel?" La dicción de Marigold era precisa, pero emocionalmente vacía: podría haber sido una máquina, como la acosadora con la que Dennett había estado jugando.

«Piel con escamas y espinas», siseó Rudi. «Nova Ploetsk está a doscientos metros de profundidad, y si tu hermana ha ido más abajo, todos tendremos que adaptarnos. He hecho arreglos con un taller mecánico en el puerto de superficie. Es hora de irnos».

* * *

Rudi nos condujo a la esclusa principal de la bodega de carga delantera; luego a través de un pequeño laberinto de túneles y tubos claustrofóbicos que terminaban en una pequeña habitación con seis sillones de aceleración atornillados a una pared. "Abróchense los cinturones", dijo. "Va a ser un viaje movido". Me abrí paso entre los cinturones (que se retorcían suavemente con el flujo de aire como un lecho de algas en una corriente oceánica). Se parecía al sarcófago de la *Soyuz* a bordo de la capilla, aunque algo más grande y con proporciones menos clásicas. Marigold se encargó de cerrar la escotilla y asegurarla, luego se acostó a mi lado: estábamos tan apretados en la cápsula que nuestros hombros y rodillas casi se tocaban, y el techo apenas estaba a un metro por encima de mi nuca. Un minuto después, el sonido de la circulación del aire cambió.

—Respira hondo —dijo Marigold con voz inexpresiva—. Inhala profundamente. Si queda aire en la cavidad pleural, podrías lesionarte al impactar.

“¿Impacto?” pregunté: “¿Qué quieres decir…?”

Un líquido azul pálido, muy frío y viscoso, comenzó a brotar en el sarcófago. Luché contra mis correas, esforzándome por mantener la cabeza erguida, hasta que vi a Rudi hundir el hocico en una gran gota del líquido y expulsar burbujas por la nariz. Había oído hablar de esto, pero nunca lo había visto con mis propios ojos. "¿De verdad es necesario?", pregunté, intentando no entrar en pánico.

El flujo de líquido aumentó, formando espuma y rebotando contra el techo y las paredes. Una ola me golpeó la cara y se adhirió, cubriéndome la boca. Exhalé con fuerza, esperando ahogarme, y comencé a inhalar. Al inhalarlo, me enfrió y adormeció las superficies de intercambio de calor nasal y los depósitos de gas, pero no era excesivamente espeso y contenía una tranquilizadora abundancia de oxígeno disuelto: como debía ser, pues se trataba de algún tipo de líquido clorofluorocarbonado. (Entiendo que se utiliza principalmente como amortiguador hidrostático durante maniobras de *muy* alta aceleración). El frío invadió mis partes bajas, inundando mis cavidades internas. Me han dicho que tiene la extraña propiedad de ser un fluido electrorreológico, de modo que, en el momento del impacto, una breve corriente eléctrica lo endurece como la cera con nosotros incrustados en él.

Salida del vehículo de reentrada en diez segundos. Toda la parte frontal del sarcófago se convirtió en una pantalla de

retina, mostrando iconos de estado parpadeantes. Me maravilló la vista, pues detrás de ellos se extendía una vista panorámica del interior del tanque de carga, con su extremo frontal abierto a la brillante oscuridad del cielo. Sobre él se deslizaba un hemisferio turquesa perfecto surcado por nubes de color rosa pálido.

Una bota gigante me pateó en la espalda, estrellándome contra el asiento de aceleración. El tanque de carga del Five Zero desapareció tras nosotros. Nos dirigíamos a Nova Ploetsk, inmersos en una especie de gelatina azul respirable, mientras nuestra cápsula surcaba a toda velocidad las tenues capas de la atmósfera exterior de Shin–Tethys.

Nueve minutos para el impacto, decía la pantalla.

Comencé a preguntarme (y no era la primera vez, lo admito) si encontrar la parte que faltaba del Carnet de la Atlántida realmente merecía la pena tanto revuelo.

* * *

Entramos en la atmósfera a más de veinte mil kilómetros por hora, destellos rojos y amarillos de plasma que rebotaban en el escudo térmico de la base de nuestro ataúd volador con forma de disco: era demasiada emoción para mi gusto, a pesar de estar sujeta con amortiguadores y empapada en gel de impacto. Nuestra desaceleración fue abrupta, si no

violenta, alcanzando un pico de cincuenta g que distorsionaba la vista. Finalmente, las nubes de fuego comenzaron a disiparse de la cámara en el exterior de nuestro casco mientras caíamos a través de la estratosfera. Sin embargo, no había mucho que ver. Los vastos continentes flotantes de hierba leviatán tendían a congregarse en las zonas subtropicales, lejos del abrasador cenit solar y las turbulentas corrientes alrededor de los casquetes polares: ninguno de ellos era visible. La superficie de Shin–Tethys, al menos en estas zonas cercanas al ecuador, era agua de horizonte a horizonte, una pared azul pálida del tamaño del cielo en la que caíamos.

Impacto en dos minutos, decía la pantalla de nuestra nave. Con mi sentido eléctrico vestigial, podía sentir a Rudi hablando con Dent, como si estuviera a gran distancia; pero carecía de las adaptaciones de vacío especializadas para participar en su conversación. "¿Qué pasa después?", intenté preguntar, pero solo produje un gorgoteo que me irritó la laringe, y no estoy segura de que el sonido siquiera saliera de mi garganta.

Impacto en un minuto. Impacto en treinta segundos. Impacto en diez segundos: sentí un terror paralizante, segura de que iba a morir, mientras el horizonte se alzaba y se estrellaba contra mí. Entonces todo se oscureció.

* * *

Me gustaría compartir con ustedes algunas reminiscencias sobre las sutilezas de la llegada a una monarquía que flota en las aguas superiores de Shin–Tethys.

La presión de la columna de agua sobre la cabeza —diez kilopascales por metro— obliga a realizar adaptaciones metabólicas significativas para ascender o descender, pues una variación de tan solo unos pocos megapascales basta para destruir nanoestructuras delicadas como las proteínas, que dependen de débiles fuerzas de Van der Waals y puentes disulfuro para mantener su forma. Nosotros, los post–Frágiles, podemos adaptar nuestros mecanocitos mediante actualizaciones de firmware de alta presión, pero el proceso no es instantáneo. Así pues, las entidades políticas de Shin–Tethys no se estratifican únicamente por linaje y nobleza natal, y se distinguen no solo por su extensión geográfica, sino también por su altitud. De ahí su nombre coloquial: las repúblicas laminares.

A pesar de esto, muy pocas de ellas son repúblicas *propiamente dichas.* La mayoría fueron fundadas por individuos, los primeros accionistas a bordo de la nave estelar que colonizó el Sistema Dojima. Se replicaron, generando numerosos cuerpos para albergar copias de su identidad original, pues la vida en Shin–Tethys durante sus inicios era inimaginablemente peligrosa. Con el paso del tiempo, muchos de los gobernantes originales envejecieron y fueron reemplazados por nuevos estados sucesores, pero incluso hoy en día algunos de los fundadores originales sobreviven, y

los pequeños reyes y reinas custodian celosamente sus dominios y vigilan de cerca a los visitantes.

Caímos en picado desde el cenit, desaceleramos a una velocidad vertiginosa, y luego nos estrellamos contra las crestas de las olas a más de cien kilómetros por hora. Más tarde supe que a Rudi no le gustaban los paracaídas, pues casi esperaba que nos derribaran varios evasores de servicio descontentos; dejarnos llevar por la brisa podría facilitar un amerizaje, pero solo si sobrevivíamos. Así pues, nuestra robusta cápsula sobrevivió a su brusca llegada y al posterior amerizaje, pero se sumergió rápidamente. Y se hundió, expulsando aire de sus reservas de gas restantes, hasta caer en la red de Poseidón a una profundidad de casi cincuenta metros.

Durante este proceso, si tuviera que elegir una sola palabra para describir mi estado mental, "terror" sería la más adecuada. Recuperé la consciencia rápidamente tras el colapso provocado por el impacto y la autoevaluación (sostenimos momentáneamente más de doscientos g al amerizar), pero tardé un par de segundos en reorientarme y mirar el techo retiniano tan cerca de mi nariz, e incluso más tiempo en darme cuenta de que lo que estaba viendo era una nube de burbujas que se dispersaban rápidamente y la superficie ondulada del agua, como un espejo, que retrocedía lentamente sobre nosotros.

“¡Rudi, nos estamos hundiendo!” El choque y el reinicio parecieron restablecer algo en mi cavidad laríngea, permitiéndome recuperar la voz. Sonaba profunda y sonora en el baño de clorofluorocarbono.

El conde sonrió, con la lengua colgando: "¿No es genial?"

“¡Nos estamos *hundiendo*!”

«Velocidad de inmersión cero coma sesenta y nueve metros por segundo», dijo Dent con voz monótona. Leía en una pantalla personal: «Profundidad de impacto en, ejem, trescientos diecinueve segundos. Mejor dicho, entre trescientos veinte y trescientos ochenta. Si llegáramos a esa profundidad».

“¡Todos vamos a morir!”, exclamé.

—No, no lo haremos —me aseguró Rudi. Extendió la mano hacia un lado y me la apretó—. Relájate y disfruta del viaje, Krina. Todo va según lo previsto.

“¡Ugh–ugh!”, balbuceé incoherentemente. Algo inquietantemente fláccido y carnoso se deslizó verticalmente frente a la ventana de la cámara en el exterior de nuestro casco. Tenía numerosas ventosas que recubrían su superficie exterior. Las ventosas rodeaban ganchos con púas afiladas que entraban y salían del tronco bulboso del tentáculo. La mitad del techo quedó en sombra mientras se envolvía perezosamente sobre nuestra superficie superior. El

sarcófago se balanceó alarmantemente de pies a cabeza, inclinándome peligrosamente hacia abajo, y nuestra velocidad de hundimiento aumentó.

“Ah, tenemos un remolcador.” Rudi parecía sumamente complacido por este acontecimiento.

«Atracaremos en cincuenta segundos», nos informó Dent. Lo hizo sonar tan rutinario como una declaración de impuestos. Quizás para él lo fuera: pero todo este asunto de aterrizar en un mundo acuático era completamente nuevo para mí, y un tanto abrumador.

En ese preciso instante, nos desviamos bruscamente hacia un lado. Se oyó un crujido y un ruido sordo, seguido de un golpe seco que me hizo rechinar los dientes, ¡y nuestro descenso se detuvo! Hubiera soltado un suspiro de alivio, pero la viscosidad del fluido portador que llenaba mis pulmones me dificultaba respirar con normalidad. Un estrépito metálico resonó a continuación. Entonces, la escotilla por la que habíamos entrado en el ataúd volador comenzó a abrirse lentamente desde el exterior.

«Bienvenidos a la *sala de gárgaras*...» Había aire al otro lado de la escotilla; nuestro líquido de choque se derramaba mientras el gas burbujeaba, ahogando el anuncio grabado. Tosí y jadeé, desabroché las siete correas, me incorporé y vomité espuma azul líquida hasta que me dolió el pecho. Finalmente pude inhalar, jadeando y temblando. Al parecer,

no estábamos destinados a morir horriblemente todavía. La mezcla respiratoria aquí abajo tenía un fuerte sabor astringente, casi amoniacal. «—Aduanas *e* inmigración. Por favor, diríjanse al área de entrevistas como se les indicó una vez que hayan desembarcado.»

—¿Qué se supone que debemos (*tos)* hacer...? —pregunté, pero Rudi ya estaba trepando por la escotilla, seguido de cerca por Dent.

Marigold me miró. "¿Qué?" pregunté.

“Dirígirnos a la zona de entrevistas”. Su voz sonaba igual que el anuncio pregrabado, solo que tres grados más fría.

“¡Sigo adelante! ¡Sigo adelante!”

Chapoteando entre los restos del líquido de choque (que aún llenaba nuestro sarcófago hasta el borde inferior de la escotilla), salí a la cubierta aerodinámica inclinada y me deslicé sobre la rejilla metálica donde había quedado posada. Miré a mi alrededor. Estábamos estacionados dentro de una cúpula submarina, junto a una especie de pozo, un pozo a través del cual el tentáculo de acoplamiento había levantado nuestra cápsula y la había depositado en esta zona de estacionamiento. Cómo habíamos logrado aterrizar tan cerca de un muelle sumergido me desconcertó momentáneamente, pero lo descarté por ahora como irrelevante: habíamos llegado y ahora tenía que lidiar con

ello. Rudi y Dent ya estaban en la puerta al otro lado de la cúpula, a unos treinta metros de distancia. Tropecé tras ellos, mareada y descoordinada por la repentina transición a un pozo gravitatorio profundo. Podría ser peor, supongo: tengo entendido que los Frágiles solían tardar días enteros antes de poder volver a caminar después de regresar a su planeta natal tras un período en microgravedad. (Otra de las innumerables maneras en que estamos mejor adaptados a los vuelos espaciales que ellos).

No mucha gente llega a una colonia submarina en cápsula de reentrada balística: las repúblicas laminares suelen ser paranoicas con respecto a la contaminación extraterrestre. Por consiguiente, me encontré conducida a una estación de recepción donde me esperaba una cápsula del tamaño de un ataúd. «Diga su nombre completo», decía la pared, «bajo pena de perjurio».

“Krina Buchhaltung Historiker Alizond–114”, dije yo.

“Lugar de origen.”

“Fui inicializada en Nueva California, pero mi última instancia fue…”

“Motivo de la visita.”

“Estoy aquí buscando a mi hermana, que está desaparecida…”

“Entra en la cápsula.”

Miré a mi alrededor. La puerta tras de mí se había fusionado a la perfección con la pared. Reprimiendo mi aprensión, me metí en el cilindro del tamaño de un ataúd y me tumbé. Lo último que recuerdo es cómo la tapa se cerraba, dejándome encerrada.

* * *

Cuando volví a abrir los ojos, me encontré en un lugar muy diferente. La mitad superior del cilindro se había elevado de nuevo, y yo estaba mirando el alto techo abovedado sobre una cámara casi claustrofóbicamente pequeña. El techo mismo brillaba con el lustre de la aragonita, iluminado por brillantes puntos de luz azulada. Intenté incorporarme, jadeando en busca de aire en el aire caliente y húmedo, y miré por encima del borde de mi cilindro de transporte. No había suelo, solo agua; y, esperando para hablarme, una imagen de la Reina.

—Bienvenida al control de inmigración de Argos —dijo, con una voz que era un eco ligeramente más suave de la de mi interrogador en la terminal de llegadas—: Tenemos algunas preguntas que hacerle, Sra. Alizond, en vista de su llegada irregular.

Existe una peculiar costumbre entre los monarcas de las repúblicas laminares (o, mejor dicho, los reinos laminares): originalmente, crearon sus reinos duplicando a múltiples personas, trabajando juntas brevemente y luego fusionando sus réplicas. Es una estrategia arriesgada: si se deja que una copia de uno mismo adquiera experiencia durante demasiado tiempo, eventualmente se convertirá, en la práctica, en una persona independiente. Sin embargo, si los cuerpos son baratos y las mentes caras, como en los albores de una nación próspera, es la opción más viable. Como consecuencia de esta costumbre, los pequeños principados no necesitan emplear funcionarios públicos para la mayoría de los fines, y de hecho, muchos de sus gobernantes sienten una aversión casi paranoica a hacerlo —un temor a *la traición de la burguesía,* la traición del profesional independiente—, por lo que solo utilizan empleados ajenos al linaje para tareas con las que no desean ser asociados (como la policía secreta o el poder judicial, cuando resulta conveniente aparentar imparcialidad). Este era claramente el caso de Medea, reina y creadora de Argos: por eso, la primera persona que conocí a mi llegada fue la propia Medea, encarnada en su papel de interventora principal de inmigración.

Pero en ese momento no sabía que ella era una especie de reina. Rudi no me había explicado su peculiar enfoque de recursos humanos, y como forastera, no conocía lo suficiente esas peculiaridades locales como para haber investigado cómo me recibirían. Lo único que sabía entonces era que

estaba a punto de ser interrogada por una sirena con el pelo verde muy corto y modales condescendientes y autoritarios.

(Y, flotando discretamente detrás y sobre su cabeza, las amenazantes siluetas negras de un par de avispones policiales, listos para paralizar o matar a la orden. Como cualquier otro monarca que preside un foco de intrigas sobre un territorio sin ley, Medea no tenía reparos en mostrar su monopolio de la fuerza violenta).

—Pregunta lo que quieras —dije, mirándola con cierta perplejidad (creo que me preguntaba adónde habían ido Rudi y los demás).

"Dijiste que viniste aquí para encontrar a tu hermana. Pero nunca habías estado aquí antes. ¿Qué quisiste decir con eso?"

En este punto, la gélida conciencia de mi precaria situación *debería* haberme impulsado a advertir, pero, por alguna razón desconocida, no me sentí ni remotamente perturbada. Mi estado emocional era completamente plano, cómodamente insensible. —¿Mi hermana Ana? —expliqué—: Ana emigró al Sistema Dojima hace unos setenta y un años y seis meses. Nosotros —quiero decir, mi madre— la enviamos originalmente aquí para que se encargara de las cuentas familiares y proporcionara servicios de triangulación de divisas a SystemBank Hector, nuestra propia New

California Credit Union y otros servicios de agencia según lo especificado, mientras continuaba su trabajo como...

«Define tu relación con Ana... Ana Graulle–90». La sirena me miraba con el ceño fruncido: su mejilla izquierda tenía un hoyuelo, lo que le restaba algo de intimidación, pero el lento aleteo de su aleta bajo la superficie de su estanque creaba un remolino que casi llegaba a la superficie, levantándola a medias fuera del agua. «No es de tu linaje, ¿verdad?».

—Sí, lo es —protesté (pero no demasiado): —Solo que está desviada hacia un lado. Mater —Sondra Alizond–1— se ha reinventado más de una vez. Los Graulles descienden de su penúltima encarnación. Adoptaron un nuevo nombre para evitar confusiones; son muy diferentes en personalidad. Solía ser analista de riesgos y corredora de materias primas... —Logré contenerme lo mejor que pude antes de que mi lengua volviera a desbocarse. Fue desconcertantemente difícil—. ¿Por qué? ¿Qué más quieres saber?

—¿Por qué la buscas aquí? —insistió la sirena.

«Porque Argos es su última dirección conocida». Intenté concentrarme, pero no lograba desprenderme del todo de la necesidad de responder a sus preguntas. «Iba a quedarme con ella un año, estudiando: estaba en uno de los refugios exteriores, pero cuando llegué a Rosen, me avisó de que se mudaba a Shin–Tethys, con una beca. Dijo que iba a participar en el seguimiento de los flujos de demanda de materias

primas, formando parte de un consorcio que investigaba la sostenibilidad a largo plazo de las economías energéticas del transporte. Luego, cuando llegué a Taj Beacon, había desaparecido sin dejar rastro. Así que vine aquí lo más rápido que pude».

"Tan rápido como pudiste." ¿Había escepticismo en su voz? "Lo que llevó a tu llegada en compañía de Rudolf Crimson–1102 y dos de sus asistentes, descendiendo en un vehículo de reentrada balística desde el corsario armado Branch Office Five Zero. Porque aunque originalmente te alistaste como marinero sin experiencia a bordo de la Capilla de Nuestra Señora de la Santa Endonucleasa de Restricción, se te observó abandonando ese vehículo a bordo de un cúter rápido propiedad de un notorio vendedor de seguros y pirata." Guardó silencio, pero su consejo cerrado fue bastante fácil de descifrar: ¿*Cómo explicas* eso?

—Le vendió una póliza de seguro de vida antes de que desapareciera... —Sonó débil, incluso para mí—. ¿Qué me estás preguntando exactamente? A pesar de mi distracción, mi inquietud crecía, como una capa de moho que ataca los tejidos muertos de un cuerpo cuyos citos se habían encogido y muerto de la desesperación que aniquiló la mente colectiva. ¿Por qué le estaba contando todo esto? No era como el depurador que Rudi había usado conmigo: esto era algo mucho más sutil. —Soy una académica mendicante: vine a este sistema para estudiar con mi hermana lejana; todas

estas tonterías que me han pasado son solo malas coincidencias...

La sirena me sostuvo con su mirada brillante: "¿De verdad crees eso? Espera, olvida que te lo preguntamos. *Olvídalo.* Subiste a un vehículo y llegaste a otro: esperamos que comprendas por qué esto podría llevarnos a cuestionar tu legitimidad como erudita y a especular sobre tu motivo para entrar al reino". Hizo una pausa. "¿Tienes algo que añadir?"

—Ehm —dije, humedeciendo mis labios repentinamente secos—. No entiendo. ¿Estás diciendo que no puedo buscar a mi hermana? ¿Dónde está todo el mundo, por cierto?

Desestimó mis preguntas con un gesto desdeñoso. «Señorita Alizond, no creemos que esté siendo del todo sincera. No estoy preparada para hablar sobre el paradero de sus acompañantes...» Me miró fijamente. «Así que, por orden real, la arrestamos bajo sospecha de, veamos: intentar entrar ilegalmente en la Monarquía de Argos, para empezar. Quizás debamos considerar añadir conspiración para el contrabando de antigüedades a la lista de cargos más adelante. Pero primero, ayudará a mi policía con la investigación del asesinato de Ana Graulle–90». La tapa del cilindro de transporte volvió a caer sobre mí, casi impidiendo que pronunciara sus últimas palabras: «¡Es toda suya, muchachos! ¡Llévensela!».

* * *

Como la gran mayoría de mis antepasados, soy por naturaleza una ciudadana respetuosa de la ley. Por consiguiente, había logrado llegar a una edad considerable sin haber sido arrestada jamás. Como suele ocurrir con la mayoría de las experiencias desconocidas y amenazantes, el suceso en sí me resultó mucho más estresante debido a la incertidumbre que lo rodeaba, más que por el suceso en sí.

"¡Llévensela!"

Con esas palabras resonando en mis oídos, caí de espaldas, de cabeza, a las profundidades de Nova Ploetsk, protegida de la aplastante presión exterior únicamente por las paredes aparentemente endebles de mi cilindro de transporte.

Ahora bien, en cuanto al resto...

Medea podría haber sido la Reina en Múltiples Formas, presente en múltiples instancias para ejecutar las actividades del gobierno, pero, como supe después, no era omnipresente. Sin que yo lo supiera, me había convertido en una persona de cierta notoriedad en todo el Sistema Dojima, al menos en ciertos círculos: mi nombre figuraba en una lista de vigilancia. Rudi, para su desgracia, no lo había previsto. Así que, mientras él y su séquito pasaban por las cámaras de Aduanas e Inmigración con identidades falsas (ayudados por el discreto intercambio de dinero en efectivo), no se le

ocurrió disimular mi llegada. *Me* descubrieron y me llevaron a merced de la policía, pero ya *se* habían escabullido de las garras de Medea antes de notar mi ausencia.

Me imagino que la conversación posterior fue algo así:

Rudi: “¿Dónde está Krina? Marigold, creí que la estabas vigilando.”

Marigold: “Salimos juntas de la cápsula. Ella venía justo detrás de mí.”

Rudi: "¿Detrás de ti? ¿Cuando pasaste por la aduana?"

Marigold: “No soy tonta, la vi entrar en una cápsula de transporte justo antes de que yo…”

Dent: "¿Intentó escapar? ¿O la secuestraron?"

Rudi: “No importa, tenemos que aclarar esto antes de que quienquiera que esté con ella intente algo con nosotros. ¡Conductor, digo, *conductor!* Llévenos al Hotel du Lac, ahora mismo…” *En voz baja:* “Discutiremos nuestra respuesta una vez que hayamos cambiado de barco. No digas nada hasta que te lo diga.” *Aún más bajo:* “El juego ha comenzado.”

Interludio

HACE MIL AÑOS

El moribundo se desvanece en el espejo plateado y ondulante del cielo.

Está casi completamente muerto, con la columna vertebral seccionada y el sistema circulatorio destrozado por un arpón que le atravesó los principales vasos del cuello y se alojó de punta en la base del cráneo. De la herida en su garganta brota un rastro de líquido circulatorio verde esmeralda; mientras tanto, los espasmos descoordinados de los grupos musculares de sus brazos y extremidades inferiores presagian la inminente lucha de los mecanocitos individuales por sobrevivir a la desaparición del colectivo. El arma que lo mató aún tiembla mientras intenta liberar su hoja de la prisión craneal en la que se había incrustado con tanto entusiasmo.

Pero ha cumplido su impulso asesino demasiado bien: las estructuras de tensegridad compactas de su cráneo blindado sujetan firmemente sus púas, y el peso de su cadáver la arrastra hacia abajo. Asesino y víctima han emprendido juntos su último viaje, dejándose llevar por la oscuridad.

Permanecerán juntos durante mucho tiempo.

* * *

Al principio, el techo del mundo parece tan cerca que casi se puede tocar: olas y patrones de interferencia ondulantes lo recorren, y pequeñas islas oscuras se agrupan y flotan justo debajo de la superficie, proyectando largas sombras hacia las profundidades. El resplandor rubí del sol atraviesa el cielo directamente sobre nuestras cabezas. Nubes de organismos semitransparentes que se alimentan del sol flotan en la luminosidad, innumerables, enturbiando el agua y proyectando sombras moteadas sobre los plateados organismos móviles que se mueven y mordisquean desde abajo. En la distancia nacarada, hierbas gigantescas flotan como tenues continentes aurorales, absorbiendo la generosidad solar.

El cadáver y su asesino se deslizan a la deriva por las aguas superficiales iluminadas por el sol. Su cuerpo humanoide frena su descenso: su velocidad terminal es inferior a cinco kilómetros por hora, poco más que un paso rápido en tierra,

y gracias a su flotabilidad residual, al principio cae a apenas una décima parte de esa velocidad.

Cincuenta metros bajo la superficie, los cuerpos enredados pasan cerca de una criatura móvil con forma de anguila. Esta olfatea el rastro de sangre, se acerca y clava sus tres mandíbulas en la herida de la garganta del cuerpo. Succiona con avidez durante un rato, ralentizando la caída del cuerpo mientras extrae lo que queda de su circuito de presión, pero cincuenta metros más abajo, la creciente presión la obliga a soltarlo. Cayendo más rápido, el cuerpo desangrado deja atrás las aguas superiores iluminadas por el sol.

Hace más frío bajo la termoclina[6], y la presión aumenta progresivamente a medida que el cadáver cae desde el techo del mundo. La luz roja del mediodía se desvanece en el tenue resplandor púrpura de la zona disfótica[7]. En la dirección del viaje, no hay luz que valga la pena mencionar: solo una oscuridad tan palpable como el horizonte de sucesos de un agujero negro. Las aguas de esta zona resuenan con los chasquidos y chillidos de los carroñeros: las termoclinas superpuestas reflejan pulsos de sonar de haz estrecho dirigidos hacia arriba, iluminando a las presas y los fragmentos de comida que caen sin revelar la ubicación de

---

6 La termoclina es una capa de separación entre dos masas de agua a temperatura diferente. El sol calienta la superficie del mar o lagos. El agua caliente es menos densa que el agua fría por lo que flota encima del ésta

7 Región de la columna de agua del océano con escasa penetración de luz, que es insuficiente para facilitar la fotosíntesis.

los carroñeros a sus depredadores de dientes afilados y ojos saltones.

Los músculos y las vísceras del cadáver se contraen y palpitan con regularidad mientras los mecanocitos individuales intentan desesperadamente abrirse paso a través del tejido inerte de su piel y ropa. Desconectados y desorientados por la muerte, cada mecanocito que queda en su cuerpo lucha por sí mismo: no son muy inteligentes, pero son más astutos que sus antecesores puramente biológicos, y la presión cada vez mayor de la zona mesopelágica está debilitando el vínculo que los une en un cuerpo. Los carroñeros han notado la presencia de una presa que cae a través de su espacio, y si no logran escapar pronto, será demasiado tarde.

A trescientos metros de profundidad, los cadáveres caen a través de un banco de gusanos Bezos. Estos se cierran alrededor de los cuerpos que caen y se aprietan, adhiriéndose unos a otros en una masa compacta. Los cuerpos cuelgan de la isla mientras los gusanos hurgan y atacan su presa, raspando la piel con sus mandíbulas circulares concéntricas. El cuerpo blindado del arpón es en gran medida inmune a sus ataques, pero el cuerpo del hombre muerto es vulnerable. Hay resistencia: los mecanocitos no toleran ser devorados y se defienden. Pero carecen de coordinación. Su dueño podría haber dirigido su defensa colectiva, si aún estuviera vivo, transmitiéndoles su sentido de identidad y voluntad propia. Pero los mecanocitos

de escala milimétrica que se derraman de su cadáver son débiles y desorientados. Se dispersan en hordas, cayendo en los molinos estomatogástricos de los gusanos, y su resistencia se desmorona a medida que estos los reprograman y les dan un nuevo uso, incorporándolos a su revestimiento intestinal.

A pesar de los estragos de la colonia de gusanos, el cuerpo sigue siendo reconocible a lo largo de cien metros. Los gusanos se retuercen y se agitan bajo su piel mientras cazan los mecanocitos actuadores restantes y saquean sus órganos de intercambio de nutrientes, para luego intentar hackear sus troncos neuronales inactivos, persuadiendo a la médula ósea y al núcleo neural central con súplicas grabadas de acceso y promesas de reparación, mensajes zombis extraídos de víctimas anteriores. Pero la rica médula ósea del cuerpo —el núcleo de mecanocitos replicadores del que se originan sus tejidos ordinarios— está muerta o bloqueada, sin responder.

La creciente presión de la zona afótica amenaza con destruir la delicada maquinaria intracelular de los gusanos, aplastando paraproteínas y ribofabricadores hasta convertirlos en conformaciones inviables: están atrapados en una carrera contrarreloj, intentando desesperadamente saciarse sin ser arrastrados a la profundidad en la que serían aplastados. Finalmente, los gusanos dejan caer su presa, y el esqueleto, ahora desollado, continúa su descenso, aún cubierto por su saco de piel a modo de mortaja.

El cuerpo se hunde más rápido bajo la presión aplastante y la oscuridad gélida de las profundidades abisales. Pero ni siquiera aquí está solo. Carroñeros fantasmales —poco más que mecanocitos solitarios y salvajes— se aferran a su piel dura y apenas digerible y la roen pacientemente, desprendiendo las escamas dérmicas pieza por pieza. Gradualmente, sus huesos quedan al descubierto en la noche. No hay luces ni ojos que presencien la brillante gloria del titanio reforzado con fibra, aún empalado en la punta del arpón (inmóvil para siempre, su cerebro vestigial aplastado hace tiempo por la presión que aumenta constantemente), que noten la elegancia de sus articulaciones, o la presencia de las dos interfaces craneales externas, cada una aún ocupada por un chip de alma.

A medida que el cadáver cae, la presión aumenta y los carroñeros escasean. Finalmente, a casi cien kilómetros por debajo del techo del mundo, se oye un crujido y un chasquido seco cuando una fisura en la bóveda craneal cede. Una breve nube de escombros se derrama desde la base de su cráneo, y el arpón muerto se balancea brevemente, para luego caer libremente, de punta hacia las profundidades del Hádico (llegará a su destino mucho antes que los demás restos). Se oyen más crujidos y chasquidos. Los largos huesos de las piernas, con su médula enterrada, se desprenden a continuación, y millones de los mecanismos más complejos jamás diseñados se convierten en pulpa en microsegundos

por la presión implacable de profundidades para las que no están adaptados.

Pasan las horas, y luego más horas. El agua se vuelve clara y gélida en la oscuridad absoluta. De repente, la negrura total se rompe con un tenue resplandor azul Cerenkov que asciende, agitado y burbujeante con extrañas energías mientras se dirige hacia la superficie: luego todo vuelve a la oscuridad. Pasan las horas, y decenas de kilómetros, luego días, y cientos de kilómetros. Una extraña vida habita aquí abajo, subsistiendo de los restos de los habitantes del Hádico, cuyos cadáveres caen desde alturas inimaginables. Pero el cadáver, ya despojado de todo lo que pudiera ser útil, despierta poco interés entre los habitantes del ecosistema profundo.

A casi doscientos kilómetros bajo el cielo donde fue asesinado, los huesos del banquero rozan suavemente contra una superficie rocosa y rebotan brevemente antes de reanudar su caída.

Veinte kilómetros más abajo, se produce otro impacto, esta vez más definitivo. El cuerpo choca contra un acantilado de duro material cristalino que emerge de la oscuridad. No hay luz que ilumine el acabado blanco nacarado del iceberg ultradenso hundido. Desarticulados por el impacto, sus huesos ruedan por el acantilado glacial hacia una llanura de escombros fangosos que cubre la placa de basalto inclinada donde se une al hielo. Al rebotar, su cráneo dañado pierde su

preciada carga, dispersando el último vestigio de su mente, paralizada para siempre por el shock de la muerte súbita.

Y así es como, cuando los fragmentos de su alma reposan en el fondo del océano del mundo, sus amortiguadores quedan ocupados para siempre por una exclamación de horror sin sentido, por el último recuerdo de una persecución y un asesinato desesperados, y por una deuda que jamás será saldada.

Segunda Parte

EL ABISMO

Capítulo IX

DESARROLLO DETENIDO

“¿Alguien me puede decir qué está pasando?”, pregunté por tercera vez.

—Esperaba que me lo dijeras —gruñó el sargento Bull desde el otro lado de la mesa de interrogatorios. Sonaba más aburrido que irritado o divertido. Una pantalla, que cubría su superficie, mostraba un montaje de imágenes de mi confusa llegada y mi entrevista con la reina Medea.

—¡Pero no *lo sé*! —Me froté la frente—. Lo único que puedo decirte es lo que me pasó. Y ya lo he hecho. Dos veces, ya.

—Bueno, ¿por qué no me lo cuentas otra vez? —preguntó—. Empieza con Taj Beacon, erudita, y tu despertar en la sala de llegadas.

Lo peor de estar bajo custodia policial es la incertidumbre; lo segundo peor es el aburrimiento. (Miedo y dolor… Me considero afortunada: Argos es un reino relativamente civilizado para ser una tiranía autoritaria, y aunque Medea tiene numerosos defectos, fomentar una cultura de brutalidad excesiva entre su personal no es uno de ellos. En las aguas superiores de Shin–Tethys, soleadas y ricas en nutrientes, es demasiado fácil para los súbditos descontentos votar con sus aletas. En consecuencia, aquellos gobernantes que torturan y mutilan arbitrariamente a la gente no se benefician de una base de ingresos próspera).

El sargento Bull ya me había hecho repasar mi relato de los sucesos del año pasado en dos días de interrogatorio distintos —supongo que fueron días, pues entre los interrogatorios y las comidas mi celda de paredes de coral se oscurecía— y le había contado más o menos exactamente la misma historia dos veces, omitiendo solo algunos detalles que consideraba irrelevantes para su investigación: el comunicado de Andrea, la posesión por parte de Rudi de un chip de esclavitud (una posible herramienta de chantaje mientras estaba fuera de la seguridad del casco de su vehículo, y que no sentí la necesidad de usar prematuramente), las sospechas de Rudi sobre las

intenciones del diácono Dennett (rumores), etc. Y así continué, por tercera vez:

Soy una erudita mendicante, a mitad de una peregrinación de estudio de cinco años para visitar y trabajar con varios colegas. Mi lejana hermana Ana, descendiente de una rama anterior de mi linaje materno, es una de las profesoras con las que esperaba estudiar. Creía que la encontraría enseñando en una de las repúblicas exteriores, pero al parecer, dos años antes de mi llegada a Taj Beacon, aceptó un puesto de profesora aquí, en Shin–Tethys. Mientras estaba de viaje, creo que desapareció. Mi linaje materno se enfadaría conmigo si dejara a una hermana, incluso lejana, en apuros sin intentar encontrarla, así que tomé el primer pasaje disponible para venir aquí. En el camino, nos interceptaron y nos auditaron unos agentes de seguros salvajes, quienes me dijeron que, al parecer, la capilla con la que había tomado un pasaje de trabajo estaba involucrada en prácticas cuestionables y que varias partes sospechaban que mi hermana había estado involucrada en algún tipo de artimaña. *Ahora bien,* ¿puedo señalar que el registro mostrará que *ni siquiera estaba... en este sistema estelar* cuando mi hermana desapareció?

El sargento Bull suspiró con tristeza. Las hendiduras branquiales de su cuello se abrieron ligeramente al exhalar: «Le creo. Millones no lo harían. Sin embargo, profesora Alizond, está el asunto del contenido de su cartera. Y de su

segunda alma de extraña configuración. ¿Le importaría explicarlo de nuevo?».

Traté de no poner los ojos en blanco. «Provengo de una familia acomodada y me he embarcado en un viaje de estudios que se preveía que duraría décadas y requeriría múltiples transmisiones interestelares. ¿No cree que sería una imprudencia emprender semejante viaje sin llevar conmigo una cantidad considerable de dinero, gran parte de él en divisas a largo plazo que podría convertir durante el trayecto para pagar mis posteriores sectores de transmisión? Y en cuanto a mi segundo chip, que me resulta *sumamente sospechoso, ¿sabe* que mi peregrinación académica es una actividad sabática y que, cuando no estoy en una sala de interrogatorios policiales o viajando entre universidades, trabajo como investigadora en un banco? Por ello, de vez en cuando se me confía información extremadamente confidencial, material que debo proteger con la misma confidencialidad que mi propia alma. También quisiera señalar que la banca es una ocupación relativamente segura: no corro ningún peligro físico significativo a diario. Una sola copia de seguridad de mi estado anímico es más que suficiente en esas circunstancias».

—Una banquera. —Dio un golpecito en la mesa, haciendo una anotación en una letra que no alcancé a reconocer—. ¿Podrías hablarme de tu trabajo? No quiero revelar detalles específicos, sino darme una idea general.

¿En líneas generales? Mmm. La banca, como debe entender, se centra principalmente en gestionar y evitar el riesgo. La mayoría piensa que se trata de deuda, pero la deuda es solo el punto de partida. Si desean pedir dinero prestado a un banquero, este querrá saber, ante todo, si es probable que se lo devuelvan. El beneficio de un préstamo debe compensarse con el riesgo de impago: solo otorgando más préstamos rentables que préstamos impagados puede un banco mantenerse en el negocio a largo plazo, a menos que sea un banco emisor de moneda, en cuyo caso… pero me desvío del tema. No trabajo en la parte del banco que analiza el riesgo que representan los individuos. Soy una académica: investigo la historia de los fraudes financieros para que mis empleadores puedan desarrollar procedimientos para prevenirlos. Hemos heredado un sistema financiero milenario, que abarca cientos de sistemas estelares. La variedad y el alcance de las estafas, los timos y los desfalcos son infinitos, y diferentes métodos entran y salen de moda. Logré esbozar una sonrisa forzada: "Mi trabajo consiste en inventar mecanismos que prevengan los delitos financieros".

El sargento Bull golpeó la mesa de nuevo. «Eso dices». Su expresión era sombría. Tres vueltas a la manzana en dos días, y estábamos de vuelta donde habíamos empezado. «Eso dices…» Hizo una pausa. «Déjame hacerte una pregunta hipotética. Supongamos —esto es una pregunta, no una promesa— que yo dispusiera de liberarte mañana sin cargos y con un visado de visitante temporal. ¿Qué harías?»

—¿Por qué? —Me recosté en la silla incómodamente dura que me habían dado—. Buscaría a Ana. Haré todo lo posible por ver si ha dejado alguna pista de adónde pudo haber ido. Obviamente, usted y sus colegas la han estado buscando durante un tiempo, pero siempre existe la posibilidad de que, como descendiente de un arquetipo similar, pueda tener alguna idea de sus acciones. Suponiendo, claro está, que su desaparición haya sido voluntaria.

"¿Y si no encontrases nada?"

Tuve la fuerte sensación de que esta hipótesis no era tan hipotética: «Vine al Sistema Dojima para estudiar con ella. No puedo seguir adelante sin estar segura de que está...» —el reflejo de tragar esqueuomórfico se activó: decir *muerta* era difícil— «antes de continuar mi peregrinación. Pero si ha desaparecido sin dejar rastro, eventualmente tendré que...»

Él asintió. ¿Era compasión lo que se reflejaba en su expresión? ¿O simplemente la comprensión de un agente de policía que, al evaluar a una sospechosa, consideraba que su comportamiento era más propio de un familiar afligido que de un posible perpetrador?

—Lo entiendo —dijo—. Luego añadió: —Veré qué puedo hacer. Se levantó para marcharse—. Espere aquí.

Esperé. Y esperé. Y entonces...

* * *

Hace muchísimo tiempo —2686 años y cincuenta y tres días en tiempo sideral, sin tener en cuenta los efectos relativistas— la nave espacial *Atlantis* desplegó su vasta y frágil vela y sus patrocinadores encendieron los haces de propulsión que la impulsarían hasta la velocidad de crucero para un vuelo de cuatro siglos.

Atlantis era una estrella enana roja de clase M hasta entonces inexplorada. Una minuciosa observación había detectado un par de planetas gigantes gaseosos húmedos con numerosas lunas y al menos dos cinturones de escombros: no era un lugar privilegiado, pero sí lo suficientemente bueno como para justificar la apuesta. Cuatro de cada cinco naves estelares solían sobrevivir para aterrizar en la estrella: el 80 por ciento de las colonias que establecían finalmente echaban raíces. *Atlantis* tenía una probabilidad de éxito superior a la habitual, ya que apenas tenía que viajar un pársec, y su objetivo era un sistema compacto con abundancia de asteroides iluminados por el sol donde asentarse, un tipo de sistema para el que los protocolos de colonización eran bien conocidos.

Permítanme contarles la historia de la colonia de Atlantis.

Primero, la construcción y el lanzamiento. Setenta años para organizar y planificar, entrenar a la tripulación, construir

la nave y sus estructuras de soporte de lanzamiento. Finalmente, despliega su vela y las gigantescas estaciones de haz en órbita solar baja se iluminan, proyectándole teravatios de potencia. Potencia que, una vez recibida, puede concentrarse en los mil millones de toneladas de hielo de agua y de hidrógeno que la nave transporta como masa de reacción. La nave estelar acelera lentamente, inicialmente a poco más de una centésima de ge; y recibe menos potencia del haz a medida que aumenta la distancia a la estación de lanzamiento. Pero continúa acelerando durante años, luego pasa décadas, aligerándose a medida que gasta masa de reacción y ganando velocidad a medida que se aleja en espiral del sistema estelar donde nació. Después de dos años, se dirige hacia afuera a la velocidad de escape estelar. A los diez años, nada del sistema estelar interior tiene la posibilidad de alcanzarla. Cuando los haces de lanzamiento se apagan un siglo después de iniciado el viaje, la nave estelar se encuentra a casi un año luz de su hogar, adentrándose en el abismo interestelar a tres mil kilómetros por segundo: y ha desechado casi toda su masa de lanzamiento, salvo una quincuagésima parte.

Numerosos peligros pueden destruir una nave espacial en pleno vuelo. El entorno que atraviesa es extremadamente hostil; a una velocidad equivalente al 1 % de la velocidad de la luz, el impulso de la nave transforma los átomos fríos de hidrógeno y helio del medio interestelar en radiación de alta energía. Un grano de hielo con una masa de miligramos

contiene la energía de impacto de toneladas de explosivos de alta potencia. Otras amenazas pueden destruir una nave en pleno vuelo: en un incidente memorable, una nave espacial atravesó el chorro de radiación de una fuente de rayos gamma distante; los efectos de la activación secundaria redujeron a su tripulación a un estado muy similar al de Lady Cybelle.

La *Atlantis,* sin embargo, sobrevive a su travesía interestelar. Treinta años antes de su destino, la tripulación reensambla y configura sus reactores de fusión y despliega las sondas de sobrevuelo rápido que recorrerán el sistema estelar, cartografiándolo y explorándolo antes de su llegada. Durante las últimas décadas del viaje, la nave frena bruscamente, consumiendo su combustible restante a un ritmo prodigioso. La tripulación estudia cuidadosamente los asteroides candidatos, llegando finalmente a un consenso sobre el objetivo del primer aterrizaje. Cuando llega el año de la llegada, la *Atlantis* que entra en órbita es apenas una sombra del coloso de mil millones de toneladas que partió para cruzar el abismo. Dos mil cuerpos y diez veces esa cantidad de almas archivadas viajan en una estructura de carga útil esquelética, con menos de diez mil toneladas, mientras llega a la roca carbonácea de cincuenta kilómetros que se convertirá en el Faro de la Atlantis.

Todo, excepto el peligro, escaseará durante los próximos nueve años estándar.

Los colonos viven a bordo de la nave espacial parcialmente desmantelada, trabajando largas jornadas en los equipos de minería y recolección. Se desmontan las fundiciones; el mineral entra, los componentes terminados salen, listos para ser atornillados a la estructura de forjas y fábricas más grandes. La fábrica fotovoltaica es la primera en construirse, suministrando energía al ecosistema naciente. Luego, los digestores que transformarán la luz solar, el agua y la roca rica en carbono en algo que los mecanocitos puedan consumir. Un año después, se ensamblan las primeras cúpulas herméticas y se cubren con escombros para protegerlas de la luz solar y la radiación cósmica. El grupo de electrónica construye sus hornos de fusión zonal y su línea de litografía. El grupo de propulsión excava fosos de explosión y comienza a fabricar cohetes iónicos de alto impulso. El grupo de prospección pule sus telescopios y comienza a catalogar rocas. Y los grupos de banca, recursos humanos y comunicaciones interestelares comienzan a conformar el conjunto de especialidades del que depende el futuro éxito de la colonia.

El equipo de comunicaciones trabaja sin descanso para ensamblar su transmisor láser. Mientras tanto, los banqueros generan su clave pública a nivel de sistema y comienzan a producir bitcoins, mientras que la oficina de recursos humanos identifica las carencias de habilidades más urgentes que afectarán a la nueva colonia. Finalmente, tan pronto como el láser de baliza esté listo, los banqueros preparan su

prospecto para transmitirlo a las estrellas más cercanas, anunciando la existencia del Banco Atlantis y su capacidad para emitir moneda como garantía de las deudas contraídas por la colonia.

Nueve años después, los primeros inmigrantes llegan a Atlantis Beacon en un flujo de paquetes de datos masivamente comprimidos, listos para cubrir las vacantes anunciadas por el Ministerio de Recursos Humanos (y los cuerpos que este ha preparado para albergar a los nuevos especialistas). Algunos son predecibles: ingenieros estructurales para construir los hábitats de la ciudad, taikonautas para tripular los remolcadores recién construidos que recuperarán materias primas de otros asteroides, ingenieros ambientales y médicos para mantener estable el ciclo de materias primas y reparar los daños físicos y mentales. Pero entre los primeros cien recién llegados hay algunas anomalías, especialidades demasiado recónditas para encontrar un papel obvio en una nueva colonia: académicos de la historia de la física teórica, filósofos naturales, ingenieros eléctricos con experiencia en aceleradores de partículas…

Los fundadores de la colonia de Atlantis han ideado un plan único y radical para saldar las deudas de la nueva colonia: un plan nunca antes intentado, que solo puede funcionar una vez y que podría fracasar por completo. Pero si tiene éxito, nada volverá a ser igual, en ningún lugar.

* * *

—Sígueme —ronroneó la voz del policía, en forma de avispa, que revoloteaba en la escotilla abierta de mi celda.

Estaba tumbada en la litera con los ojos cerrados, repasando recuerdos y preguntándome con desánimo cuánto tiempo me mantendrían allí, cuando la trampilla se abrió de golpe. Me puse de pie, vacilante, mientras la avispa retrocedía hacia el pasillo. Había otras celdas, algunas con ocupantes ruidosos, y trampillas en el suelo que daban a recintos de espera llenos de agua. Las rodeé, siguiendo las instrucciones, hasta que la avispa se detuvo junto a una puerta abierta.

—El inspector le atenderá ahora —zumbó, y luego regresó rápidamente por donde había venido. Me agaché cuando pasó volando junto a mi cabeza y luego miré por el lateral de la puerta.

—Adelante, Sra. Alizond. La oficina estaba ocupada por dos personas: mi interrogador, el sargento Bull; y una persona ectomorfa de género indefinido, con unos ojos enormes y algo límpidos, que en ese momento estaban medio ocultos por unas gafas. Ambos vestían el uniforme amarillo y rojo de la policía, pero el atuendo de la persona delgada estaba adornado con ribetes azul metálico. El efecto era bastante deslumbrante. —Soy el inspector Schram. El sargento Bull me

ha estado informando sobre usted. Me dice que le gustaría mucho encontrar a su hermana, Ana Graulle–90. ¿Es correcto?

—Eh, sí —asentí con incertidumbre. Algo en el inspector me ponía nerviosa y me generaba desconfianza.

Me complace informarle que hemos confirmado su versión de su llegada y que ya no se encuentra detenida. Puede marcharse. Sin embargo, tenga en cuenta que la desaparición de Ana Graulle–90 está siendo investigada por este departamento como un posible secuestro u homicidio. Por consiguiente, si intenta visitar su domicilio, reunirse con sus contactos o examinar sus pertenencias, podría estar interfiriendo en una investigación policial, lo cual constituye un delito. El rostro del inspector se contrajo en una mueca que no era precisamente una sonrisa. "¿Entiende?"

“¿Qué? ¡Pero! No puede ser… Es decir, sí, lo entiendo, pero…”

El inspector me dejó en suspenso durante un par de segundos antes de continuar: «Por supuesto, existe una alternativa a interferir en nuestra investigación. Si usted colaborara voluntariamente con nuestras pesquisas, es posible que pudiéramos localizar mejor a su hermana. ¿Qué le parece?».

Enseguida comprendí la trampa que me había tendido el inspector: lo que no entendía era *por qué* estaban tan empeñados en impedirme buscar a Ana por mi cuenta. Así que decidí hacerme la tonta. «¡Es una idea excelente! Pero lleva desaparecida más de un año. Y no soy detective. ¿Acaso puedo encontrar algo que sus agentes hayan pasado por alto?».

“Eso está por verse.” El inspector Schram me dedicó otra vez esa sonrisa forzada. “Debes tener alguna idea de por dónde empezar.”

“Una amiga suya hizo una consulta…”

El inspector negó con la cabeza. «Lamentablemente, fuimos nosotros. Por si acaso se negaba a responder a una consulta oficial de la policía, ¿entiende?».

“Oh.” Desconsolada, aparté la mirada.

—Hay algunos elementos que me gustaría que identificara —dijo el inspector—. Su colaboración podría ayudarnos a completar algunos datos que faltan. Extendió una mano, que brillaba con el resplandor de un contrato de fideicomiso: — Estreche la mano y la contrataré como consultora externa para la investigación del caso sin resolver del sargento Bull. O no lo haga, y nunca lo sabrá.

Con cautela, tomé la mano del inspector, pero contuve mi consentimiento: "¿Cuáles son exactamente los términos y condiciones que quiere que acepte?".

«Trabajas para nosotros. Todo lo que aprendes nos pertenece. Haces lo que te decimos. ¿Qué esperabas?». El inspector podía permitirse ser informal: nadie sensato querría romper un contrato laboral con la Policía Real.

Tragué saliva. "¿Qué hay de una cláusula de rescisión?"

“Puedes irte cuando quieras. O cuando hayamos terminado contigo. Solo avísanos verbalmente. Ahora. ¿Quieres entrar? ¿O debo asumir que tus declaraciones de preocupación por tu hermana son...?”

Temblé. *Entonces* la mueca del inspector se amplió.

—Doy fe —gruñó el sargento.

Y así fue como la policía de Medea me reclutó.

* * *

Una hora más tarde, me encontré de pie en el apartamento abandonado de Ana, acompañada por el sargento y un agente de policía con olor agradable, enfrentándome al caos de una vida interrumpida.

Pero antes, permítanme describir la disposición de Nova Ploetsk, la ciudad portuaria de interfaz que flota sobre y bajo las aguas superficiales, por encima del soleado Reino de Argos.

Treinta grados al norte del ecuador, el Reino de Argos es una zona de aguas turbias de contornos difusos, situada en el límite de los trópicos. Se encuentra sobre un punto caliente del manto terrestre, por lo que sus aguas se calientan por corrientes de convección provenientes de las profundidades; al norte, vastas extensiones continentales de hierba leviatán flotan en las aguas superficiales iluminadas por el sol. Se extiende a lo largo de un diámetro de quizás diez mil kilómetros y ocupa las aguas superficiales hasta una profundidad de unos doscientos metros.

Nova Ploetsk es uno de los puertos más grandes de Argos, una vasta estructura lenticular cuya superficie superior se proyecta justo por encima de la superficie como un gigantesco hidrozoo. Debajo de ella, tubos de energía hidrotermal tentaculares cuelgan bajo la termoclina y extienden sus boquillas hacia la zona crepuscular, succionando aguas frías de kilómetros de profundidad para enfriar los intercambiadores de calor de las turbinas solares que alimentan la ciudad. Unidades de refinería en depósitos ubicados bajo la ciudad filtran las aguas profundas en busca de isótopos raros, mientras que a su alrededor flota el astillero, listo para transportar la riqueza mineral que extrae a clientes en otras partes de Shin–Tethys, y finalmente a otras

partes del sistema estelar. Es, a medias: una fea ciudad portuaria industrial centrada en la extracción de recursos y un paraíso que satisface las necesidades de los mineros y buscadores de oro que recorren las vastas cordilleras laminares bajo Argos. Fea, bulliciosa, descarada, ruidosa... y, sin embargo, el destino al que mi hermana Ana decidió mudarse para continuar sus estudios.

—Pensamos que tal vez usted podría ayudarnos a entender esto —dijo el sargento Bull. Tuvo la suficiente delicadeza como para parecer arrepentido.

"Bueno." Miré a mi alrededor. "¡No sé ni por dónde empezar!"

Las zonas altas de Nova Ploetsk están llenas de aire y secas; hay una membrana, a cierta distancia por debajo de la línea de flotación, debajo de la cual muchas de las cámaras y avenidas están parcialmente inundadas para la comodidad de la población hidromorfa, que se había adaptado a la vida acuática hasta tal punto que tenía dificultades para desplazarse por tierra; gente como el agente que nos observaba desde un estanque lunar en el centro del salón de Ana. El sargento y yo viajamos casi todo el camino hasta el condominio donde Ana había vivido en vaporetto, ya que había suficientes habitantes terrestres obligados en las ciudades más grandes como para que dicho servicio de transporte tuviera demanda; pero me estoy desviando del tema. El apartamento de Ana era uno de un bloque destinado

a anfibios, con niveles húmedos y secos y entradas subacuáticas. Desde fuera, formaban una doble hilera de cilindros de quizás ocho metros de altura y seis de diámetro, que se elevaban desde el lateral de un canal.

El nivel inferior del apartamento de Ana era una sala de estar cómodamente amueblada que rodeaba el vestíbulo acuático. Tuvimos que sumergirnos brevemente en el túnel subterráneo antes de poder entrar. Por suerte, a pesar de no tener branquias, pude permanecer sumergida durante los tres minutos que tardó el agente de policía de servicio en percatarse de nuestra llegada y abrir la escotilla.

Lamentablemente, el apartamento era excesivamente espacioso y estaba amueblado con gran ostentación, de una manera muy impropia de una académica. Me he comunicado con Ana extensamente a lo largo de los años, tanto por escrito como a través de mensajes personales (como la misiva de Andrea). Nunca me había parecido particularmente preocupada por las superficialidades o los placeres hedonistas. De hecho, mi impresión de ella era la de una mente austera, que se sentía más feliz cuando contemplaba un archivo olvidado de material de investigación primaria o cuando establecía los términos de referencia para un programa de investigación de varios años. ¡Pero este no era el apartamento de una introvertida contemplativa! Desde la alfombra azul profundo de hierba marina cultivada hasta los muebles de coral tallados a mano y la iluminación que transmitía emociones, la enorme pantalla de retina que

cubría las paredes y la escalera de caracol de hierro fundido, terriblemente cara, que conducía al siguiente piso, *nada* en este apartamento sugería una disposición académica.

Lo cual podría ser un juicio injusto y despectivo de mi parte, ya que los utensilios asociados con nuestro estudio de la historiografía de las prácticas contables no requieren más herramientas físicas que una retina para organizar nuestras hojas de cálculo y, además, una máquina de almacenamiento que tal vez no sea más grande que mi dedo meñique; pero los muebles de hierro en un mundo acuático son un dolor de cabeza que requiere mucho mantenimiento, y Ana no me pareció el tipo de persona que prioriza la estética del diseño de interiores sobre la practicidad.

—No es propio de ella —dije después de unos seis segundos—. ¿Estás *seguro de que* este era el apartamento de Ana Graulle–90? Sabía que la pregunta era tonta en cuanto la pronuncié, pero tenía que preguntar.

«Ana Graulle–90 pagaba el alquiler aquí», explicó el sargento Bull con paciencia y, no puedo evitar pensar, con un tono algo condescendiente. «Se la vigilaba habitualmente al entrar y salir —hay un koban en la curva río arriba— y muchos días tomaba el mismo vaporetto que nosotros usamos para ir a los Archivos Nacionales, donde investigaba la historia de las huelgas en las fumarolas azules en las zonas más remotas. Ella pagaba las facturas: electricidad, gas y flotación».

“Oh.” Miré al agente Walrus, luego más allá de él (o ella) hacia una vitrina de cristal llena de baratijas: estatuillas de vidrio soplado que brillaban con un fuego resplandeciente bajo focos cuidadosamente colocados en el techo, una reproducción de un antiguo juego de caligrafía con tinta, una maqueta de una nave espacial, una caja llena de pequeñas cucharas de metal pulidas. En el centro de la vitrina se encontraba una enorme concha de bivalvo revestida de nácar, con una perla del tamaño de mi pulgar acunada en su interior. (Un abulón modificado genéticamente, descubrí más tarde, un animal acuático de la Vieja Tierra, modificado para sobrevivir en las aguas de Shin–Tethys, con un poco de cuidado y atención; algunos invertebrados habían logrado sobrevivir en estado salvaje, lo que convierte a este en uno de los intentos más exitosos de exportar biota terrestre a otros planetas, y la razón principal por la que la Iglesia de lo Frágil se había molestado en enviar una capilla a este sistema). “Esto no se parece *en nada a ella.*” Crucé el césped (que había crecido algo descuidado) y me detuve al pie de las escaleras. "¿Puedo?"

El sargento Bull asintió con tristeza. —Tómense su tiempo. —Una breve pausa—. Nuestros investigadores forenses terminaron de grabar aquí hace un año, pero procure no dañar ni mover nada innecesariamente.

Tras un par de intentos fallidos —hacía siglos que no subía una escalera con toda mi fuerza, y no paraba de fallar al dar con los peldaños—, subí las escaleras y me adentré aún más

en la zona de alienación que mi hermana desaparecida había proyectado como un hechizo sobre su casa.

Al igual que la planta baja, el piso superior era circular. Un tercio estaba destinado a las instalaciones sanitarias y los dormitorios, con una mesa y una cama innecesariamente grande como elementos centrales. El resto era suelo desnudo, vacío salvo por unas estanterías que ocupaban toda la altura de las paredes. Estas estanterías estaban ocupadas por cajas estrechas, de unos cinco centímetros de grosor y treinta de alto; los bordes estrechos eran los exteriores, garabateados con un rotulador negro. Saqué una de ellas y la examiné: se abrió en mis manos, revelando que los paneles exteriores ocultaban numerosas hojas en su interior. Confieso que tardé un rato en reconocerlas como *libros.* Libros en el sentido original de la palabra, códices: pilas de hojas finas y flexibles cubiertas de impresiones estáticas de escritura —una tecnología arcaica de almacenamiento de datos, pesada e inmutable— unidas físicamente por un borde para proporcionar acceso secuencial a nivel de bloque.

En todos mis años, no creo haber visto jamás tantos libros físicos juntos. En la prehistoria, los eruditos de la época de la Edad Media dependían de ellos para obtener datos, cuando la humanidad estaba confinada a un solo planeta. Pero no son fáciles de transportar. Son increíblemente voluminosos, casi imposibles de editar o actualizar una vez fabricados (lo que los hace propensos a errores y obsolescencia), y dejamos de imprimirlos incluso antes de que muchos de nuestros

antepasados comenzaran a explorar el sistema solar original. ¿Qué hacía Ana (suponiendo que fuera ella) con semejante montón de cachivaches?

Negué con la cabeza e hice un cálculo rápido. Suponiendo veinte por estante, diez estantes del suelo al techo, dieciséis pilas... ¡debe haber miles aquí! ¡Más de una tonelada! «Ridículo», murmuré para mí misma. ¿Por qué estaban aquí? ¿Y de dónde los había sacado Ana? Si bien los libros no eran del todo absurdos en una superficie planetaria con una biosfera rica en carbono que suministrara las materias primas —aunque tenía mis dudas sobre su utilidad bajo el agua—, nadie en su sano juicio los querría a bordo de ningún tipo de vehículo espacial.

Dirigí la mirada al techo. Y parpadeé. Las escaleras terminaban allí, y el tejado estaba justo fuera de mi alcance. Pero… *¿ocho metros?* Volví a las escaleras. —¿Disculpe? —pregunté.

"¿Sí?"

“¿Hay algo más arriba de este nivel? ¿Me refiero a otro piso?”

“¿Otro…?” Oí los pasos pesados de Bull en los escalones. Mirando el libro que sostenía, froté una de las hojas abiertas: una página. Estaba cubierta de columnas de letras y números negros, gruesos e inmóviles. La fuente era terriblemente

temblorosa e irregular, y había numerosos tachones y sobreimpresiones ondulantes, casi como si alguien hubiera intentado crear una parodia de una hoja de cálculo a mano. Impulsivamente, pasé un dedo ligeramente húmedo por una columna de cifras. Se emborronaron, como una retina cerca de un fuerte campo magnético, y cuando froté el dedo en la dirección opuesta se emborronaron aún más, hasta casi volverse ilegibles. Más preguntas: ¿Cómo había metido todos esos libros en ese apartamento, si se dañaban tan fácilmente con el agua? Y de nuevo: *¿Por qué?*

Llegó Bull. —¿Qué es eso que tienes? —preguntó.

"Un libro." Lo examiné, intentando leer lo que encontré. Parece que… sí, faltaban referencias cruzadas e iconos, por no hablar de claves, pero las columnas tenían sentido si las miraba con atención y suponía que eran el contenido de datos brutos de un libro de contabilidad por partida doble. Sin las macros ni el contenido activo, claro. "Parece que alguien llevaba la contabilidad en, ¿cómo se llama eso?, *papel.*" Miré al techo: parecía una extensión continua, azul cielo y resplandeciente con luz artificial. "Usando un pigmento, eh, tinta, que se disuelve en agua." Bajé la mirada al suelo, luego hacia la trampilla junto a la abertura de la escalera. Pensé en el espacio habitable de abajo, en la piscina lunar que daba a la salida del vestíbulo, y se me ocurrió una hipótesis tentativa. "No hay forma de entrar o salir de aquí que no sea a través del agua, ¿verdad?"

—Dámelo. Bull extendió la mano para coger el libro, y yo se lo pasé; había muchos más en las estanterías.

—Ten cuidado de no mojarlo —dije—. ¿Usted o alguno de los otros investigadores leyeron esto?

—Tendré que consultar el expediente del caso antes de poder responder. Bull se quedó pensativo un momento, absorto en sus recuerdos. —Ah, sí y no. Se consideraban una colección inusual de artefactos, así que uno de los detectives los examinó: tomó una muestra representativa, tanto del exterior como del interior, buscó muestras de codones[8], comprobó las proporciones de isótopos para identificar el planeta de origen, ese tipo de cosas. No había nada obviamente anómalo en ellos, y una búsqueda en la red de muestras aleatorias del contenido no arrojó ningún resultado, así que el comité del caso concluyó que Ana Graulle–90 era simplemente una coleccionista de ese tipo de cosas. Un historiador de prácticas contables colecciona libros de contabilidad antiguos, ¿no? —Se centró en mí de repente—. ¿No está de acuerdo?

“Bueno.” Pensé detenidamente en mis siguientes palabras. “Primero, ¿hay algo encima del techo?”

8 En la molécula de ADN o ARN, una secuencia de 3 nucleótidos consecutivos que codifica un aminoácido específico se llama codón. Algunos codones indican el inicio o la terminación de la traducción genética. Estos se llaman codones de inicio o de parada (terminación o finalización).

—Déjame ver. —El uniforme del sargento Bull era de lo más variopinto, pero su cinturón llevaba numerosas cartucheras. De una de ellas sacó un pequeño dispositivo que se llevó a los ojos mientras examinaba la parte inferior del tejado—. Qué raro. Es opaco.

"¿Opaco?", pregunté: "¿Qué quiere decir?"

Me acercó el dispositivo y vi que tenía una pantalla compacta integrada en una visera, con algún tipo de sensor en el exterior. «Gafas mágicas de policía: son un generador de imágenes de terahercios. Se usan para ver a través de superficies no conductoras. El agua y los metales reflejan la radiación de terahercios, así que se ven. Pero el techo era opaco».

—Entonces, si Ana o quien viviera aquí —me miró fijamente— quisiera un nivel secreto que la policía no pudiera encontrar...

"Estos condominios son tanques de combustible reciclados, sus paredes exteriores son de chapa de acero." El sargento Bull extendió la mano y golpeó el techo. "Lo cual"—hizo una pausa—"es muy interesante, porque debería haber al menos tres metros de aire sobre nuestras cabezas. Mmm."

—Podría *ser* un falso techo —balbuceé—. Quizás no haya nada sospechoso.

«Pero usted no lo cree así». El sargento Bull me parecía cada vez más uno de esos pensadores que no son ni rápidos ni superficiales: no era de los que resuelven problemas de forma rápida e incisiva sobre la marcha, pero tampoco era probable que se les escapara nada, una vez que tenía tiempo para considerar debidamente el asunto en cuestión. «Y su reacción abajo fue que no podía imaginarse a su hermana viviendo aquí. ¿Por qué?».

—Nosotras… —Reuní mis pensamientos—. No la conocía *particularmente* bien, pero compartíamos una ancestra[9] común y nos hemos carteado durante décadas. El espacio de abajo es *de mal gusto.* Está lleno de trastos inútiles. Sargento, Ana creció a bordo de una nave generacional y, por preferencia, vivía en hábitats espaciales, allá afuera, en el frío. Lo cual no quiere decir que no pudiera haber albergado una secreta fascinación por el peso muerto y que finalmente se sintiera libre de satisfacerla cuando tuvo la oportunidad, pero esas cosas son *enormes.* Y el peso *es caro.* —Tragué saliva—. Y ahora esto… esto no tiene sentido. Nada de esto. Ni la cama, ni los libros. ¡Simplemente no es algo que haríamos! Especialmente los libros, a menos que…

Me incliné hacia el estante más cercano y tomé otro volumen encuadernado. Lo abrí. Más conteos que descendían por la página, interminablemente, totalizados al pie y continuados en la página siguiente con letras

9 Forma usada como femenino específico de ancestro en referencia a un antepasado de sexo femenino.

temblorosas. Tinta borrosa. El campo de descripción no ayudaba mucho: todos eran alfanuméricos de diez dígitos. Necesitaría una tabla de inventario para entenderlo. Pero las cantidades y los precios sumaban, eso sí lo veía. «Estos son libros de contabilidad. Debe haber un, ¿cómo se llama?, un *bolígrafo* por aquí cerca». Miré la mesa. Había una silla al lado, como era de esperar. «Llevaba la contabilidad de alguien, a mano, usando *estos* libros en lugar de una calculadora o cualquier otro tipo de memoria accesible públicamente. ¡Un método verdaderamente antiguo, pero muy robusto! Si se hubiera quitado los chips del alma mientras trabajaba, podría no haber ningún registro de lo que estaba sucediendo aquí que pudiera ser detectado por buscadores remotos. A menos que la conectaras a un depurador y la interrogaras» —me estremecí— «no obtendrías nada».

El sargento Bull miró a su alrededor, observando la habitación con otros ojos. «Dices que el pigmento se disuelve en agua. Mmm. ¿Y este papel: es impermeable, sí o no?».

—No. —Me estrujé el cerebro, recordando una clase de historia antigua—. Se disuelve en agua. Y la única forma de entrar o salir de aquí es por una cerradura húmeda. Alguien que hubiera sido enviado a buscar los libros y no supiera qué precauciones tomar para protegerlos los arruinaría por completo en el proceso, destruyendo las cuentas. —Volví a mirar al techo—. Esa trampilla junto a la escalera. ¿Alguien intentó bajarla...? ¡*Espera, no*!

Bull se detuvo en seco. "¿Por qué? ¿Qué crees que pasaría?", preguntó con suavidad.

—Hay algo raro en todo esto —empecé—. El pigmento que Ana —o quien sea— usó en estos libros. ¿Alguien envió una muestra para analizar? ¿Para averiguar de dónde venía? Me daba vueltas la cabeza, correlacionando datos inconexos. Tinta soluble en agua, usada para hacer marcas en papel fibroso absorbente. Una vivienda cilíndrica, los libros de contabilidad guardados arriba. Una trampilla abajo, un falso techo opaco arriba. La única entrada y salida era a través de una esclusa de agua debajo. —Todo gira en torno a los libros. Si los sacas por la puerta principal, la tinta se disolverá. Y no puedes acceder a lo que hay dentro mediante ningún algoritmo de búsqueda. Se suponía que toda esta habitación era un secreto, ¿no? Oculta a plena vista y disfrazada de vivienda. Alguien contrató a Ana para que guardara los libros, y lo que sea que estuvieran contabilizando, tenía que permanecer invisible y fuera de la vista. Pensaba furiosamente. “Pero supongamos… supongamos que no sabían de las otras conexiones de Ana. De nuestra correspondencia, o del hecho de que ella me esperaba. Tal vez la contrataron para el trabajo sin decirle de antemano de qué se trataba.”

—Sugieres que tu hermana fue contratada para trabajar en un programa secreto de contabilidad, ¿verdad? —preguntó el sargento Bull lentamente—. Y su empleador entró en pánico al enterarse de tu inminente llegada y la despidió.

¿Eso es lo que piensas? Pero entonces, ¿por qué dejaron estos libros, si eran lo suficientemente secretos y valiosos como para justificar la destitución de Ana Graulle–90?

"No lo sé. Quizás los interrumpieron, o la obligaron a huir, antes de que pudieran destruirlos. Ciertamente son voluminosos. O tal vez ellos —quienquiera que la haya sacado— no se dieron cuenta de lo que eran; si trabajaba en secreto y su empleador envió matones para llevársela, podrían haber asumido que guardaba todo en un chip de almas. O tal vez se enteraron de que yo venía y decidieron sacarla antes de que me contara lo que estaba haciendo." Negué con la cabeza, irracionalmente molesta: el sargento Bull apenas fingía intentar ocultarme que él y sus colegas creían que Ana estaba muerta. Y después de un año de su ausencia, ¿cómo podía contradecirlos? "La tinta. Y el papel. ¿De dónde vienen?"

Esta vez el sargento Bull permaneció en silencio durante más tiempo. Estaba a punto de repetir mi pregunta cuando me miró. Las hojas están hechas de fibras blanqueadas y maceradas, extraídas de diversas especies de hierba leviatán, presumiblemente cosechadas en las cercanías y procesadas para convertirlas en *papel.* Se encontraron rastros de hierba leviatán en el procesador de materia prima junto al comedor de la planta baja, y había una tina con este material en el vestíbulo, por lo que se asumió que Graulle–90 lo fabricaba según lo necesitaba. Hay una máquina de fabricación doméstica y se encontraron cerca algunas piezas mecánicas

no identificadas que habían sido fabricadas en ella, así que quizás formaban parte de su fábrica de libros de contabilidad. El pigmento resultó ser un enigma. Un técnico forense finalmente determinó que contenía restos microscópicos de tejido y extrajo una secuencia genómica; se trata de una sustancia natural extraída de los sacos de tinta de los sepíidos salvajes, otro de los invertebrados de la Antigua Tierra que se adaptaron a la vida en las aguas superficiales de esta zona. Esta sustancia se llama *sepia* y tiene una larga historia como pigmento utilizado para teñir este tipo de papel.

"¿Encontraron los investigadores algún recipiente que lo contuviera? ¿O bolígrafos, pinceles, lápices ópticos? ¿Otros utensilios de escritura?"

—Curiosamente, no. —Bull pareció tomar una decisión—. Gracias, señorita Alizond. Ha sido de gran ayuda, y ahora debemos continuar esta investigación sin usted. Necesitaremos poner estos *libros* a buen recaudo como prueba antes de investigar lo que haya sobre el falso techo. ¿Quizás un tanque de agua? ¿Es eso lo que piensa? ¿Preparado para empapar estas estanterías de libros y dejarlas inservibles? —Asentí—. Es un poco exagerado, pero he oído cosas más extrañas. —Miró a su alrededor—. Así que este es un archivo secreto, mantenido a mano con un código arcaico y diseñado para ser difícil de detectar y fácil de destruir, ¿eh? —Me miró—. Será mejor que se vaya ahora; la llamaré cuando la necesite de nuevo. Por favor, no hable de

nada de lo que haya visto aquí. Sería lamentable tener que acusarla de interferir en una investigación.

Me estremecí. «Gracias, pero no». Quienquiera que fuera para quien Ana trabajaba —y seguía convencido de que no vivía allí—, la noticia de mi inminente llegada había provocado que la secuestraran o mataran. Empecé a preguntarme si lo más seguro no sería abandonar Shin–Tethys cuanto antes. Ayudar a una hermana en apuros era lo correcto, pero arriesgar mi vida era otra historia. Así que, mientras me dirigía a las escaleras, decidí hacer lo que pudiera para ayudar en las continuas investigaciones del Sargento desde la distancia más segura posible… preferiblemente en otro cuerpo planetario.

Capítulo X

REINCIDENCIA

Hay momentos en que el viajero prudente debe aparentar no tener grandes recursos; y hay momentos en que el viajero prudente debe reservar una habitación en la pensión más discreta y segura que pueda permitirse, contratar guardaespaldas e ignorar el gasto.

Decidí que ese era el momento oportuno. Así que salí de la cápsula alquilada de Ana y me dirigí directamente al Hotel Grand Imperial Ariel, donde me acerqué a la recepción y dije: «Hola, ¿podrían organizarme un acompañante para que me lleve a la casa de cambio más cercana? Y también, ¿podrían ayudarme a abrir una cuenta bancaria local, registrarme en la mejor suite disponible y contratar un guardaespaldas?».

El conserje apareció brevemente para mirarme con un ojo enorme. «Disculpe», zumbaba el transductor junto a la piscina: «¿Debo entender que desea registrarse?».

—Sí —dije pacientemente—, pero para poder pagarte, primero necesito cambiar algo de dinero lento. Ahora mismo ando un poco escasa de dinero rápido. Lo cual era totalmente cierto: el reino de Medea funcionaba con su propio dinero efímero, respaldado por una realeza fiduciaria, y Rudi no se había esforzado precisamente por pagarme el sueldo que decía deberme antes de que entráramos en esa cápsula. —¿Creo que hay una sucursal de SystemBank Taj en esta ciudad?

Una breve ráfaga de actividad subacuática hizo que la piscina de recepción se agitara y salpicara: una espiral de carne gruesa, musculosa y llena de ventosas rompió la superficie brevemente. Di un paso atrás nerviosa sobre el resbaladizo mosaico de azulejos mientras el transductor volvía a zumbar. «Si desea registrarse primero, el servicio de atención al cliente estará encantado de ayudarle con sus necesidades. La facturación puede aplazarse hasta un día, sujeta a verificación de crédito». Un dáctilo con palpos inquietantemente parecidos a dedos se desplomó sobre el borde de la piscina y se movió hacia mí. «Por favor, acepte darme la mano…»

Extendí la mano al conserje *teutidio*, con la palma hacia las ventosas, e intercambié con él nuestras tarjetas de

identificación. Su piel era fría y rugosa, pegajosa y con un ligero sabor a electricidad estática. A pesar de su parecido superficial con un calamar gigante de la Antigua Tierra, no era menos humano que yo; su cuerpo estaba formado por mecanocitos con un diseño más adecuado para la vida en la hidrosfera de Shin–Tethys, pero el cerebro —salvo algunas capas de traducción somática— permanecía prácticamente inalterado. «Soy Krina Buchhaltung Historiker Alizond–114», dije. «Me gustaría alquilar sus instalaciones durante al menos diez días, incluyendo servicio completo de seguridad personal. También necesito verificación de identidad completa en todo momento; tengo una acosadora. Y necesito ayuda para organizar una transferencia de fondos a través de SystemBank Taj».

"Podemos organizarlo por usted." El conserje —un discreto letrero junto al transductor me indicaba que podía llamarlo Chen— flotaba cerca de la superficie, su piel alternando entre líneas violetas y manchas amarillas. "Le pediré al banco que envíe a un empleado a su suite. La están preparando ahora mismo; estará lista en unos minutos. Para información del banco, y con total confidencialidad, ¿qué tipo de instrumento financiero piensa convertir?"

Mantuve el rostro impasible. "Un nuevo dólar de California. Hasta ahora inquebrantable."

El conserje se hundió hasta el fondo de su estanque, con los tentáculos brillando de color carmesí: evidentemente, así era

como los calamares gigantes demostraban su vergüenza, o al menos su sorpresa. «Disculpe. ¿Dijo que quiere cambiar un dólar lento de Nueva California?»

“Sí, lo hice.”

“Entonces, le pido disculpas. Nuestro jefe de seguridad le atenderá en breve. Mientras tanto, el Hotel Grand Imperial Ariel se complace en ofrecerle una mejora a la Suite Grand Imperial sin coste adicional, si le parece bien.”

El resto del día transcurrió como en un sueño.

La Grand Imperial Suite, ubicada en la cubierta subterránea más baja del hotel, era realmente impresionante, con habitaciones secas y húmedas, entrada independiente y suficientes habitaciones y pasillos como para que me hubiera perdido fácilmente si no hubiera solicitado un mapa. La jefa de seguridad del hotel también era muy impresionante: una antigua colega del inspector de policía, que ahora se encargaba de que los clientes más ilustres del hotel no sufrieran ningún percance durante su estancia. Y el SystemBank, en efecto, estaba más que dispuesto a enviar a un gerente de sucursal (no a un simple empleado) para ayudarme a negociar la venta de uno de mis dólares cuidadosamente guardados. Este último proceso llevó bastante tiempo (primero es necesario refrendar el dólar con una suma de verificación derivada del alma, y luego gestionar que se transmita una notificación formal de transferencia de

propiedad a la estación baliza para su posterior confirmación a través del banco emisor, que en el caso de Nueva California se encontraba a más de veinte años luz de distancia). Como anticipé, el tipo de cambio ofrecido para una transferencia negociada rozaba la usura: perdí casi el 90 por ciento del valor del dólar en comisiones, intereses con descuento y pólizas de seguro; pero me dejó con casi un millón de riales de Argos en efectivo, rápido y anónimo, la mayor parte depositada por ahora en las cuentas de SystemBank Taj.

Odiaba tener que hacer esto, pero no veía otra alternativa. Con toda probabilidad, Ana había sido secuestrada y asesinada por una horrenda organización criminal o alguna otra estupidez espantosa. Mi misión de rescatarla había sido un fracaso total, y mi vida probablemente correría peligro si me quedaba aquí. Además, mi acosadora de la capilla llegaría en breve, ya que ese vehículo entraría en órbita. Así que debía velar por mi seguridad personal, sin importar el costo, y es más fácil comprar seguridad si uno es un millonario extranjero prominente que un indigente local anónimo.

Mi plan era esconderme aquí un tiempo —no tenía sentido negarle al inspector Schram el beneficio de la duda y la oportunidad de aprovechar mi ayuda—, pero tarde o temprano tendría que irme. Tenía toda la intención de alquilar un yate privado y dirigirme rápidamente a Taj Beacon para teletransportarme fuera del sistema. Aún no había decidido si ir a Shin–Kyoto para continuar mi peregrinación —fingiendo ignorar la desaprobación de mi ancestra, que me

esperaba en casa— o elegir otro destino al azar. Es el tipo de decisión que nunca he sabido tomar.

Tras haber reducido mis ahorros considerablemente y decidido quedarme al menos diez días, decidí gastar un poco más. Mi traje de caída libre para la nave era viejo y estaba pasado de moda; además, distaba mucho de ser impermeable y se había humedecido de forma vergonzosa durante el último día. Desprendía un ligero aroma y temía que se estuviera deteriorando. Así que, con la ayuda de la conserjería, concerté una cita con un sastre —con la debida autorización del personal de seguridad del hotel— y encargué un par de trajes, uno para buceo y otro para uso seco.

Otras necesidades no eran tan fáciles de resolver. «Necesito consultar con un taller mecánico», le dije al conserje. «Uno que se especialice en adaptar a los visitantes terrestres a la vida submarina». No porque planeara pasar mucho tiempo bajo el agua, sino porque si me encontrara en esa situación, estaría en serios problemas: mis intercambiadores de gases —pulmones, en la terminología Fragile— no estaban diseñados para extraer oxígeno disuelto del agua, y solo tenía un par de horas de reserva. Tampoco mis dedos de las manos y los pies estaban adecuadamente unidos para la movilidad, y mi equipo auditivo y mis sensores de actitud necesitarían ajustes. (Olvídese de aventurarse por debajo de los doscientos metros; eso requeriría mejoras más drásticas e invasivas en la programación de mis «citos». Sin mencionar la posibilidad de reemplazar mis piernas por una

cola; y, como le dije al agente de viajes en Taj Beacon, estoy inexplicablemente apegada a mi bipedismo).

«Podemos coordinar una visita del médico del hotel», dijo el conserje. «Sin embargo, no será posible realizarle modificaciones importantes sin acudir a una clínica externa. Podemos gestionar la seguridad para dicha visita, pero creo que necesitaremos avisarle con antelación y podrían aplicarse cargos adicionales».

“Eso es aceptable.” Le resté importancia con un gesto. “Si puede enviar al médico…”

"Disculpe."

“¿Perdón?” Temí no haber oído las palabras del conserje.

“Una persona en recepción pregunta si puede verla, Sra. Alizond. Se identifica como el Conde Rudolf Crimson–50. No viene acompañada. ¿Desea que transmitamos un mensaje o que indiquemos que no se la debe molestar?”

—¡No! ¡Espera! —Me agarré la cabeza—. ¿Está solo? Que suba. Espera, ¿que lo revisen primero en busca de armas? No, no es tan tonto como para... Espera, ¿tienes una sala de conferencias disponible? Si es así, que suba. Iré a verlo y luego veré al médico.

* * *

Rudi me esperaba en una pequeña sala de conferencias dos pisos más abajo del vestíbulo, solo y claramente desarmado, tal como me había indicado el conserje. Parecía más pequeño y, de alguna manera, menos amenazador en estas nuevas circunstancias: las membranas de sus alas colgaban pesadamente por la gravedad planetaria y su pelaje formaba mechones desaliñados. Pero su mirada seguía siendo tan penetrante como siempre, y su porte tan controlado como si aún estuviera al mando de su propio vehículo.

—Ah, Krina —me sonrió, mostrando sus afilados incisivos. Gracias por hacerme un hueco en tu agenda, sin duda muy apretada: ¡Llevamos días recorriendo la ciudad buscándote! Estábamos muy preocupados, ¿sabes? Por curiosidad, ¿puedo preguntarte cómo me evitaste en las oficinas del puerto? ¿Y por qué?

"Tendrías que preguntarle a Su Majestad. No fue intencional por mi parte, te lo aseguro."

—¿Su *Majestad?* —Su voz se elevó hasta convertirse en un chillido—. ¿Qué tiene que ver ella con esto? Casi podía creer que Rudi *estaba* preocupado por mi seguridad. Su exterior sarcástico y brusco ocultaba una vena sentimental, como había descubierto durante el último año. Me habría parecido tierno si no hubiera estado tan obviamente en deuda con él, o bajo su influencia. Pero ahora las tornas habían cambiado. Me dejé caer en una de las sillas situadas a ambos lados de la ventana. Desde allí se veía el subsuelo bañado por el sol, un

techo plateado ondulante justo encima de nuestras cabezas que se tornaba esmeralda en la lejanía. De vez en cuando, pasaban peatones y vehículos, cruzando el amplio hueco que separaba la pared exterior del hotel de los otros tentáculos colgantes del núcleo flotante de la ciudad. —Los seguí a ti y a Dent hasta inmigración y enseguida me llevaron delante de ella y me arrestaron —le dije—. ¿Fue obra tuya?

"¿Eh? ¡No! ¡Absolutamente no!" Rudi logró parecer culpable y preocupado a la vez. "¿Qué les dijiste?"

"Parecía que les interesaba la desaparición de Ana. Creo que no tengo permitido decir nada más. Hay una investigación policial en curso. Me dejaron ir después de que les conté todo lo que sabía, y después de advertirme que no interfiriera en una investigación criminal". Sentí un ligero escalofrío.

—¿Los investigadores creen que fue secuestrada o asesinada? —Rudi me miró con evidente consternación—. Esperaba… —Su expresión de frustración incluía arrugar la nariz y mover las orejas— algo mejor. ¡Bah! Secuestrada o asesinada, y ni siquiera saben cuál de las dos cosas. —Otro tic nervioso—. ¡Bah!

— *Para ti* está bien —señalé—. ¡Yo he perdido a un familiar cercano! Y a mi colaborador de estudio de seis meses. Sin mencionar a la persona a la que se suponía que debía entregarle el bebé, pero ni siquiera debía pensar en eso.

Cuanto menos recordara, mejor. —¡Solo te falta una póliza de seguro!

Rudi me siseó: «Era una póliza muy *cara*». Por un instante, vi un destello de ira y retrocedí; se calmó casi de inmediato. «Se la vendimos por poco más que buena voluntad, Krina. Porque —creo que puedo decírtelo sin problema— deseaba mucho que lograra descubrir su tesoro».

Lo miré boquiabierta. "¿Su qué?"

Rudi ladeó la cabeza hacia la izquierda y me miró fijamente. «¡Vamos! ¿Has olvidado que ha vivido en el Sistema Dojima durante muchos años?». Negué con la cabeza. «¿Y puedes considerar la posibilidad de que haya realizado trabajos de consultoría, paralelamente, para varias empresas? ¿Incluyendo, me atrevo a decirlo, a la Permanent Crimson?». Hice una pausa, luego asentí. «He conocido a Ana», dijo, antes de añadir con ironía: «Probablemente la conozco mejor que tú». Inclinó la cabeza hacia la derecha. «En algunos aspectos, eres muy parecida a ella, ¿sabes?».

“¡Qué!” Lo fulminé con la mirada mientras intentaba recuperar la compostura. “¿Qué te dijo?”

—Bastante, una vez que me gané su confianza. Me habló de su infancia y de tu madre. Me habló de vuestro interés compartido por recuperar y revertir las transferencias de dinero lentas y perdidas. Me habló de tu interés en, ah, cierto

proyecto a largo plazo que investiga lo que realmente sucedió en el Sistema Atlantis. —Todos sus gestos desaparecieron; su expresión alcanzó un nivel impresionante de impasibilidad.

"¿Qué *le* dijiste *para* que te contara todo eso?"

En realidad, solo le pregunté porque quería mantenerlo desorientado y hablando, pero Rudi pareció tomarlo como una pregunta legítima.

"Le conté sobre un escándalo bancario de hace mucho tiempo. Ivar Trask–1, fundador de Dojima SystemBank en Taj Beacon, desapareció llevando consigo un extremo de una transferencia de una enorme cantidad de dólares de bajo coste que Ana parecía creer que podía rastrearse hasta Atlantis."

¡Ay, caramba!, pensé, sintiendo un nudo en el estómago. "¿Y qué le dijiste sobre este escándalo?"

"Todo lo que tenía archivado. En ese momento, por alguna razón, decidió que era buena idea intentar averiguar qué le había sucedido al maestro Trask. Le dije que probablemente era imposible, que había desaparecido siglos atrás en algún lugar de las turbulentas aguas de Shin–Tethys, y que en aquel entonces se habían realizado numerosas búsquedas, pero ella insistió de forma peculiar. Negándose a ser disuadida, buscó trabajo aquí como una explicación plausible para su presencia. La póliza de seguro de vida"—plegó y desplegó sus

alas sobre sí mismo con agitación— “cubrirá su restauración de un vertedero de almas de hace una década, y un sistema de salida. Tal vez exageré su valor: me atrae más la curiosidad por saber qué encontró que provocó que varias partes la hicieran desaparecer”. ¿Acaso leí en su hocico de zorro una expresión de leve culpabilidad?

Todavía me costaba admitirlo: mi hermana había venido aquí en busca de las pruebas que tanto necesitábamos, pero se había visto envuelta en una operación muy turbia y, evidentemente, sus empleadores la habían hecho desaparecer, probablemente para siempre. Respiré hondo. “No creo que pueda lograr nada más aquí. Si alguien puede encontrarla, es la policía de Medea. Tampoco creo que *tú* puedas lograr nada útil. Seamos honestos: esperabas que recuperara parte de cierta transacción pendiente y querías participar. Pero te aseguro que, si *estaba* involucrada con una parte de lo que hemos llamado el Carnet de Atlantis, está fuera de nuestro alcance. Ha sido secuestrada o asesinada, y sus secuestradores o la Reina tienen en sus manos todo lo que ella tenía. No tengo ni idea de quiénes son sus captores, y sostengo que ni tú ni yo estamos en posición de pedirle cuentas a Su Majestad. Así que pienso dar por perdidas mis inversiones y huir, a menos que surja algo en los próximos días. Y cuando digo huir, me refiero a que pienso abandonar el Sistema Dojima por completo, acortar mi peregrinación e ir directamente a casa.” Intenté esbozar una sonrisa radiante,

pero no creo que se dejara engañar. “Creo que está muerta. Gracias a cazadores de tesoros entrometidos *como usted.*”

Me encontré de nuevo de pie, mirándolo fijamente, a pesar de una leve vergüenza por haberlo acusado tan directamente. Rudi, para su crédito, parecía avergonzado. —Lo siento mucho —dijo—. Lo siento más de lo que te imaginas, quizás. Hizo una pausa incómoda antes de continuar—. Creo que también te debo algunos salarios atrasados. ¿Debo entender que no quieres extender nuestro acuerdo? Miró a su alrededor: —Supongo que has encontrado alguna otra fuente de financiación.

“Lo ha entendido bien. En cuanto a los salarios, tenía previsto facturarle.”

“Oh, eso no será necesario.” Extendió una mano, que brillaba en verde: “¿Te gustaría estrecharla?”

Nos dimos la mano y parpadeé: la cantidad que había transferido era bastante mayor de lo que esperaba. «Vamos, señorita Alizond», dijo. «¿De verdad cree que soy tan tonto como para pagarle a una profesora el sueldo de un marinero sin experiencia?». Sus incisivos volvieron a asomar brevemente: «Creo en la justicia. Si alguna vez necesita contratar a un corsario, ya sabe a quién llamar. ¡Adiós!». Se dirigió arrastrando los pies hacia la puerta y salió.

Negué con la cabeza y revisé su depósito. No bromeaba cuando decía que me había pagado un sueldo de profesora por el año que pasé a bordo de su barco. Si hubiera sabido que lo haría, tal vez no habría cambiado ese dólar que se ganaba tan lentamente. Pero, por otro lado, no me había pagado hasta que supo que tenía otra fuente de financiación: ¿Quizás solo lo hizo para ganarse mi simpatía?

Aún negando con la cabeza, me dirigí a mi suite. Había sido un día largo y perturbador, y sentía que mi ánimo decaía. Mi llegada al Sistema Dojima parecía haber desatado una auténtica vorágine entre saqueadores de tumbas y oportunistas. Si Andrea no miente, la intriga tenía sus raíces en una lucha de poder en mi planeta de origen, y me había seguido hasta las estrellas, esperando el momento oportuno para alcanzarme. Ana se había ido, el propósito principal de mi peregrinación se había desvanecido por completo, y con una acosadora pisándome los talones, necesitaba plantearme seriamente alquilar un yate y regresar a Taj Beacon, y mientras tanto, reconsiderar todo mi futuro. (Si el problema de seguridad fuera menor, simplemente me subiría a la nube desde aquí y retransmitiría a través de la baliza, pero el riesgo de, digamos, corrupción de datos no accidental era considerable. En cambio, los vehículos espaciales físicos son mucho más difíciles de interceptar que una transmisión de subida de datos sin control).

Con estos pensamientos sombríos a cuestas, me dirigí a los ascensores y bajé hacia mi suite. Las puertas de seguridad se

abrieron al reconocerme: por fin había llegado a mi destino. Allí, la puerta principal requería un apretón de manos para verificar mi identidad. Giré el pomo y empujé, y entonces me quedé paralizada.

—Buenas tardes —dijo el hombre que estaba en el sofá del vestíbulo, levantándose—. ¿Ha solicitado servicios médicos?

Me relajé. —Sí —dije—. ¿Es usted el médico del hotel? Él asintió. Y, en efecto, tenía el aspecto de un habitante de superficie modificado, con el conjunto de características que necesitaba a la vista, desde sus manos hasta la discreta franja de branquias en su garganta. —Necesito hacer algunas modificaciones fenotípicas. La puerta se cerró tras de mí mientras continuaba: —Membranas en dedos de manos y pies, mejor retención de oxígeno y tolerancia a la profundidad. Nada del otro mundo. Me dijeron que se podían encargar las plantillas de diseño necesarias...

—Oh, por supuesto —me aseguró—. Entonces, ¿quieres un paquete básico de modificaciones de la hidrosfera adecuado para un habitante de la tierra que visita las aguas superiores, es correcto?

“Sí, eso es lo que busco”, confirmé.

“Bien. Trabajo con un par de proveedores locales; si quiere sentarse y conectar este cable de diagnóstico, puedo

descargar el esquema estructural y pedirles que le hagan un presupuesto…”

Me senté obedientemente y acepté el cable de fibra óptica. "¿Adónde va esto?", pregunté, mostrando el extremo libre.

“Aquí mismo. Si me lo permite…” Asentí, dejando que insertara el cable en mi puerto médico. Entonces, de repente, todo desapareció.

* * *

Toda colonia interestelar se funda sobre un esquema Ponzi; pero los arquitectos de la Atlántida fueron los primeros en explicitar este principio.

Normalmente, los fundadores de una nueva colonia se motivan por la oportunidad de estar entre los primeros colonos y accionistas; cuanto antes lleguen, más territorio y energía podrán controlar. Pero para disfrutar de los frutos de su conquista, necesitan una civilización funcional y autosuficiente. Es perfectamente posible reclamar un planeta gigante gaseoso por cuenta propia, pero ¿qué hacer con él después? Ahí radica el problema. Trasplantar una civilización a un nuevo sistema estelar es complejo, costoso y sorprendentemente difícil, incluso para nosotros, sin mencionar a nuestros frágiles predecesores, que no podían sobrevivir ni siquiera a un poco de vacío absoluto y radiación

ionizante. De ahí el incentivo para que los fundadores se endeuden si es necesario, para contratar a los trabajadores adicionales que se requieren para expandirse desde un par de tiendas precarias en un asteroide hasta una civilización interplanetaria en tan solo unos cientos de años.

Y esto explica el incentivo para fundar nuevas colonias, de modo que puedan endeudarse al pedirte mano de obra a cambio de dinero que podrás usar para pagar la deuda de tus propios fundadores.

Pero, ¿por qué no intentamos, pensaron los fundadores de Atlantis, *encontrar una forma mejor y más rápida de saldar nuestra deuda fundacional?*

(Esto es una inferencia. No sé con certeza qué pasaba por sus mentes: esta es simplemente mi propia reconstrucción, altamente especulativa, de lo que sucedió hace aproximadamente dos mil años. Permítanme enfatizar esto: *nadie que viva actualmente lo sabe con certeza)*.

Pagar la deuda de los fundadores puede llevar siglos, además de la ardua inversión de recursos necesaria para construir y lanzar naves espaciales. La nueva colonia podría endeudarse hasta alcanzar cientos de miles o incluso millones de dólares, que se devengarían lentamente en los bancos de sus vecinos. ¿Cómo se puede eliminar esta deuda?

Una forma de lograrlo es mediante un Jubileo: una condonación global de todas las deudas. Sin embargo, se requieren circunstancias apremiantes para imponer algo así en una red comercial abierta. Por alguna razón, a los inversores no les gusta que sus acreedores se esfumen como la niebla. Se puede implementar un Jubileo en un sistema cerrado, por decreto, pero debido al patrón de expansión de la colonización interestelar impulsado por la deuda, es casi imposible que todos se liberen de ella simultáneamente. Algunos utópicos abogan por un Jubileo galáctico; en mi opinión, podrían conseguirlo algún día después de que la era estelar llegue a su fin y las luces se apaguen en todo el universo.

A menor escala, un sistema colonial bien establecido, con una economía sólida y un sol estable, podría aspirar a la autarquía, la práctica del aislamiento y la autonomía totales. En efecto, podrían declarar un Jubileo local. Si se cortan las comunicaciones interestelares, nadie podrá reclamar sus deudas, al menos no por medios razonables. (Enviar una nave espacial para exigir el pago es una idea absurda). Sin embargo, los intentos de autarquía suelen fracasar cuando hay un cambio de gobierno: los viejos oligarcas se anquilosan o mueren, los jóvenes demandan sus entretenimientos importados, o nuevas circunstancias imprevistas generan demanda de habilidades hasta entonces innecesarias que se pueden importar fácilmente, etc. La autarquía es inestable. Un sistema lo suficientemente rico como para intentar

seriamente la autarquía probablemente sea tan rico que ya haya saldado su deuda fundacional.

Y eso agota más o menos las vías *legales* para escapar de una deuda del sistema.

Lo que nos lleva al fraude. Es casi imposible falsificar la creación de un banco interestelar que emita dinero lento. Para que el dinero sea reconocido como tal, el banco emisor debe convencer a sus homólogos en dos o más sistemas estelares vecinos de su existencia real. Este es un proceso sencillo: apuntar un telescopio al sistema estelar recién colonizado y buscar la luz láser. Por lo tanto, es *muy* difícil imaginar una conspiración que engañe a dos o más bancos de sistemas en perfecta sincronía, incluso con un cronograma de transmisiones falsas preestablecido con años de antelación. Se *ha* intentado un par de veces, pero fracasa en cuanto uno de los bancos engañados intenta que el "nuevo" banco firme un dólar lento recibido de otro engañado. No se puede engañar a la velocidad de la luz.

Si existiera un motor más rápido que la luz, toda la economía lenta del espacio colonizado se vería comprometida. Todo el capital inmovilizado en transmisiones a la velocidad de la luz podría eliminarse; ya no habría necesidad de dinero lento. La confianza en el dinero lento se derrumbaría y, con ella, el valor de cualquier deuda denominada en la antigua moneda lenta. *De facto,* esto

crearía las circunstancias para un Jubileo global, al cambiar las reglas y destruir la vieja economía.

Creo que los fundadores de la Atlántida lo sabían perfectamente, y además sabían que todos los demás también lo sabían: por lo tanto, decidieron deliberadamente utilizar esta premisa global como palanca para mover el universo.

En primer lugar, atravesaron las dificultades habituales propias del crecimiento de una nueva colonia, importando mano de obra, conocimientos y habilidades, y contrayendo deudas.

Luego importaron a un grupo de filósofos naturales, historiadores y académicos, y establecieron, de forma muy pública, una gigantesca y diversa empresa de investigación. Se endeudaron aún más, emitiendo bonos en moneda lenta para financiar la expansión y las operaciones de su Academia para la Investigación de Altas Energías. En el transcurso de este proceso, admitieron con cautela que, efectivamente, desarrollar un motor espacial más rápido que la luz era un objetivo económico primordial para todo el sistema, al cual *todo* lo demás estaba subordinado.

Como era de esperar, esto generó mucha especulación y análisis en todo el espacio colonizado: las opiniones abarcaron desde la burla y el escepticismo hasta la auténtica alarma, sin mencionar los intentos de espionaje científico (y,

según se rumorea, de sabotaje). Los mercados financieros se pusieron nerviosos, y los más astutos obtuvieron beneficios diseñando coberturas contra el inminente colapso del lento sistema comercial basado en el dinero. De hecho, por primera vez en milenios, se produjo una disminución en la frecuencia de lanzamientos de naves estelares colonizadoras, ya que todos aplazaron sus planes a la espera de ver qué sucedía.

Luego, tras pasar medio siglo en lo que una época anterior habría descrito como un estado de guerra, en vísperas de un anuncio de gran importancia que tuvo gran repercusión mediática... Atlantis se quedó a oscuras.

Capítulo XI

CARGA DE PROFUNDIDAD

Yo no soy la persona más perspicaz en lo que respecta a las amenazas contra mi seguridad.

Como le había pedido al conserje que se encargara de mi seguridad y que el médico del hotel me atendiera, supuse, naturalmente, que la presencia de una persona con aspecto de médico en mi suite era totalmente legítima y no, por ejemplo, una señal de que se hubieran infringido los protocolos de seguridad del hotel.

Gran error, Krina.

En el último año, había acumulado más experiencia en ser secuestrada y engañada que el resto de mi linaje en varios siglos. Pero admito sin reservas que lo que sucedió después de que, sin darme cuenta, le diera al falso doctor acceso a mi firmware de control morfológico fue probablemente el más drástico de todos mis secuestros.

En aquel momento, no sabía nada. Estaba desconectada, prácticamente muerta, como un alma descargada en tránsito entre sistemas estelares. Lo cual, al recordar el incidente con la perspectiva que da el tiempo, fue una bendición.

Un observador invisible habría visto al “médico del hotel” entregarme un cable fino, esperar a que me sentara y sujetarlo a la nuca. En ese momento, me había desplomado, fláccida como un manojo de hierba gigante en tierra firme. El médico se puso de pie, cruzó la suite hasta una discreta escotilla de servicio, la abrió y sacó un cilindro de carga del tamaño de un cuerpo. Entré en el cilindro, luego en la escotilla de servicio y salí del hotel.

En otro lugar y tiempo después, el “médico del hotel” y sus cómplices me rescataron. No puedo describir el lugar, solo inferir que probablemente estaba más abajo del hotel, en un barrio marginal poblado por negocios de mala muerte y almacenes anónimos. Habría habido casetes de mecanocitos no asimilados a mano, hirviéndose y peleando en busca de un cuerpo al que unirse. Una fuente de energía y materia prima líquida. Habría habido una mesa de vivisección. El médico y

sus cómplices habrían levantado mi cuerpo sobre la mesa y lo habrían encadenado antes de tomar sus bisturíes y trazar líneas en mi piel, luego mis mecanocitos para separarlos a ambos lados.

Lo que pretendía comprar era un conjunto de pequeñas modificaciones corporales que me facilitarían la vida en las aguas superficiales iluminadas por el sol durante el resto de mi estancia: al fin y al cabo, aunque esperaba quedarme en Nova Ploetsk no más de unas pocas decenas de días, la experiencia me había enseñado que la dinámica orbital no respetaba mis preferencias de viaje. Podría quedarme atrapada aquí durante un tiempo, y tener dedos palmeados, una mayor capacidad de almacenamiento de oxígeno y un mejor sentido de la orientación parecían ser una buena idea.

Pero mis secuestradores actuaban bajo las órdenes de alguien que tenía otros planes para mí. Se pusieron manos a la obra con mi cuerpo, mutilándolo y remodelándolo para adaptarlo a un diseño que les habían dado y, a menor escala, transmitieron una serie de actualizaciones de firmware radicales a mis células, preparándolas para funcionar en las profundidades abisales.

Primero me fracturaron los pies, me extrajeron la mayor parte de los huesos finos y los reemplazaron con aletas radiales parecidas a membranas. Luego me abrieron la superficie interna carnosa de las piernas y me añadieron injertos de carne nueva, fusionando las masas musculares

para formar un tronco cónico y sin costuras. Me resecaron la pelvis y me reemplazaron por completo las articulaciones de la cadera: las nalgas desaparecieron. Caminar erguido sería imposible con mi nueva forma.

Los cromatóforos de mi piel adoptaron formas nuevas y extrañamente parecidas a dientes, superpuestos, escamosos e iridiscentes. Todo mi cuerpo era aerodinámico, curvo y pulido para reducir la resistencia.

Los órganos internos también cambiaron. Los recicladores de contracorriente y los procesadores de materia prima fueron reubicados; los conductos, los tubos peristálticos y las membranas de soporte fueron reorganizados para aprovechar mejor el espacio entre mis caderas estrechadas y mi caja torácica. Mis pulmones de intercambio de gases fueron reemplazados por completo, instalando unos nuevos que aún funcionaban, pero que podían sellarse desde mi garganta y colapsarse de forma segura bajo presión extrema, para luego volver a inflarse. Añadieron branquias detrás de solapas ingeniosamente ocultas en mi cuello y tórax superior. Añadieron membranas entre mis dedos y líneas sensoriales acústicas a lo largo de mis flancos.

Luego me rompieron la cara.

No somos Frágiles, pero nuestra mente se basa en una emulación de su neuroanatomía, y los Frágiles se reconocen entre sí por su apariencia facial. Esto subyace a nuestro

sentido de identidad a un nivel muy profundo, de modo que los cambios en la estructura facial provocados por el daño causan una considerable angustia psicológica. Mis secuestradores me transformaron, modificando mi rostro de tal manera que, al final del proceso, mi nueva forma era una parodia casi irreconocible de Krina.

Algunos de los cambios fueron sutiles o invisibles para mí. Remodelaron mi cráneo para mejorar el flujo hidrodinámico. Hicieron cambios sutiles en la textura del cabello y la piel. Pero otros cambios fueron más notorios. Una nariz más plana y pequeña, con pliegues internos para sellarla. Orejas puntiagudas que se plegaban contra los lados de mi cráneo. Y en cuanto a mis ojos...

Hay una luz lamentablemente escasa en las profundidades hádicas[10] del océano–mundo. La poca luz que existe es principalmente producto de procesos bioluminiscentes o de las temidas chimeneas azules que se fisionan y hierven al ascender desde el núcleo helado del mundo. Para atrapar esta luz, las pequeñas cápsulas llenas de gelatina son insuficientes. Así que mis secuestradores me rompieron los huesos faciales, me arrancaron las mejillas y me remodelaron las órbitas de los ojos. Luego me desglosaron, me abrieron los

10 Etimológicamente, la palabra Hádico proviene de la palabra griega "Hades" que se refiere al infierno. El eón Hádico, Hadeico o Hadeano, es una división informal de la escala temporal geológica, es la primera división del Precámbrico. Comienza en el momento en que se formó la Tierra hace unos 4567 millones de años y termina hace 4000 millones de años, durando unos 567 millones de años, cuando comienza el eón Arcaico.

globos oculares y los expandieron, añadiéndoles sensores exóticos antes de volver a colocarlos dentro de mi cara y reconstruir mi piel. Mis nuevos ojos eran enormes y oscuros, esferas del tamaño de un puño que se acurrucaban tras párpados acolchados con pliegues epicánticos y revestidos de membranas nictitantes para sellarlos y protegerlos. Mi rostro se distorsionó a su alrededor, con mentón estrecho, boca pequeña y puntiaguda. Élfico en una horrible e inquietante parodia de mi aspecto anterior.

Probablemente pensaron que no me importaría. Al fin y al cabo, adonde iba no había espejos.

También se produjeron cambios más profundos. Dentro de cada mecanocito de mi cuerpo, sutiles modificaciones, diseñadas específicamente para ello, permitieron que la maquinaria molecular resistiera las aplastantes presiones y los escalofríos de las profundidades de la medianoche eterna. Los fluidos acuosos e hidrofóbicos se expanden y contraen a ritmos diferentes bajo presión, introduciendo sutiles distorsiones en enzimas, replicadores y herramientas moleculares. Este conjunto de mecanismos antipresión estabilizó las moléculas, reforzó los centros activos y los receptores, a un costo metabólico: necesitaría consumir más nutrientes o ralentizar mi metabolismo. Perdería resistencia a altas temperaturas y en el vacío. Sería propensa a la gota y a una afección similar a la artritis entre los Frágiles si permaneciera demasiado tiempo en regímenes de baja presión. Y, por supuesto, mi cuerpo, ahora modificado,

tendría que dosificar su energía al descender o ascender para evitar una muerte dolorosa.

No estoy segura de cuánto tiempo el "médico del hotel" y sus asistentes trabajaron en mi carne. Ciertamente, los cambios fueron drásticos, incluso radicales: convertir a un humanoide ortomorfo[11] que habitaba la superficie en un hadean que nadaba libremente fue un proceso extremo. Pero finalmente el trabajo terminó, y me trasladaron, aún en un estado de profunda inconsciencia mantenido por un chip depurador metabólico, de vuelta a una cápsula de carga. Le acoplaron un pequeño motor fuera de borda y la arrojaron a las aguas bajo la ciudad, para que se hundiera lentamente a través de la frontera termoclinal bajo el Reino de Argos y en la oscuridad salvaje de abajo, el hogar de los hombres calamar, las tribus de sirenas salvajes y mi sombrío captor que había pagado para transformarme a su imagen y semejanza.

* * *

El dinero lento no crece en los árboles. Es un bitcoin, generado algorítmicamente, con la particularidad de que está refrendado por bancos que orbitan otras estrellas para autenticar el sistema donde se acuña. No es casualidad que

11 Este término en su etimología viene del prefijo «orto» del griego «ορθο» (ortho) derecho, vertical o recto y del sufijo «morfo» del griego «μορφο» (morpho) que quiere decir forma.

un solo dólar lento tenga un valor aproximado al trabajo productivo de un trabajador cualificado durante cien años estándar. Ni que, durante las primeras décadas de cualquier colonia nueva, se contraiga una deuda de dinero lento para adquirir los servicios de colonos dispuestos a aceptar los riesgos de la serialización y la transferencia a través de distancias interestelares mediante láser de baliza, una deuda que posteriormente se saldaría con el establecimiento de colonias hijas. La deuda es el motor económico que expande a la humanidad por las estrellas. Pero, ¿qué ocurre si una colonia acumula tanta deuda que no puede pagarla por medios ordinarios?

La autarquía involuntaria es una posibilidad. No es que existan bienes físicos que justifiquen el costo del transporte interestelar; comerciamos con bits, no con átomos, y un reino ermitaño es, en principio, capaz de sobrevivir durante siglos o milenios sin intervención humana. Podrían verse reducidos a devorarse unos a otros hacia el final, pero algunos dirían: *Si ese es el precio de la libertad...*

Nosotros, los que pertenecemos a la Post–Humanidad descendientes de los Frágiles, estamos acostumbrados a formar parte de una economía más amplia. Esperamos participar en una cultura más amplia, absorbiendo indirectamente las artes, los entretenimientos, las ideas y las personalidades de cientos de sistemas estelares. La autarquía *es un desastre* para todos, excepto para el monarca reinante u otro tirano que la haya ordenado. Es el equivalente

sistémico a encerrarse en casa y fingir que no se está para evitar a los acreedores.

Existen otras estrategias. Algunos gobiernos ilustrados fomentan la producción de entretenimientos y distracciones artísticas, o la investigación, el desarrollo y el diseño, o incluso practican las ciencias tradicionales, como si explorar los límites del universo físico pudiera revelarnos algo nuevo a estas alturas. Otros trabajan en la terraformación, la creación de biosferas estéticamente atractivas y confortables para nuestro estilo de vida. (Puede que no seamos Frágiles, pero heredamos su estructura corporal y su psicología, y con ellas una preferencia por entornos impregnados de estructuras fractales autorreplicantes, impulsadas por gradientes de energía entrópica y que exhiben un comportamiento complejo). Los sistemas exitosos con biomas agradables y una economía local viable pueden incluso cobrar una tasa de llegada a los posibles inmigrantes. Existe una modesta industria turística interestelar que atiende a los ricos independientes.

Pero a pesar de estas opciones, en general, la mejor manera de saldar una deuda sistémica es transferirla a otro sistema. Y así ha sido siempre, hasta que la colonia Atlantis intentó ser diferente. Una de mis tareas, mientras crecía trabajando como investigadora en el banco de Sondra a bordo de la nave generacional Nueva California, consistía en buscar intercambios de dinero lento fallidos, identificar qué había salido mal y luego comprar la titularidad de las cuentas de

depósito en garantía en cada extremo, o de los carnés sin refrendar, lo que nos permitía reclamar ordenadamente los fondos que flotaban en el limbo, o identificar a los herederos del receptor original del intercambio, para cobrarles una comisión a cambio de proporcionar pruebas y completar su buena fortuna. La búsqueda de legados y la identificación de herederos es una profesión antigua y especializada. Y, casualmente, es una profesión a través de la cual estuve expuesta a diversos tipos de fraude, pues nada saca a relucir lo peor de la psicología humana como la oportunidad de lucrarse con la desgracia ajena.

Como ya he mencionado, a lo largo de las décadas he tenido muchas oportunidades de estudiar la estafa FTL con gran detalle. Normalmente, todos los fraudes de pago por adelantado, como la estafa del prisionero español, terminan con una víctima en la ruina y un estafador desaparecido. Pero —y aquí viene un giro importante— en el caso de la estafa FTL, el pago no va directamente al estafador que convence a la víctima para que le entregue su dinero. Por definición, no puede; tiene que ir a otro sistema. Y esto significa que tiene que ir a un cómplice en quien el estafador confía plenamente.

Las cosas pueden salir mal con la estafa, desde que el estafador desaparece hasta que recibe su pago. El cómplice al otro lado puede morir, desertar o (en un caso memorable) incluso ser víctima de otra estafa de FTL. Mi especialidad en el banco, rastrear transacciones fallidas, me llevó con el tiempo a centrarme en las víctimas de las estafas de FTL, para

identificar a los destinatarios del pago. Descubrí que la proporción de transferencias de dinero lentas que no se completan es mucho mayor en los fraudes con comisiones por adelantado que en los intercambios regulares. Y como trabajaba a comisión (mi deuda de instanciación ya había sido saldada hacía tiempo), esto me permitió convertir un pasatiempo en un pequeño negocio secundario lucrativo.

Volviendo al tema que nos ocupa:

La Atlántida quedó en el olvido hace casi dos mil años, después de haber solicitado importantes inversiones extranjeras que, según algunas estimaciones, ascendieron a la suma casi inimaginable de *cinco mil millones* de dólares.

Eso equivale aproximadamente a la productividad económica de un sistema estelar maduro y densamente poblado —como el antiguo sistema solar— a lo largo de cinco siglos. Siendo más realistas, es la productividad de diez nuevas colonias durante sus primeros mil años. Una cantidad del orden de cincuenta cuatrillones o más en dinero rápido. Es una suma de dinero casi incomprensible, aún más incomprensible si se tiene en cuenta que no se trataba de algún tipo de instrumento derivado extraño, sino de deuda primaria real, del tipo más crudo e inmediato.

El fraude rara vez es incruento; pero la violencia y el caos que le siguen son aleatorios e incoherentes en comparación con los asociados a la guerra o el robo. El apagón de la

Atlántida provocó miles de millones de quiebras personales, millones de suicidios, recesiones económicas en decenas de sistemas estelares, revoluciones y guerras civiles, y la eutanasia de muchos jefes de Estado cuando se descubrió que dichos gobernantes habían invertido fondos nacionales de seguros completos en el proyecto de la Atlántida. El revuelo tardó *siglos* en disiparse.

La importancia de la desaparición de la Atlántida es innegable. Algunos —una minoría considerable— se aferraban a la ilusión de que la Atlántida había descubierto algo verdaderamente maravilloso, y que los atlantes habían partido hacia lo desconocido a una velocidad muy superior a la de la luz. Otros estaban convencidos de que habían cometido un error garrafal y desatado una fuerza que había trastornado las mentes de cada neurocito del sistema estelar, y que, por consiguiente, la Atlántida debía ser dejada en paz. Pero otras almas, más cínicas, suponían que los atlantes, acostumbrados a vivir a cuerpo de rey gracias a sus cuantiosas inversiones, habían visto acercarse el fin y habían decidido retirarse por un milenio.

Se lanzaron naves estelares; tres, que yo sepa. Es casi la única vez en la historia registrada que se enviaron naves estelares deliberadamente a un sistema estelar ya poblado, y la única vez que más de una despegó. Uno de los vehículos, llamado *Venganza,* incluso transportaba un par de reproductores rápidos, unos kilotones de uranio sin enriquecer para procesarlo en plutonio durante el trayecto, y

una fábrica de armas nucleares. No, no me lo estoy inventando: tenía una estructura de mando militar; ¡algunos de los inversores estaban tan desquiciados que incluso pensaban en lanzar una invasión interestelar por la fuerza!

Sin embargo, se perdió el contacto con *todas* las naves incluso antes de que terminaran la fase de propulsión de su vuelo. Apuesto a que se trató de un sabotaje perpetrado por agentes encubiertos dejados por los atlantes, específicamente para contrarrestar tal reacción a su desaparición planificada. Y después de cinco siglos, nadie que siguiera en el negocio quería malgastar un par de millones de dólares en otra búsqueda infructuosa descabellada.

Las dudas persistían, pero hoy en día solo los historiadores tienen la energía para preocuparse por ello.

Como ya habrán adivinado, dada mi especialidad, era probablemente inevitable que yo y mis amigos por correspondencia de larga distancia nos viéramos involucrados en la investigación de la posibilidad de que el apagón de la Atlántida fuera la culminación del mayor fraude registrado en la historia de la humanidad, y, por supuesto, la mayor estafa de viajes a velocidad superlumínica de la historia.

Esta idea no es precisamente nueva. Desde el principio, ha sido una opinión minoritaria entre quienes investigaron el suceso. Las pruebas son escasas, y con demasiada frecuencia

quienes la defienden públicamente son tachados de teóricos de la conspiración. ¿Cómo es posible, se preguntan los escépticos, fundar una misión de colonia interestelar (que involucra a decenas de miles de personas) y luego dirigirla durante un siglo basándose en una conspiración? Basta con una sola filtración para que todo se desmorone. Además, ¿dónde están las pruebas?

Para empezar, tal conspiración no tendría sentido si no hubiera forma de blanquear las ganancias de manera efectiva, es decir, de obtener beneficios posteriormente. Además, cualquiera que esté al tanto de lo que sucede tiene un gran interés personal en guardar silencio. Incluso personas ajenas al asunto, como yo y mis colegas, que seguimos sigilosamente las pruebas financieras, no nos atrevemos a hablar demasiado alto por temor a que alguien se apropie de nuestras transacciones pendientes. Solo los chiflados, paranoicos y lunáticos divagan sobre la posibilidad de que el apagón de Atlantis fuera el resultado de una gigantesca conspiración financiera; por lo tanto, la teoría recibe poca atención crítica por parte de la opinión pública.

Pero si se sabe cómo funcionan estos fraudes, también se sabe que la clave para desentrañarlos reside, idealmente, en seguir la cadena de transacciones financieras: determinar de dónde provino el dinero, adónde se envió y quién lo recibió finalmente. Con frecuencia, esto implica averiguar quién lo blanqueó hasta su destino final (normalmente un banco central dispuesto a hacer la vista gorda ante grandes

volúmenes de transacciones a cambio de un porcentaje), y para ello, se buscan patrones en el tráfico de ese banco que no pueden explicarse mediante operaciones más convencionales.

Hace más de cincuenta años, nosotros (yo, Ana, un puñado de hermanos y hermanastros, y corresponsales interesados) establecimos algunas reglas básicas y comenzamos a investigar la desaparición de la Atlántida. Y partimos de la premisa de que se trataba de un caso de la estafa de los viajes a la velocidad de la luz.

Nuestra primera pregunta —*cui buono?* [¿De quién es el bien?]— tiene varias respuestas posibles. Nuestros sospechosos iniciales más obvios fueron aquellos fundadores de la colonia Atlantis que provenían de linajes adinerados y establecidos, que resultaron ser la mayoría, ya que comprar acciones en una empresa espacial no es tarea de un indigente.

Pero los parientes supervivientes de los fundadores de la Atlántida fueron inmediatamente objeto de sospecha en su momento; en el mejor de los casos, vivieron el resto de sus vidas bajo una constante vigilancia, sometidos a frecuentes auditorías. ¡Seguro que lamentaron las actividades de sus hermanos desaparecidos! Desde luego, ninguno de ellos recibió grandes sumas de dinero a plazos de atlantes desesperados por ocultar su botín mal obtenido. (En el peor de los casos, desaparecieron, presumiblemente secuestrados

e interrogados brutalmente por aquellos que no aceptaban una simple auditoría como respuesta exculpatoria).

A continuación, examinamos los bancos, las bolsas de valores, los casinos de apuestas y los corredores de seguros que estuvieron fuertemente implicados en la transferencia de dinero a Atlantis Beacon. En particular, analizamos los registros públicos de los bancos que se declararon en quiebra tras la crisis, ya que fueron los más afectados.

Y fue entonces cuando empezamos a sospechar que, a pesar de siglos de inquisidores muy motivados que no habían encontrado nada, teníamos razón y se *había* cometido un fraude de proporciones monumentales. Porque la cantidad de pruebas era tan enorme que la habíamos confundido con la inmensidad del panorama financiero interestelar.

La evidencia estaba escrita en las estrellas.

* * *

Ponte en mi lugar:

Distraída y algo desconcertada, te encuentras en una habitación de hotel, pensando en el desastre de tu estrategia a largo plazo, mientras un miembro del personal que solicitaste te bombardea con preguntas. «Si quieres sentarte

y conectar este cable de diagnóstico, puedo descargar el esquema estructural de tu cuerpo y pedirles que...»

Te sientas y tomas el cable de fibra óptica. "¿Adónde va esto?", preguntas, sosteniendo el extremo libre, mientras sigues pensando en las posibilidades: la necesidad de enviar un mensaje anticipado a Andrea confirmando la recepción y que regresarás lo antes posible, solicitar un amarre físico rápido de regreso a Taj Beacon, preguntándote cuánto costará el dispositivo de seguridad que necesitas.

“Aquí mismo. Si me lo permites…” Asientes con la cabeza. Algo te toca la nuca. Y antes de que te des cuenta:

Cayendo en la oscuridad, cabeza gacha, la presión aumentando.

Intentas dar patadas, pero tus piernas están atadas. Intentas mover los brazos, pero no responden correctamente. Presa del pánico, abres los ojos, y luego los vuelves a abrir: párpados dentro de párpados, como despertar dentro de un sueño lúcido de pesadilla. Sientes como si tus piernas estuvieran envueltas firmemente en un capullo para dormir, pero no hay tela en contacto con tu piel: estás desnuda. Los dedos se separan lentamente, luego se detienen, una sensación de tensión se arrastra entre ellos. Sientes que tus brazos comienzan a moverse, pero algo los sigue arrastrando hacia atrás contra tu cuerpo. Vuelves a dar patadas, con ambas piernas simultáneamente. Tienes la

sensación más extraña, como si no pudieras distinguir dónde termina una y comienza la otra: pero tu sentido de la inercia te dice que algo acaba *de suceder,* ya no estás cayendo directamente hacia abajo. Hay algo a tu alrededor: no aire, sino un medio más espeso y denso. Tus piernas están inmovilizadas, pero tus pies sienten el flujo, y al girar los dedos prensiles, te das la vuelta y quedas de espaldas. Un tenue resplandor ilumina el cielo muy por encima de ti, interrumpido por la silueta de un cilindro de carga que flota como un agujero en tu visión nocturna. Mueve la pierna de nuevo y sentirás el oleaje recorrer tu piel.

No respiro; pánico de nuevo.

No estoy segura de cuánto duró. La reanudación de mis funciones cognitivas superiores tomó algún tiempo: durante sus actividades bioescultóricas, mis secuestradores suprimieron mi sistema nervioso central, presumiblemente para evitar tener que lidiar con mi disgusto por sus acciones. Ahora me costó un esfuerzo considerable recuperar la plena consciencia de mi estado. Despertar en la oscuridad y en caída libre, aunque en un entorno líquido, con una cápsula de carga alejándose sobre mí... bueno, ya había estado en una cápsula así antes, cuando la Reina me había puesto bajo la custodia de sus oficiales de policía. Y obviamente estaba muy profundo bajo el agua y cada vez más profundo, pero *no respiraba, ni me faltaba el aire:* tenía branquias. Podía sentir el flujo a través de mi garganta y pecho, una sensación hueca y aplastante en mis pulmones, distante, como si estuvieran

llenos de haces de fibra de vidrio. Piernas rígidas, pero una patada poderosa, sintiendo la presión del agua con los dedos de los pies, ¿pero los dedos de qué pie? ¿Izquierdo, derecho? Era difícil de distinguir, nebuloso, como si la distinción apenas importara. Intenté flexionar una rodilla, luego la otra: no conseguí nada, solo una leve resistencia. Pensando demasiado, intentando controlarlo todo: intenté relajarme, dejar de preocuparme por la falta de sensibilidad y flexioné. Volví a flexionar y sentí cómo el mundo pasaba a toda velocidad a mi alrededor mientras mi caída se ralentizaba y se detenía, transformándose suavemente en algo parecido al vuelo.

He cambiado. Me han cambiado.

Quizás pienses que soy lenta, pero aún estaba tomando conciencia de las modificaciones que he descrito. Descubrí que podía oír a una distancia increíble. El medio en el que me movía estaba lleno de ruidos, gorgoteos, trinos, chasquidos agudos y chirridos que seguramente habrían sido inaudibles en el aire. Algún otro sentido, antes inarticulado o ignorado, me decía que estaba casi medio kilómetro más abajo. Si subía demasiado rápido, reventaría. De hecho, estaba exiliada de los reinos laminares, inalcanzablemente lejos. Me llevaría días regresar allí arriba: y por lo que yo sabía, Nova Ploetsk podría estar a cientos de kilómetros de distancia.

¿Quién me hizo esto y por qué?

La ira iba en aumento rápidamente cuando una voz debajo de mí dijo, muy claramente: "Krina".

Me pareció reconocer la voz. —¿Qué? —intenté decir, girándome para encarar la oscuridad que había debajo. No estoy segura de qué salió de mi boca: un estruendo ensordecedor, posiblemente.

—Krina —dijo de nuevo—. ¿Puedes hablar?

—Oye —intenté decir. Con un poco más de éxito: —¿Quién? ¿Quién eres?

—Soy un mensajero —dijo la voz. Abajo, en la oscuridad, no podía ver nada.

"¿Qué…?" Una lógica gélida disipó mi confusión y mi ira, y me detuve. *Seas quien seas,* pensé, *eres cómplice de este secuestro.* Pero la voz me resultaba extrañamente familiar. Algo en su entonación me recordaba a mí misma. "Explícate. ¿Qué está pasando? ¿Por qué me secuestraste?"

—Soy un mensajero —repitió la voz con la misma entonación. Mi optimismo se desvaneció: otra caja parlante con una personalidad falsa—. Krina, estoy diez metros por debajo de ti y cinco metros por delante. Sígueme y te guiaré a tu destino.

—¿Adónde vas? —pregunté, pero ya estaba inclinando la cabeza para buscar la fuente del sonido. Sentía como si

pudiera verlo con mis oídos, un vacío denso en el medio acústico—. ¿Dónde está Argos desde aquí? (No podía oír ni ver la ciudad, pero deduje que estaba detrás y a una altura imposible sobre mí, en el casi vacío iluminado por el sol de las aguas superiores). Un tirón y un giro, y sentí un nudo en el agua cerca de mí: extendí la mano y agarré, atrapé y me aferré a una cápsula cuadrada del tamaño de mis dos puños. Su superficie era pegajosa, como si estuviera preparada para adherirse a la piel.

"Mi misión es guiarte hasta Ana Graulle–90", decía la cápsula, "y proporcionarte información durante el trayecto".

¡¿Dónde está ella?!

«Te guiaré hasta Ana Graulle–90», repitió plácidamente. «Los puntos de referencia te proporcionarán actualizaciones de navegación durante el trayecto. El destino final se ha omitido por motivos de seguridad por el momento. Te ofreceré una sesión informativa durante el recorrido. Iniciando la sesión informativa».

Su voz cambió ligeramente. «Hola, prima», dijo con la voz de mi hermana desaparecida (a quien dábamos por muerta). «Apuesto a que no te esperabas esto…»

* * *

He aquí un dato curioso pero poco conocido: después de que el colapso de la Atlántida desencadenara una recesión interestelar en la economía de dinero lento, la tasa de lanzamiento de naves estelares para colonias en realidad *aumentó.*

Uno podría pensar ingenuamente que la eliminación de entre el cinco y el diez por ciento de la oferta monetaria interestelar total mediante el estallido abrupto de una burbuja teóricamente imposible (o el colapso al final de una estafa) podría provocar pánico entre los inversores y llevarlos a concentrar sus activos en el extremo rojo del diagrama de Hertzsprung–Russell, invirtiendo a largo plazo en los activos más estables imaginables. (Enanas rojas: son para mañana, y para mañana, y para pasado mañana). Pero eso no fue lo que mis hermanas y yo observamos cuando comenzamos a estudiar las consecuencias macroeconómicas del desastre de la Atlántida.

Antes de la llegada de Atlantis, durante los quinientos años estándar anteriores, cuarenta y cuatro sistemas estelares financiaron y enviaron un total de ochenta y dos naves estelares colonizadoras. (La mayoría de las entidades políticas interestelares carecen de los recursos para financiar proyectos de colonias: solo aquellas con economías nacionales maduras se preocupan por la necesidad de saldar su deuda fundacional). Sin embargo, tras la desaparición de Atlantis, cincuenta y cinco sistemas estelares lanzaron setenta y una naves estelares durante los trescientos años

siguientes. Esto representó un aumento del 30 % en la tasa de formación de colonias. La tasa fue inicialmente baja, pero aumentó drásticamente hasta alcanzar su punto máximo casi cien años después, para luego descender al nivel anterior trescientos años más tarde.

Era imposible seguir el rastro del dinero desde nuestra lejanía, más de dos milenios después de la crisis, pero era difícil evitar la conclusión de que la ola de colonización fue el resultado de un colosal juego de engaños que ocultó eficazmente las deudas acumuladas por los atlantes en la fundación de una oleada de nuevas colonias interestelares sospechosamente prósperas... Como el Sistema Dojima, que orbita una brillante estrella de clase G, repleto de isótopos pesados y territorios habitables. La superficie de la hidrosfera de Shin–Tethys por sí sola cubría más de diez veces la superficie terrestre de la Antigua Tierra, y era (como yo había descubierto) habitable a profundidades inimaginables para los habitantes de la superficie; y luego estaban las otras lunas y planetoides del sistema. Con el tiempo, Dojima probablemente se convertiría en uno de los territorios más ricos del espacio posthumano, y lo haría con mucha menos deuda fundacional que cualquier colonia normal.

¿Necesito hacerte un diagrama?

Bueno, sí. Sí, probablemente sí.

Imagínate esto:

Un grupo de criminales empedernidos urde un plan para el crimen más ambicioso de la historia de la humanidad, uno que requerirá un par de siglos de arduo trabajo para ejecutarse. La recompensa será nada menos que cincuenta o más sistemas estelares completos: cada participante terminará el juego como emperador o monarca, rico más allá de los sueños más descabellados de avaricia, tan rico o más que mi antepasada Sondra Alizond–1, directora y en ocasiones directora ejecutiva del banco del sistema de una colonia interestelar itinerante. Pero primero, tienen un trabajo que hacer: una tarea extraña y terrible.

Su misión es simular la existencia de una colonia interestelar completa y, con la complicidad de sus réplicas (dispersas por el resto del espacio posthumano colonizado), destruirla. Y no hay manera fácil de lograrlo sin llevar a cabo la tarea de principio a fin, de forma brutal y sin piedad.

Imagina una nave espacial financiada y tripulada por mentes criminales. Recaudan fondos, trabajan, vuelan y, finalmente, llegan a un sistema estelar hasta entonces inexplorado. Allí construyen la infraestructura habitual de una colonia: la estación de enlace, el banco y las fábricas necesarias para abastecerse de materia prima... emiten moneda, generan una deuda a largo plazo y reclutan inmigrantes… a quienes luego masacran. Este último elemento es una suposición. Y, en cualquier caso, ¿es asesinato simplemente no descargar y reinstaurar a una persona en un cuerpo al otro extremo de una línea

interestelar? Es muy posible que calmen su culpa archivando a los recién llegados en chips de alma, con la vaga idea de restaurarlos cuando sea seguro hacerlo. O, por otro lado, tal vez no.

Esto es lo que sucede: generan enormes deudas, utilizan el capital resultante para comprar mano de obra inmigrante y hacen desaparecer a los inmigrantes en cuestión a su llegada. Los cómplices en los sistemas de los que partieron los inmigrantes deshacen las transacciones y se embolsan discretamente el dinero que, poco a poco, se escapa de la Atlántida. Los atlantes, por su parte, mantienen un flujo constante de invenciones mediáticas, vastas y brillantes mentiras y falsificaciones que documentan el progreso de su infraestructura científica. ¿Y quién, en esta era degenerada, puede denunciarlo? Los verdaderos científicos escasean, pues gran parte de lo que llamamos ciencia se basa en la investigación de archivos, en saber dónde consultar un hallazgo de un proyecto concluido hace siglos o milenios.

Visto desde cualquier perspectiva, fue un crimen monstruoso. Atlantis atrajo *a millones* de inmigrantes durante más de un siglo. Debió haber miles, decenas de miles, involucrados en la conspiración, en ambos extremos de todas las principales redes bancarias. (Atlantis llegó a tener no menos de siete enlaces láser continuos con otros sistemas estelares). Pero el engaño se acercaba inexorablemente: tarde o temprano, se esperaba que presentaran algo o saldaran parte de su deuda. Un erudito mendicante podría

visitarlos y, si no regresaban, los familiares podrían enfadarse e iniciar nuevas investigaciones. (O alguien más podría *inventar* un motor FTL y desenmascararlos, pero probablemente esa era la menor de las preocupaciones de los conspiradores).

Y así llegamos al estallido.

Se decide poner fin a la estafa y retirar las ganancias. La colonia semificticia ha generado y exportado enormes cantidades de dinero de forma irregular; ahora es momento de que los perpetradores se retiren. Es muy posible que exista una camarilla interna, un grupo de cientos de conspiradores que incluye al equipo que opera los enlaces de comunicaciones interestelares y el banco del sistema. El resto, un par de miles de trabajadores, se esfuerzan en condiciones precarias, manteniendo en funcionamiento el suministro de energía y materias primas de la colonia. Como muchos parásitos, la falsa colonia está perpetuamente estancada en un estado neoténico[12], viviendo en cúpulas mal remendadas en la superficie de un asteroide y gastando su productividad excedente en la maquinaria propagandística que necesita para proyectar una imagen de colonia próspera. En realidad, está enferma y debilitada, deliberadamente,

12 La neotenia (del griego neo-, 'joven', y teinein, 'extenderse') es uno de los procesos de heterocronía que se caracteriza por la conservación del estado juvenil en el organismo adulto en comparación con su ancestro u organismos cercanamente emparentados, debido a un retraso pronunciado del ritmo de desarrollo corporal en relación con el desarrollo de las células germinales y órganos reproductores, que se lleva a cabo normalmente.

mantenida así por un grupo interno empeñado en asegurar que no quede ningún superviviente para divulgar sus actividades.

Es un misterio cómo se retira la camarilla interna. Pero probablemente sus miembros planearon todo con décadas de antelación: ahora es el momento de actuar. Se pierden elecciones, se toman años sabáticos, se lleva a cabo una cuidadosa desconexión de la vida política. Quizás se asumen identidades falsas, se activan dobles sin cerebro para que sigan la aburrida y monótona apariencia de la vida cotidiana mientras sus modelos a seguir escapan. En cualquier caso, comienza un pequeño fallo en las cargas salientes. La tasa de personas que abandonan Atlantis aumenta. No es que alguna vez haya sido una sociedad cerrada: han mantenido cuidadosamente la ficción de un alto nivel de vida para explicar el bajo nivel de emigración, y con igual cuidado han mantenido a personas de confianza entrando y saliendo para dar la apariencia de libre circulación. Pero en retrospectiva, el fallo es perceptible: los láseres interestelares disparando a máxima potencia durante decenas de millones de segundos.

Entonces todo se oscurece, y para cuando alguien se da cuenta de que algo anda mal, los últimos y esquivos viajeros de la Atlántida han desaparecido.

Lo que *realmente* ocurrió en el Sistema Atlantis es desconocido por el momento. Si tuviera que especular, diría lo siguiente: Mantuvieron su colonia pequeña y frágil porque

así sería más fácil destruirla. Las balizas de comunicaciones interestelares que operan en las gélidas profundidades del espacio casi interestelar requieren reactores de fusión, y estos facilitan la producción de plutonio. Los bancos de sistemas también son objetivos vulnerables. Colonias pequeñas, limitadas a un puñado de asteroides huecos... pasan desapercibidas. Si los conspiradores hubieran hecho bien su trabajo, habría habido numerosos puntos débiles en la economía atlante: centros de comunicaciones, fábricas especializadas en servicios únicos e irremplazables, etc. De forma más especulativa: Si todos los que saben construir y operar una estación de balizas están muertos o exiliados, ningún sistema de balizas se reconstruirá durante muchos siglos o incluso milenios. Creo que la vida humana se ha extinguido en el Sistema Atlantis, y la pérdida de las naves espaciales enviadas para investigar no es una coincidencia: alguien, hasta el día de hoy, está empeñado en ocultar los fundamentos asesinos y genocidas del mayor fraude de la historia.

* * *

—Ahórrate la charla, hermana. —Me puse boca abajo y reanudé la flexión desde el tórax hasta la cola, con los brazos rodeando la caja de información—. ¿Hasta dónde tengo que bajar para verte?

“Alcance actual hasta el siguiente punto de referencia: trece kilómetros horizontales con rumbo dos seis seis, once mil doscientos metros verticalmente hacia abajo.”

—Once *kilómetros* —confieso que mi voz se quebró— ¿esperas que me zambulla?

Confirmado. Se ha aplicado un paquete de actualización de gradiente de presión a su técnica de médula ósea: debe hacer una pausa de una hora después de cada cambio de profundidad de dos kilómetros para permitir que sus células reequilibren sus vesículas de fase hidrofóbica, pero su cuerpo ahora está preparado para operar a profundidades de hasta dos gigapascales de presión. Más allá de dos gPa, puede experimentar una alteración en la función metabólica y debe aplicar inmediatamente otro paquete de actualización aprobado. Advertencia: Las operaciones profundas por debajo de dos gPa requieren una modificación intracelular extensa y pueden provocar una alteración fatal en caso de ascenso por encima de 1,8 gPa sin conmutación ni despresurización.

La cabina informativa era casi tan locuaz como mi molesto supervisor a bordo de la capilla. Intenté poner los ojos en blanco —descubrí con incomodidad que su rango de movimiento era muy limitado— y continué: «Caja. ¿Hasta qué profundidad puedo llegar antes de que los efectos de la presión se vuelvan problemáticos? ¿A qué profundidad son dos gigapascales?».

“Aproximadamente ciento noventa kilómetros de agua en fase líquida.”

Me estremecí brevemente, luego me incorporé con la cabeza hacia abajo y tensé la cola con fuerza. Sentí el agua correr sobre mi piel, pero ninguna sensación de presión interna. Sin importar lo que me hubieran hecho, esta modificación corporal de sirena parecía sentirse como en casa en la oscuridad aplastante.

“Caja. Si me doy la vuelta y subo, ¿qué pasa?”

“Tu viabilidad metabólica se verá comprometida si la presión ambiental cae por debajo de cincuenta megapascales”. El tono robado de Ana era insípido y preciso: me estremecí, tratando de comprenderlo.

“¿Y estaría en lo cierto al pensar que las repúblicas laminares no alcanzan esa profundidad?”

El Reino de Argos reclama las aguas superficiales hasta una profundidad de quinientos metros. La República de Perséfone reclama los estratos comprendidos entre los quinientos y los dos mil metros. Debajo de la República de Perséfone se encuentran las Profundidades Inexploradas. Su ubicación actual es de cuatro mil trescientos metros bajo la frontera ventral de la República de Perséfone.

Qué maravilla: ¡Estaba perdida en un desierto bajo aguas habitadas, con solo esta traicionera caja como guía! Peor aún,

mis secuestradores (aparentemente con la complicidad de Ana) me habían modificado para resistir la presión de tal manera que, si daba media vuelta y ascendía a menos de cinco kilómetros de la superficie, explotaría estrepitosamente. Las intrincadas nanoestructuras de mis células, modificadas para resistir la profundidad, simplemente se hincharían y dejarían de funcionar si no estuvieran sometidas a una enorme presión ambiental. Ninguna de las dos visiones me atraía. Así que: podía hacer lo que me decían y reunirme con Ana, y esperar convencerla de que me dejara volver a la superficie. O... mi imaginación se topó con una densa niebla de incertidumbre y retrocedió.

En la intimidad de mi cráneo, utilicé una inusual expresión escatológica y acaricié hacia abajo, directamente hacia un campo de gusanos parásitos flotantes.

Por supuesto, en ese momento no sabía qué eran. Lo que sí sabía era que había chocado contra algo suave y gomoso que se enroscó a mi alrededor y se me pegó a la piel. Las tranquilas aguas se llenaron de un silbido hirviente. Desorientada, perdí el sentido de la orientación. «¡Krina! ¡Atención!», gritó la caja. «¡Atención! ¡Krina! ¡Sumérgete, sumérgete, sumérgete!»

“¿Por dónde?”, intenté gritar. Lo que fuera que se me pegaba a la parte baja de la espalda me quemaba. Otro trozo rodó contra mi flanco izquierdo, pegándose y picando dolorosamente donde me tocaba. Sentí que mis

cromatóforos se activaban contra mi atacante invisible, formando tubos huecos a través de los cuales los nematocitos salían disparados, exudando algo con lo que habían sido programados. Los gusanos se retorcían, y el que estaba en mi espalda se apartó, pero pude sentir cómo se llevaba consigo una capa de piel. Pateé con fuerza, intentando sumergirme más. Los gusanos me agarraron el pelo y las aletas, y pateé con más fuerza, presa del pánico repentino, preguntándome si estaba luchando por mi vida.

De repente, me liberé de la red y me zambullí en agua cristalina con la mitad de la piel en llamas. Rodé, pasándome las manos por las piernas unidas —*no, por la cola,* me obligué a reconocer— sintiendo escamas rotas, óforos doloridos y adoloridos. —¿Qué *fue* eso? —pregunté.

«Gusanos de Bezos», decía la caja. «Llamados así por su característica firma acústica, forman colonias flotantes a profundidades de entre dos y ochenta kilómetros. Morfológicamente, son simples pseudonematoideos, con un sistema digestivo tubular y sin esqueleto. Cada gusano es un organismo colonial, compuesto por un conjunto de mecanocitos salvajes adaptados a las profundidades que ejecutan un metaprograma parasitario que se cree que evolucionó a partir de un virus modificado genéticamente. Son mecanovoros saprófitos, que metabolizan directamente los tejidos muertos que caen desde arriba y reprograman los mecanocitos vivos extraídos de otros organismos para que se unan al conjunto».

“¿Quieres decir que van a reprogramar los citos de la piel que me arrancaron de la espalda y convertirlos en más gusanos?”

Tras una breve pausa, la caja parlante reanudó la descripción de los encantadores hábitos de la colonia de gusanos, confirmando accidentalmente mi deducción por el camino.

—¡Oh, por...! ¿Cómo puedo evitarlos? —pregunté. Con la cabeza gacha, aún a la deriva en la oscuridad más profunda, lo único que podía percibir era el leve movimiento de las corrientes en el agua a mi alrededor y un tenue resplandor azul proveniente de abajo.

«Los gusanos de Bezos se coordinan mediante sincronización acústica en torno a los dos kilohercios», explicaba la caja. «Responden activamente a los desafíos utilizando su propio mecanismo de señalización distintivo. Muestra de sonido…» Y emitió un silbido zumbante: *Bzzzzz–osss.* Un segundo después, un eco sutilmente diferente proveniente de arriba me hizo estremecer.

«Caja». Apreté los dientes, conteniendo una palabrota. Me ardía el costado, sentía la espalda como si me hubieran azotado y me dolía el cuero cabelludo. «Quiero que reproduzcas esa muestra de sonido otra vez. Cada sesenta segundos o cada vez que recorra cien metros. ¿Puedes hacerlo? Y avísame si nos encontramos con algo más que

pueda comerme antes de que, ya sabes, me *clave los dientes en la piel*».

“Sí.” Una breve pausa. “El uso prolongado de señales acústicas reducirá la duración de la batería…”

«Avísame cuando la duración prevista de la batería baje de un día. De lo contrario, dame un punto de referencia óptico, deja de parlotear y empieza a espantar a los parásitos».

Apareció un tenue rayo verde, un haz de luz láser que se adentraba en la oscuridad. Di unas patadas suaves y luego me dejé llevar por un ritmo lento mientras lo seguía hacia el punto de fuga. Ana, obviamente, se había esforzado mucho para que este encuentro se desarrollara de tal manera que nadie en la superficie supiera que seguía viva, y mucho menos dónde estaba. Mejor no decepcionarla, entonces.

Pero tenía la intención de decirle unas palabras muy claras a mi hermana cuando la encontrara.

* * *

Marigold se giró lentamente, recorriendo la habitación con la mirada. Dio dos pasos hacia un lado y luego realizó otra vuelta lenta.

—¿Y bien? —preguntó Rudi.

—Muévete. —Su pulgar se movió bruscamente hacia un lado. El contador se movió mientras ella daba dos pasos hacia un lado, giraba y volvía a mirar. —Estoy revisando.

—Todo esto cuadra —gruñó Dent desde el otro lado de la habitación. Frunció el ceño mientras hojeaba rápidamente las páginas del libro de contabilidad—. No hay claves para los artículos de esta tabla, pero sí hay conversiones de moneda, entre precios en dólares de Argos y reales de la República de Barlovento. Si se supone que los números de cada tipo de artículo no están cifrados, entonces se puede intentar fechar las transacciones consultando los registros públicos de fluctuaciones del tipo de cambio…

Otro giro y escaneo. «Lo tengo», anunció Marigold. Se refería a la imagen forense que había construido con tanto esmero en el teatro cartesiano de su mente: «Dos individuos presentes, sin violencia, pero con un breve contacto físico. Luego uno se desploma. Un camión de carga entra por una escotilla de servicio». Señaló la pared. «Sin duda, todo muy cuidadosamente planeado».

—¿Hace cuánto tiempo? —Rudi mostró los dientes con impaciencia.

“De cincuenta a setenta horas.”

—¡Que la arruinen! —maldijo Rudi, furioso, con la mirada fija en sí mismo—. ¿Por qué no pudo simplemente...? Olvídalo. Ya podrían haberla llevado a cualquier parte.

—Lo dudo —dijo Dent, casi ajeno a las señales sociales, ofreciendo su opinión sin que nadie se lo pidiera—. Las opciones son limitadas. Puede que haya salido mediante un ascenso balístico, en cuyo caso un vistazo a las listas de pasajeros de... —Rudi, apartándolo, se inclinó para examinar la escotilla de servicio—, cualquier salida registrada revelará su destino próximo. De lo contrario, o está muerta y su cuerpo fue eliminado, o sigue presente en el Argos o bajo él, o partió mediante una excursión submarina. Dado que la resistencia hidrodinámica aumenta con el cubo de la velocidad, podemos inferir un límite superior de la distancia que pudo haber recorrido, a menos que sus secuestradores usaran una tecnología de propulsión lo suficientemente potente como para llamar la atención...

Rudi se enderezó. —Ese no es tu problema. Tu tarea es estimar un rango de fechas para las transacciones en ese libro mayor y avisarme inmediatamente cuando lo tengas. —Se volvió hacia Marigold—. Ahora tenemos *dos* cuerpos desaparecidos del linaje Alizond. La superficie de amenaza se ha duplicado. —Aunque casi temblaba de rabia contenida, los movimientos y la dicción de Rudi se mantuvieron precisos, excesivamente controlados—. Quiero saber quién es nuestro adversario.

En ese preciso instante, su pendiente vibró para llamar la atención. "¿Sí?"

—¿Señor, solicitó que se le avisara cuando llegara la Capilla de Nuestra Señora de la Santa Endonucleasa de Restricción? —le preguntó el oficial de guardia a bordo de la Oficina de la Sucursal Cinco Cero—. Acabamos de confirmar que está maniobrando para atracar en Highport. Y…

“Bien… espera. ¿Qué más?”

Han publicado una licitación pública para una cápsula de descenso balístico desde Highport hasta Nova Ploetsk, con salida en la próxima hora, a cualquier precio razonable. O irrazonable. Presenté una contraoferta, solo para ver hasta dónde llegaban, señor: seguían ofreciendo cantidades desorbitadas cuando me retiré de la puja.

—¡Bien *jugado,* Joris! —Rudi castañeteó las mandíbulas—. ¿Cuándo tienen previsto bajar?

“Tiene usted al menos dos horas, señor. Incluso si el módulo de descenso que están contratando se acopla directamente y realiza una caída balística rápida, no podrá atravesar la atmósfera antes de eso.”

«Bien. Manténganme al tanto de cualquier cambio». Rudi se pavoneó y luego miró fijamente a su equipo hasta que incluso Dent lo notó. «Dent, te dedicarás a revisar ese libro de contabilidad según las instrucciones. Calculo que las

transacciones tendrán entre dos días y dos años de antigüedad, pero podría estar muy equivocado. En cuanto lo sepas, avísame. Mari, tú y yo vamos a la sala de llegadas. Creo que tenemos algo que conversar con Su Gracia».

—¿Esperas a Lady Cybelle? —preguntó Marigold secamente—. ¿Prevés problemas?

"Preveo *sin duda* que habrá problemas. La única incógnita es si irán dirigidos contra nosotros o contra grupos aún no identificados…".

Capítulo XII

KRINA DESCENDIENDO

Nadé durante un tiempo interminable, siguiendo el tenue haz verde de mi caja de sonda hacia las turbias profundidades.

No tenía ni idea de dónde estaba. Aparte del haz de luz, me rodeaba la oscuridad por todas partes. Mi inercia me decía que descendía en ángulo, moviéndome lateralmente unos cinco kilómetros y descendiendo un poco menos de la mitad de esa distancia cada hora. Pero no lo *sentía.* Mi propiocepción estaba extrañamente adormecida por la extraña mejora que mis abductores habían aplicado a mi técnica en medio de sus modificaciones quirúrgicas más evidentes: no podía sentir cómo aumentaba la presión. Y no

había otras fuentes de luz. Aquí, en las profundidades anóxicas, el agua que fluía por mi garganta y branquias tenía un sabor sulfuroso y amargo. Una vez más, las sutilezas del equipo de supervivencia en profundidad se me revelaron solo de forma implícita: seguía respirando, metabolizando de alguna manera el sulfuro de hidrógeno disuelto en estas aguas en lugar del oxígeno más familiar de la superficie iluminada por el sol. Pero ahora yo era una criatura de las profundidades, cada cavidad de mi cuerpo presurizada y perfundida, las enzimas y mecazimas dentro de mis 'citos' deformadas y modificadas para funcionar bajo muchos kilómetros de presión hidrostática, condiciones bajo las cuales incluso la maquinaria molecular puede doblarse y retorcerse hasta convertirse en restos disfuncionales si no se ajusta cuidadosamente.

Estaba prácticamente ciega salvo por la luz de navegación; sin embargo, no estaba sorda, y había mucho que oír. Burbujeos, tictacs rápidos, un zumbido, golpes en la oscuridad: el mar estaba lleno de sonidos. Algunos los sentía como dedos fantasmales recorriendo mi columna vertebral y subiendo y bajando por un par de líneas extrañamente sensibles en los flancos de esa voluminosa y carnosa aberración que había reemplazado mis piernas fusionadas —me negaba a dignificarla llamándola *cola—,* pero en cualquier caso, podía intuir aproximadamente de qué dirección provenían la mayoría de los ruidos, y de alguna manera sabía

que la mayoría estaban lejos. (Lo que me preocupaba eran las fuentes de ruido que no podía localizar).

Pasaron las horas. Cansada y con hambre, seguí avanzando en la oscuridad. De repente, oí un nuevo ruido, un suave tintineo metálico: se repetía cada pocos segundos, justo delante de mí. «Atención, Krina», decía la caja de guía: «Boya de referencia dentro del alcance».

“¿De verdad?” Seguí avanzando, siguiendo el tenue haz de luz verde. El pitido se hizo más fuerte. Al poco tiempo, vi el contorno apenas visible de algo recortado contra la luz guía. “¿Qué hago ahora?”

«Krina, dirígete a la boya de referencia y recupera la siguiente cápsula de guía. Hay una plataforma de descanso con material de alimentación y un sistema de alimentación inductiva: debes descansar al menos tres horas antes de continuar. Esta guía ya ha finalizado. Por favor, suelta esta cápsula de guía...»

“¿Quieres que te deje?”

“Por favor, suelta esto”

Ahora podía ver la boya de referencia: una pequeña baliza roja parpadeaba regularmente debajo, prácticamente invisible desde arriba. Desprendí la cápsula de guía de mi costado y la dejé caer, sintiendo un leve placer al hacerlo. Comenzó a hundirse, dejándose llevar lentamente hacia las

profundidades. Unos segundos después, el haz guía se apagó. Minutos más tarde oí un leve chasquido, y luego todo quedó en silencio.

El punto de referencia era bastante austero. Consistía en un cilindro lleno de cera de flotación, suspendido verticalmente en el agua. Unos cables que colgaban de él sostenían una plataforma de malla, que a su vez contenía paquetes más pequeños. Mientras nadaba con cansancio hacia él, reconocí otra cápsula guía y un recipiente con lo que parecía ser comida.

«Hola, Krina». Era otro mensaje pregrabado de Ana. «Quisiera disculparme por la forma tan indirecta de presentarme. Como sin duda habrás deducido, nos hemos topado con sinvergüenzas y ladrones: todo quedará claro cuando llegues. Por ahora, solo puedo decirte que tienes algunos puntos de referencia más por delante. Siempre que descanses en cada uno para comer y permitir que tus modificaciones de presión se recalibren, y siempre que recuerdes desechar cada cápsula guía usada al llegar, será difícil que alguien te siga. Cuando actives cada nueva guía, activarás un temporizador de vigilancia: ocho horas después, un calentador derretirá la cera del dispositivo de flotación de la plataforma de flotabilidad y esta se hundirá. Es caro, pero mientras sigas las instrucciones, será muy difícil que alguien te siga».

¿Caro? Por un instante sentí una punzada de rabia contra Ana y sus cómplices: me habían secuestrado y sometido a una cirugía, luego me habían enviado a un tedioso viaje misterioso por el abismo, ¿y ahora Ana se preocupaba por *los gastos?* Pero entonces miré a mi alrededor. En el tenue resplandor de la llama piloto, vi comida, una red para echarme una siesta y un acoplador inductivo para recargar mis electrocitos medio agotados. Ana intentaba cuidarme, a su manera. Y no podía ignorar la cantidad de personajes sospechosos que buscaban a mi hermana, desde Rudi hasta el clero amotinado, pasando por mi acosadora. Si Ana llevaba la contabilidad de algunos personajes sospechosos, ¿qué importaba? Estaba aquí, ahora, y tras la pista de la suma de verificación perdida del Carnet de Atlantis. Supongo que fue una aventura, aunque nunca me he considerado una persona aventurera, muy inclinada a las excursiones por la naturaleza salvaje o a relacionarme con canallas piratas.

Comí —un bálsamo en tubo pastoso y espumoso, insípido y que tendía a disolverse si no lo apretaba directamente del envoltorio— y me acosté a dormir sobre el cargador de inducción. No me sentía particularmente cansada, y la oscuridad impenetrable de las aguas abiertas a mi alrededor no me inspiraba ninguna seguridad; de repente, la nueva cápsula guía vibraba contra mi cadera.

"Krina, despierta. Krina, despierta..."

—Estoy despierta. —Me di la vuelta. La luz piloto roja sobre mí parpadeaba—. Oye...

“Esta plataforma quedará desmantelada en tres minutos. Debes alejarte ahora mismo.”

—Dame un haz de luz de linterna. Y avísame si me acerco a algo peligroso. Miré a mi alrededor, sin ver nada más allá de los tenues contornos de la malla de la plataforma. En ese instante, deseé estar en cualquier otro lugar, en cualquier otro sitio, no aquí, encaramada al borde de una repisa suspendida sobre la nada, con una larga caminata por delante. —La plataforma se desintegrará en dos minutos y treinta…

Me giré, me aparté perezosamente y me puse a observar en el agua.

El final, cuando llegó, no fue dramático. Durante unos segundos, un resplandor rojo iluminó la parte inferior de la boya. Luego, una especie de sello se derritió. Con el haz de la linterna que había pedido, apenas pude distinguir una columna de líquido humeante que se elevaba. La boya se deformó y comenzó a hundirse, muy lentamente, dejando tras de sí una nube cada vez más tenue de turbidez de textura diferente en la asfixiante oscuridad que la rodeaba.

“Krina, por favor, sigue el rayo guía…”

La linterna se apagó. Si hubiera tenido pulmones y aire para exhalar, habría suspirado de frustración. En lugar de eso, me di la vuelta y seguí el haz de luz hacia la oscuridad.

* * *

Imagínese un círculo de amigos por correspondencia que, separados por una distancia de años luz, intentan elaborar un análisis forense del mayor delito financiero de la historia de la humanidad.

Comenzamos trabajando a la inversa: partiendo de la suposición de que el propósito del fraude de la Atlántida era financiar el auge de la colonización posterior a la Atlántida. Que el objetivo, y el resultado efectivo de este crimen monstruoso, había sido convertir en emperador a cada ladrón.

De ello se deduce que, para nuestros días, más de dos milenios después, muchos de los conspiradores estarán muertos o transformados, despojados de sus recuerdos anteriores, con identidades tan modificadas que ya no serán las mismas personas. Sin embargo, quienes sobrevivan serán inmensamente ricos, aferrados a sus costumbres y poco propensos al cambio. Algunos habrán fundado linajes. Y otros… habrán desaparecido.

Consideremos la situación de nuestros criminales mientras se preparan para recibir su recompensa. Han dedicado más de un siglo de duro trabajo en una colonia penal autoimpuesta, aferrándose tenazmente a una roca bañada por la radiación, trabajando largas jornadas para crear una visión fantasiosa del éxito que el mundo exterior pueda aprovechar para enriquecerse. *Finalmente,* llega el momento de la fuga. Pero, ¿acaso deben entonces embarcarse directamente en otra misión colonial, alistarse y unirse a la tripulación de una nave espacial, solo para repetir la misma historia, esta vez de verdad?

No. Son criminales, o, para ser más precisos, víctimas de la mentalidad que subyace al perenne plan de hacerse rico rápidamente: en este caso, la idea de que, a cambio de un siglo de duro trabajo, pueden jubilarse con los frutos de un milenio de esfuerzo. Han confundido el camino con el destino y padecen un desmesurado sentido de superioridad. Quieren disfrutar de los lujos que creen haberse ganado. Así que, aunque hayan invertido su dinero robado en sociedades multimillonarias, no figurarán en la lista de fundadores. Más bien, es probable que aparezcan décadas o siglos después de que el trabajo duro haya terminado, como inmigrantes de segunda oleada en busca de una vida fácil. Pero, ¿dónde esperan mientras tanto, durante los siglos que tardarán sus vehículos de inversión en llegar a su destino y echar raíces?

Hay una respuesta obvia. Van a pasar el mayor tiempo posible en tránsito, viajando costosamente entre estaciones

baliza muy distantes. El espacio humano es una burbuja en expansión que ya abarca casi cincuenta años luz de radio. Incluso manteniéndose dentro de los sistemas centrales bien establecidos, se puede pasar fácilmente medio siglo en tránsito entre dos estaciones. Llegar, transferirse a un nuevo cuerpo, pasar un par de millones de segundos como turista y luego viajar al siguiente destino: se puede pasar medio milenio en un año subjetivo, y gracias a la durabilidad del dinero lento, los activos viajarán con uno hacia el futuro.

Pero esto tiene sus inconvenientes. Ponte en la piel de un atlante: ser directamente rastreable hasta la Atlántida sería peligroso, ya que habría acreedores furiosos buscándote. Así que quieres cambiar tu rostro, tu nombre, tu identidad, y reunirte con tu dinero siglos después.

Ahora bien, esto es lo que hicimos Ana, Andrea y el resto de nosotros:

Primero, fuimos a buscar los registros de inmigración en aquellas estaciones de balizas que recibían el tráfico saliente de Atlantis. (No fuimos los primeros en hacerlo).

Luego revisamos los registros de tráfico saliente y los archivos del censo. Buscamos inconsistencias entre ellos: nuevas identidades que aparecían, discrepancias entre las cifras de inmigrantes y emigrantes, registros notariados de nuevas personas y cifras reales.

Y buscamos transacciones de dinero lento incompletas que se originaran en esas balizas tanto antes como poco después de que Atlantis dejara de funcionar, a beneficiarios que habían partido con anterioridad.

Por supuesto, encontramos algunas transacciones huérfanas interesantes y muy polvorientas a las que reclamar la propiedad; eso era lo que se suponía que debíamos hacer. Pero entonces, para nuestra sorpresa, encontramos una señal clara entre el ruido. Seguimos el rastro de un instrumento de inversión que partió de Atlantis completamente formado y viajó a través de tres sistemas diferentes, hasta una empresa colonial lanzada desde el Sistema Hector (Gliese 581c4) y de allí a las bóvedas del Banco del Sistema Hector, la institución donde Sondra Alizond–1 hizo su fortuna y posteriormente compró una participación de plutócrata en el hábitat migratorio Nueva California, a bordo del cual fui constituida. Y que, según determinaron nuestras posteriores investigaciones discretas, estaba estancada en las cuentas de suspenso, como cualquier otra transacción de dinero lenta en curso; solo que la mayoría de las transacciones tendían a completarse en bastante menos de los más de mil ochocientos años que esta había estado pendiente.

¿Qué debíamos pensar de todo aquello? ¿Podría nuestra propia madre estar relacionada de alguna manera con el desastre de la Atlántida? Peor aún, si así fuera, ¿qué significaba para nosotros ahora que lo sabíamos?

Hicimos lo que cualquier firma de banqueros prudente haría al encontrar pruebas circunstanciales en archivos polvorientos que implicaban a un alto directivo en un incidente embarazoso que posiblemente había enriquecido a la institución, pero que, en cualquier caso, hacía tiempo que había perdido relevancia con el paso del tiempo: decidimos enterrarlo bien hondo y no decir ni una palabra al respecto a nadie. Y menos aún a nuestra querida madre.

Excepto...

* * *

Nadé durante horas y luego durante días.

Había tres paradas más en el descenso. No tenía una noción clara del tiempo, pero a mi juicio, descendía unos seis o siete kilómetros y recorría veinte kilómetros horizontalmente entre cada lugar de descanso. No dormí las ocho horas completas en ninguna de ellas, pero me aseguré de recuperarme, aclimatarme y comer todo el alimento que me proporcionaron.

Tras aquel primer encuentro casi desastroso, ya no quedaban más esteras de gusanos. Dos veces me acerqué lo suficiente como para ver cazadores pisciformes fantasmales, colonias de mecanocitos salvajes que se habían acumulado alrededor de una forma onírica de pez. Sin ojos, tenían fauces

circulares bordeadas de tentáculos, que se ramificaban en una maraña de... bueno, me esforcé por no acercarme lo suficiente como para examinarlos con detalle. Mis cápsulas guía podían emitir un destello de luz cegador y un chirrido estridente como el de una sierra de cinta que los ahuyentaba si intentaban acercarse. Y no tengo intención de buscar problemas.

Tras la tercera plataforma, no vi más seres vivos. El agua era acre y desagradable, y sentía que me ahogaba. Nadaba en las profundidades anóxicas, muy por debajo del nivel en el que los organismos fotosintéticos podían oxigenar las aguas: la poca vida que existía allí se veía obligada a subsistir gracias a la descomposición anaeróbica de la constante y fina lluvia de restos celulares que caían desde lo alto del cielo. Casi nada lo suficientemente grande como para ser visto a simple vista sobrevivía allí abajo.

Pero una vez, a lo lejos, mis ojos captaron un tenue resplandor azul pulsante. Al principio pensé que estaba alucinando, antes de que mi cápsula guía emitiera un pitido: «¡Atención, Krina! ¡Peligro! ¡Riesgo de radiación abajo!».

“¿Espera, qué?”

¡Peligro! ¡Evite la radiación que se encuentra debajo!

—¿Qué es? —Me giré, buscando el punto de mira. Oí un silbido, un chisporroteo; sentí el primer roce lejano del calor en mi piel. El resplandor azul se intensificaba.

“¡Peligro! Evite la radiación…” El tono de advertencia de la cápsula guía se volvió urgente, y de repente comprendí lo que estaba viendo. Presa del pánico, me giré y me alejé lo más rápido que pude, hasta que el resplandor desapareció de mi vista.

“¿Ya me alejé?”, pregunté, con mis músculos motores doloridamente doloridos por el esfuerzo excesivo.

“Manténgase a la espera. Despejado. Krina, espera aquí media hora. Evita el riesgo de radiación.”

“¿Era eso una fumarola azul?”

“Krina: Las fumarolas azules son un peligro de radiación.”

Sí, *era* una columna de humo azul. Me estremecí, casi sin poder creerlo. Había tenido la suerte de ver con mis propios ojos una de las maravillas del universo conocido, y había sobrevivido.

Shin–Tethys es un planeta joven, y esto se refleja en su equilibrio isotópico. Entre otras consecuencias, está el hecho de que gran parte del uranio 235 presente cuando se formó no ha tenido tiempo de desintegrarse; el uranio encontrado localmente es de alrededor del 1 por ciento U–235. Cuando

los volcanes entran en erupción en la superficie del manto, en la corteza mixta de roca y hielo VII que se encuentra bajo el fondo del mar, el magma que expulsan es rico en uranio. Y cuando el magma burbujea a través de la roca y el hielo y se encuentra con el agua de mar, bueno... En la Antigua Tierra, el mundo natal de los Frágiles, el fondo de las llanuras abisales oceánicas estaba salpicado de chimeneas hidrotermales negras: respiraderos volcánicos de los que emanaban corrientes de agua sobrecalentada y rica en minerales, con una presión demasiado alta para hervir, pero lo suficientemente caliente como para fundir el plomo. Estas chimeneas, a su vez, sustentaban ecosistemas complejos, ya que los ricos minerales precipitaban de la solución caliente que ascendía por sus conductos y proporcionaban calor y nutrientes en las frías profundidades.

Las fumarolas azules no son muy amigables con la vida.

El magma ascendente se encuentra con la roca y la disuelve, para luego hervir y formar una capa de hielo de agua densa. Este hielo no es como lo conocemos, en condiciones de temperatura y presión favorables para los Fragiles. Bajo una presión tan inmensa, el hielo se transforma en una estructura cristalina diferente y más densa: más densa que el agua, por lo que se hunde hasta el fondo del mar. Cuando el magma se encuentra con hielo denso, este se derrite, formando un líquido rico en minerales a muy alta temperatura. El bolo de minerales fundidos asciende, derritiendo el hielo

progresivamente, hasta alcanzar aguas abiertas, aún a cientos de kilómetros bajo la superficie.

En cuanto a por qué permanece líquido...

Los neutrones provenientes de la fisión natural del U–235 chocan con los núcleos de hidrógeno del hielo y el agua. El hidrógeno actúa como moderador, ralentizando los neutrones rápidos y facilitando su captura por núcleos pesados. La tasa de fisión se dispara, alcanzando la criticidad. El bolo de minerales fundidos se calienta, hirviéndose y brillando con una luz azul debido a la radiación Cerenkov: fotones emitidos por partículas que viajan más rápido que la velocidad de la luz en el agua. Si la temperatura sube demasiado, las moléculas de agua se disocian en hidrógeno y oxígeno gaseosos, y la reacción nuclear en cadena se ralentiza; pero luego las moléculas de agua se reforman bajo una presión inmensa y la reacción se reanuda. La única constante es la radiación. Y, por supuesto, la burbuja de sales de uranio disueltas, que se fisiona alegremente como una tetera mortal.

Las fumarolas azules —reacciones de fisión salvajes y sin contención— emergen periódicamente de las profundidades. Pueden tardar semanas o meses en alcanzar la termoclina superficial, impulsadas por el gradiente de presión. Finalmente, estallan, explotando en una nube de vapor altamente radiactivo mientras aún se encuentran bajo la superficie del mar, generando una cúpula de espuma

blanca y, finalmente, una nube en forma de hongo que se eleva desde abajo. A medida que ascienden, causan estragos. Una fumarola azul matará a cualquiera que sea demasiado lento e imprudente para apartarse de su camino; los matará igual que cualquier otra reacción nuclear sin contención, primero térmicamente y luego con neutrones lentos y radiación gamma. Si se quiere eliminar un cadáver, una fumarola azul es la herramienta definitiva para deshacerse de desechos.

Tienen otros usos.

Si se logra fragmentar una columna humeante de agua cargada de uranio fisionable con chorros de agua, se puede enfriar. El resultado es un yacimiento mineral de increíble valor: miles de toneladas de solución saturada de uranio, rica en isótopos de U–235 y plutonio. Las chimeneas hidrotermales tienden a repetirse en la misma zona de la corteza terrestre, una y otra vez, brotando como géiseres. Con frecuencia, entran en erupción con una regularidad tal que se puede predecir con precisión. Cuanto más profundo se extrae esta pesadilla radiactiva, menor será la cantidad de material fisionable que se haya desintegrado. Por eso, los mineros que explotan las chimeneas hidrotermales de Shin–Tethys lo hacen adentrándose en las profundidades abisales hasta donde les es posible.

Observé, desde una distancia prudencial, cómo el tenue resplandor azul de un hallazgo letal de un tesoro se agitaba y

centelleaba desde debajo del camino que había estado siguiendo. Finalmente, mi cápsula guía emitió un pitido: «Krina, reanuda el descenso. Calculando desvío».

"De acuerdo, me muevo". El haz guía se encendió de nuevo, apuntando prudentemente lejos de la fumarola, y volví a ponerme en marcha, siguiéndolo hacia la gélida oscuridad.

* * *

A más de cuarenta kilómetros por encima de mí, se estaba desarrollando un enfrentamiento que, de haberlo sabido, me habría fascinado presenciar.

Imaginemos primero la secuencia de eventos que se desarrollaron a bordo de la Capilla de Nuestra Señora de la Santa Endonucleasa de Restricción, desde el secuestro ocurrido hace un año hasta el momento de su llegada a la órbita alrededor de Shin–Tethys. La líder designada de la misión, Lady Cybelle, ha vuelto a encarnarse y le hace preguntas incómodas al diácono Dennett, quien, en su ausencia, se ha comportado de forma muy errática. (Su descabellado plan de reiniciarla con una mentalidad debilitada y fácilmente manipulable, mientras utilizaba los tanques de la capilla para el contrabando, parece haber fracasado, gracias a la inoportuna intervención de una agencia de seguros con inclinaciones piratas).

No le entusiasma descubrir que dos tercios de su tripulación original han muerto o desertado. Tampoco le encantan sus nuevos y dudosos subordinados, Cook y mi doble acosadora. Y queda absolutamente devastada al descubrir que su preciada carga de Frágiles ha muerto, asesinada en el mismo accidente que le costó un cuerpo. Que la Madre Grávida crea que puede gestar una nueva camada de neonatos con los que continuar la santa misión es un escaso consuelo, pues llegarán inmaduros y requerirán años de cuidado y acondicionamiento adicionales antes de que se pueda intentar el sagrado ritual de la Colonización Planetaria (incluso si termina, como suele ser el caso, con la muerte inmediata de los Frágiles al exponerse a la biosfera alienígena).

Si fuera necesario elegir una sola palabra para describir el ambiente a bordo de la capilla tras mi partida, esa palabra sería "venenoso". Y esta situación persiste incluso antes de considerar que Lady Cybelle ahora es consciente del precioso tesoro, incomprensible para todos, que se le escapó de las manos antes de que estuviera lo suficientemente *lúcida* como para reconocerme en la sesión informativa de su misión.

(Eso tiene que doler.)

Imaginen ahora la sala de llegadas y procesamiento de inmigración contigua al muelle de cápsulas por donde Rudi y sus secuaces —y yo— entramos en Nova Ploetsk. Una cápsula

de descenso balístico rápido, fletada incluso antes de que la capilla entrara en órbita con Highport, reposa, humeando suavemente, en la cubierta de uno de los hangares subterráneos de la sala de recepción. Un variopinto grupo de peregrinos sacerdotales se reúne bajo la mirada crítica de su líder; todos visten los trajes espaciales rituales de su orden, con las articulaciones sutilmente reforzadas y motorizadas para brindar soporte en el campo gravitatorio desconocido. Detrás de ellos, una cargadora automatizada extrae cápsulas del tamaño de un cuerpo del módulo de aterrizaje: el primer fruto extraño de los bien surtidos osarios de la capilla.

«Padre Gould, si fuera tan amable de esperar aquí con las reliquias»—Cybelle no esperó a que él confirmara sus instrucciones, sino que se volvió hacia Dennett—, me acompañará. Y usted también. Cruzó la mirada con una figura que guardaba un inquietante parecido con Krina Alizond–114. «Quédese conmigo. No hable a menos que se le hable. Recuerde quién es». O, mejor dicho, *recuerde su papel.* «Ahora, preste atención».

La sacerdotisa se da la vuelta y, con la sobrepelliz ondeando alrededor de las botas de su traje espacial, marcha hacia la puerta de inmigración con el paso curiosamente rígido de alguien que no tiene el control total de su propio endoesqueleto.

La recepción que espera a una sacerdotisa ordenada, al frente de una misión formal de la Iglesia Madre, es muy

diferente de la que se le ofrece a un contable sospechosamente incompleto, empleado por una empresa de aseguradoras convertida en piratas espaciales. En lugar de un estrecho viaje en cápsula a una oficina atendida por una versión aburrida y paranoica de la Reina, hay una amplia hilera de escalones poco profundos que descienden hasta la cálida piscina de recepción, donde una sirena espera rígidamente su llegada, con una expresión de altivez en el rostro, y un séquito de secretarios, asistentes y alguaciles para rendirle homenaje.

Cybelle se dirige sin vacilación a la reina. «¡Todo el honor a Su Majestad! Soy Cybelle, Sacerdotisa exultante de la Capilla de Nuestra Señora de la Santa Endonucleasa de Restricción, y me encuentro aquí por decreto de nuestra Madre Iglesia para cumplir nuestra Santa Misión de Colonización en el Sistema Dojima». Una leve sonrisa asoma en sus mejillas. «Que la paz de la Madre Iglesia y la bendición de los Frágiles recaigan sobre Su Majestad, Medea de Argos, Reina creadora y reinante de este reino laminar de Argos, y sobre todos sus súbditos».

Ella realiza el gesto ritual de la doble hélice; la sirena baja la cabeza brevemente, mientras que detrás de ella, el público observa con el debido respeto.

—Somos Su Majestad, Medea de Argos, actuando en calidad de interventora general de inmigración de mi propio dominio. —La sirena mira fijamente a Cibeles con una mirada

directa e inquisitiva—. Bienvenida a Argos. —Aquí no hay formalidades de entrada explícitas, aunque la autorización de vuelo de la capilla y la lista de pasajeros llevan más de un año registradas en la base de datos de inmigración de Argos—. ¿Podemos preguntarle cuáles son sus intenciones aquí? —Argos no es una nación muy grande, y ser elegida para la atención de la misión de la Iglesia en todo el sistema estelar es motivo de orgullo, si no de inquietud.

—Por supuesto —dice Cybelle, inclinando la cabeza—. Hemos traído nuestras reliquias sagradas para que encuentren su lugar de descanso final, para reclamar este planeta en nombre de la Humanidad Frágil pero Triunfante. Nuestra intención es permanecer en órbita hasta que podamos llevar a cabo la Santa Colonización —lamentablemente, nuestros pasajeros encarnados aún no tienen edad para participar—, mientras tanto, atenderemos las necesidades pastorales de los habitantes de este mundo. Si Su Majestad aprueba nuestra propuesta, nos gustaría establecer nuestra misión principal en Shin–Tethys en su hermosa y hospitalaria nación.

La expresión de Medea se tensa ligeramente. —En principio, creemos que podemos satisfacer su petición —responde—. Sin embargo… —Su mirada se detiene más allá de Cybelle, observando a los miembros de la delegación misionera—. Tenemos algunas preguntas que requieren respuesta. —Su mirada se detiene en una figura en particular, vestida con túnica y traje espacial, *sin* casco—. Vemos

algunos rostros que no figuraban en su manifiesto. Y uno en particular que resulta inquietantemente familiar. —Hace una pausa de un par de segundos—. Krina Alizond–114 desapareció en circunstancias sospechosas mientras ayudaba a la policía con sus investigaciones, y ahora parece haber regresado. ¡Agente! —Un oficial uniformado se adelanta—. *Esa* persona. Su presencia es anómala y, en cualquier caso, está ayudando a su departamento con sus investigaciones mientras espera una posible acusación por delitos de inmigración. Arréstenla de inmediato, a mi conocimiento.

Las cabezas se giran, sorprendidas y desconcertadas, cuando el agente saluda a su superior, luego se da la vuelta y avanza a grandes zancadas por el agua. Esta se agita al contacto con sus piernas, formando una espuma de burbujas que apenas le dificulta el paso: es como si caminara sobre tierra seca.

La doble, sumergida hasta la cintura en la piscina, no duda. Los sellos de su traje se abren de golpe y emerge verticalmente de su envoltura, con una agilidad absurda e inverosímil; salta a través de la piscina, usando las espaldas y los hombros de los miembros de la misión de Cybelle como peldaños, golpeando a cualquiera que intente atraparla.

El policía se da la vuelta y la persigue, apartando a empujones al grupo de clérigos y cortesanos que atienden a la Reina: Más agentes irrumpen en la sala. Dos de ellos bloquean la salida sobre el agua, en el extremo de la piscina.

Otro se coloca para vigilar la entrada, mientras que otros rodean a la impostora. La doble responde cambiando de dirección y carga contra la Reina. Sus pies se extienden, con los dedos palmeados, increíblemente largos y anchos, mientras corre sobre la superficie del agua, dejando una estela. Medea se desploma hacia atrás, deslizándose rápidamente bajo el agua y extendiendo la mano para agarrar a la impostora desde abajo.

—¡Detenla! —rugió el sargento de policía desde atrás, desconcertado por su finta inicial y aún intentando alcanzarla—. ¡*No dejes que se salga con la suya!* —La reina sirena se zambulle, agarrando con los brazos los pies de la impostora. Debajo de ella, un círculo azul apenas más oscuro delinea una salida submarina oculta de la piscina, que desemboca en un túnel inundado: Pero la doble se zafa del agarre de Medea. Deja caer un objeto del tamaño de un puño mientras corre hacia la salida sobre el agua al otro extremo de la habitación.

Una explosión atronadora proviene de detrás de ella, y una columna de agua salpica el techo, empapando a todos los que aún permanecen en pie. Luego, al llegar a la salida, una serie crepitante de explosiones de carga hueca la atraviesa con destellos de luz cegadores.

Un breve silencio se cierne sobre el agua ensangrentada, salpicada de un fluido circulatorio de color verde esmeralda. Los cortesanos entran en pánico y la delegación de Cibeles se

acobarda mientras la sala se llena de alguaciles, cuyo aire se eriza con cuchillos de cuadricópteros y avispas de combate. Una nueva puerta se abre en lo alto de una pared, y un tobogán acuático se extiende sobre la piscina. Las siluetas de focas de cazadores–asesinos se deslizan por él y toman posiciones en el agua a ambos lados. Entonces, otra sirena entra en la piscina, esta vez claramente presa de una furia descomunal.

«¡Tráigannos los fragmentos del alma de mi hermana!», ordena a sus secuaces, señalando los restos mortales de su hermana. «Luego, recuperen a la regicida». Su mirada penetrante recorre a los visitantes. «Hablaremos con ustedes más tarde».

—Pero el asesino está muerto —el agente, aún conmocionado, señala los restos humeantes de la salida—, probablemente demasiado destrozado para servir de algo.

La recién llegada Reina Medea muestra sus colmillos. «Este juego se ha alargado demasiado y ya no es una distracción agradable. Tenemos *preguntas* que exigen respuestas urgentes. Y estar muerta no salvará a la Sra. Alizond —o quienquiera que sea— de darlas».

* * *

Nadé durante lo que me parecieron años, aunque probablemente solo fueron unos pocos días, en cifras decimales. A intervalos regulares, encontraba más boyas, con plataformas suspendidas de ellas, donde había cápsulas de guía y provisiones para alimentarme durante la travesía. No lo sé con certeza, pero creo que en ningún momento ascendí de una boya a otra: todas estaban situadas a profundidades cada vez mayores, de modo que cuando llegué a la última plataforma debía de estar al menos a cuarenta, y quizás cincuenta kilómetros bajo la superficie.

Ya no había alfombras de gusanos depredadores ni fumarolas azules. A medida que descendía hacia el abismo, los chasquidos, chirridos y lamentos se desvanecieron hasta convertirse en un fondo apenas audible, casi completamente por encima de mí. Si bien sabía que había casi 150 kilómetros de agua abierta bajo mis pies, lo que atravesaba estaba prácticamente vacío: anóxico, gélido, casi sin turbidez en mi haz de guía (que cada vez era más difícil de seguir debido a la falta de dispersión).

Sentía un miedo terrible a perder el rumbo, a distraerme o a nadar de cabeza hacia las profundidades. Sabía que era lo más resistente posible a la presión, dentro de lo que se puede diseñar para un cuerpo: pero cuando el agua misma se somete a tal presión que extrañas y anómalas fases de hielo, más densas que el líquido, se vuelven estables, ¿quién sabe? Mantuve la rutina de detenerme en cada plataforma, esperando el equilibrio, esperando la señal de

autodestrucción que presagiaba el colapso de cada oasis y su lento descenso hacia el cementerio invisible del mundo.

Como era de esperar, tuve mucho tiempo para reflexionar sobre los acontecimientos recientes. Mis pensamientos no eran, en su mayoría, alegres. Cuando comencé mi peregrinación de estudios, esperaba enfrentar años de privaciones y soledad frecuente, salpicados de un estudio intenso y gratificante con mis compañeros. Anticipaba una sesión interesante con Ana, tratando de rastrear la procedencia del certificado de dinero lento robado furtivamente que Andrea y nuestros cómplices habían sustraído de las polvorientas bóvedas del banco. Esperaba *regresar* a casa a su debido tiempo, aún con el certificado de Atlantis, que podría devolverse a su lugar de descanso sin que nadie se enterara.

No había previsto que se filtraría la noticia de su existencia; que un asesino con mi rostro me perseguiría hasta un inesperado destino acuático; que todos se interesarían desagradablemente por mis actividades; que llegaría la noticia de que la propia Sondra dirigiría su mirada vigilante y vengativa hacia mí.

La constatación de que mi carrera en los niveles inferiores del Banco del Sistema de Nueva California había terminado se estaba haciendo cada vez más patente. No volvería a mi cómoda celda aislada ni a mi oficina contigua a la biblioteca: allí no solo no sería bienvenida. No se puede ofender

impunemente a una persona tan imponente y terrible como Sondra Alizond–1. Si intentara regresar, sería castigada: eso era indiscutible. Pero existe el castigo como entrenamiento, para enseñar al receptor a evitar ciertos comportamientos en el futuro; y luego está el castigo que sirve de lección a los demás, un castigo del que no se espera que el receptor sobreviva, y mucho menos que aprenda. La aparición de mi acosadora sugería claramente que esto último era todo lo que podía esperar. Sondra nunca les atribuyó a sus descendientes mucha independencia más allá de la mínima necesaria para actuar como extensiones de su voluntad: mi continua autonomía se había convertido claramente en una molestia para ella.

Lo cual significaba que tendría que encontrar otra cosa que hacer con el resto de mi vida. ¿Pero qué? Nada en mi experiencia me había preparado para tener que tomar una decisión así, y mientras me adentraba en el océano del mundo, mi mente daba vueltas como atrapada, confundida y repelida por muros ocultos por doquier.

Poco después de salir del cuarto andén —que Ana me había asegurado que sería la última parada de mi viaje— oí un leve susurro en el agua. Le pregunté a mi guía qué era. «Información insuficiente», respondió. «Proceda con precaución». Así lo hice, y enseguida noté que mi haz de luz se hacía más brillante y se acortaba, proyectando un halo de fosforescencia.

Continuando con precaución, me encontré nadando de cabeza hacia un banco de diminutos puntos luminosos casi invisibles. Parpadeaban y se movían rápidamente en el agua, formando una neblina brillante a mi alrededor. Asustada, me preparé para darme la vuelta y huir, pero entonces mi guía habló. «Identificación lograda: Se trata de mecanocitos salvajes adaptados a las profundidades que obedecen un patrón de comportamiento gregario y se coordinan mediante balizas ópticas. Son saprófitos. Probablemente sean inofensivos a menos que te quedes mucho tiempo. Krina, procede con precaución». Seguí nadando hasta que la tenue nube de células salvajes devoradoras de cadáveres se redujo y se fundió con la oscuridad que había sobre mí y a mis espaldas.

—¿Cuánto falta? —pregunté.

«Krina, distancia estimada al destino: dos kilómetros en sentido horizontal, cuatrocientos metros en sentido vertical». Me sobresalté: ¡ya casi había llegado! «Comience el monitoreo visual y acústico del destino. Proceda con precaución».

“¿Qué debo buscar?”, pregunté, pero mi guía no dijo nada.

Pasó media hora. —¿Cuánto falta? —murmuré. Al escudriñar las profundidades, no pude ver ningún rastro de luz. Tampoco podía oír nada.

“Krina, hay una capa de inversión térmica sobre tu destino. Desciende en línea recta cincuenta metros, luego detente y comienza la vigilancia visual. Continúa con…”

«Precaución, ¿verdad? Ya lo entiendo». Seguí el rayo, flexionando las caderas y, a su vez, lo que habían sido mis rodillas y tobillos. Sentí un chorro de agua tibia en la cara, y luego algo más: una asfixiante capa de líquido gelatinoso e irrespirable. Me agité y pataleé, y luego hundí la cabeza a través de la capa —de menos de un metro de espesor— hasta llegar al agua clara y fresca que había debajo.

Y entonces vi lo que había allí.

Capítulo XIII

LAS SALAS DEL HADES–4

En el fondo del océano había una ciudad, y en medio de ella, como una perla en la concha de un abulón[13], se encontraba un palacio.

De un verde mar luminoso, resplandecía desde dentro, casi deslumbrantemente brillante tras los días que había pasado en la oscuridad del Hádico. A medida que mis ojos se acostumbraban, vi un laberinto plano de paredes y grietas que se extendían en espiral desde un núcleo central, repitiéndose fractalmente hasta el horizonte. No pude calcular su tamaño, pero supuse que tenía kilómetros de diámetro, manteniendo su profundidad gracias a la

13 Caracol marino de California, de concha grande, gruesa, auriculada y muy nacarada.

flotabilidad neutra. La capa gelatinosa que había atravesado absorbía y difuminaba la luz desde abajo, haciendo que la fantástica estructura fuera invisible desde arriba.

Bancos de seres tubulares con aletas ondulantes y con volantes se deslizaban por el laberinto, sus brillantes cromatóforos emitiendo destellos de luz. Me quedé suspendida en el agua sobre la ciudad, mirando hacia abajo: había miles incontables de ellos, algunos individuos aislados nadando solos, pero la mayoría agrupados en enormes cardúmenes. "¿Qué son...?"

“Krina, atención. Sigue la luz guía.”

Parpadeé y volví a nadar. Mis enormes ojos, adaptados a la oscuridad, empezaron a captar más detalles. El laberinto albergaba vacíos, zonas de agua abierta rodeadas de paredes porosas. Vi indicios de ingeniería, de fabricación: estructuras artificiales, redes, tubos y ángulos rectos atornillados a las superficies. Este palacio no era fruto de la casualidad, sino una vasta estructura de ingeniería a la deriva en las profundidades.

El haz guía se inclinaba hacia el nodo central bulboso, donde las espirales fractales de sus paredes se plegaban sobre sí mismas formando espirales cada vez más apretadas hasta crear una superficie casi sólida. Mientras nadaba hacia él, haciéndome una idea de su tamaño (enorme: al menos doscientos metros de diámetro), oí un chisporroteo que se

hacía cada vez más fuerte: las paredes del palacio eran una vasta superficie reflectante que difundía y canalizaba la conversación de miles, si no millones, de seres.

Un cilindro rojo brillante pasó velozmente a mi lado y giró para bloquear mi descenso. Un enorme ojo oscuro me miraba fijamente. El extremo posterior del cuerpo cilíndrico parecía estar bifurcado en múltiples partes: parpadeé y reconocí tentáculos. Uno de ellos sujetaba una pequeña cápsula, parecida a mi cápsula guía. El tentáculo se sonrojó de un delicado color rosa, y luego un patrón de luces verdes parpadeó sobre la piel de la entidad de un extremo al otro, emitiendo una señal en un idioma que no entendía.

«Identificación: Eres Krina Alizond–114». Retrocedí ligeramente: ¿La cápsula en el tentáculo era un traductor o una especie de caja de voz? Patrones luminosos ondulaban sobre la piel del ser justo antes de que la caja pronunciara cada frase. «Declaración: Bienvenida a Hades–4. Por favor: Sígueme ahora. Por favor: Mantén la proximidad. Por favor: ¿Confirma?».

—Yo, eh... —tragué saliva para disimular mi sorpresa—, sí, te seguiré. No es que tuviera ninguna alternativa sensata escondida bajo mis inexistentes mangas. —Sí, soy Krina. ¿Quién eres tú?

“Autoidentificar: Soy Alef Blue sabor a azufre 116. Identificador macro: Llámame Alef. Declarar: Por favor: ¿Ven ahora?”

Me obligué a estirarme, nadando lentamente hacia mi optoconversacionalista descatentacular. Este, a su vez, palpitó y, con aletas parpadeantes, se adelantó a mí, con suavidad y rapidez, demostrando una adaptación al movimiento en el agua claramente mucho mejor que la del feo y desgarbado híbrido humano–piscino en que me habían convertido mis secuestradores. En cuanto a adaptaciones xenomorfas, adoptar el plan corporal de una criatura de las profundidades de la Antigua Tierra tenía mucho sentido aquí abajo: pero la presencia de Alef, por no hablar de la de todo Hades–4, planteaba más preguntas que respuestas.

Alef me condujo hacia la cúpula central. Al acercarnos, vi que su superficie era una intrincada red de cúpulas más pequeñas, cada una definida por un patrón en espiral; y cada cúpula pequeña reflejaba la grande. Sí, era un fractal: alguien lo había creado a partir de un algoritmo semilla. De cerca, no había superficie, solo más burbujas diminutas, que se reducían hasta donde alcanzaba la vista. Había huecos entre todas ellas, y también en el patrón más grande. Nadamos a través de uno de esos huecos y me encontré en un espacio desconcertante.

“Nueva–identificación: el Palacio del Pueblo de Hades–4.” Alef rodó en círculo completo, viró, se detuvo con los

tentáculos abiertos, mirándome fijamente con sus ojos del tamaño de la palma de la mano. Miré a mi alrededor, parpadeando, momentáneamente deslumbrada. La luminiscencia de Hades–4 era apenas más brillante que un cielo nocturno estrellado en la superficie: Pero dentro del Palacio del Pueblo, un millón de fuentes puntuales parpadeaban con todos los colores del arco iris, tan brillantes como el cielo nocturno solar en la luna de un gigante gaseoso. Dentro de la concha, docenas de seres con forma de calamar se movían y flotaban, emitiendo intrincados destellos de comunicación. Había otras cosas aquí, artefactos o seres radicalmente xenomorfos: seres que brillaban y destellaban como un cofre del tesoro viviente. Incluso en mi forma de sirena–dragón, yo era uno de los seres más humanoides presentes. Desorientada, deambulé por las plantas superiores del Palacio del Pueblo, intentando no entrar en pánico ante la repentina avalancha de información que inundaba mis ojos tras tantos días a la deriva en la oscuridad estigia. «¡Declara: ¡Tu hermana de banco de arena se acerca!»

Mientras me giraba para quedar frente al fondo de la esfera, donde un vacío abismal la conectaba con espacios más amplios y tenuemente iluminados dentro de la ciudad, vi una sirena que emergía de las profundidades hacia mí, acompañada por un par de seres con forma de calamar; uno de ellos iba a la cabeza mientras el otro se separaba para

mantenerse detrás de ella en el agua, y sus actitudes me llevaron a identificarlos como guardaespaldas.

"¡Krina!" Una voz humana, modulada a través del agua, me provocó escalofríos. "¿Eres tú…?"

Me revolví con agitación, luego avancé hacia abajo para acortar la distancia. —¿Ana? —pregunté, mientras nuestras miradas se cruzaban. Se parecía mucho a mí, con los mismos ojos negros enormes y la mandíbula pequeña y subdesarrollada que me habían dejado mis secuestradores. Sentí un atisbo de ira, pero la reprimí. —¿Qué está pasando exactamente aquí?

—Tenemos que hablar —dijo, extendiendo la mano para tomar la mía—. En mi rincón. Donde nadie nos oirá.

Finalmente, al tener un objetivo, mi ira se desbordó: «¿Espera, qué? Espera un momento. Me tenías secuestrada y me hiciste *esto,* desapareciste hace un año, ¿y quieres hablar? ¿De qué? ¿Qué te hace pensar que estoy dispuesta a escuchar?»

"¡Pero tienes que hacerlo!", exclamó ella, desconcertada: "¡Eres nuestra única esperanza!".

"¿Sí? Eso justifica el secuestro y la coacción…"

"¡Krina, por favor! No había otra manera. Es por el Carnet de Atlantis."

"¿Qué?"

“Trajiste *la* mitad de la transacción que le correspondía a Sondra, ¿verdad? Porque yo encontré la otra mitad…”

* * *

La Reina optó por supervisar personalmente el interrogatorio del cadáver del prisionero, en una mazmorra oscura y acuática construida con una variedad de coral artificial que, gracias a los diminutos cristales ferromagnéticos incrustados en su matriz, era completamente opaca tanto a las señales electromagnéticas como a los gritos puramente acústicos.

Cualquier sistema político autoritario —y, en última instancia, esto incluye a todos los estados monetarios, pues necesariamente tienen la capacidad de recurrir a la violencia para obligar a la población a pagar las deudas que el gobierno considera dignas de respeto— requiere órganos cuya finalidad sea infundir terror en la mente de sus súbditos. Aquellos que dicen defender el Estado de derecho pueden ocultar estas instituciones brutales y atroces tras una cortina de eufemismos —centros de interrogatorio, salas de interpelación, extradiciones extraordinarias—, pero, en definitiva, todo se reduce a lo mismo.

Medea, reina de Argos, no toleraba tales rodeos. Como reina en múltiples reinos y soberana absoluta de su dominio, deseaba infundir un sano temor, realzando el glamour de su palacio, sus joyas de la corona y su corte, en marcado contraste con la oscuridad y el terror de las mazmorras y cámaras de tortura ocultas bajo la superficie.

Para ser monarca, a diferencia de ser simplemente una persona rica, libre y autónoma, era necesario ser más libre que quienes la rodeaban. Y como recordatorio de lo que esto significaba, y quizás como un freno parcial a cualquier tendencia a abusar de tales tácticas (y arriesgarse así a que sus súbditos pasaran de un sano temor hacia ella a un odio revolucionario declarado), Medea se aseguraba de asistir personalmente a todas las vivisecciones.

—¿Ya está listo? —preguntó, recostada en su piscina mientras los tres cirujanos–verdugos hacían pequeños ajustes al andamio de acero que ocupaba el lado seco de la cámara.

—Su Majestad. —La verdugo de mayor rango bajó la cabeza, frotándose las vibrisas sobre los ojos compuestos que cubrían los dos tercios superiores de su cabeza—. Estamos listos *aquí* —señaló la estructura, los grilletes y tubos cuidadosamente atados que colgaban de ella—, pero entiendo que Flense y su equipo están teniendo algunas dificultades para prepararse con el sujeto. Sufrió daños... —La verdugo se detuvo a mitad de la frase, ladeó la cabeza y

volvió a mover las antenas—. Ah, bien. Ya vienen, Su Majestad. Deberíamos poder comenzar a su orden.

Con el tiempo, la entrada sobre el agua se dilató: se tensó, cloacalmente, y luego expulsó un chorro de cápsulas de transporte translúcidas como si fueran huevos del ovipositor. Las tres primeras se disolvieron, y los ocupantes se pusieron de pie e hicieron una reverencia a la Reina antes de volverse hacia la cuarta cápsula. La figura supina en su interior permaneció flácida e inmóvil, incluso cuando el equipo de preparación cortó las paredes coriáceas de la membrana y sacó el cuerpo maltrecho. Era un desastre: sin respirar, frío, con los cromatóforos relajados y pasivos en un azul neutro. Una hilera de agujeros del tamaño de un puño lo atravesaba desde la cadera hasta el hombro, parcheados con gel quirúrgico verde: la metralla había dejado una cuenca ocular espantosa, y la parte posterior de su cráneo, justo encima del cuello, estaba aplastada casi hasta convertirse en pulpa.

El equipo de preparación sostuvo el cuerpo en alto mientras los cirujanos–verdugos bajaban la horca sobre él, sujetándolo con grilletes. Los grilletes metálicos se articularon, girando hasta su posición desde rótulas bloqueables unidas a un esqueleto de acero: Cuando terminaron, su carga estaba envuelta en bandas de metal, como si llevara un exótico exoesqueleto. A continuación, conectaron varios tubos al cuerpo: insertaron cánulas en los conductos circulatorios, conectaron cartuchos de mecanocitos y bolsas de nutrientes cuidadosamente preparados, y acoplaron cables de

depuración a la base del cráneo y tubos de drenaje en otras partes. Una vez terminado su trabajo, el equipo de preparación hizo una reverencia y se retiró: Entonces la jefa del equipo de ejecución hizo una reverencia ante su monarca. «Majestad, estamos listos para comenzar el renacimiento».

—Puedes comenzar. —Medea fijó su mirada en el rostro de la mujer que había destruido una de sus instancias—. ¿Puede oírnos ya?

«Majestad, no lo creo». El verdugo consultó una gran retina que mostraba un esquema detallado del cuerpo de la víctima. «Hmm. El maestro Flense reparó los daños en ambos corazones, el cráneo y las vértebras fracturadas, el digestor autocatalítico y las costillas dañadas. Pero hay una marcada falta de cohesión integradora. Todo se ha reiniciado con normalidad, pero no ocurre nada en el tronco encefálico ni en la paracorteza. Su corazón se ha detenido».

—¿Puedes reiniciarla a partir de uno de sus chips de alma? —exigió Medea. Observó el leve gesto de disgusto del cirujano–verdugo un instante antes de responder.

«Su Majestad está delante de mí. Sí, probablemente podamos hacerlo. Pero podría ser problemático. Uno de sus enchufes resultó gravemente dañado durante su, ah, captura: actualmente estamos usando el otro para la monitorización de depuración. Si lo prefiere, podemos retirar el depurador y reinstalar el cartucho de respaldo que

tomamos para hacerle sitio, pero entonces no tendremos forma segura de garantizar su honestidad y obediencia.»

Medea hizo un gesto hacia el cuerpo, que colgaba inmóvil en su jaula esquelética: «Tendremos que hacerlo a la antigua usanza, entonces». Frunció el ceño. «Con amenazas y promesas».

“Podría intentar inducirnos a tomar medidas perjudiciales para nosotros mismos…”

“Aceptaremos ese riesgo. Desconectaremos a la controladora esclava y la expulsaremos de su propio chip de alma. Lo mejor es hacerlo directamente.”

“Por supuesto, Su Majestad.” Y con eso, los cirujanos–verdugos se pusieron manos a la obra, extrayendo, preparando, cortando y reconstruyendo la masa de carne lacerada.

La reina los observó en silencio mientras trabajaban. Finalmente, su líder se giró y asintió brevemente, para luego acariciar una superficie invisible de control gestual.

El cuerpo se tensó un instante, para luego relajarse y comenzar a respirar, absorbiendo el oxígeno del aire. El tono de la piel se oscureció, adquiriendo un tono verdoso más normal. Los dedos de la mano izquierda se cerraron, aunque el brazo colgaba inerte. «Identifícate», dijo la Reina. «¿Sabes quién eres?»

Hubo una larga pausa. Finalmente, la prisionera habló: “Soy la doctora–profesora Krina Buchhaltung Historiker Alizond–114. Estoy… me siento mal. ¿Dónde estoy?”

Medea observó a la prisionera por encima del borde de su piscina. "¿Quién eres *en realidad?*"

La prisionera intentó girar la cabeza para mirar a la Reina, pero no lo logró, pues el exoesqueleto la mantenía rígidamente inmóvil, permitiendo únicamente el movimiento de sus costillas. —Ya te dije que soy Krina Alizond−114… —El verdugo jefe captó la mirada de la Reina, asintió y golpeó con decisión el exoesqueleto sobre el plexo solar de la prisionera.

Tras cesar las convulsiones, la Reina volvió a hablar: «No eres Krina Alizond−114, aunque te parezcas a ella. Seas quien seas, eres una regicida y tu vida nos pertenece. Repetiremos la pregunta hasta obtener una respuesta irrefutable. ¿Quién eres?».

Una pausa. —Soy Krina Alizond−114. —La entonación era idéntica a la de la primera respuesta de la prisionera. Medea negó levemente con la cabeza, conteniendo al cirujano–verdugo.

—No, no lo eres —dijo Medea, consultando su palacio de la memoria—. Si fueras Krina, podrías contarnos qué pasó la última vez que nos vimos.

“¿Nos… conocimos?” La prisionera se tensó de repente, contrayendo todos sus músculos esqueléticos. “¿Nos… conocimos?”

—No, no lo hicimos —dijo Medea con voz casi suave—. Nosotros —yo— conocimos a la verdadera Krina. Nos aseguramos de que mi policía la interrogara *exhaustivamente.* Desapareció. Entonces llegaste tú, a bordo de un vehículo en el que ella había estado. Mencionó que un doble la acosaba. Ese eres tú. ¿Quién te envió?

La prisionera cerró los ojos y se tensó de nuevo. Se relajó. Se tensó otra vez. «Aún estoy aquí», dijo, y por primera vez un tono de agitación se coló en su voz. Detrás de ella, el cirujano jefe, encargado de la ejecución, hizo un rápido movimiento de degollamiento, seguido de un gesto de negación, para beneficio de la Reina. *Intento de suicidio, fallido.*

Medea reprimió una sonrisa de satisfacción. —No me eludes tan fácilmente —dijo. Se sumergió brevemente bajo la superficie de su estanque, enjuagándose las branquias—. ¿Quién *eras?*

“Soy Krina Alizond–114… no.” La prisionera guardó silencio durante unos segundos. “Estoy… *estoy…* equivocada. ¡No debería estarlo! ¿Qué es esto?” La prisionera se tensó de nuevo, poniendo a prueba sus ataduras. “No debería estarlo. Debería estar muerta. No… estoy…”

La reina se inclinó hacia adelante. —¿Tienes miedo a morir? —preguntó. Más espasmos. El cirujano jefe, el verdugo, inclinó la cabeza, un gesto de respeto no solicitado. —Podemos mantenerte con vida durante mucho tiempo. Y podemos hacer que vivir sea peor que morir —añadió. Los dedos de la reina formaron garras bajo la superficie del agua de la piscina mientras imaginaba la visión interior de su hermana desvaneciéndose, robándole preciosos minutos de vida compartida que ninguna otra Medea podría reemplazar ahora: —Pero no tenemos *que* hacer eso si nos cuentas todo lo que sabes.

Al fin y al cabo, unos pocos minutos no tenían una importancia vital.

«Primero debes decirme quién te envió y qué se suponía que debías hacer. Una vez que lo hagas, te daremos la oportunidad de implorar una muerte piadosa. Si decides hacerlo, te diremos qué debes hacer para ganarte ese privilegio. Y si lo haces, consideraremos tu deuda saldada». No es que Medea esperara que esta asesina viviera tanto tiempo, pero así no tendría las manos manchadas de sangre. «Entonces, primero, dime quién te envió y qué te encomendaron. ¿Me lo dirás?».

Silencio. Luego, escalofríos y respiraciones profundas: Y en un reflejo arcaico, una gota de agua resbaló del ojo de la prisionera, deslizándose por el costado de su cabeza. Un jadeo. Luego: «Sí. Recuerdo ser Krina Alizond−114, en Nueva

California. Tengo sus recuerdos. De su carga, archivada cuando se fue de peregrinación. Recuerdos, pero sin *identidad,* sin *mí.* No soy ella. Soy nueva. No tengo recuerdos propios de antes de despertar aquí».

La prisionera guardó silencio un momento. Luego: «Esta persona fue creada por Sondra Alizond–1 para allanar el camino. Para atrapar y reemplazar a Krina, para tender una trampa y atrapar a la hermana fugitiva. Una falsa progenie. Esta persona debe hacerse pasar por Krina, encontrar a Ana, robarle su tesoro y matarla, para luego entregárselo a Sondra a su llegada. Esta persona no es un *yo,* sino un *ello.* Creo que esa era la idea. Yo... no puedo ser lo que debería ser».

«Fascinante». La reina miró fijamente a la prisionera. «¿No tenías vergüenza? Solo ahora la tienes. ¡Maravilloso! ¡Una recién nacida!». Dio una palmada: «¡Tienes tanto que aprender!». Un gesto de aprobación al cirujano jefe y verdugo: «Asegúrate de enseñarle todo lo que sabes sobre el dolor. Enséñale bien». Y, sin más dilación, se sumergió en su piscina y se zambulló de cabeza por el túnel submarino de vuelta a la luz y la superficie, donde podía imaginarse a sí misma arrullada por los gritos de los recién condenados sin tener que enfrentarse a las angustiosas realidades físicas del proceso de tortura.

* * *

“Interrogatorio: Identifica: ¿Sois hermanas de banco? ¿Viene otra?”

El calamar rodó en el agua, apuntando sus dos grandes ojos dorados hacia mí, su manto destellaba plata, rojo y amarillo cuando hablaba: La cápsula traductora tardó segundos en ponerse al día.

—Confirmo la pregunta —dijo Ana—. Somos hermanas de banco. Afirmación: Necesitamos hablar, a solas, en mi oficina. ¿Puedes dejarnos solas?

Alef volvió a girar la cabeza, mirando a Ana. «Afirmación: El comité os convoca. Hay mucho que preguntaros a ti y a mi hermana Krina. Interrogativo: ¿Estaréis disponibles pronto?»

—Estará disponible pronto —les aseguró Ana—. Nos vamos ahora. —Hizo un gesto a sus guardaespaldas, despidiéndolos, y luego a mí—. ¿Puedes seguirnos...?

“Lo intentaré.” Confieso que estaba enfadada, pero también me inquietó la rotunda confirmación de Ana de que Sondra sabía de nuestra pequeña conspiración. “¿Cómo sabes…?”

“Silencio: Sígueme, te lo mostraré.” Se dio la vuelta y nadó directamente hacia abajo, hacia un recoveco sombrío en la parte inferior del Palacio.

—¿Qué *es* este lugar? —le grité mientras la seguía, suponiendo que tal vez estaría dispuesta a hablar de asuntos menos íntimos durante el trayecto.

“Es el Palacio del Pueblo. Aquí está el pueblo.” Su gesto abarcó un pequeño grupo de calamares que se movían rápidamente cerca mientras nos sumergíamos junto a ellos. “Es su sala de reuniones, su salón de actos. Lo hacen todo por asamblea, instintivamente.”

"¿Instintivamente?"

“Modificaron profundamente su conectoma neuronal al llegar aquí, para facilitar el trabajo en equipo al extraer minerales de las fumarolas azules. El habla tenía un ancho de banda demasiado bajo para coordinar miles de extremidades que utilizaban herramientas en tres dimensiones. Por lo tanto, su arquitectura neuronal es de origen humano, pero tan diferente que, incluso sin los cambios en el plan corporal, bien podrían ser otra especie”. De repente, salimos del gran espacio luminoso y entramos en un túnel estrecho, como una garganta. Era redondo en sección transversal y más angosto de lo que me resultaba cómodo, tenuemente iluminado por motas de coral bioluminiscente. Reprimí mi imaginación y me concentré en seguir a Ana. Obviamente, ella había llevado esta forma mucho más tiempo que yo, el tiempo suficiente para que su natación fuera instintivamente fluida, elegante y de una belleza sobrehumana. Podía envidiarle esa gracia: pero tenía toda la intención de ascender a la superficie y

recuperar mis piernas perdidas a la primera oportunidad, y luego decirles a los secuestradores cuatro cosas de lo que pensaba.

“Aquí.” Una sección de lo que yo había creído que era una pared resultó ser una cortina cuando ella se giró y la atravesó. “He aquí mi oficina.”

—¿Qué es esto? —Miré a mi alrededor—. Quiero decir, ¿qué haces aquí? ¿Con una oficina? ¿Y de qué trataban esos libros en tu apartamento de Nova Ploetsk? ¿Qué está pasando?

«Paciencia». Me indicó que cruzara el espacio esférico hacia una plataforma de espuma para dormir, parecida a las que había visto en las boyas de referencia. Mientras esperaba, deslizó una puerta circular sobre la abertura por la que habíamos entrado. Un gesto sobre la superficie de mi retina, y las motas luminosas incrustadas en las paredes se iluminaron. «Podemos hablar aquí». Extendió la mano y me entregó un pequeño chip de mensajes. «Andrea me envió esto hace poco más de un año. Deberías revisarlo: es la razón por la que me marché».

“¿Corriste porque ella te lo dijo?”

—No exactamente. —Por un momento, Ana pareció esquiva—. Pero me decía que si no huía ahora, tarde o

temprano el largo brazo de Aquella Que No Debe Ser Nombrada me alcanzaría.

—¿Te refieres a...? —Entendí a qué se refería— ¿Madre? —Miré a mi alrededor—. ¿No dijiste que podíamos hablar aquí?

Sí, pero no con total libertad. Suelen ignorarme cuando pongo el cartel de privacidad, o al menos lo fingen, pero si hay algún chisme jugoso, no puedes estar tan segura. Tienden a contar demasiadas cosas y no entienden cuando a otros les molesta que los escuchen, así que si mencionas algo, *puede que* vuelva a salir a relucir más tarde. O no. No son malintencionados; simplemente no entienden bien la privacidad.

"Espera, ¿de quién estamos hablando?" Mi mente daba vueltas con posibles candidatos que se parecían a su descripción.

«La gente calamar». Me miró como preguntándose si había perdido la cabeza. «Son comunistas anarquistas, hermana. Les hackearon las neuronas espejo. Y el fascículo uncinado, sea lo que sea. No hay sociópatas entre ellos: todos tienen una empatía muy desarrollada, la comunicación óptica reemplaza en gran medida el lenguaje verbal lineal con un sistema que les permite conversar simultáneamente con varias personas en paralelo, así que les cuesta entender la privacidad. Creen que estamos raramente deformados, emocionalmente incapacitados por desearla. Me costó

muchísimo explicarles que eso perjudicaba su posición negociadora».

—Neg— —parpadeé, con los párpados internos transparentes que difuminan la habitación a nuestro alrededor—. Extraen de las fumarolas azules, ¿verdad? ¿Qué, cómo...?

“Son gente calamar, hermana, son mineros de uranio. Se impulsan con propulsores a reacción. Pueden detectar corrientes con sus redes sensoriales acústicas y tienen sensores de neutrones en la parte posterior de los ojos. Mezclan sales de boro y otros absorbentes de neutrones en el agua de sus sifones y luego la inyectan en las zonas críticas para amortiguar las reacciones y reducirlas por debajo del nivel de peligro. Encuentran las chimeneas de salida de las fumarolas azules, amortiguan cada burbuja de criticidad ascendente y la dividen en volúmenes más seguros de soluciones concentradas de sal de uranio. Luego las envían arriba, en trenes de globos. Si detectan una fumarola demasiado grande o peligrosa, pueden dispersarse y huir: para cuando tú o yo pudiéramos ver el resplandor de la radiación Cerenkov, sería demasiado tarde para esquivarla. Ni tú ni yo podríamos hacer su trabajo ni ganarnos la vida exportando sales de uranio concentradas y enriquecidas. El problema es que están muy especializados. No pueden adaptarse a la vida cerca de la superficie. Incluso con modificaciones de presión, el ambiente es demasiado brillante y ruidoso para ellos, y se vuelven locos si se aíslan

entre sí. Como dije, son comunistas por instinto. Así que *alguien* tiene que encargarse de su integración con la economía planetaria.

No pestañeé y miré fijamente a Ana. Esto no era propio de ella; sonaba fiera, casi protectora. «Parece que te estás adaptando a las costumbres locales, hermana».

Ladró, un agudo pulso de sonido que me recorrió las entrañas mientras movía la cola: "¡Eso *dirías*! Son buena gente, Krina. Llevo años en este sistema, y en Shin–Tethys el tiempo suficiente para conocerlos bien. Al principio pensé que me mantenía oculta —literalmente—, que era una conveniencia, que podía ganarme la vida organizando mejor su contabilidad aquí para evitar que esa bruja de Medea les robara a manos llenas, y que a cambio mantendrían alejados a los secuaces de Sondra mientras continuaba la búsqueda. Eso es lo que hacía, llevando sus libros en Nova Ploetsk, usando técnicas que garantizaban la máxima seguridad contra todos. Pero, ¿sabes algo? Creo que son *mejores* que nosotros. Arreglaron muchos de los problemas de nuestro modelo cognitivo básico. Se transformaron en una nueva raza comunista de calamares. Sí, siguen siendo individuos, pero la frontera entre el yo y el otro es muy delgada. Y no odian. Poseen propiedades, pero no tienen fuertes lazos con el poder. Las jerarquías sociales —el control vertical es una peligrosa desventaja para un equipo que intenta contener un reactor nuclear natural descontrolado— son mutualistas instintivos. Entienden el dinero, la deuda, el crédito, etc.,

pero no sienten una necesidad visceral de poseer: lo que deben no define su identidad. Intercambian, y sí, compran cosas de los reinos laminares superiores: instrumental médico, material biológico, joyas brillantes para adornar sus viviendas; pero hasta cierto punto siguen extrayendo recursos de las fumarolas porque los de arriba lo desean, y les gusta complacer a los demás. Obtienen una recompensa placentera al hacer felices a los demás. Incluso a una *abstracción* de los demás. ¿No es eso inquietante?

—Si tú lo dices, hermana —dije, mirando a mi alrededor, preguntándome cuánto tiempo más duraría la charla—. Pero si estás tan contenta, ¿por qué me invitaste?

"¿Qué…?" Ana se quedó boquiabierta. "Lo siento. Me dejé llevar." Miró alrededor de la oficina–nido esférica, como si la viera por primera vez. "En parte porque no estabas a salvo en las aguas de Daystar. No me gustaría verte sometida a un abuso mental o secuestrada solo porque no supieras lo que estaba pasando. Ah, y porque lo encontraron para mí."

"¿Encontraron qué?"

"El chip del alma perdida, hermana." En las aguas crepusculares me costaba distinguirlo con certeza, pero la tensión en sus mejillas y el brillo lustroso de los cromatóforos escamosos alrededor de su rostro insinuaban un triunfo. "La contraparte no comprometida de la transacción de Atlantis." Extendió la mano hacia un hueco en la pared más cercana y

extrajo la concha de un animal filtrador, con las valvas apretadas contra los depredadores que contaminaban las aguas cercanas con sus vibraciones. Me la ofreció con una mano mientras acariciaba repetidamente el borde del bivalvo con un dedo de la otra. Las medias conchas comenzaron a aflojarse, apareciendo entre ellas una franja de tejido tenue: Entonces se abrió por completo, una ostra meca relajándose para revelar el interior resplandeciente de su concha y un fragmento rectangular y plano de nácar brillante en su interior. “Uy, casi lo dejo ahí demasiado tiempo. No te preocupes, la capa de nácar se desprenderá.”

Me quedé mirando. "Me estás tomando el pelo".

—No —dijo, señalándome—. Tómalo.

“¿Qué…?”

“Solo el chip del alma: preferiría que no hubieras matado a mi mascota.”

Metí la mano con cuidado y tiré del chip. Salió fácilmente. Era del tamaño de un chip de alma, y mi sentido de proximidad me indicó que estaba activo, lleno. "¿De dónde lo sacaste?"

«Como dije, les gusta hacer feliz a la gente. Si no hubiera guardado sus libros en papel soluble en agua donde no pudieran alcanzarlos, probablemente alguno de ellos los habría ofrecido como regalo a una correduría local». Golpeó

la concha abierta: el animal en su interior (mecanocitos que imitaban a un invertebrado extinto hace mucho tiempo) cerró sus válvulas y ella lo devolvió a su nicho. «La Gente lo hizo por mí. Estuve aquí unos años y apenas había empezado a sentirme segura de nuevo cuando Gimmel, el brillo de neutrones lentos que hay debajo, me preguntó por qué estaba infeliz. Me costó mucho tiempo abrirme y explicar...» Bajó la mirada. «Me derrumbé. Les conté toda la triste historia».

"No lo hiciste." Apreté el puño alrededor del imposible y brillante chip del alma.

Volvió a alzar la vista y se encontró con mi mirada acusadora: «Sí, Krina. ¿Y sabes qué pasó? Para animarme, fueron a *buscarlo.* Es auténtico. La copia de seguridad principal a nivel de alma de Ivar Trask–1, asesinado hace más de novecientos años y perdido para siempre en un océano de mil kilómetros de diámetro. Una búsqueda imposible: ¡ese servicio no se puede comprar ni con dinero! Creo que un grupo de medio millón de personas tardó casi diez días en buscar en el fondo. Lo hicieron por *diversión,* Krina. Son demasiado altruistas para su propio bien, sobre todo cuando se trata de gente como nosotros. Y supongo que es culpa mía que uno de ellos le enviara un mensaje alegre a Sondra, pensando que eso también la alegraría».

* * *

Me han dicho que una de las señales de una relación abusiva es la normalización progresiva de lo anormal: que uno toma las circunstancias más perturbadoras o dolorosas como una vara de medir para la vida cotidiana, y asume que lo que uno está experimentando es, de hecho, la forma en que viven todos los demás, y no una aberración.

Podríamos interpretarlo como una señal de nuestra anormalidad en la creación y crianza (en una sociedad donde la esclavitud infantil y el aborto posterior a la creación se consideraban normales) el hecho de que nos tomara casi cuatro años estándar después de nuestro descubrimiento de la transacción incompleta de dinero lento atlante admitir que nuestra madre ancestral, Sondra Alizond−1, era en realidad un monstruo y una criminal.

¡Una criminal! La sola idea, la mera *posibilidad* de que el ciudadano más conservador, formal y adinerado de una sociedad financiera fabulosamente financiada pueda ser un ladrón, es tan escandalosa que agota la imaginación. Así que permítanme intentar explicarlo…

Como ocurre con todas las estafas a largo plazo, los autores del fraude FTL necesitan una forma de extraer valor de su víctima. Y, una vez extraído, el valor debe liquidarse y reciclarse de manera totalmente innegable, sin que se vincule a los estafadores con el botín recién obtenido. En épocas marcadas por la guerra, el desorden y la violencia, esto puede resultar relativamente sencillo: la moneda fungible está

fácilmente disponible, el dinero anónimo circula con facilidad y nadie se pregunta demasiado sobre el origen del dinero con el que los soldados pagan sus facturas. Pero esta era es diferente: vivimos en un periodo de paz, y el dinero lento se contabiliza en los balances de las instituciones bancarias o se utiliza, pero permanece congelado, en transiciones a la velocidad de la luz entre sistemas estelares, vinculado a los tokens[14] de identidad de los financieros que refrendan las transacciones para certificar la transferencia de valor.

Por lo tanto, no debería sorprender que todo fraude brillante y visionario requiera la complicidad de un banquero. O, en el caso del colapso del Atlantis, de varios miles de ellos.

Los banqueros se dedican a minimizar riesgos, y participar en un esquema fraudulento, especialmente en el blanqueo de dinero, es sumamente arriesgado. La mayoría de los banqueros sensatos, experimentados y conservadores ignorarán la tentación de involucrarse en algo así. Pero Sondra, en aquel entonces, era joven, ambiciosa e inexperta, y no comprendía las posibles consecuencias de semejante aventura juvenil, que resonarían a lo largo de los siglos y milenios venideros. Una minuciosa investigación en los registros de corretaje reveló la sórdida verdad. Lejos de amasar una fortuna en sus primeros cincuenta años, comprar

14 Un token es una ficha digital creada en blockchain (una tecnología que registra información de forma segura y transparente). Aunque muchos lo confunden con criptomonedas, un token puede representar muchas cosas: dinero digital, acceso a un servicio o incluso derechos sobre algo.

su entrada en una empresa minera y, desde allí, alcanzar un éxito estable, había tomado una serie de decisiones casi desastrosas, llegando incluso a *hacer perder* dinero a la cooperativa de crédito que la vio nacer.

La magnitud de sus pérdidas, de haberlas admitido, habría justificado su ejecución inmediata. Pero Sondra era astuta y tenía un instinto de supervivencia muy desarrollado, por lo que mantuvo el encubrimiento durante un período de políticas fiscales expansivas e inversión extranjera. Fue durante este período que el proyecto Atlantis estaba en marcha. Los conspiradores atlantes construían sus oleoductos de escape al mismo tiempo que erigían su aldea Potemkin[15] de una civilización estelar; y, de alguna manera, Sondra se vio involucrada.

Desconozco todos los detalles. Apenas podíamos asimilar lo que habíamos descubierto: que, en la década siguiente a su implicación con los criminales, sus deudas personales habían desaparecido como por arte de magia y las obligaciones de su empleador se habían reducido a cero, para luego alcanzar un margen de beneficio satisfactorio. Era evidente que el dinero tenía que provenir de algún sitio, y la única fuente obvia que podía explicarlo era Atlantis. Tras analizar los registros

15 En política y economía, un pueblo Potiomkin es cualquier construcción (literal o figurativa) cuyo único propósito es proporcionar una fachada externa a un país al que le va mal, haciendo que la gente crea que al país le va mejor. El término proviene de las historias de una aldea portátil falsa construida únicamente para impresionar a la emperatriz Catalina II por su antiguo amante Grigori Potiomkin, durante su viaje a Crimea en 1787.

durante varias décadas más, vimos cómo la cuenta de Sondra se inflaba con una comisión sobre los lentos flujos de dólares a través de sus fondos gestionados. Y entonces, finalmente, llegó el estallido: Atlantis cerró sus puertas, y las enormes sumas ahorradas en depósitos ocultos en todo el Sistema Bancario de Héctor y otros lugares... bueno, desaparecieron, en su mayor parte, cuidadosamente transferidas a los fondos iniciales de inversores ángeles de colonias interestelares.

De alguna manera, Sondra salió de aquello cubierta de dinero, increíblemente rica. Huyó entonces a Nueva California, a una entidad política en fuga, un reino flotante entre las estrellas, fuera del alcance de cualquiera que no fuera ya rico. Un refugio preparado, en otras palabras, donde posteriormente fuimos criados a su imagen y semejanza. No todo salió según sus planes. El dinero lento, como ya he explicado, debe transferirse mediante un compromiso en tres fases a través de grandes distancias; y el cambio de titularidad debe ser notariado por bancos reconocidos en ambos extremos. Parte de los fondos de Sondra eran, digamos, depósitos a largo plazo, para beneficiarios que los consideraban más seguros bajo la custodia de banqueros conocidos y de confianza (ejem: banqueros a los que se podía extorsionar) que en su posesión directa durante la inevitable caza de brujas posterior a la Atlántida. Algunas transferencias se retrasaron: Sondra las envió, pero no recibió acuse de recibo del beneficiario. Y algunas se cancelaron: recibió un

depósito, lo acusó de recibo, pero no obtuvo la aprobación final del remitente.

Esto no fue del todo sorprendente. La estafa de Atlantis fue tan vasta y compleja que involucró a cientos de banqueros y miles de conspiradores. Algunos de ellos estaban destinados a morir de forma irreversible o a sufrir otros percances durante los años, décadas e incluso siglos posteriores al escándalo. Por supuesto, se habían tomado medidas para afrontar las consecuencias de los fracasos.

En cada sistema estelar se había elegido a un banquero estable, sobrio y confiable: alguien que custodiaría los depósitos a lo largo de los siglos hasta que, transcurrido un período suficientemente largo, los acreedores supervivientes pudieran reunirse y liquidar los fondos restantes que se habían mantenido en fideicomiso. El banquero se encargaría de crear un sistema para revocar y deshacer las transacciones de dinero lento que habían quedado inconclusas, recogiendo cuidadosamente los cabos sueltos que sus subordinados hubieran recuperado. Una vez celebrada la reunión clave, los empleados a quienes se les habían confiado estos instrumentos desharían las transacciones restantes y entregarían todo a su empleador (y propietario y matriz) para que se ocupara del asunto. Y ahí, según suponían los estafadores, terminaría todo.

* * *

“Hola, Ana.”

Andrea parecía mayor esta vez: o tal vez estaba cansada, estresada. Llevaba el mismo atuendo elaborado (incluso barroco): claramente, la moda en la Nueva California de hacía unos años había estado evolucionando a través de ostentosas demostraciones de estatus incluso más rápido de lo habitual. Estaba recostada junto al estanque ornamental que había mencionado en su mensaje, pero había tensión en sus hombros. Y pude ver paredes detrás de ella: había levantado una mampara de mantenimiento, encerrando deliberadamente este volumen y señalándolo como zona restringida, en reparación.

“Estamos en serios problemas.”

Lo dijo sin entusiasmo, a regañadientes, con cierta vacilación, como correspondía a quien daba malas noticias.

Sondra sabe que uno o más de nosotras hemos descubierto su pasado. Ha habido una filtración; alguien envió a un asesino para robar una de las transacciones pendientes y reemplazarla con una falsificación. El objetivo elegido fue el carné de crédito incompleto a nombre de Ivar Trask en Shin–Tethys. Creo que usted puede saber algo al respecto. Sondra es muy suspicaz, y naturalmente sus sospechas se dirigen a sus hijas, quienes están entrenados en el arte de la reconciliación forense y tienen una conexión con el Sistema Dojima, es decir, usted y Krina. Ya le envié una advertencia a

Krina, diciéndole que acorte su peregrinación y vaya directamente a Shin–Kyoto, pero dudo que la alcance antes de que vaya a reunirse con usted; ahora mismo Nueva California está más cerca del Sistema Dojima que de Ganesh. Mientras tanto, Madre ha estado arrasando las bóvedas como una loca y últimamente ha enviado uno de sus chips de alma a la sala de salidas para su transmisión inmediata a un lugar desconocido. Se está dividiendo. Eso nunca había sucedido. Ya lo había hecho antes, y creo que es una muy mala señal.

Andrea respiró hondo, vaciando sus pulmones. «Cuando dije que estaba enviando otra copia de sí misma a un lugar desconocido, lo decía en serio. La tripulación de la baliza está aislada, sin hablar con *nadie* por dinero ni por amor. Hay guardias armados en la puerta de la sala de salidas para impedir que la gente entre o salga. Logré convencer a un amigo para que se colara con una lancha de recreo alrededor del casco, y dicen que uno de los láseres de alta potencia apunta *cerca del Sistema Dojima,* pero no directamente *a él.* El Alto Consejo está reunido y hay rumores sobre una Ley Habilitante, legislación de emergencia, todo tipo de pesadillas draconianas. También circulan rumores de que Nueva California quedará incomunicada durante algunas décadas mientras todo esto se resuelve».

Otra respiración profunda. “Hay una caza de brujas en marcha, y nosotras tres no nos volveremos a encontrar. Una vez que haya enviado este mensaje, voy a huir muy lejos, muy

rápido: estoy activando mi plan de escape personal. Ana, necesitas esconderte lo más profundo y anónimamente posible. Si puedes hacerlo de forma segura, abandona el Sistema Dojima; si Sondra aparece allí, serán muy malas noticias, pero si no, cambia tu identidad, cambia tu plan corporal, encuentra una cripta y estiva durante un siglo, cueste lo que cueste. Por tu propia seguridad, debes asumir que Sondra me ha capturado y ha extraído los planes de encuentro y conoce todos nuestros planes: están todos comprometidos. Si tienes la oportunidad de advertir a Krina, hazlo: le envié otro memorándum, pero no puedo estar segura de que lo reciba a tiempo. *Si* recibes noticias a través de canales confiables de que Sondra está muerta o ha sido derrocada en un golpe de palacio, *entonces* podría ser posible regresar a casa, pero ten cuidado con las trampas y las mentiras.

“Siento mucho que hayamos llegado a esto, hermana. Pero ahora cada una tiene que valerse por sí misma.”

* * *

“Ese es el chip del alma de Ivar.”

"Sí."

“Ivar Trask–1. El ejecutivo desaparecido de SystemBank Dojima.”

"Sí."

“¿Él era el refrendo? ¿El destinatario designado para la gran transferencia desde Atlantis en la que Sondra estaba involucrada? ¿Estás *segura*?”

Las pupilas de Ana estaban completamente dilatadas, luminosas y negras en la penumbra de su oficina. "Sí".

“Sabes que tengo… estoy cargando…”

“Sí, Krina.”

(Y así, todo se redujo a esto.)

“Estoy asombrada. O sea, lo *hiciste.* Se supone que eso no es posible, es...”

“¿Krina?”

“¿Eh, sí?”

¿Cállate y confírmamelo, por favor?

Levanté el chip del alma con reticencia y lo sostuve detrás de mi cuello. Quité la tapa de mi segundo zócalo, donde guardaba mi diario personal y mi palacio de la memoria. Retiré ese chip y coloqué el nuevo. Un instante de inquietud: entonces mi visión se aclaró. «Ivar Trask–1. Es una mancha enorme». La comparé con mi copia del carné, verificando la suma de comprobación. Esperé a que la función hash se

completara; hubo una demora notable. «Sí, coincide». La miré a los ojos. «Estoy completando la firma ahora».

Tras un instante, extraje el alma de Trask de mi zócalo y volví a insertar mi diario. Fue extraño: no sentí ninguna diferencia. Uno pensaría que convertirse en un multimillonario a base de dinero lento vendría acompañado de luces, ruido y un desfile de banqueros o algo así. *Logro desbloqueado.* Le devolví el chip a Ana. «Carga esto inmediatamente: comparto las ganancias».

“Espera, pero…”

Me compadecí de ella. «Ana. Además del fantasma de un banquero corrupto muerto, ese chip de alma contiene un millón novecientos cuarenta y dos mil dieciséis dólares lentos *desbloqueados».* (Alrededor de diez billones en efectivo al tipo de cambio actual: Lamentablemente, al estar aislada, no pude consultar las bolsas). “Tengo casi exactamente el doble de esa cantidad en mente. Pero ustedes necesitan ese dinero, tú y tu comuna, y además, sin su esfuerzo, no habríamos recuperado nada. Porque Sondra se ha dado cuenta recientemente de que nosotros —bueno, Andrea y yo, y le he reservado una parte similar— hemos robado la transacción no comprometida de su bóveda, y probablemente intuye que pretendemos hacer lo que ella nos ha enseñado cuidadosamente a hacer con las transacciones de dinero lento no comprometidas. Este dinero no solo es una fortuna considerable: es la prueba de que Sondra estaba metida de

lleno en el escándalo de Atlantis. ¡Incluso es la prueba de que Atlantis *fue* una estafa desde el principio, por si alguien todavía lo duda!"

"Lo cual lo hace extremadamente peligroso." Ana tomó el chip y, sin esperar, se lo deslizó detrás del cuello. Su sonrisa era etérea. "Gracias." Una pequeña muestra de agradecimiento para alguien que acababa de regalarle casi dos millones de dólares, pensé por un momento: Entonces me mostró la mano de nuevo. "Querrás recuperarlo."

"Esto es..."

"Los que se encargaron del taller de carrocería también le hicieron una copia de seguridad", dijo con frialdad. "Por si acaso".

—¡Gaah! —Le arrebaté la patata frita de la mano—. Si no puedes confiar en tus hermanas, ¿en quién *puedes* confiar?

"Pregúntale a mi querida madre." Una pausa reflexiva: "Me alegro de no haber tenido que usarlo."

El problema era que tenía razón. Nuestro linaje no siempre es fiable, como demostraron las acciones de Sondra. Por otro lado, asimilar los recuerdos incluso de una hermana cercana mediante la transferencia de su chip de alma... bueno, la desafortunada disposición del padre Gould era uno de los ejemplos menos llamativos de lo que podía salir mal. Los chips de alma se integran mejor con un cuerpo nuevo sin

impronta. Ana podría haber extraído el Carnet de Atlantis de mi alma (o mejor dicho, haber extraído las contraseñas de mi palacio de la memoria encriptado, donde había archivado la copia del carnet que Andrea y yo habíamos robado de la bóveda de Sondra), pero solo a riesgo de perder la cordura.

Tras unos segundos, asentí. "Yo también me alegro".

“Ya verás que Andrea recibe lo que le corresponde.”

—Lo intentaré. —Hice una pausa—. Viste su mensaje. Si recibo confirmación de que ha muerto, compartiré su parte contigo.

Ana sostuvo mi mirada. “Gracias.”

—¿Qué... qué le pasó a Trask, por cierto? —pregunté—. ¿De dónde sacaste el chip?

Hizo una mueca. «Encontraron un arpón cerca de los huesos. Alguien lo asesinó, sin duda. Posiblemente alguien que sabía de la transacción y quería quedarse con ella, pero que falló en el asalto. O tal vez tenía otros enemigos; si estaba dispuesto a blanquear dinero sucio para Sondra y sus amigos, quizás tenía otros malos hábitos que le pasaron factura». Negó con la cabeza. «Ya no importa: han pasado más de novecientos años».

“Parece que la historia antigua ha desarrollado un gusto por nuestra piel”, le recordé. “Mantén los ojos bien abiertos, hermana”.

Cambió de tema. "¿Qué vas a hacer ahora?"

—No estoy segura de si debería contártelo con detalle. Yo… —Miré a mi alrededor y luego bajé la mirada. Observé mi propia forma deformada. En Ana, la forma de sirena parecía elegante y, de alguna manera, correcta: Pero cada vez que me detenía a pensar en mí misma, sentía como si estuviera al borde de una tormenta de dismorfia corporal de proporciones épicas—. Necesito llegar a la superficie lo más rápido posible. Necesito contratar guardaespaldas y luego reservar un pasaje rápido a Taj Beacon. Después voy a correr un buen trecho. —Igual que Andrea—. Si Madre intenta atraparme… creo que necesito grabar una transcripción. Como medida de precaución, tengo la intención de conseguir un dispositivo de seguridad que se active si me asesinan, y asegurarme de que Sondra lo sepa. Eso requerirá algo de reflexión. Luego… no estoy segura. ¿Qué piensas hacer *tú?*

«Creo que lo que planeas es demasiado complicado; solo necesitas encontrar un hogar y una tribu con la que te sientas a gusto. Por mi parte, me quedaré con mi gente adoptiva», añadió Ana. «Quizás incluso solicite la operación para transformarme por completo. Para nadar con el cardumen y ver las fumarolas azules con mis propios ojos. Espero que puedas solucionar nuestro problema antes de que Sondra se

entere de lo que le han hecho: de lo contrario, habrá una masacre. Ella los hará responsables».

Reprimí mi primera respuesta instintiva: *¡Pero son anarquistas!* Si mi hermana pequeña valoraba más la idea de pertenecer a un colectivo mayor que poseer casi dos millones en la moneda más fuerte del universo conocido, bueno, tal vez tenía razón: algunas cosas valen más que el dinero. Y tener un banco de cientos de miles, o millones, de seres con forma de calamar para protegerte y con los que convivir... eso podría valer bastante para alguna de nosotras, dadas las circunstancias. "Haré lo mejor que pueda..." Un sonido resonante recorrió la oficina, haciéndome temblar los flancos. "¿Qué fue eso?"

—Es una terminal acústica dúplex para conversaciones privadas. Disculpa. —Ana extendió la mano y sacó un extraño aparato de un hueco en la pared, encima de sus ostras mascotas dormidas. Se lo puso en la cabeza y escuchó. Unas voces zumbaban, agudas pero inaudibles debido a una especie de filtro de ruido blanco. —¿De verdad? —dijo—. Seguro que lo veré. Estoy segura de que ella también. Gracias por el aviso. Adiós. —Volvió a colgar el aparato en la pared. Alef dice que tenemos visitas. Preguntan por ti por tu nombre y saben que estoy aquí. Dicen que quieren hablar con nosotros.

Me sobresalté y casi me estrellé de cabeza contra el techo: "¿*Quién* dice que quiere hablar?"

“Alef no fue muy claro. Al parecer, algunos habitantes de la superficie están de visita en un batiscafo. ¿Algo sobre una compañía de seguros para la que has estado trabajando? Espera, no has estado tratando con…”

—¿Rudi? —Me detuve. En la penumbra de su oficina, los ojos de Ana se abrieron de par en par.

“¿Lo conoces?”

“Sí, ¿de verdad compraste un seguro de vida a los murciélagos?”

“Fue una medida de precaución; son bastante honestos.” Me miró extrañada. “Una buena tribu. No podía quedarme con ellos, pero…”

Ella se guardaba algo: Pero dudaba que pudiera ser importante. «Entonces, vayamos a charlar con ellos. Estoy segura de que Rudi se sentirá aliviado al saber que no tiene que compensar a tu suplente, y en cuanto al resto, creo que le haré una pequeña propuesta de negocios a ver si le interesa…»

Capítulo XIV

INIMAGINABLEMENTE RICA

El batiscafo visitante flotaba sobre el Palacio del Pueblo como una perla gigante sujeta a la base de un arcaico cohete cilíndrico, repleto de aletas, boquillas y paletas de guía. Lo observé a través de las rendijas de la fachada del Palacio del Pueblo. Focos iluminaban su superficie iridiscente, un tercio de la cual estaba cubierta por una gran pantalla de retina: la perla en sí era una sólida concha hueca de diamante opaco de al menos veinte centímetros de espesor.

«Afirmación: Los habitantes del vacío de la luz estelar diurna no pueden salir», dijo uno de los calamares, flotando cerca del punto más alto de la cúpula del palacio. «Afirmación: Están en cuerpos blandos. Especulación–

interrogación: ¿Llegaron con prisa y no pudieron adaptarse previamente a una presión razonable? Discursiva–afirmación: Este ya ha visto escafes como estos antes; la cápsula se forma alrededor de los pasajeros antes del vuelo y se disuelve para liberarlos después de que regresan al casi vacío».

—¿Por quién preguntan? —interrogué.

"Afirmación: Buscan a Krina Alizond–114".

"Mmm." Miré fijamente el escafe. Suponiendo que fuera Rudi quien estuviera allí, probablemente estaba a salvo. *Probablemente.* No había manipuladores externos que pudieran atraparme, ni señales de explosivos ni otras sorpresas desagradables. *¿Quién más podría ser?* Bueno, Su Majestad Medea de Argos podría haberme seguido, pero como ella misma era una acuamorfa, sin duda podría haber usado los mismos paquetes de adaptación a la profundidad; no necesitaría la cápsula de caparazón duro. La Iglesia: Bueno, tal vez, pero ¿cómo nos habrían encontrado? ¿Y por qué? Con Cybelle despierta de nuevo y sin duda haciendo preguntas incisivas sobre la mala gestión del diácono Dennett en su ausencia, no esperaba problemas por ese lado por un tiempo. Lo que dejaba a Sondra. Quien, hasta donde yo sé, aún no había llegado al sistema, y cuya presencia era más probable que fuera anunciada por cargas de profundidad nucleares que por negociadores educados. "Iré a hablar con ellos."

—Krina… —Ana hizo una pausa—. Si no es Rudi, podemos impedir que se vayan, pero no podremos protegerte si te acercas.

“Sí, pero ¿a quién más esperas tan pronto?”

Y con eso, nadé a través de una abertura en la intrincada red de conchas que rodeaba el Palacio del Pueblo y me abrí paso con cuidado hacia la esfera de pasajeros. Me detuve a treinta metros de distancia, frente a ella.

—¡Hola! —grité—. Si eres Rudi, dime qué tarea me pagaste para realizar a bordo de tu nave.

El segmento iluminado del casco giró lentamente hacia mí. Unas formas sombrías se movieron tras él, y luego un ojo enorme y la parte superior de un hocico de aspecto familiar lo llenaron. «Krina». La voz me resultaba familiar, lo que explicaba el cambio de frecuencia. «¡Lo escondiste a plena vista! Eres una contable muy traviesa».

—¿Qué escondí? —pregunté.

“Tenías que contarme sobre escándalos bancarios, ¡y lo hiciste! Solo que lo manipulaste. Confiesa: buscabas a Ivar Trask–1 por algún motivo, ¿verdad? ¿Lo encontraste?”

Era Rudi. —Yo, personalmente, no lo encontré —sonreí. Esperaba que pudiera distinguir mi expresión a través de la

mala calidad de su retina—. ¿Qué crees que estaba haciendo?

—Creo que tú y tus hermanas han estado jugando sucio con tu mecenas —dijo Rudi con una sonrisa, mostrando los dientes con avidez—. Encontrar transacciones estancadas y repatriarlas es parte del trabajo de un banquero, ¿no? Y encontraste una importante, a la espera de la firma de un administrador bancario local para poder cobrarla. Tu hermana Ana se encargó de la búsqueda y, evidentemente, tuvo éxito. Tú, mientras tanto, eras el mensajero, trayendo el instrumento de contrabando hasta aquí. Deduzco que, debido al secretismo que rodea tus actividades, hay algo sospechoso en el dinero en cuestión; una mancha que lo rodea. Y deduzco, por la existencia de tu acosadora, que tu mecenas está enfadada contigo y quiere recuperar su propiedad. ¿Estoy en lo cierto?

Tomé una decisión precipitada, en un instante: «Tienes razón en parte. Parece que mi antepasada, Sondra Alizond–1, estaba involucrada en una conspiración para blanquear dinero a través de la oficina de Trask. Alguien —posiblemente un rival dentro de la conspiración— acabó con Trask prematuramente. Con su alma perdida, la transferencia final no pudo completarse hasta ahora. Dado el tiempo transcurrido y que nadie con un derecho legítimo al dinero podrá presentarse, mis hermanas y yo lo hemos reclamado como un tesoro, y nuestra reclamación ha sido notariada por el Banco del Pueblo Unido de las Profundidades Templadas

del Norte de Tetis. Es demasiado tarde para poner en marcha el intrincado juego de engaños que estabas considerando».

—Tu paranoia está fuera de lugar —dijo Rudi, haciendo una pausa—. Sospecho que lo tienes todo bajo control. ¿Y supongo que encontraste a tu hermana desaparecida con vida? En ese caso, supongo que debería despedirme y…

“¡Espera!” Me tocó a mí hacer una pausa. “Rudi. Antes de que descartes este viaje como una costosa pérdida de tiempo y recursos, ¿te interesaría una propuesta de negocios?”

“Tal vez. ¿Qué tienes en mente?”

“Me gustaría comprar una póliza de seguro.”

—¿Qué tipo de seguro tienes en mente? —preguntó con un tono de diversión distante.

“El más grande y caro.” Me quedé mirando la imagen de su ojo, reflejada en la cámara dentro del casco. “¿Cuánto cuesta contratar a un corsario?”

* * *

Yo —Krina Alizond−114— no estoy acostumbrada a las ostentaciones de la gran riqueza. Reconozco que, según los estándares de muchos, soy una persona privilegiada y poderosa, pero el privilegio y el poder son relativos, y si bien

poseer un solo dólar puede colocar a uno entre los estratos más bajos de los ricos, poseer muchos millones de ellos es algo completamente distinto.

Mientras yo seguía el rastro de Ana hacia el reino oscuro como la tinta de la gente calamar, la sala de llegadas del Taj Beacon acogía una notable procesión de recién llegados.

Y aquí vemos la brecha entre los acomodados y los verdaderamente ricos. Para personas como yo, los viajes interestelares son caros —el coste de una transmisión equivale a los ahorros de varios años— y viajamos con poco equipaje, contratando los servicios que necesitamos al llegar. Pero Sondra viajaba rodeada de un séquito dedicado a su seguridad y comodidad: personas previamente seleccionadas, informadas de sus necesidades específicas y motivadas por la promesa de una bonificación sustancial a su regreso sano y salvo.

Los primeros en llegar fueron los guardaespaldas de Sondra, cuatro de ellos y dos analistas de seguridad. En la sala de llegadas, fueron transferidos a cuerpos normales. Tan pronto como revivieron, llegó el momento de la actualización: supervisaron cuidadosamente a los médicos contratados mientras les instalaban módulos de resistencia a la radiación y al vacío, reflejos mejorados, electrosensores, audición y visión superiores. Una vez actualizados, los guardaespaldas se revisaron entre sí en busca de señales de manipulación. Luego, mientras la siguiente oleada

comenzaba a instalarse en nuevos cuerpos, realizaron un análisis preliminar de amenazas en la estación baliza, identificando facciones y grupos criminales que podrían representar un peligro para su protección.

El primer cuerpo que salió de la sala de llegadas tras la vanguardia de seguridad fue un conserje personal, que viajaba con una cuenta de gastos tan abultada que requería la presencia de los guardaespaldas. Sus tareas estaban preasignadas: encontrar la residencia disponible más adecuada, gestionar el alquiler y luego dar rienda suelta a los analistas de seguridad. Esto implicaba mucho más que simples dormitorios para el séquito y una suite para la propietaria. ¡Para Sondra, no una humilde cápsula de trabajo en un distrito de servicios! Sondra necesitaba un espacio de oficina seguro desde el cual establecer y coordinar una operación de apoyo que extendiera su alcance por todo el sistema estelar. Necesitaba instalaciones palaciegas para agasajar a las personalidades influyentes, a los diplomáticos y a los propietarios de Taj Beacon y los territorios periféricos. Necesitaba alojamiento para los altos ejecutivos de su séquito y espacio para los agentes locales que su gente se preparaba para contratar. Porque, aunque los cuerpos en diversas etapas de descarga y ensamblaje comenzaban a llenar, y luego a desbordar, la sala de llegadas interestelares de la estación baliza, esto era solo el esbozo de la organización en construcción.

Sondra era, me atrevo a decirlo, la jefa de Estado *de facto* de Nueva California. Admito que no ostentaba el *título de jefa de Estado:* pero las presidencias o las coronas exigen que quien las ostenta asista a interminables y tediosas reuniones de comités, banquetes estatales, conferencias y audiencias públicas. Hacía siglos que Sondra no disfrutaba de semejante pompa y ceremonia, de la reiterada afirmación de majestad y autoridad. Por ello, hacía tiempo que se había retirado del gobierno directo, salvo del propio Banco del Sistema de Nueva California, del que seguía siendo Canciller Perpetua. Desde entonces, una sucesión de presidentes había dejado su huella (o al menos su retrato) en lo que una vez fue su palacio. Por lo general, gobernaban con sensatez: es decir, consultaban con la oficina de Sondra, y Sondra siempre daba su aprobación a las políticas que proponían seguir, pues nunca se le presentaba ninguna iniciativa que no hubiera sido examinada minuciosamente en busca de cualquier indicio de que pudiera ofender a una persona tan augusta, cuyo patrimonio neto, según algunas estimaciones, superaba el del propio Estado.

Por lo tanto, no les sorprenderá saber que la llegada de Sondra estuvo acompañada de todo el orgullo, la pompa y la solemnidad propios de la visita de un jefe de Estado, agravada aún más por la condición de la estación baliza como sede del cártel del Banco del Sistema Dojima y de las diversas bolsas, casas de cambio, cooperativas de crédito, sociedades mutualistas, banqueros mercantiles y gentuza oportunista

que obtenía sus ganancias insertándose lo más cerca posible del corazón del comercio interestelar.

La llegada de sus guardaespaldas, personal de seguridad, conserje y gerentes no tardó en llamar la atención de los medios de comunicación y la prensa rosa. Pero la ola de rumores no se intensificó hasta que el mencionado conserje y, posteriormente, dos secretarias privadas, firmaron un contrato de arrendamiento para la sede de la First Mutual (L6) Shiny Society, temporalmente en apuros económicos. (Los Shiny Society habían invertido imprudentemente en el proyecto, ahora paralizado, de construir un ascensor espacial hasta las aguas superficiales de Shin–Tethys. Con un presupuesto excedido y retrasos (como era de esperar de un proyecto especulativo de ingeniería civil que combinaba las características más irritantes de la construcción de puentes y ferrocarriles), el proyecto había agotado su fondo de pensiones, expulsado gases tóxicos y expulsado aún más gases: arrendar su sede a una dignataria visitante les ayudaría a mantenerse a flote un poco más).

Los chismes cobraron fuerza con la llegada de dos auditores de SystemBank New California, quienes se hicieron cargo de la cuenta presidencial. Los rumores alcanzaron su punto álgido cuando un pequeño equipo de recursos humanos llegó y comenzó a contratar personal. Para entonces, reinaba una intensa actividad, con rumores de que Sondra misma estaba descargando información, o que una doble, o quizás Sondra y *tres* dobles. Cualquiera que fuera la verdad, un equipo de

guardias de seguridad se instaló discretamente en la sala de llegadas, con el permiso (obtenido de cualquier manera) de la Junta Directiva de Taj Beacon. Finalmente, una noche, durante el turno de noche, un pequeño ejército salió del antiguo First Mutual y ocupó una suite privada contigua a la sala de llegadas. Se abrieron las puertas. Se introdujeron paquetes discretos en la sala de decantación. Un agente de inmigración fue interrogado de forma perentoria y registrado antes de ser admitido para hacerle las preguntas habituales a un recién llegado, tras lo cual se marchó apresuradamente.

Finalmente, la puerta se abrió. Afuera, en la plaza frente a la entrada principal de la terminal de balizas, se había formado una pequeña multitud de chismosos, curiosos, turistas y carteristas que los acechaban; pero se llevarían una decepción, pues emergió una sólida falange de guardaespaldas, agrupados alrededor de un superior invisible. Sus ojos y demás sentidos apuntaban hacia afuera, escudriñando agresivamente a los presentes en busca de amenazas. Una limusina de discreción aburrida se detuvo, desplegó paneles laterales en forma de hoja y extendió una alfombra de terciopelo rojo hacia los pies del cortejo. Engulló al grupo principal mientras más guardias mantenían a raya a los curiosos: luego se alejó hacia un conducto de carga.

“¿Está todo claro?”, preguntó uno de los analistas de seguridad, siempre despiertos y en constante vigilancia.

“Eso parece.” El guardia que monitoreaba la telemetría de la limusina hizo una pausa: “Sí, parece que salió de la zona sin detectar ningún dispositivo de rastreo. Ya podemos irnos.”

—Mi señora… —La analista de seguridad se dirigió a la secretaria privada. Era parecida a mí: delgada, con ojos pálidos e inexpresivos y una tez de color azul turquesa. Su cabello era tan negro como el antiguo traje formal de su oficina.

Ella arqueó una ceja. "¿Sí, Jean?"

“El público ya está plenamente informado de que la sonda Sondra Alizond–1 ha llegado a Taj Beacon sin incidentes.”

—Bien —asintió la secretaria privada. Finalmente, tras veinte días de actividad frenética, sus labios esbozaron una leve sonrisa de humor—. Entonces, nuestro trabajo aquí ha terminado y es hora de subir los archivos a nuestro próximo destino.

“¿Las coordenadas oscuras?” A la analista de seguridad le habían pedido que hiciera muchas cosas al servicio de su empleadora, pero subir datos al canal de salida de una estación baliza a través de un láser apuntando al espacio vacío, lejos de cualquier sistema estelar habitado, fue una de las experiencias más inquietantes que jamás había tenido.

—Sí. Solo que no estará oscuras cuando lleguemos. —Se giró y se dirigió hacia el pasillo que conducía a la terminal de

salidas. Los dos guardaespaldas restantes se apresuraron a colocarse delante de ella—. Es hora de activar el Plan B. Es una lástima que el zombi haya fallado: todo habría sido mucho más fácil si solo hubiera una hija entrometida a la que silenciar.

* * *

«Probablemente se pregunte por qué he solicitado esta audiencia, Su Alteza», dijo la sacerdotisa a la Reina. (Un observador podría haberlas confundido con hermanas, por sus expresiones de altivez similares). Se encontraba frente al estanque real, flanqueada por dos diáconos con túnicas y trajes espaciales, con tal aplomo que sus papeles podrían haberse invertido: la suplicante visitante y la monarca entronizada.

—¿Preguntándome? No, en realidad no. —Medea esbozó una mueca—. Persigues el mismo objetivo que todos los demás, eso está perfectamente claro. Que sea por tu propio bien o por el de tu Iglesia es irrelevante —ignoró el erizado apenas disimulado del séquito de la sacerdotisa—, salvo por el hecho de que entraste en mi reino dando refugio a una asesina. Quien, para colmo, acabó con la vida de una de nosotras. Eso no es motivo de *asombro,* Su Gracia, sino de ira y del deseo de dar un escarmiento al malhechor para que otros no sigan su ejemplo. La cabeza no descansa tranquila, y

así sucesivamente. Nos has hecho perder tiempo, nos has hecho perder dinero, pero eso es insignificante comparado con el hecho de que nos has hecho perder seguridad. Así que, si aún quieres hacerlo, di lo que creas que salvará tu lamentable misión.

La sacerdotisa no mostró ninguna señal de alarma ante esta siniestra insinuación, aunque difícilmente podía ignorar la cerca de alambre de púas que separaba a su grupo del estanque real, ni a los guardias del palacio apostados por doquier. Ni siquiera el cuerpo desnudo y atado de la asesina, sujeto con grapas de púas a la cruz de acero inoxidable detrás de la reina, que aún se estremecía de vez en cuando. Si bien la Iglesia tenía relativamente pocos seguidores en Shin–Tethys, no carecía de influencia en el ámbito interestelar: aunque Medea pudiera fulminar y amenazar, la probabilidad de que cumpliera tales amenazas debía sopesarse con su certero conocimiento de las sanciones comerciales que se avecinaban.

«Me enviaron aquí para traer la bendición y la luz de los Frágiles a este mundo», dijo Cybelle con voz firme. «Y así lo he hecho, aunque no de forma menos imperfecta de lo habitual en este tipo de misiones. Su Santidad el Obispo Mallory también me encomendó la misión de dar descanso eterno al alma de uno de nuestros feligreses y predicadores más ancianos, el Reverendo Gould». Señaló con un gesto sutil el cuerpo a su izquierda. Gould yacía encorvado, atrapado en su exoesqueleto de alta rigidez, murmurando oraciones en

un tono monótono y silencioso: no mostraba ninguna señal de ser consciente de su entorno. No les aburriré con su nombre anterior: sus pecados han sido lavados al servicio de la santa doble hélice. Pero en su vida anterior, fue uno de los autores de un crimen y, como beneficiario de una fortuna mal habida, esperaba recibir una recompensa sustancial. Dicha recompensa… baste decir que nunca llegó. Lo más desconcertante del asunto, sin embargo, es que se suponía que se recibiría mediante una transferencia de dinero lenta; que se originaría a través de una persona que en ese momento era fideicomisaria sénior de SystemBank Hector. ¿Han oído hablar de ella? Su nombre es Sondra Alizond−1.

Medea sí había oído hablar de ella: un espasmo involuntario de su cola golpeó la superficie de la piscina real como una carga explosiva, creando una ola que se extendió por el borde y el suelo de mosaico de la sala de audiencias. —¿Puedes corroborar esto? —preguntó, inclinándose hacia adelante con entusiasmo.

—Por supuesto —dijo Cybelle, sacudiendo la correa que sostenía en una mano, tensándola—. El padre Gould se acercó arrastrando los pies. —Mi hermano, en carne y hueso, hizo voto de pobreza y cedió todos sus bienes a la Madre Iglesia. Tengo la declaración notariada que hizo para probarlo. La mayor parte de su patrimonio consiste en un instrumento de dinero lento que fue enviado en su nombre desde SystemBank Hector a su cuenta en SystemBank Dojima, pero cuya transacción no se completó, pues Trask, el

banquero que actuaba como representante de mi humilde hermano, desapareció. —Cybelle se encontró con la mirada incrédula de la monarca—. Y ahora sabemos de qué se trata, ¿no? Las dos partes de la transacción desaparecida han sido localizadas por investigadores en diferentes sistemas. Las hermanas Alizond evidentemente trabajan en contra de los deseos de su propietario. Bastaría con que se descubrieran los chips del cuerpo o del alma de Ivar Trask–1, y… —Su encogimiento de hombros fue elocuente. "¿Sabe *usted* dónde desapareció Trask, Su Majestad?"

—Vas a decirnos que tu presencia aquí, en este sistema y en este momento, no es una coincidencia —afirmó la Reina. Y luego vas a añadir que tu iglesia cree en pagar sus cuotas por los servicios de la autoridad temporal, ¿no es así? —Sostuvo la mirada fija en Cybelle, sin pestañear—. Cincuenta por ciento. Lo tomas o lo dejas.

"Usted plantea un interesante dilema para la Madre Iglesia, Su Majestad. ¿Ofrece su gobierno algo útil a cambio de ese impuesto extraordinario?"

—Sí, creemos que sí. Medea miró a un lado por un momento y asintió con la cabeza a un cortesano. Veamos. Ustedes tienen derecho al instrumento y a un vehículo en órbita. Nosotros tenemos un reino que, casualmente, se encuentra sobre el Abismo de Antares, donde esperan encontrar a nuestros malhechores, y un sistema judicial reconocido en todo el Sistema Dojima. Y los malhechores en

cuestión, a su vez, vinieron aquí porque el último avistamiento registrado de Ivar Trask–1 fue en la República de Ballard, que en aquel entonces se ubicaba sobre el Abismo de Antares. Se podría suponer que una de las víctimas de esta, ah, conspiración lo alcanzó. O que estaba tramando algo más y pagó las consecuencias. (Una vez criminal, siempre criminal). Pero en cualquier caso, esto dejó a su sacerdote aquí en una situación difícil, pero con derecho al bien. Y ahora desean que el Reino de Argos les ayude a recuperar los fondos de sus actuales custodios ilegales, incluso si eso significa pagar un impuesto extraordinario sobre la suma. ¿Cuánto esperan?

"Cinco millones ochocientos mil lentos. Más o menos unos miles."

Las mejillas de Medea se arrugaron. «Creemos que la parte que le corresponde al Estado de esa suma cubrirá *muchos* servicios. Ahora bien, si van a colaborar con nosotros, creemos que debemos ser plenamente conscientes de la gravedad de la situación. Así que, tal vez podrían empezar por contarnos todo lo que saben sobre la *verdadera* Krina Alizond–114…»

* * *

Para que no duden de mi cordura al confiar en ese zorro volador, Rudi, debo decir en mi defensa que me pareció la

opción menos mala del poco apetitoso menú que tenía a mi disposición en ese momento.

Consideren mis circunstancias:

Creo que Ana podía valerse por sí misma. Sin duda, con el apoyo de la nación calamar y su parte de nuestro tesoro común, podría desaparecer en las profundidades de tal manera que sería muy difícil encontrarla. Y si cumpliera su propósito declarado de unir su riqueza con la de su pueblo elegido, nadie tendría motivo alguno (excepto, quizás, Sondra en su faceta más vengativa y demencial) para ir tras ella.

Andrea estaba fuera de juego. Así que, ya fuera muerta o a salvo, me daba igual en el futuro inmediato.

Yo, sin embargo, acababa de heredar casi *dos millones* de dólares lentos. No solo eso, sino que también había heredado los chips de alma de un banquero fallecido hacía mucho tiempo y misteriosamente desaparecido, quien claramente había estado implicado en la cadena de lavado de dinero que manejaba las ganancias de la estafa de la Atlántida. El dinero en mi segundo hueco para chips de alma era prueba de la magnitud del crimen. Después de casi dos mil años, era prácticamente imposible que las víctimas originales estuvieran en posición de vengarse de mí. Sin embargo, los miembros supervivientes de la red criminal eran otro asunto completamente distinto: Sondra, mi propia matriarca y

antigua dueña de esclavos. Además, semejante cantidad de dinero atrae a ladrones de todo tipo, desde matones callejeros hasta jefes de Estado. Dos millones de dólares lentos equivalen aproximadamente al valor de toda la infraestructura de una nación de tamaño medio en Shin–Tethys. Con ello te alcanza para comprar una participación fundadora en una nave estelar colonial, y además una participación fundadora *muy grande: suficiente para garantizarte un puesto en el consejo de administración, si no la presidencia.*

El lugar correcto para tales sumas es una bóveda, bajo vigilancia, con acceso controlado por barreras de protocolo y proceso, para ser utilizada como reserva de capital contra préstamos con intereses. Pero en ese momento estaba atascando mi chip del alma. Y para colmo, parecía que todo el mundo lo sabía. O si no lo *sabían,* lo *sospechaban.* La tripulación de la Capilla de Nuestra Señora de la Santa Endonucleasa de Restricción había estado involucrada, directa o indirectamente; tal vez los tesoreros de la propia Iglesia Madre se habían enterado de la estafa a lo largo de los siglos y habían enviado a la capilla a husmear por el Sistema Dojima. Rudi, por su parte, se había asegurado de que yo no lo tenía realmente, pero que estaba en el juego, momento en el que había pasado rápidamente de captor pirata a amigable consejero. Uno podría suponer razonablemente que la Reina Medea tenía sus sospechas, ya que, por lo que yo sabía,

también las tenía cada tribu de contables corruptos en un radio de doce años luz.

Finalmente, la presencia de mi acosadora y los mensajes cada vez más atemorizados de Andrea me indicaron que Sondra, como mínimo, era consciente de la existencia de nuestra conspiración y estaba intentando contactarme. Su nivel de desesperación era una incógnita. Si lo único que la preocupaba era la pérdida de casi seis millones de dólares del fondo Atlantis, podría contentarse con enviar una horda de asesinos y difamarme por todo el espacio. Pero si se sentía vulnerable, ya fuera por los conspiradores enfurecidos por la pérdida de su inversión o por el miedo a las represalias de las víctimas de la estafa (al fin y al cabo, algunas de ellas habían sido lo suficientemente insensatas como para crear un complejo militar–industrial interestelar en respuesta), podría decidir dedicarse a hacerme la vida lo más corta y miserable posible.

Me dio un escalofrío, como si tuviera una diana tatuada entre los omóplatos. Por eso recurrí a Rudi. Su codicia era evidente, pero como banquero y suscriptor, sentí que podía comprender su motivación. Y, más importante aún, su estructura institucional le impediría manipularme sin más y robarme mis bienes. Sería perjudicial para el futuro del negocio sacrificar la buena voluntad de los inversores de forma tan burda. ¿Para qué molestarse, si podía ofrecerme una cuenta de depósito y luego exprimirme con comisiones bancarias hasta la saciedad?

La mejor cuenta de depósito para dinero lento se encuentra en otro sistema estelar. Mi plan de escape se estaba aclarando: primero, contratar los servicios de un mercenario vinculado a un banco; segundo, depositar mi fortuna en su institución matriz, a cambio de suficientes acciones de ese augusto organismo para garantizar tanto la supervisión como un mínimo de transparencia. Dada la cantidad de dinero en juego, un puesto de consejero no ejecutivo no era descabellado. Tercero, tenía la intención de organizar mi propia transferencia a un destino donde Sondra no pudiera atraparme. Y después de eso, podría pensar en construir una nueva vida para mí.

Por supuesto, había ciertos obstáculos.

* * *

—¿Y qué vas a hacer ahora que eres fabulosamente, inimaginablemente rica? —preguntó Ana.

—Voy a... —Me detuve—. Sabes, nunca he pensado mucho en qué haría si me volviera fabulosamente, inimaginablemente rica. Aparte de no seguir el ejemplo de mi madre, claro. Eso es obvio. —Mi hermana asintió con seriedad.

—Podrías devolvérselo —propuso Ana. La miré fijamente, tratando de averiguar si hablaba en serio o no.

«Aún querría castigarme. Por conspirar a sus espaldas, si no por otra cosa: por recuperar una fortuna que creía perdida para siempre, sin su permiso. Por retener tu parte. Por Andrea. ¿Y de qué serviría, de todos modos? Incluso si pudiera pagar la deuda de honor que sin duda cree que le debo con la moneda denominada por su propia identidad, siempre nos verá como meras extensiones de su voluntad: peones traicioneros e indeseables, para usar y desechar a su antojo.»

—Bueno, entonces. —La sonrisa de Ana era etérea, como un juego de ángulos y sombras en la penumbra de la oficina. Vuelvo a preguntar: ¿Qué vas a hacer?

—Voy a… —De nuevo, me quedé en silencio. Las posibilidades eran ilimitadas y a la vez asfixiantes. Lo intenté otra vez—. Es dinero que se gana poco a poco. Es bueno para todas las deudas. Es bueno para *la vida*… Tengo tanto que podría comprar una nave espacial, construir una colonia interestelar, proclamarme monarca…

“¿Por qué querrías hacer eso?”

Negué con la cabeza, sintiendo los dedos invisibles del agua tirando de mi cabello trenzado. "¡Haces las preguntas más incómodas, hermana!"

“En realidad no.” Inclinó la cabeza para observarme desde otro ángulo. “Consideremos los orígenes del dinero: el dinero

es lo que creamos para pagar deudas, ¿no? El dinero lento se crea para pagar un tipo de deuda muy específico: la deuda contraída por la colonización de nuevos sistemas estelares. Es una deuda tan enorme que no hay mucho que podamos hacer con ella, salvo moverla de un lado a otro para tapar las grietas cuando intercambiamos información valiosa a través de distancias interestelares. ¿Usarla como reserva de valor? Es demasiado lenta para cualquier cosa que no sea respaldar instrumentos financieros, dinero a medio plazo. Puedes pasar cómodamente el resto de tu esperanza de vida en el lujo usando una diezmilésima parte de lo que tienes ahora, Krina. Incluso puedes continuar como una erudita mendicante, escribiendo tus fascinantes artículos sobre la historia del fraude. Pero el dinero lento seguirá ahí. Conviértelo en dinero rápido y te ahogarías bajo su peso. No podrías gastarlo lo suficientemente rápido: ni siquiera podrías regalarlo en pedazos. Tu fortuna, Krina, solo puede agotarse de forma realista fundando uno o dos sistemas solares nuevos. Y a menos que si decides hacer eso, te perseguirá el resto de tu vida, eclipsando cualquier otra cosa que hagas.

—¿Es por eso que estás tirando tu parte? —pregunté.

Ana podría haberse ofendido por mi descripción de sus acciones, pero simplemente asintió. «Sí», dijo. «Solo que no lo voy a tirar. El Pueblo sabe qué hacer con él. Hay un plan: estamos a menos de tres años luz de una estrella enana de clase M aún no reclamada que alberga un prometedor gigante de agua. Por supuesto, está en rotación síncrona y es

un engorro alcanzar la órbita desde allí, pero tiene más de seis veces el volumen habitable de Shin–Tethys. Creemos que debería ser habitable con solo unas mínimas mejoras en nuestra ciencia y tecnología. Con mi parte añadida a los recursos del pueblo, apenas habrá deuda fundacional; planeamos establecer un mundo completamente libre de dinero, un mundo poblado por una nueva humanidad teuthidiana[16], con una sociedad basada en el consenso, no en la deuda, y en el respeto a la autonomía colectiva, no al comercio competitivo. ¡Un mundo donde la palabra "libre" no será necesaria porque nada costará nada y todo será alcanzable!» Su piel resplandecía con el brillo nacarado de su entusiasmo por el radiante futuro de la nación calamar comunista libertaria: “¡Voy a traer el Jubileo! Al menos para el pueblo calamar”.

—Creo que has perdido la cabeza —dije—. Pero si lo que quieres es burlarte de Sondra, no se me ocurre mejor manera de hacerlo.

“Si quieres, puedes unirte a nosotros. Serás muy bienvenida.”

“¡Pero no quiero fundar una colonia!”, me costaba comprender mi propia convicción visceral de que esa sería la decisión equivocada para mi futuro.

16 Los téutidos (Teuthida) son un orden de moluscos cefalópodos conocidos vulgarmente como calamares.

“Es duro. Cuando tienes un dólar lento, tienes una fortuna. Cuando tienes un millón de dólares lentos, la fortuna te tiene *a ti.* Tienes que moverte pronto, o Sondra intentará sacarte a la luz su pérdida —sea o no una pérdida real—. Pero incluso si logras evadirla, tarde o temprano tendrás que decidir qué harás con el resto de tu vida. De lo contrario, el Carnet de Atlantis te perseguirá como una pesadilla.”

—Gracias, hermana —dije con el mayor énfasis sarcástico posible—. ¿Tienes alguna otra sugerencia?

“No, pero tengo una petición. Mensaje para Rudi: Dile que todavía lo recuerdo con cariño y que todo va según lo previsto…”

* * *

Es un hecho ampliamente conocido que la guerra interestelar es imposible.

Las naves estelares son prohibitivamente caras. Cuestan millones de dólares, con un tiempo de construcción que se mide en décadas y una duración de vuelo en siglos. Ante este hecho tan inconveniente, es casi imposible imaginar cómo un agresor podría recuperar el coste de la construcción de una nave de guerra. Tampoco es fácil ocultar un proyecto así: las naves estelares son proyectos de prestigio, grandes y costosos; si alguien construyera un vehículo de este tipo y lo

lanzara hacia un sistema solar ya habitado, los habitantes locales tendrían siglos para preparar una cálida bienvenida. No hay forma sensata de obtener beneficios mediante la invasión y la conquista: el comercio interestelar viaja por la luz, en forma de información, no como mercancías físicas. Desde cualquier punto de vista racional, el dinero gastado en una nave de guerra estaría mejor invertido en un proyecto de colonia dirigido a un sistema estelar deshabitado; y, en cualquier caso, se tarda tanto en construir una nave estelar que cualquier locura pasajera que motivara tal gesto se desvanecería mucho antes de que la nave de guerra pudiera construirse y lanzarse.

Por desgracia, nadie se lo dijo a mi madre.

Capítulo XV

VENGANZA FRÍA

En una bóveda oscura y medio congelada a bordo de un pecio que flotaba entre las estrellas, algo se removió.

(Oscuridad, frío y polvo.)

Durante casi dos milenios, la *Venganza* había vagado en un frío aislamiento, con sus sistemas inactivos y su tripulación mínima superviviente tan sumida en un tiempo lento que equivalía a una animación suspendida.

Permítanme esbozarles un plano de la *Venganza:*

La parte frontal de la nave, de forma aproximadamente cilíndrica, es un disco plano de blindaje de berilio que originalmente tenía casi treinta centímetros de espesor; está picado y erosionado hasta la mitad de esa profundidad, resultado de muchos siglos de exposición al polvo y los gases del medio interestelar. Detrás de él, se encuentran instalaciones activas de radar y de antenas de fase para detectar y vaporizar los granos de polvo entrantes.

Detrás del escudo frontal y los sensores, una voluminosa serie de tanques de combustible y máquinas fuera de servicio rodean el núcleo central de servicio y mando. A un lado, los comunicadores interestelares —telescopios y transmisores láser— yacen protegidos por los tanques de combustible, conectados a una estación de baliza que ahora se encuentra a tan solo una fracción de segundo de arco del centro de la estrella hacia la que se dirige la *Venganza.* Detrás de ellos esperan los reactores de fusión fríos e inactivos necesarios para la desaceleración y las maniobras al llegar; y luego más tanques de combustible.

La *Venganza* fue construida para viajar a casi el 1 % de la velocidad de la luz: a máxima velocidad, cruzaría el espacio entre la Tierra y su luna en quince segundos, recorriendo la distancia entre la Tierra y el lejano Plutón en semanas. El hecho de que tardara siglos o milenios en viajar entre las estrellas más cercanas evidencia la inmensa escala del espacio interestelar.

Hasta este punto, la *Venganza* era como cualquier otra nave estelar. Su diferencia radicaba en la mentalidad y el entrenamiento de su tripulación, y en la naturaleza de su carga. Una nave normal podría transportar sondas de exploración y herramientas para la minería de asteroides, incubadoras de mecanocitos y colonos entusiastas. La *Venganza* transportaba mil toneladas de uranio enriquecido, los reactores rápidos y los tanques de reprocesamiento necesarios para convertir las reservas en plutonio, y las fábricas de bombas con las que saldar una terrible deuda.

(Frío, polvo, oscuridad.)

Construida tras el frenesí que siguió a la desaparición de la Atlántida y la primera verdadera depresión que afectó a la economía interestelar en más de dos milenios, la *Venganza* fue la tercera (y última) nave estelar enviada a ese sistema estelar. Las dos primeras naves perdieron contacto abruptamente tras alcanzar la velocidad de crucero: los acreedores restantes, indignados, sacaron la conclusión más obvia. Una vez podría ser un accidente, dos veces una coincidencia... pero ¿por qué arriesgarse? Nadie había construido jamás una nave de guerra interestelar (aunque las feroces disputas entre colonias rivales de baja gravedad y repúblicas asteroidales degeneraban ocasionalmente en combates, que generalmente terminaban con el repentino descubrimiento de que el universo mismo estaba más que dispuesto a fomentar la matanza). Pero el principio parecía bastante obvio: sería una variante especializada de la

arquitectura normal de las naves estelares, bien conocida, diseñada para transportar e implantar un complejo militar–industrial en el corazón de un sistema ya colonizado. A su llegada, abriría sus receptores y descargaría planos de armas y personal actualizados para establecer una cabeza de playa en tierras desconocidas, y la industria manufacturera de la que provenía solo daría frutos amargos. Por supuesto, solo los acreedores más desesperados estaban lo suficientemente locos como para creer en esta teoría; pero también lo suficientemente locos como para apostarlo todo.

Luego, cincuenta años después de su partida, el *Vengeance* también dejó de funcionar.

(Polvo, oscuridad, frío.)

* * *

"¿Están seguros de que esto es completamente seguro?", pregunté, mientras los seres con aspecto de calamar me sujetaban a la parte inferior del batiscafo y me insertaban cánulas de alivio de presión en las arterias.

—Estoy seguro de que es seguro —dijo Rudi zumbando desde algún lugar del interior de su esfera hiperdiamante de veinte centímetros de grosor—. No vamos a ascender tan rápido que no tengas tiempo de desplegar tus adaptaciones a la presión, ¿verdad? No sería buena idea convertir tu

cerebro en basura antes de que abras tu nueva cuenta bancaria, ¿no? —Se escuchó una risa aguda y crepitante.

Me picaban los huecos vacíos de los chips de alma en la parte posterior del cráneo. Apreté los dientes y concentré mi atención en los médicos calamares que rebotaban y aleteaban a mi alrededor, blandiendo bisturíes, tanques de robots y viscosos apéndices de gel adhesivo. "¿Cómo funciona esto?"

«Afirmación: Es muy seguro», dijo uno de los calamares —creo que a este lo llamaban «color de eritrocitos yanqui»—. «Afirmación: Es un procedimiento médico estándar seguro para el ascenso rápido a la altitud de la superficie. Velocidad máxima de ascenso: dos kilómetros por hora, con una pausa de diez minutos en cada nivel de dos kilómetros. Además, habrá tres etapas de reinicio importantes de una hora cada una, durante las cuales deberá llevarse a cabo la reestructuración mecanosómica. El sistema es totalmente automático, acelerado por la perfusión sanguínea externa para prevenir embolias durante la descompresión final».

Maravilloso: ¡Iban a conectarme a una máquina externa de corazón y pulmones para prevenir la enfermedad por descompresión! Sin duda sabían lo que hacían: pero si algo salía mal, podría desangrarme en minutos, mucho antes de llegar a la superficie. Puse los ojos en blanco y me recosté mientras otros dos calamares me tejían una hamaca.

«Afirmación: Hacemos esto regularmente con aquellos que necesitan visitar la superficie», dijo “color de los eritrocitos yanqui”. (Creo que intentaban tranquilizar). «Casi nunca falla. Y si falla, la muerte es indolora».

Intenté no pensar en la muerte por descompresión explosiva. «Rudi, ¿qué pasa cuando llegamos a la superficie?», pregunté.

Un chirrido como el de zorros voladores furiosos llenó mis oídos por un instante. Luego: «Todo depende de hacia dónde decida saltar Medea», dijo, sin sonar del todo tranquilizador. «Pero tus amigos tentáculos afirman tener un plan. Dicen que hay un vehículo de carga repostado y listo para despegar. Hay espacio para nuestra cápsula en la parte superior».

—Un cargamento... —Hice una pausa—. Estamos hablando de una solución de uranio altamente enriquecido, ¿no es así?

“Eso *es* lo que buscábamos”, asintió Rudi.

“Estamos hablando de múltiples masas críticas de esa sustancia, ¿no?”

“¡Muchísimos miles de critmasas de jugo explosivo, sí!”

“Lanzan esas cosas usando un cohete nuclear de agua salada, ¿no? ¿Con qué frecuencia explotan?”

—Solo el uno por ciento de las veces —dijo Rudi, con la voz más pausada, como si una momentánea incertidumbre lo invadiera—. Pero creo que es más seguro que depositar todas tus esperanzas en Medea.

“¿Ah, sí? ¿Por qué piensas eso?”

“Tengo entendido que ha estado entreteniendo a la sacerdotisa Cibeles, quien sin duda le ha estado envenenando los oídos y manchando la reputación de ambas.”

Si mis pulmones hubieran funcionado, habría suspirado. "¿Tienes alguna buena noticia que dar, Rudi?"

“Nada. Bueno, rumores de que un dignatario muy rico de Nueva California llegará a Taj Beacon, pero eso es una tontería y desinformación. Tu madre no te buscaría en persona, ¿verdad?”

Me quedé callada, aunque sus palabras me helaron la sangre. Si Sondra me había seguido en persona, debía asegurarme de que Rudi tuviera el menor contacto posible con ella: podría traicionarme. Ese era uno de los mayores riesgos. El otro... bueno, ¿qué creía que podía lograr aquí? ¿Impedirme la transmisión a través de la estación baliza? ¿*Destruir* la estación baliza? ¿Matar a cualquiera que tuviera la más mínima sospecha de su implicación en el crimen del milenio? No tenía ni idea. De lo único que podía estar segura

era de que su presencia aquí implicaba cierto grado de desequilibrio, lo que la hacía extremadamente peligrosa.

“Tenemos que desactivar la retina pronto, Krina; no queremos arriesgarnos a emitir señales de identificación durante el ascenso. Dejé a Dent en Argos con instrucciones para que recuperara el módulo de aterrizaje. Con suerte, para cuando lo necesitemos, habrá encontrado la manera de devolverlo a órbita sin alertar a las autoridades. Es muy bueno encontrando, eh, mercados poco convencionales.”

¿Un perito contable con talento para descubrir mercados poco convencionales? Supongo que un pirata informático necesitaría a alguien con esas habilidades. Solo me quedaba esperar que Dent fuera lo suficientemente bueno como para no ser detectado.

El tiempo transcurrió entre una bruma de aprensión mientras continuaban los preparativos para el lanzamiento. Finalmente, una vez concluido su trabajo, el equipo de tierra —por decirlo de alguna manera— partió a toda velocidad, dejando atrás una figura: una sirena, de un azul plateado que contrastaba con el brillante telón de fondo de la ciudad bajo nosotros. Nadó lentamente hacia mí y luego dio una vuelta alrededor del batiscafo. —¿Ana? —la llamé.

Mi hermana nadó hacia mí, acercándose hasta quedar suspendida en el agua a escasos centímetros de distancia. —Krina —dijo con torpeza.

—Cuídate —dije—. Quiero decir, cuídate.

“No hemos tenido suficiente tiempo juntas.” Otra pausa incómoda. “Llevaba mucho tiempo esperando tu visita. Y ahora, esto.”

—Y eso —asentí—. ¿Estás segura de que te vas a unir a ellos?

Sonrió con tristeza. «Sí». Y pude ver que lo decía en serio. Nuestra relación de hermanas no es la de una familia unida y cariñosa. «La Gente tiene algo que siempre he necesitado. No soy tan autosuficiente como tú, Krina. Solo espero que algún día encuentres a alguien que te quiera».

“Ya tengo mi investigación.” Experimenté con los músculos faciales devolviéndole la sonrisa.

Para mi sorpresa, se inclinó hacia adelante y me besó suavemente en los labios. «Vete ya», dijo. «Aléjate de la sombra de mamá y descubre quién eres. Crea riqueza en lugar de acumular dinero. Vive la vida».

—Haré lo mejor que pueda —empecé a decir, mientras una sacudida recorría la hamaca que me rodeaba—. ¡Oh! Ana. ¡Buena suerte!

Ella seguía observándome mientras el sumergible se elevaba, alejándose hacia la oscura y aceitosa capa que cubría la ciudad sumergida de Hades–4. Y entonces me encontré

sola en la aplastante oscuridad y el frío, preguntándome si había cometido un terrible error.

* * *

Sondra despertó lentamente en su capullo: parpadeó y luego abrió los ojos en su nuevo cuerpo.

¿Se detuvo un instante para saborear su triunfo? No creo que lo hiciera. Mi ancestra era, ante todo, decidida, distante y controladora. Había planeado esta eventualidad hacía tanto tiempo que se había fusionado con lo efímero de la historia, integrándose en los restos definitorios de su existencia. Había replanteado su identidad muchas veces, reinventándose en torno a esta constante: que era la banquera de la conspiración, que los accionistas se reunirían a su debido tiempo en el Sistema Dojima para el ensamblaje final y la liquidación del vehículo de inversión... y que tendría un as bajo la manga. *Venganza,* la nave en la que había invertido durante los siglos de caos: la nave de la que había escogido a una décima parte de la tripulación, sirvientes seleccionados y cuidadosamente entrenados que, llegado el momento, se habían reunido en sus puestos de guardia, habían acatado su orden y habían enviado con calma a sus compañeros de tripulación inconscientes y de ritmo lento al vacío del espacio interestelar.

Una vez restablecido el control, encendieron los motores principales para una maniobra de propulsión no programada. *La Venganza* había despegado de Héctor en dirección a Atlantis. Dojima se encontraba a tan solo diez grados de la línea recta que unía Héctor con Atlantis, a casi diez años luz de distancia. Tras la maniobra, la nueva trayectoria de *la Venganza* la desviaría de su destino original por más de un millón de segundos luz... y convergería con el Sistema Dojima algo más de mil años después.

La Venganza nunca tuvo como objetivo llegar a la Atlántida. Pero ahora se acercaba al final de su viaje y a su verdadero destino: y Sondra tenía un propósito para ella.

Sus manos tiraron de la parte exterior de su capullo, desprendiendo el aislamiento fibroso. Sondra extendió la mano, sintiendo el pulso del líquido circulatorio en sus brazos, y tanteó el cierre interno. Sus pulmones se llenaron: había aire allí, rancio, frío y con sabor metálico. «Ayúdenme, por favor», dijo, transmitiendo mediante electrosensores en lugar de toscas vibraciones acústicas.

“Sí, capitán.” El capullo comenzó a abrirse.

Sondra nació en el crepúsculo iluminado por la luz roja del puente de mando de la nave de guerra, rodeada de guerreros nacidos de pesadillas. La nave seguía en caída libre, con el motor principal apagado. Una red de alta tensión que se extendía desde las paredes hasta el techo y el suelo por todo

el espacio le daba la atmósfera de una antigua y abandonada guarida de telarañas en forma de embudo, pues gran parte de la malla era vieja y quebradiza, las cintas de grafeno dañadas por la larga exposición a la radiación y cubiertas por el polvo de los siglos. Una red amarilla fresca, recién tendida por los marines con cuerpos de combate arácnidos que trabajaban diligentemente al otro lado del puente, mostraba dónde se estaba llevando a cabo el proceso de reacondicionamiento. Mientras tanto, la guardia nocturna en el puente vigilaba a su capitán: figuras esqueléticas humanoides con enormes cuencas oculares chibi[17] que albergaban ópticas de lentes negras, sus músculos deliberadamente atenuados para ahorrar masa en microgravedad, la piel reemplazada por armadura. «Capitán», siseó la figura más cercana, «estamos listos para comenzar el reanimamiento de la tripulación y el reacondicionamiento previo a la desaceleración».

—Bien. Sondra se incorporó y comenzó a abrirse paso a duras penas para salir del capullo. Ella también estaba anormalmente delgada, fláccida y cubierta de una coraza, una parodia de la forma que había llevado hasta la terminal de salidas del Taj Beacon: un cuerpo de batalla. —¿Dónde está Jean?

17 Chibi es un sustantivo originario del idioma japonés que describe a una persona pequeña o un niño.

“El teniente está inspeccionando la fábrica principal de bombas, capitán. Indicó que le entregaría un informe completo poco después de su llegada.”

—Bien —dijo Sondra, liberándose del capullo. Extendió la mano, se agarró a una red de soporte y se giró para orientarse en la silla del capitán, en el centro del módulo—. ¿Quién es el siguiente en la lista?

“Nuestras reservas de entrada están llenas: esperamos la resurrección completa de la tripulación en cuatro días estándar, pero por el momento, el teniente ordenó a Llegadas que priorizara la construcción de su cuerpo, Capitán. El Jefe de Operaciones Mao será el siguiente en eclosionar, y luego seguiremos con el resto de la lista.”

“Hmm.” Sondra pensó un momento. “¿Y a qué distancia estamos de comenzar nuestra maniobra inicial de desaceleración?”

“Tenga paciencia, por favor… estamos a menos de dieciocho horas luz de la puerta de entrada.” El oficial de guardia consultó una lista de verificación que colgaba de una pared. “Ciento cincuenta días a bordo, y el motor principal estará listo para entrar en funcionamiento. En ese momento estaremos a otras sesenta horas luz del núcleo principal de Dojima. Calculen un año para desacelerar hasta alcanzar la velocidad orbital estelar…”

“No haremos eso. Los acontecimientos se han adelantado al cronograma previsto y tardaríamos demasiado en ralentizar el proceso y ejecutar el plan de misión original. Ya tenemos personal a bordo del Taj Beacon y un enlace bidireccional operativo.”

—¿Capitán? —El alférez, con aspecto de esqueleto, sonaba inseguro.

“No vamos a desacelerar. Nuestra tarea es presionar el ataque hasta agotar toda la masa de reacción y las reservas de energía. Luego abandonaremos la nave y nos conectaremos con Taj Beacon, dejando atrás una carga explosiva. Tenemos el impulso y la sorpresa a nuestro favor: no pienso desaprovecharlos.” Sonrió a la oscuridad: “Mis hijas traidoras y sus aliados deben recibir una lección. Una que no vivirán lo suficiente para olvidar.”

* * *

Todo lo que baja tiene que subir, sobre todo cuando hay un gradiente de presión generado por una columna de agua de cuarenta kilómetros de altura. Por otro lado, la resistencia de un cuerpo irregular abriéndose paso a través de todo ese líquido no es insignificante. Así que permanecí suspendida en la oscuridad bajo el batiscafo durante un buen rato, intentando no pensar en los posibles problemas del ascenso

y concentrándome en las atractivas oportunidades que se abrían ante mí.

No se me ocurría ninguna.

Soy Krina Alizond−114, y nací endeudada como esclava en los bancos de Nueva California. Durante décadas saldé mi deuda de existencia y adquirí cierta seguridad como ciudadana autónoma. Cumplía con mis tareas asignadas y cultivaba mi pasatiempo en mi tiempo libre, un pasatiempo que me había sugerido mi trabajo: un entretenimiento rentable que, casualmente, llenaba los vacíos en los registros de mi empleador y me reportaba una pequeña ganancia. Hasta que Andrea y Ana (y otras a quienes no nombraré) me arrastraron al juego más grande de todos: intentar encontrar pruebas de que la desaparición de la Atlántida fue el estallido final de un fraude monumental. Pero eso también era una distracción y un entretenimiento: jamás imaginé que todo explotaría bajo mis pies, que podríamos demostrar nuestra hipótesis y, al mismo tiempo, ofender a nuestra creadora y —en voz baja— dueña.

Sí, de repente, de forma impactante y abrupta, me hice rica. Pero, al mismo tiempo, mi vida se acabó. Jamás podría volver a Nueva California. No podía reinsertarme en mi vida dentro de la frágil coraza de monja−contable. Reanudar mi peregrinación académica sembraría el caos entre mis colegas, pues las grandes concentraciones de dinero ejercen una fuerza gravitacional que influye fuertemente en las

mentes de los desequilibrados y desesperados. Habiendo alcanzado la riqueza, no podría negarlo; incluso si lo anunciara públicamente, siempre habría quienes imaginaran que ocultaba una fortuna secreta. De hecho, me encontraba completamente a la deriva entre dos mundos. Ana tenía razón: si uno tiene demasiado dinero, el dinero lo consume.

Dinero. Un instrumento inventado en antiguos complejos de templos para llevar la cuenta de la deuda: contadores que adquirieron movilidad y se pusieron a caminar, tejiendo redes de deuda en vastas e intrincadas mallas, esclavizando y dirigiendo el trabajo de miles de millones al servicio de las obligaciones creadas por su emisión. Más recientemente, dinero lento: un marco inventado para sistematizar el pago de la deuda a través de distancias interestelares, para proporcionar un intercambio estable de trabajo mediante la transmisión a la velocidad de la luz. Dinero: un juego de sombras proyectado en las paredes de nuestras mentes por el oscuro sol de la deuda. Al recoger mi parte del Carnet de la Atlántida, había reclamado el pago de una deuda atendida por millones de personas ahora muertas; personas presumiblemente asesinadas por mi ancestra y sus cómplices. Me encontré mirándolo desde fuera, con ojos recién abiertos. Lo que vi se parecía inusualmente a un tipo diferente de vehículo fraudulento: un esquema Ponzi[18]

18 Un esquema Ponzi es un tipo de fraude financiero que consiste en atraer a inversores prometiendo altos rendimientos, los cuales se pagan a los primeros participantes utilizando el dinero aportado por nuevos inversores y no mediante beneficios obtenidos de una actividad económica real.

esparcido por el cosmos, las víctimas sistemas solares enteros, la pirámide extendiéndose sobre una ola de naves estelares.

Ascendimos a través de la oscuridad y la presión durante más de un día normal. El batiscafo se detenía periódicamente, crujiendo y chasqueando mientras sus sistemas internos se adaptaban a la presión que disminuía lentamente. Podía sentirlo en mi médula y en mis citos: macromoléculas comprimidas expandiéndose y reconfigurándose, membranas lipídicas desplegándose, mientras el equilibrio de fuerzas que mantenían mis componentes internos en forma en cada nivel cambiaba. Me habían dejado una caja parlante para dar un comentario estúpido sobre nuestro ascenso, todo datos y ninguna reflexión. «Atención, Krina: Se ha alcanzado la segunda etapa de descompresión. El ascenso se detendrá durante una hora. Por favor, conecta el cartucho rojo dos a tu puerto de infusión y luego confirma». Hice lo que me dijeron: la idea de explotar de forma espantosa (o, más probablemente, morir dolorosamente a medida que varias mecazimas dejaban de funcionar, desnaturalizadas irreversiblemente por un cambio de fase inducido por la presión) no me atraía. Incluso cuando la vida carece de atractivo, la muerte aún puede repeler.

En cuanto a mis rescatadores...

Pasé un buen rato mirando hacia la oscuridad, contemplando la silueta del batiscafo casi invisible sobre mí,

sin siquiera la compañía de monstruosas criaturas de las profundidades: el sumergible era lo suficientemente grande como para ahuyentarlas a todas. Una solitaria luz piloto brillaba sobre y alrededor de la curva de la esfera de presión, apenas delineándola contra la noche abisal. ¿Qué estaría ocurriendo en su interior? ¿Qué sueños albergaban Rudi y su tripulación?

Adquirir un cliente de tal magnitud sería un golpe monumental para Rudi, quien no solo obtendría una comisión gigantesca de su empleador, sino que, a su vez, estaría en posición de mantener a más clientes importantes: era el avance que su institución había estado buscando desde su llegada al Sistema Dojima. Pero, ¿acaso yo era un cliente demasiado importante? ¿Lo suficientemente importante como para tentarlo a menospreciar futuros negocios y buena voluntad y lanzarse de cabeza a la piratería sin ley? Había dejado mi copia de seguridad del chip del alma y mi chip de bloc de notas de repuesto con Ana, confiando todo lo que necesitaba —incluida mi fortuna en dólares lentos— a la fragilidad de la mera memoria humana. Pero no podía permitirme ilusiones. Si Rudi era lo suficientemente despiadado como para usar su controlador de esclavos, podría robar mi onerosa riqueza, pero a costa de hacerlo en público, destruyendo para siempre su pretensión de ser un corsario honesto que opera bajo patentes de corso. Mi apuesta consistía en suponer que Rudi, tal como lo había conocido durante el último año, no cambiaría notablemente

ante la gran riqueza: creía que era un pícaro inteligente, lo suficientemente astuto como para actuar en su propio beneficio a largo plazo. Si no lo era, probablemente ambos estábamos condenados.

Entonces me asaltó otra idea. Supongamos que Rudi era de fiar. ¿Pero qué había de su institución matriz? ¿Qué sabía yo *realmente* de Permanent Assurance? Un banco y agencia de seguros extrasistémico con credenciales reconocidas por algunos gobiernos del Sistema Dojima, se había expandido por el espacio interestelar y había abierto una filial aquí. Un trasfondo bastante precario. Me había proporcionado un buen portafolio de informes para leer durante nuestro ascenso, pero no tenía forma de confirmar su contenido. Ir al espacio interestelar era una jugada empresarial audaz, por no decir radical: pocas organizaciones habían intentado coordinarse a tal distancia, ya que el único medio de intercambio interno que podía utilizarse para conectar sus actividades era el dinero lento. ¿Quiénes eran ellos para haber asumido semejante riesgo en un sector tan reacio al riesgo como el de los seguros? Rudi podría ser de fiar, pero ¿podía confiar en sus jefes?

Estaba angustiada inútilmente por esto cuando, sin previo aviso, la retina que tenía encima se iluminó como una ventana al corazón del sol y me lanzó un sonido ensordecedor. "¿Krina, sigues ahí?"

—¡Silencio! —grité, protegiéndome los ojos del brillo cegador—. ¡Hacen demasiado ruido y brillan demasiado!

“Ups.” La retina se nubló un poco. “¿Así está mejor?”

“Un poco.” El que hablaba no era Rudi: tono demasiado agudo, entonación incorrecta. “¿Es Marigold?”

“Sí. Rudi me pidió que hablara contigo: está ocupado.”

“¿Ocupado con qué?”, pregunté.

Tenemos un cable que nos conecta con la superficie, con la barcaza desde la que descendimos. Se está comunicando con la Reina de Argos vía satélite. Marigold parecía preocupada. Medea está furiosa. Exige que te entreguemos de inmediato.

Puede que te suene extraño, pero al oír la noticia sentí un alivio inmediato. «No piensa hacer eso», respondí con seguridad.

—Bueno, no —dijo ella vacilando—. Pero plantea problemas, dice él. ¿Lo entiendes?

Lo entendí perfectamente. La reina Medea había notado claramente mi desaparición a pesar de su red de policías y espías. Sin duda, pretendía usarme como cebo en una trampa para Ana, y estaba furiosa porque me habían sacado de su alcance tan abruptamente. De alguna manera, se había filtrado la noticia de que habíamos logrado lo imposible: el

rumor es el único canal de información que viaja más rápido que la luz. Probablemente había intuido que Rudi estaba involucrado de alguna forma: no era difícil ver por qué. Y ahora intentaba reclamar el Libro de la Atlántida, usando el último argumento de los reyes.

—¿Qué quieres? —pregunté, palpando con cuidado la maraña de cintas de soporte que me rodeaban.

—Aquí está Rudi —dijo Marigold.

«Krina». Reconocí su voz al instante: la tensión febril era nueva. «Medea está lanzando ultimátums. Parece convencida de que te tengo cautiva y exige que te entregue, advirtiéndome de violentas consecuencias si no lo hago».

"Bien."

“Sí, esa fue mi reacción: si supiera dónde estamos, no se molestaría en amenazarnos.”

—¿Qué piensas hacer? —pregunté.

“Tenemos un acuerdo”. Y, en efecto, lo teníamos, o lo habíamos tenido, un día antes y veinte kilómetros más abajo: una comisión del 10 por ciento a cambio de los servicios prestados, la apertura de una cuenta de depósito garantizada con acciones de la Permanent Assurance, el reconocimiento público de mi participación accionarial y... bueno, a Ana y a mí nos llevó casi todo el día pulir la letra pequeña con Rudi.

“Por supuesto que pretendo cumplir mi promesa. Pero amenaza con lanzar cargas de profundidad contra Hades–4 y misiles contra el Five Zero si no te entrego. Así que me preguntaba si tienes alguna sugerencia sobre cómo lidiar con ella.”

“Hm. ¿En qué se basa su afirmación?”

“Menuda tontería… que dice que la Iglesia ha presentado a alguien que afirma haber sido estafado por el difunto y molesto señor Trask. ¿Quizás Trask estuvo implicado en más delitos que simplemente lavar la ropa de tu madre?”

“Es posible.” Lo pensé un momento. “Pero es un instrumento de pago. Trask lleva mucho tiempo muerto. Si la Iglesia presentó a este reclamante, entonces ellos…” Me detuve en seco. “Oh, no.”

“¿Oh no, qué?” Podía imaginarme a Rudi en ese momento, con la lengua colgando de sus fauces, con una expresión de diversión carnívora, como solo un zorro volador en microgravedad podría tener.

«La *Iglesia*». Debería haberme dado cuenta antes. «Rudi, ¿cuál es la probabilidad de que la capilla haya llegado al Sistema Dojima justo en este momento, por pura casualidad o coincidencia?»

“Tonterías, es solo un…” Sus mandíbulas se cerraron con un chasquido audible.

«Estamos *muy cerca* del bimilenario del apagón de la Atlántida», señalé. «Aquí está la Iglesia. Aquí estoy *yo.* Me encaminé hacia esta vocación hace aproximadamente un siglo, mientras trabajaba para el banco de sistemas de mi madre. *Aquí* está Dojima, un sistema de colonias extraordinariamente rico y agradable, fundado tras la burbuja de colonización posterior a la Atlántida. Rudi, *nada* de esto es una coincidencia. Excepto, creo, posiblemente tu presencia. ¿Cuántos años tiene la Permanent Assurance,»

"¡Oh, es muy antigua! Nos constituimos hace cuatrocientos setenta años estándar, a partir de la fusión de…"

"Un recién llegado y un mero espectador, en otras palabras. Rudi, el fraude de la Atlántida fue tan grande que los perpetradores tuvieron que esperar a que las repercusiones se calmaran antes de poder liquidar las ganancias. Mientras tanto, la mayor parte del dinero robado se invirtió bajo la cobertura de una nueva ola de colonización, incluyendo la fundación de la estación baliza de Dojima y sus subcolonias. Sospecho que el núcleo de los conspiradores planeó reunirse aquí, después de dos mil años, para repartirse el dinero restante. Pero mientras tanto, algunos de ellos —mi madre, quienquiera que trabaje dentro de la Iglesia de los Frágiles, posiblemente otros— decidieron reducir el número de posibles beneficiarios rivales. Creo que debes asumir que cualquiera que nos amenace o nos engañe de ahora en adelante es un asesino en masa".

¡BOOM!

Un fuerte golpe resuena en el agua a mi alrededor y en mi cuerpo: la percepción acústica que obtengo de mis líneas laterales me indica que está muy lejos y por encima de nosotros. Le sigue un silbido, un chisporroteo, un chillido lejano e inquietante de burbujas implosionando bajo una presión extrema.

—¿Es eso? —preguntó Rudi—. ¿Lo oíste?

"Está muy lejos." Mi voz sonaba monótona y distante. "Arriba, a kilómetros de distancia…" Intenté recordar la dirección, pero estaba demasiado nerviosa. "Alguien quiere dejar algo claro. Probablemente Medea. ¿Mencionaste cargas de profundidad? Si está arriba, todavía no habla en serio sobre atacar Hades–4…"

"Me preocupa la barcaza de apoyo." Una pausa. "No podemos apresurar esto, ¿verdad? ¿Te vamos a hacer crecer un cuerpo nuevo arriba?"

—No estaba bromeando cuando dije que dejaría mis copias de seguridad atrás —le recordé. Una táctica arriesgada, pero necesaria: quería que mi cuerpo, vivo, fuera indispensable, el único depósito del valor que guardaba en mi memoria.

"Bueno, tendremos que engañar a Medea con algunas mentiras ingeniosamente compuestas. Hrrr... Krina, ¿qué tan bien actúas?"

Capítulo XVI

CARMESÍ PERMANENTE

En una sala de control segura, en el corazón de la fortaleza real bajo Nova Ploetsk, tres representaciones de la reina Medea, con aspecto de guerreras, descansaban en una piscina con forma de herradura orientada hacia el exterior, en el centro de una pantalla gigante que mostraba un mapa ojo de pez en tiempo real del hemisferio de Shin–Tethys. No estaban solas: Su Gracia Cybelle, sacerdotisa misionera de la Iglesia de los Frágiles, esperaba pacientemente en una tumbona junto a la piscina, mientras que a su alrededor el cuerpo de oficiales ejecutivos del comando de defensa orbital del Reino de Argos atendía sus puestos de trabajo.

—Voy a estrangularlo —anunció una de las reinas, flexionando las manos distraídamente.

—Pónganse en la fila —dijo otro. Dirigiéndose a Cybelle, añadió: —No nos gustan los ladrones. Sobre todo, los que solo buscan obtener beneficios a costa de los demás.

Cybelle observó al triunvirato sin mostrar emoción alguna en su rostro. «Confiamos en que solo lo harán una vez que hayan obtenido lo necesario».

—*¡Banqueros!* —espetó la tercera reina—. ¡Robo con intereses!

“Es un suscriptor de seguros, no un banquero”, dijo la primera. “Igual de malo, la verdad”.

—Podemos estar de acuerdo en que es completamente malvado —interrumpió Cybelle—. Pero hablar de su eventual eliminación quizás sea prematuro...

Una luz de señalización se encendió sobre la consola de uno de los oficiales en el círculo exterior. "¿Sus Majestades, Su Gracia...?"

—¡Informe! —exclamó la tercera reina.

“Llamada entrante de Permanent Crimson Five Zero. Están retransmitiendo. ¿Desea aceptar?”

—Envíenlo a la retina principal —dijo la primera Reina—. Pónganlo en pausa a mi señal. Las cabezas se giraron hacia el centro de la pantalla cuando apareció un rectángulo negro, que luego se iluminó lentamente para revelar un rostro de zorro distorsionado, con enormes ojos oscuros y colmillos prominentes que llenaban la ventana de visualización.

—Buenos días. *Hrrrr…* —Rudi sonrió, dejando ver una boca llena de colmillos—. Saludos desde ningún lugar en particular. Creo que tenemos algo que discutir.

—No negociamos con… —comenzó la tercera reina, antes de que sus compañeras la interrumpieran—. ¿Cuál es su precio? —exigió la primera—. Nuestros valientes marineros tienen una solución para su vehículo: ¡Piénselo bien antes de poner a prueba nuestra paciencia! —exclamó la segunda. Ambas guardaron silencio al unísono.

Detrás de ellos, la sacerdotisa habló: "¿Puedo interceder?", preguntó.

La primera reina se recuperó primero: «Por favor, hágalo». Extendió las manos hacia sus hermanas, con las palmas enrojecidas: «Mientras tanto, hablaremos».

El trío de reinas se tomó de las manos y guardó silencio mientras intentaban sincronizar sus emociones. Cybelle rodeó la piscina real y se colocó frente al mirador. «Que la

paz de los Frágiles te acompañe, gerente de sucursal. Entiendo que has encontrado lo que buscabas. ¿Es así?».

Hubo una breve pausa mientras la señal portadora ascendía laboriosamente hasta la órbita, para luego descender de nuevo hacia dondequiera que se escondiera el gerente de la sucursal, posiblemente con algún retraso adicional para ocultar aún más su ubicación. Entonces Rudi respondió: «Buenos días también, Su Gracia, y permítame aprovechar esta oportunidad para disculparme por las circunstancias de nuestra reunión anterior. Sí, en efecto, estoy en posesión de un instrumento financiero muy interesante. Supongo que conoce el dicho de que la posesión es nueve décimas partes de la ley, ¿verdad? La otra décima parte es el último argumento de los reyes —o reinas—, ja, ja, ja. Y es esa décima parte la que quisiera discutir con usted, suponiendo que su presencia en la sala de mando y control de Su Majestad indique que cuenta con su confianza».

—Puedo hablar en nombre de la Iglesia, pero no del Estado —dijo Cybelle, mirando al triunvirato—. Habéis ofendido gravemente a Su Majestad.

«Sí, bueno, la relación entre el capital interestelar y los poderes temporales siempre ha sido algo tensa, ¿no es así? Crean pozos sin fondo de deuda, nosotros les ayudamos a salir de ellos, ¿y qué obtenemos a cambio? Pero me estoy desviando del tema. ¿Acaso la Iglesia tiene algún interés en este asunto?»

—Sí, así es. —La sonrisa de Cybelle era gélida—. Está en juego la disposición de una herencia robada por un banquero corrupto. El heredero ha cedido todos sus bienes a la Iglesia Madre, y por lo tanto heredamos un derecho sobre su…

«¡Tonterías!», exclamó Rudi con desdén. «¿Acaso pretendes que creamos que tu misión llegó al Sistema Dojima justo a tiempo para reclamar un instrumento recuperado en este *preciso instante* por técnicos forenses expertos que ni siquiera habían nacido, y mucho menos tenían edad suficiente para haber comenzado su formación, hasta después de que tu capilla se separara de su catedral matriz?». Las reinas, aún unidas de la mano en comunión de alta velocidad, se sobresaltaron y miraron fijamente a Cybelle al unísono. «¿O que el banquero de quien *procede este instrumento* esté, por pura coincidencia, instalando su sede en uno de los hoteles más caros de Taj Beacon *en este preciso momento?* Esta cadena de sucesos aleatorios desafía la lógica, por no hablar de la causalidad, Su Gracia. Deja de fingir: conocemos la Atlántida, conocemos el blanqueo de dinero. Una reunión de ladrones en un lugar preestablecido, un tiempo después de consumado el delito, para repartirse el botín restante, no es para nada sorprendente».

Cybelle se movía nerviosamente de un pie a otro, fijando la mirada en la pantalla con los ojos muy abiertos. «No tienen pruebas», dijo, deteniéndose un instante para mirar por encima del hombro a las reinas, que ahora la observaban con el ceño fruncido, mientras detrás de ellas un grupo de

guardias reales adoptaba una postura que denotaba más vigilancia que un saludo formal. «No hubo testigos, y no pueden probar nada».

"Oh. ¿En serio?" Rudi se movió, y luego hizo algunos ajustes fuera del campo de visión: la imagen cambió. Una tenue luz azul iluminó, desde arriba, a una prisionera, envuelta en un capullo y atada a una estructura metálica que colgaba en la oscuridad. La prisionera miraba impotente al campo de visión: amordazada, con las manos atadas, una imagen de vulnerabilidad. "Esta es su testigo: Krina Buchhaltung Historiker Alizond−114, tal como la capturé, huyendo a las profundidades para reunirse con su hermana. Notará la morfología de sirena: evidentemente tenía su ruta de escape bien planeada. Pero eso no es relevante para el punto que quiero destacar.

"Sera Alizond es una historiadora de las prácticas contables, con especial interés en la historia de un tipo particular de práctica fraudulenta, la 'estafa FTL', como creo que se llama. Sí, fue su fundadora, Sondra Alizond−1 —veo en tu expresión que la conoces—, quien la impulsó a dedicarse a este interés. Cuando la capturé, tenía en su poder lo que creo que es una copia de la contraparte no comprometida del gran instrumento financiero del que estamos hablando. Desafortunadamente, la había guardado en un lugar recóndito de su memoria, en uno de sus rincones de respaldo craneales, y cuando la captura se hizo inevitable, la eliminó

de la faz de la tierra, porque, como sin duda ya sabes, la matriarca es una persona muy vengativa.”

En este punto de la narración de Rudi, me revolví furiosa y puse los ojos en blanco con la mayor convicción posible, imitando a una gamba vengativa a la que habían pillado con las manos en la masa con la propiedad robada de su empleador. (Sea lo que sea una gamba). No sé si logré convencer a la sacerdotisa de que le tenía miedo a Rudi, pero estuve a punto de arruinarlo todo al perder el agarre de las "sujeciones" que había improvisado con mi equipo de aclimatación a la profundidad y la red que había debajo del batiscafo.

Rudi sonrió, mostrando sus colmillos. «A pesar de perder el instrumento financiero y privarme de una fortuna considerable, la Dra. Alizond logró conservar su chip de respaldo principal. El cual, para su satisfacción, ya no ocupa un zócalo en su cabeza. Lo *tengo,* y también tengo el esquema necesario para ensamblar un cuerpo vacío en el que descargar una nueva instancia de su retorcida mente. Más importante aún, ya he subido el esquema y un volcado serializado de su chip de alma a la Oficina Sucursal Cinco Cero, desde donde *ya* se ha transmitido a una ubicación de respaldo segura fuera de la oficina. Encriptado, por supuesto. Sin embargo, si no confirmo regularmente que estoy vivo y en libertad, un agente de custodia de confianza mío liberará la clave de descifrado y pondrá copias de la Dra. Alizond a disposición de cualquiera que quiera interrogarla.»

“Y ninguna de ustedes quiere que eso suceda, ¿verdad? Porque ella sabe más sobre su pequeña conspiración de lo que se imaginan.”

“¿Ya terminaste tu monólogo? ¿O se suponía que esto tenía algún sentido?”, preguntó la sacerdotisa, justo cuando las tres reinas que estaban detrás de ella soltaron las manos y dieron rienda suelta a un aullido colectivo de profunda frustración y rabia.

—Sí, tiene sentido —espetó Rudi, como si un insecto cuadricóptero invisible le estuviera dando vueltas en la boca—. Me voy. No, en serio. Esto ha sido una completa pérdida de dinero y tiempo para mí: una pérdida de lo más molesta. Pero sé que no debo intentar recuperar los gastos perdidos —ja, ja—, así que pueden dar por sentado que no quiero *que* me derriben ni que la memoria de esa malhechora circule entre los cuatro vientos. Lo que deseo es dejar atrás este lamentable episodio y volver a mi trabajo de asegurar a los ganadores. Así que les voy a ofrecer una oportunidad única en la vida. Me dejan volver a mi sucursal y abandonar la órbita sin intentar derribarme, y les diré dónde encontrar a la Dra. Alizond. ¿Qué les parece?

—No negociamos con … —¿Cómo sabemos que dices la verdad? —Déjalo, hermana, es un mentiroso despreciable y completamente indigno de confianza. Las reinas hablaron simultáneamente de nuevo, chocando en un torbellino de discordia interna. Mientras estaban absortas en sus

pensamientos, la sacerdotisa examinó una pequeña retina que llevaba en la muñeca. Entrecerró los ojos. —¿Sus Majestades? —intentó llamar su atención—. ¿Medea?

"¿Qué?" Las cabezas se giraron hacia ella, atraídas simultáneamente por la implícita lesa majestad en su informalidad.

Cybelle inclinó la cabeza. —Mi recomendación sería aceptar las condiciones del corsario. Ya ha explotado a la Dra. Alizond; nuestra prioridad debe ser evitar que sus ideas particulares se filtren al debate público, no sea que provoquen que la opinión pública examine nuestros proyectos con un cinismo injustificado. —Alejó la cabeza, intentando hacer contacto visual, pero las reinas estaban demasiado agitadas para percibir algo tan sutil—. Usted —señaló al oficial de comunicaciones—, ¿podría poner la llamada en espera, por favor?

"Su Majestad…"

—Hazlo —dijo una de las reinas, y luego se volvió hacia Cybelle—. Más te vale que sea algo bueno —la amenazó.

"Oh, sí lo *es.* ¿Somos privados…?"

"No puede oírte."

—Bien —dijo Cybelle sonriendo al tercer cuerpo de Medea—. Creo que deberíamos aceptar la amable oferta de

Rudi de huir y dejarnos el premio. (Aunque no es gran cosa). Esta vez se ha engañado a sí mismo.

—¿Por qué? —preguntó Medea bruscamente.

Acabo de recibir la noticia de que Sondra no está en Taj Beacon después de todo. Y creo que si dejas que nuestro molesto corsario piense que se ha salido con la suya, ella hará el trabajo sucio por nosotros...

* * *

Nos acercábamos a la superficie, dejando atrás las profundidades del Hádico para adentrarnos en la zona fótica: las aguas alrededor del batiscafo ya no eran completamente negras. Llevábamos más de un día ascendiendo. Habían transcurrido al menos cuatro horas desde el intento de Rudi de engañar a la reina de Argos y a sus aliados sacerdotales, y no se habían producido más detonaciones submarinas que indicaran la frustración de Medea. «Creo que han caído en la trampa», me dijo Rudi durante una breve reactivación de la retina externa del batiscafo. «Ya falta poco. Me soltaré cuando alcancemos los diez metros bajo la superficie. Entonces podremos dejar esto atrás».

—Mientes de maravilla —le dije, sintiendo la dificultad de disimular mi admiración.

“Es la primera y más necesaria habilidad del estafador. Tú, más que nadie, deberías entenderlo.”

Las aguas se habían vuelto de un turquesa brillante, y pude ver un banco de peces salvajes pastando en la parte inferior de un campo de hierba gigantesco a media distancia cuando sentí que el ascenso del 'scaphe' se detenía una vez más. Colgábamos del techo del cielo como los aerostatos de la prehistoria. Lo que significaba que pronto iba a descubrir si, en efecto, existía honor entre ladrones, o al menos un interés propio ilustrado y la voluntad de renunciar a las ganancias a corto plazo por la buena voluntad comercial a largo plazo. *Buena voluntad:* una de esas cosas que los banqueros y contadores odian porque es inevitablemente incuantificable, existiendo solo en el ojo del observador.

La retina que tenía encima volvió a brillar. «¿Krina? Llegaremos a nuestro punto de encuentro en cinco minutos. Debes estar lista para nadar libremente en cuanto veas la cápsula de ascenso. ¿Entendido?»

Levanté la vista hacia la pantalla. Era Marigold: el conde estaba claramente distraído. Asentí. «Lista», dije, y comencé a cortar las cintas que me sujetaban a la plataforma de malla suspendida bajo el escafoides. (Me habían dado un pequeño disco de corte antes de partir, quizás demasiado confiados en que no intentaría usarlo para sabotear su sumergible o mi propio sistema circulatorio).

A lo lejos, algo asustó al enjambre de colectivos de criaturas salvajes con aspecto de pez que se alimentaban de la hierba. Era vasto y cilíndrico, emergiendo de las aguas turbias como una visión ancestral de un submarino sobrevolando la superficie, con la quilla y los estabilizadores de un estrecho barco de superficie visibles a ambos lados, como una ballena siendo atacada por un catamarán. Una pequeña cápsula de forma cónica roma se encontraba en un extremo, inquietantemente fálica, rodeada por una especie de plataforma de abordaje. *La cápsula,* me di cuenta. Probablemente la misma en la que habíamos descendido. El cilindro detrás debía ser el carguero del que los hadeos habían hablado con Rudi.

Una ráfaga rugiente de burbujas agitó el agua justo encima de mi cabeza, convirtiéndola en espuma blanca y haciéndome estremecer: el aire escapaba a borbotones de la esfera de presión del batiscafo. Nadé libre y me giré para observar cómo la esfera chisporroteaba y se disolvía, expulsando a sus ocupantes. Un trío de figuras familiares cayó al agua, agitando torpemente las piernas y con los brazos cubiertos por membranas: Rudi y su grupo claramente no se habían molestado en realizar más que las modificaciones más rudimentarias para respirar bajo el agua, presumiblemente porque no esperaban estar allí mucho tiempo.

“¡Ah, Krina! Supongo que disfrutaste del relajante paseo”, preguntó Rudi, mientras su voz electrónica crepitaba violentamente en el agua.

Di una voltereta y me dirigí hacia Rudi, girando y orientándome para mirarlo. Se estremeció. «Los he tenido mejores», anuncié. Marigold se agitaba, intentando girar para mirarme, y Dent, el que llevaba la bolsa, claramente tenía dificultades. Nadé hacia ellos y los estabilicé. Por primera vez desde mi llegada, sentí que tenía la ventaja. «¿Cuál es la historia de la tapadera?»

—No hay ninguna —murmuró Rudi, visiblemente incómodo hablando bajo el agua—. Es solo un lanzamiento de carga normal de los habitantes de las profundidades, destinado a reunirse con su agente de carga en órbita síncrona. Que resulta ser justo donde se encuentra Five Zero ahora mismo. Les pagamos generosamente para que redujeran su carga útil y miraran hacia otro lado mientras atábamos nuestro módulo de aterrizaje al frente...

“¿Esta carga útil también está asegurada mediante una póliza respaldada por su oficina?”, pregunté.

Rudi intentó enderezarse, adoptar una postura digna: fracasó estrepitosamente. «¡No tengo ni idea de lo que insinúas! En cualquier caso, el tiempo apremia. Tenemos que subir a bordo inmediatamente…»

—Baratería —señalé—. Por no mencionar el fraude a las aseguradoras, la piratería en alta mar, el robo de materiales nucleares aptos para armas, sin duda agravado por no presentar un plan de vuelo...

“Porque te lo mereces, querida. De todos modos, compré toda la mercancía legalmente: tengo un uso perfectamente legítimo para ella. Ahora bien, ¿quieres el viaje que he organizado? ¿O prefieres esperar aquí hasta que lleguen los secuaces de Medea, o la Iglesia, o cualquiera de los otros parásitos que andan merodeando?”

Marigold daba señales de estar enderezando su vida. —Por supuesto —dije—. Vámonos.

Casualmente, llegué a la plataforma de embarque junto a la cápsula del vehículo mucho antes que la tripulación de Rudi. Me pareció refrescante nadar un cuarto de kilómetro en aguas abiertas después de haber pasado tanto tiempo en una hamaca. Al acercarme a la plataforma, un ser con forma de calamar se dirigió hacia mí a toda velocidad. «¡Ultimátum: Identifícate!»

“Soy Krina Alizond−114. ¿Quién eres tú?”

El calamar giró sobre sí mismo, desplegando su manto frente a mí. «Identificación: Este es Chi aroma−a−gusanos−desollados−en−el−agua. Afirmación: Me gustaría expresar mi

satisfacción por tu logro y tu ayuda para resolver un pequeño asunto».

“Vaya. Un asunto sin importancia. ¿Acaso tiene que ver con cierto corsario?”

“Confirmación: Por supuesto. Afirmación: Tu hermana te envió un regalo. Te dijo: ‘Úsalo con prudencia’”.

“¿Qué…?” El calamar retrajo un tentáculo dentro de su manto y sacó una pequeña caja de diseño familiar, luego me la ofreció. “¡Oh!” Una emoción que no pude identificar hizo que mi visión se nublara por un momento. “Por favor, dale las gracias de mi parte.” La coloqué cuidadosamente en mi cinturón, sujetando el portachips junto a la caja parlante que había reproducido mis instrucciones de descompresión. Habría tiempo de identificar su contenido más tarde. Podría ser la forma de Ana de decirme cortésmente que pensaba que mis sospechas eran infundadas; y también, tal vez su contenido nos permitiría realizar nuestro seminario de estudio después de todo. “¿Y Rudi?”

Miré por encima del hombro: los corsarios avanzaban lentamente. «Afirmación: El contable Rudi Cinco Cero aconsejó al pueblo que vendiera en corto todos los fondos de dólares de baja liquidez. *Todos* ellos. Afirmación: Esto es, a simple vista, una locura. Afirmación: El contable Rudi Cinco Cero sabe algo. Interrogativo: Deberías preguntarle *por qué* hace eso».

“¡Eso es una locura! Solo hay dos razones para hacer eso, y no hay ninguna probabilidad de un Jubileo Lento en un futuro cercano. Eso deja la velocidad superior a la de la luz…” Me detuve de repente, un escalofrío me recorrió los costados. “Gracias, creo. Ah, veo que me están alcanzando. ¿Me indican el camino a bordo?”

* * *

La cápsula de aterrizaje del corsario se veía muy diferente a través de la escotilla, ya que estaba acoplada a la parte delantera del conjunto de propulsores, que a su vez flotaba horizontalmente en su cuna de catamarán. Pude observar indicios de modificaciones realizadas durante mi ausencia: un sofá contorneado, perfectamente adaptado para una sirena, por ejemplo. Reprimí un breve arrebato de ira. Sin duda, se trataba de un artículo estándar, pero indicaba que Rudi sabía lo que estaba sucediendo desde hacía tiempo. O que lo había previsto.

—¿Puedes subir a bordo tú sola? —me preguntó Rudi—. ¿Necesitas ayuda?

Lo miré fijamente. —Puedo hacerlo —dije, impulsándome sobre mis antebrazos. El sol caía a plomo, resecándome, y el peso y volumen de mi torso y cola me recordaban indeseablemente cómo me habían mutilado sin mi consentimiento. La sensación del aire entrando y saliendo de

mis pulmones recién descomprimidos era extraña y me dejaba sin aliento. En mi cuerpo pisciforme era como un pez fuera del agua: varado, torpe y lento. Pataleé, empujando contra la plataforma de embarque, obligándome a subir sobre mis codos, luego hacia abajo, arrastrando mi tronco hacia la escotilla. Era terriblemente indigno, pero necesitaba urgentemente afirmar mi autonomía. Una vez que entráramos en caída libre, debería ser tan móvil como siempre: entonces podría pedirle al cirujano–ingeniero del Five Zero que me extirpara la cola de pez y me devolviera las piernas a su estado original.

Para cuando logré meterme en mi sillón reclinable, Rudi, Marigold y Dent ya estaban sujetos y la escotilla cerrada. (Según entiendo, nuestro equipo de superficie permaneció bajo el agua durante todo el proceso, utilizando manipuladores remotos). —¿Estás lista? —preguntó Marigold—, porque se abre una ventana de energía mínima prometedora en menos de mil segundos.

—Adelante. Rudi parecía y sonaba satisfecho. Me miró: —¿Necesitas ayuda?

—No —respondí con obstinación, mirándolo fijamente. Cuando apartó la mirada, seguí forcejeando con mis ataduras. Como la cápsula estaba inclinada de lado, eso significaba estar casi en posición vertical: sin dedos de los pies ni pies, colgaba de las correas de mis hombros.

“Bueno, si todos están bien sujetos…” Esto lo dijo Marigold: “Les acabo de decir que inicien la secuencia de lanzamiento. Deberíamos estar en movimiento muy pronto”.

Y, en efecto, tenía razón: sentí una leve vibración que recorrió el suelo de la cápsula, seguida de una maravillosa sensación de alivio cuando el suelo se inclinó al elevarse el lanzador hacia la vertical. Me ajusté rápidamente las sujeciones. "¿Cómo funciona esto?", pregunté.

«Como un antiguo cohete de guerra», me aseguró Marigold. «Nuestro propulsor se encuentra en un silo que flota con su punta justo por encima de la superficie. Cuando estemos en posición vertical, el equipo de lanzamiento nos eyectará y, una vez en el aire, el cohete nuclear se encenderá».

—El motor… —Hice una pausa—. ¿Y si no se enciende?

“¡Oh, eso *nunca* pasa!”

Algo frío y correoso me agarró la mano: me sobresalté un instante hasta que me di cuenta de que era Rudi. Captó mi mirada: «No te preocupes», dijo. «Si falla, todo habrá terminado demasiado rápido como para que duela. Pero eso no sucederá. Estamos tan seguros como un vínculo de quinientos años».

Le sonreí, fingiendo tranquilizarlo por su bien. «A ver si lo entiendo bien. Estamos sentados en una cápsula sobre varias

toneladas de líquido de plutonio apenas subcrítico, propulsada por un cohete nuclear operado con tecnología de calamares comunistas anárquicos; lo más parecido a un gobierno por aquí nos ha estado amenazando con derribarnos en cuanto nos vean, ¿y crees que estamos *a salvo*...?»

No pude terminar la frase. De hecho, casi no pude terminar nada: el conjunto de propulsores bajo nosotros se encendió de repente con un rugido ensordecedor, y descubrí que, por muy torpe que me hubiera sentido al subir a la cápsula, que mi peso se quintuplicara en menos de un segundo se sentía aún peor. Apenas tuve tiempo de recuperarme del empujón brusco que me lanzó contra el sofá cuando el propulsor se apagó con una sacudida violenta, y entonces comenzó otro empujón, ligeramente más suave. Unas líneas blancas y ásperas empañaron mi visión. «No te preocupes, son solo neutrones secundarios de la carga», gritó Rudi por encima del estruendo del motor principal. «¡Se pone un poco travieso cuando el reactor alcanza la criticidad!»

Cerré los ojos: el espectáculo de luces no desapareció, pero me ayudó a simular la ilusión de autocontrol.

Shin–Tethys puede ser un mundo enorme, pero gracias a su abundante agua, no es muy denso; por lo tanto, su velocidad orbital es relativamente baja. El cohete nuclear de una sola etapa tardó menos de cinco minutos en impulsarnos fuera de la atmósfera y hacia la ventana para nuestra transferencia a

la órbita síncrona. Abrí los ojos cuando la imagen borrosa de partículas en mi interior desapareció, y luego sentí un leve golpe cuando el cohete portador se separó, presumiblemente para completar una órbita y regresar a la superficie a recoger su siguiente carga útil.

—Ah, excelente —dijo Rudi, soltándose las correas—. Marigold, por favor, contacta con Five Zero y solicita que te recojan lo antes posible. Creo que deberíamos estar a bordo en cuatro o cinco horas como máximo.

La perspectiva de pasar varias horas encerrada en este contenedor flotante con Rudi en modo de autocomplacencia no me atraía, pero me faltaban distracciones. Y me encontraba necesitando urgentemente distraerme. Nada de lo que me había sucedido en el último año y pico desde que llegué al Sistema Dojima tenía sentido si se tomaba al pie de la letra. Todos los que había conocido perseguían una agenda secreta, ligeramente distorsionada de la realidad: nada era lo que parecía. Rudi había pasado de secuestrador a... ¿qué? ¿Aliado? ¿Posible socio comercial?, dejando atrás las amenazas y la agresión para centrarse en halagos y seducción. *¿Por qué?*

Y luego estaba la Iglesia: sería difícil imaginar una discrepancia aún más extraña entre la imagen pública y los asuntos internos, incluso sin considerar las maquinaciones del diácono Dennett contra su legítima sacerdotisa. La reina Medea... bueno, al menos era comprensible como la habitual

combinación de codicia y voluntad de poder descomunal, atemperada por la sutileza suficiente para intentar conseguir lo que quería dejándome escapar. Pero la acosadora que había utilizado mi rostro y se había unido a la Iglesia, ¿qué era *eso?* Y Sondra. No olvidemos a Sondra. ¿Qué la había impulsado, después de tantos siglos, a soltarse repentinamente de sus ataduras y lanzarse gritando a las estrellas? ¿Era tan simple como un deseo urgente de ocultar su participación corrupta en un antiguo escándalo de lavado de dinero? ¿O había algo más en juego?

Casi sin pensarlo, mi mano se dirigió al pequeño estuche para almas sujeto a mi cinturón. Ana me lo había enviado. Un regalo, había dado a entender. *Úsalo con sabiduría.* ¿Usar qué?

Miré de reojo a mis compañeros. Como esperaba, estaban ocupados en otra cosa: Rudi le daba instrucciones minuciosas a Marigold, ella lo ignoraba mientras lidiaba con las complejidades del enrutador de largo alcance de la cápsula, y Dent estaba absorto en la reconfortante certeza de una hoja de cálculo. Con cuidado de no mostrar lo que estaba haciendo, abrí la pequeña caja y extraje el chip. Luego me lo llevé al cuello y aparté el pliegue de piel que cubría la ranura vacía, aquella donde solía estar mi copia de seguridad, la copia de mi personalidad que le había dejado a Ana como promesa y póliza de seguro de vida.

Deslicé el chip en su lugar y me recompuse, cerré los ojos y me dejé llevar por una alucinación mientras abría las puertas del palacio de la memoria que Ana me había regalado (en forma, una reproducción fantasmal del palacio de Sondra, donde ambas habíamos crecido). Allí, como esperaba, había un archivo README esperándome en el vestíbulo tras las puertas exteriores: un atril, a la altura del pecho, con un códice encuadernado en piel de dragón, cerrado con una llave de latón que encontré en una cadena alrededor de mi cuello. Caminé hacia él —el palacio de la memoria venía completo con el recuerdo de piernas, por lo que estaba agradecida— y desbloqueé la cubierta del libro, abriéndolo en la primera página.

Comencé a leer. Y el universo cambió a mi alrededor.

* * *

Déjame contarte lo que realmente sucedió en el Sistema Atlantis.

(Reconocí la letra de Ana en el archivo README, pues estaba firmada con un hash del vector del estado de su mente, tan directamente rastreable hasta ella como un dólar lento hasta su banco emisor).

Este es un relato de segunda mano basado en documentos de investigación que Andrea logró copiar a escondidas de

nuestra madre y me envió. Espero, por su bien, que Andrea haya huido a tiempo. En cuanto los leí, abandoné mi puesto, hasta entonces seguro, en la facultad de Historia Corporativa del Colegio del Cinturón Exterior y huí a través de Argos en Shin–Tethys a mi refugio con la Gente de las Profundidades, porque este es el tipo de material que te puede llevar a ser perseguido y asesinado, por muy exhaustiva que sea tu póliza de seguro de respaldo y resurrección.

Puedes encontrar los documentos originales en el entresuelo de la biblioteca, segunda ala, tercera nave, cuarta galería. Hay muchos estantes llenos de ellos. Así que permíteme resumir.

Algún tiempo después de que partieras en tu peregrinación, a Andrea se le ocurrió preguntarse si alguien de nuestro linaje había cultivado intereses similares a nuestro pequeño pasatiempo. Después de todo, si tenemos predecesores, habrían agotado el conjunto de trofeos disponibles, ¿no? Andrea investigó... y el resultado fue negativo. Somos, al parecer, la primera generación de descendientes de Sondra en interesarse por las transferencias de dinero lentas y huérfanas. Entonces Andrea investigó más a fondo. Tú conoces, al igual que yo, las habilidades especializadas necesarias para nuestra profesión. Andrea revisó los archivos de enseñanza. Los revisó minuciosamente y llegó a la conclusión de que habíamos sido sistemáticamente encaminados en esta dirección. Es una lista reveladora de coincidencias, hermana: no solo la Iglesia, el Estado y los

banqueros que llegan al Sistema Dojima puntualmente, sino también contadores forenses cuidadosamente entrenados y sublimemente inconscientes que buscan tesoros perdidos hace mucho tiempo.

Antes del amanecer de la historia, cuando la humanidad era completamente frágil y estaba confinada a un solo planeta, existía una especie de organismo salvaje muy apreciada como alimento por aquellos protohumanos. Se llamaba "trufa", era rara y crecía bajo tierra. Las trufas eran conocidas por su olor característico, pero las narices frágiles no eran lo suficientemente agudas para detectarlo. Así que recurrieron a otra especie animal, un ser llamado "cerdo". A los cerdos les gustaban las trufas y tenían un buen sentido del olfato, por lo que fueron entrenados fácilmente para buscarlas. Pero las trufas eran tan valiosas que, una vez encontradas, los cerdos no podían comerlas.

Tú y yo, hermana, y Andrea: para Sondra no somos más que cerdos cazadores de trufas, sueltos en un bosque donde sabía que encontraríamos muchas, antes de su llegada para recoger el fruto de nuestras búsquedas. Extensiones especializadas de su identidad, hechas a medida para la tarea y para ser usadas y desechadas sin más cuidado que un guante o un calcetín. Sí, Andrea encontró la evidencia: mi publicación de investigación fue posible gracias a una donación que nuestra matriarca proporcionó a través de un recorte. Igual que tu peregrinación de estudio fue empujada en esta dirección...

Pero eso no es todo. *¿Por qué* Sondra esperaba que encontráramos muchas trufas jugosas en el Sistema Dojima?

Para ser más precisos, Krina, ¿te has preguntado alguna vez qué hizo Sondra para hacerse tan rica?

Andrea encontró los registros de Sondra por casualidad, mientras investigaba transacciones huérfanas del SystemBank Hector, donde Sondra comenzó su carrera. Lo que no sabíamos era que el SystemBank de Hector financió la expedición a la colonia de Atlantis. ¡Y que Sondra incluso se bifurcó y envió una copia de sí misma junto con el vehículo de la colonia! No solo estaba blanqueando las ganancias de un fraude, sino que, en el fondo, ¡era una de las directoras del SystemBank de Atlantis! Podía firmar transacciones monetarias en ambas direcciones. No creo que eso se haya hecho nunca antes.

Ahora bien, en cuanto a la naturaleza precisa del fraude de la Atlántida: creo que ya se imaginan a dónde quiero llegar. La Atlántida *no era* una operación fraudulenta. Era una auténtica colonia de investigación, poblada por verdaderos académicos, dedicada al objetivo de construir un motor de violación de la causalidad: un dispositivo que podía conectar puntos en el espacio–tiempo instantáneamente. La *apariencia* de fraude que atribuimos a la Atlántida se debe a dos factores:

En primer lugar, que nuestra matriarca, y varios colaboradores entre los fundadores de Atlantis, utilizaban su relación con su contraparte de confianza (oculta por el aumento de la deuda interestelar del Sistema Bancario de Atlantis) como pretexto para imprimir dinero de forma irregular. Sí, ella —nuestra Sondra, la de Héctor— estaba falsificando dólares. Lo cual requiere una colusión[19] a través de distancias interestelares casi imposible en circunstancias normales.

En segundo lugar, la razón por la que Atlantis quedó inactiva no es que los conspiradores que habían establecido la colonia como un vehículo de inversión ficticio estuvieran planeando una explosión. Atlantis no era una farsa, después de todo. Más bien, se debe a que Sondra intentó matarlos a todos para proteger su fortuna fraudulenta, en gran parte falsificada. Los eruditos de Atlantis no habían inventado un motor FTL. Los registros de Sondra están incompletos, pero, en todo caso, parecen haber demostrado de una vez por todas que el FTL es *imposible.* Pero en el proceso, descubrieron cómo usar el entrelazamiento cuántico para mover objetos macroscópicos —como hábitats de colonias enteras— entre lugares muy distantes a la velocidad máxima permitida por la física: la velocidad de la luz. En otras palabras, teletransportación cuántica a macroescala.

---

19 Colusión proviene del vocablo latino collusio, convenio a través del cual se pretende alcanzar cierto provecho a costa de un tercero, valiéndose de medios fraudulentos.

¿Necesito explicarles mediante un diagrama qué sucederá con nuestro sistema financiero interestelar una vez que esté disponible un sistema de propulsión a la velocidad de la luz que sea económico y eficaz?

Por supuesto, no es tan disruptivo como un verdadero motor FTL. Pero provocará instantáneamente un colapso en el sistema de dinero lento. Las transacciones lentas quedan atrapadas en una trampa de liquidez y solo pueden completarse mediante un proceso de confirmación en tres fases, por lo que no viajan más rápido que un tercio de la velocidad de la luz. Un verdadero motor de velocidad luz permitiría la conversión directa de sistemas de moneda rápida, sin problemas de liquidez. Para colmo, parece que el motor de teletransportación es *barato,* comparado con el coste de los sistemas de propulsión que se utilizan actualmente en naves estelares y vehículos dentro del sistema. La fundación de un nuevo mundo colonia ya no requeriría enormes inversiones en dinero lento. El pequeño plan de Sondra —imprimir dólares lentos por su cuenta para enriquecerse— no solo se devaluaría, sino que quedaría rápidamente al descubierto.

No estoy segura de qué les hizo exactamente a los pobres eruditos de Atlantis, pero imagino que tuvo algo que ver con su Banco del Sistema, sus estaciones de baliza y una aplicación drástica y simultánea de explosivos nucleares. Tampoco estoy segura de qué instancia de Sondra cometió el acto. (Si es que tiene sentido hablar de ellas como personas

diferentes: tal vez había establecido algún protocolo extraño para fusionar sus estados divergentes regularmente, de forma similar a como la Reina Medea mantenía sus diferentes instancias sincronizadas). Es posible que la hermana atlante subiera una copia de sí misma a su hermana y luego se suicidara. De forma más especulativa, es posible que ideara un plan para tomar el control del primero de los vehículos equipados con el motor de velocidad luz y lo usara para escapar. Pero sea como fuere, el contacto directo con el Sistema Atlantis se interrumpió, en circunstancias que probablemente provocaron una paranoia extrema entre los supervivientes.

Retomamos la historia más de un siglo después, con el lanzamiento (y la pérdida) de las diversas misiones físicas al Sistema Atlantis. Como es de imaginar, Nueva California —literalmente el vehículo de inversión de Sondra— fue fundamental para financiar las tres misiones. Esto garantizó que Sondra estuviera en posición de controlar la selección de su tripulación. Una lectura atenta de los informes de las investigaciones sobre su pérdida revela que lo que se perdió fue la comunicación con las naves: dejaron de transmitir, es cierto, pero como habían completado su fase de propulsión y estaban a la deriva, y se perdió el contacto cuando ya se encontraban a más de un año luz de sus plataformas de lanzamiento, fue imposible confirmar su destrucción: simplemente no es posible obtener imágenes útiles de un

objeto frío de cien metros de diámetro a una distancia de más de diez billones de kilómetros.

Sospecho que Sondra fue nuevamente la responsable. Los tres vehículos llevaban transceptores de baliza capaces de transmitir y recibir datos, y durante la fase de deriva de su misión, la mayoría de sus tripulaciones habrían entrado en un estado de tiempo lento: una pequeña célula coordinada de saboteadores podría causar estragos y luego transmitirse a un lugar seguro.

Insisto en que esto es pura especulación, Krina. Pero quizás hayamos sobreestimado tanto la magnitud como la audacia del fraude de Atlantis, y subestimado la crueldad y el alcance de su autora. Ella, junto con sus cómplices, lleva tiempo planeando una reunión de liquidación final, que se celebrará en Shin–Tethys, donde se repartirán las ganancias del último de los conspiradores.

¿Por qué lo mataron?

Consideremos lo siguiente: el modelo de compromiso en tres fases utilizado para transferir la propiedad de una transacción lenta en dólares implica que el donante debe poder encontrar al receptor para completar el acuse de recibo de la transferencia. Entre bancos del sistema, a través de canales interestelares, esto no es inusual. Pero para una transferencia encubierta, a corta distancia, es inseguro para el receptor: el riesgo de robo no es insignificante. De ahí el

uso, en el Carnet de Atlantis, de un testaferro —el banquero Ivar Trask–1— y el escándalo de su posterior desaparición. Creo que Sondra estaba probando un método para encontrar y asesinar a sus cómplices: exigirles que revelaran su ubicación para recibir su comisión final. Por supuesto, si esto es lo que planeaba, entonces resultaría en una serie de transacciones huérfanas de alto valor que requerirían rastreo y desmantelamiento...

Fuimos creadas y entrenadas específicamente para atar los cabos sueltos tras la brutal eliminación del mayor fraude de la historia. De no ser por la intromisión de Andrea —que, sin duda, no formaba parte de los planes de Sondra—, lo desconoceríamos. Habríamos buscado el Carnet de Atlantis, es cierto, por no mencionar las demás transferencias desaparecidas; pero solo bajo su control directo y sin saber de qué se trataba. Y me temo que, tras localizarlas, no tendríamos futuro en su mundo.

Lo cual no quiere decir que nuestro linaje vaya a tener éxito, hermana. Hay otro jugador en este juego, del que Sondra parece no ser consciente.

Creo que es hora de que le preguntes a Foxy Rudi de dónde viene *realmente la Sucursal Cinco Cero*...

Capítulo XVII

ANIVERSARIO

—Esta institución suya, la Garantía Permanente Carmesí —dije—, ¿de dónde procede exactamente?

Al llegar y atracar, Rudi y yo nos habíamos refugiado en su nido privado a bordo del Five Zero. Era un pequeño y acogedor rincón de fieltro y sedas de colores, anclado al tronco de una de las palmeras de caída libre que bordeaban la cabina del vehículo. Rudi colgaba del techo, acicalándose el pelaje de las axilas, mientras yo aprovechaba el chorro de agua para humedecer mis escamas y aletas: hacía humedad en la cabina, pero también calor, y mi cuerpo, adaptado al océano, tenía una mala capacidad para retener la humedad. Rudi había tenido la amabilidad de atenuar las luces, pues me

había dado un fuerte dolor de cabeza casi tan pronto como salimos al estruendo y al resplandor de las cubiertas de máquinas del corsario. (Había encargado unas gafas con espejo a su fábrica personal en cuanto llegamos, pero aún estaban creciendo).

Rudi interrumpió su aseo. —¿Por qué no me dices qué sospechas? —preguntó.

“Dijiste que tu oficina central estaba constituida en... ¿dónde estaba...?”

—Los Seis de Mombasa —dijo espontáneamente.

—En efecto. Y estoy absolutamente segura de que una entidad corporativa llamada Crimson Permanent Assurance se constituyó en Mombasa Six hace casi quinientos años, y es su sede nominal, porque usted no es tan tonto como para mentir al respecto. Sonreí, procurando no mostrar los dientes. Él ladeó la cabeza y me miró cortésmente.

“Continúa...”

«Me sugeriste que invirtiera en tu fondo de cobertura corporativo. Pero entiendo que también has estado aconsejando a la gente que venda en corto cualquier instrumento de inversión en dinero lento». *Entonces* le mostré mi amplia sonrisa. «Suponiendo que te entregue casi dos millones de dólares lentos para que los inviertas en mi nombre, ¿qué harás con ellos?».

—Pensaba que era obvio. —Se llevó el hocico a un mechón enredado en un codo, mirándome con recelo por encima de la membrana de su ala—. Yo los tiraría, aceptando lo que pudiera conseguir en dinero fácil, sin importar el tipo de cambio. Probablemente perdería el noventa y cinco por ciento, pero es mejor que perderlo todo, y aun así serías rica. ¿No era eso lo que esperabas oír?

Me abaniqué entre el chorro de gotas del grifo, esparciendo gotas de agua en todas direcciones. «Creo que viniste de la Atlántida, Rudi. *Después* del apagón. Nada de esto es una coincidencia, ¿verdad?»

"Por supuesto que no." Durante el último año, me había familiarizado con algunos de los gestos del corsario murciélago: lo que Rudi me mostraba ahora era quizás lo más parecido a una sonrisa pirata. "Todo se reduce a tu linaje, amigo."

—¿Quién logró volar la estación de balizas? —pregunté—. Y quién intentará matarte en cuanto descubra quién eres y qué haces.

"¿Quién es?"

"Un corsario, con patentes de corso y represo que autorizan acciones militares contra los enemigos de la nación que las emitió. ¿Sí?"

"¿Y qué nación sería…?"

“Atlantis”. Ahí lo dije.

Rudi parloteó: “¡Bien hecho! Sí. En efecto, tengo un certificado de mi gobierno que exige el arresto o la destrucción de la notoria renegada Sondra Alizond–1 por asesinato en masa, intento de asesinato en masa, crímenes de lesa humanidad y una larga lista de delitos menores. Pero al mismo tiempo, el Carmesí Permanente es completamente real: somos, en efecto, aseguradores. Es muy difícil actuar abiertamente contra un poder como el de su linaje, dada la naturaleza de sus aliados…”.

“¿La Iglesia?”

“Entre otros, sí. Fueron en gran parte responsables del programa de investigación de Atlantis en un principio; uno imagina que creían que un viaje a velocidad superlumínica exitoso finalmente haría realidad la posibilidad de fundar un Nuevo Edén para sus frágiles protegidos; pero posteriormente cambiaron de opinión, concluyendo que lo que nuestros investigadores habían descubierto simplemente socavaría el esquema piramidal que habían ideado para impulsar la continua ola de colonización y expansión”.

“¿Te refieres al dispositivo de teletransportación cuántica?”

“¡Capital! ¡Has hecho bien tu trabajo!” Rudi volvió a chasquear los dientes. “¡Sabía *que* ofrecerte un trabajo era lo correcto! Eras un desperdicio de tiempo con Sondra.”

“Sea como sea.” Negué con la cabeza: no tenía tiempo para pensar en ofertas de trabajo serias en ese momento. “Y luego están tus otros adversarios: cualquiera que haya invertido a largo plazo en dinero lento. Si se corriera la voz, no solo intentarían aplastarte como a un insecto, sino que todos tus clientes desaparecerían. De lo contrario, habrías salido a bolsa hace siglos. ¿Verdad?”

—Más o menos —inclinó la cabeza hacia la derecha—. El mero hecho de que enviaran el acorazado justo después de que Sondra asesinara a todos en el Faro Atlantis nos lo dijo todo. Nunca llegó, evidentemente sufrió algún percance en el vuelo, pero estaba claro que poderosos intereses habían decidido que lo mejor era evitar que nuestra tecnología revolucionaria se filtrara. Quedamos muy perjudicados, ya sabes, millones de muertos, sus reservas también. El sabotaje, una oleada de bombas... fue *horrible.* El problema con el programa Atlantis era que no es fácil de replicar: requirió un esfuerzo monumental reunir a diez millones de investigadores y ponerlos a trabajar en un objetivo común durante dos o tres siglos, en una época que no se caracterizaba por la búsqueda del conocimiento científico por su propio valor. Cualquier intento de redescubrir el dispositivo puede ser suprimido con bastante facilidad asesinando a investigadores peligrosos y difundiendo la

calumnia de que Atlantis no era más que una variante del fraude FTL.

“¿Y qué pasó después de que Sondra intentara matar a todos, y supuestamente fracasara?”

«Nosotros —el gobierno de Atlantis tras el estado de emergencia, quiero decir, yo mismo ni siquiera había nacido en aquel entonces— tomamos la difícil decisión de no volver a encender la baliza. Esto fue después de un reconocimiento inicial: teníamos un prototipo, una nave que podía llegar al sistema Héctor en solo seis años. Avanzaron sigilosamente, recabaron información e infiltraron espías. Tardamos otra década en averiguar hacia dónde soplaba el viento y seis años más en regresar a casa, momento en el que la baliza estaba casi reconstruida: pero el caos que se extendía era evidente. No solo habíamos sido atacados por una agencia corrupta, sino que habíamos sido atacados porque representábamos una amenaza existencial para el sistema bancario.»

"Entonces...?"

Así pues, optamos por la apariencia de extinción o autarquía. Pero no permanecimos completamente aislados. Hoy en día, Atlantis lleva a cabo un comercio interestelar limitado y muy discreto, adquiriendo información y artículos que necesitamos. Se realiza íntegramente con moneda rápida y mediante una pequeña flota de naves similares a esta: cargueros intrasistema modificados.

«Espera. ¿Qué? ¿Me estás diciendo que esto es una *nave espacial?* ¿La Five Zero es capaz de saltar entre sistemas estelares a la velocidad de la luz?» Miré a Rudi boquiabierto, completamente asombrado. «¿Y comercian con bienes y servicios a través del espacio interestelar usando dinero *rápido?* ¡Eso lo cambia todo! ¡Las oportunidades son casi inimaginables!»

—En efecto —dijo Rudi con una sonrisa—. Y acabas de adquirir acciones de la empresa como directiva. Lo cual me lleva al motivo principal por el que te he estado cortejando durante el último año. ¿Te gustaría escapar de las garras de tu madre para siempre?

* * *

Mientras Rudi y yo intercambiábamos confidencias, el Five Zero encendió su motor de alta potencia. Apenas lo noté en ese momento —la aceleración en milige es tan suave que para detectarla hay que colocar un objeto de referencia en el centro de una habitación y observarlo mientras se desplaza durante un minuto—, pero ya estábamos en marcha, iniciando la larga y lenta espiral que nos alejaba de Shin–Tethys hacia lo que eventualmente sería un tránsito de alta energía hacia Taj Beacon.

Era un farol, por supuesto. Rudi no tenía intención de visitar físicamente Taj, pues un láser de baliza lo suficientemente

potente como para transmitir una señal de alta velocidad a través de años luz de espacio interestelar es, a corta distancia, prácticamente indistinguible de un rayo mortal. Pero nuestra trayectoria cumplió su cometido: dejar tras de nosotros una gigantesca estela de indio ionizado brillante, una pancarta que gritaba: «*Mírenme»,* señalando a la Oficina Sucursal Cinco Cero. En el espacio no existe el sigilo: así que las buenas tácticas se basan en aprovechar este hecho para despistar al enemigo.

Se produjeron numerosas reacciones que se propagaron desde nuestra proximidad a la velocidad de la luz, a medida que diversos observadores notaban nuestro avance.

Quizás la primera de ellas habría sido la reacción de Medea y sus oficiales, en su cuartel general de defensa orbital acuático: "Nos han derrotado", me imagino que diría su jefe de inteligencia.

—Mátenlos. *Ahora* —exclamaron simultáneamente dos de las instancias de Medea—. No dejen que escapen —añadió la tercera del triunvirato.

“Su Majestad. ¿Nos está ordenando que lancemos contra el objetivo?”

“¡Sí! ¡Enseguida!”

Casi al mismo tiempo, el diácono, que hacía guardia en el púlpito a bordo de la Capilla de Nuestra Señora de la Santa

Endonucleasa de Restricción, habría sido alertado de nuestras emisiones. «Su Gracia» bajó la mirada mientras se volvía hacia la retina extendida sobre el atril frente a él. «Disculpe que interrumpa sus oraciones, pero los piratas acaban de activar su motor principal, como era de esperar. Espere... oh. También estoy viendo señales de lanzamiento en la superficie del agua, a seiscientos kilómetros al suroeste de Nova Ploetsk. Eh... Mejor dicho, quince, dieciséis... ¡señales de alta aceleración! El objetivo se está moviendo, Su Gracia».

Cybelle lo miró fijamente sin pestañear durante varios segundos. —Saluda al objetivo —dijo finalmente—. Asegúrales que no tenemos nada que ver con la agresión de Medea, pero deseo hablar con el pequeño contable, cara a cara.

“Sí, Su Gracia. ¿Hay algo más que deba hacer?”

«Descomprime el paquete de malware sagrado y prepáralo para su transmisión». La expresión de Cybelle era fría. «Si los misiles de Medea fallan, no se les puede permitir que siembren sus mentiras entre el público ignorante».

Varios minutos después, un diálogo similar habría tenido lugar en un centro de mando y control en Taj Beacon. No puedo afirmar con certeza quiénes estarían involucrados. Quizás se trataba de los controladores de tráfico habituales, encargados de coordinar el movimiento de vehículos dentro

y fuera del espacio congestionado alrededor de la estación, evitando colisiones y asegurándose de que nadie cruzara accidentalmente la trayectoria de los láseres interestelares. O tal vez otras entidades estaban al mando para entonces, entidades leales a Sondra en lugar de a los habitantes de Taj Beacon.

"Algo está ocurriendo en la órbita baja alrededor de Shin–Tethys. Parece que hay mucho tráfico desde la superficie cerca del ecuador, y hay al menos dos vehículos en movimiento... registrando planes de vuelo entrantes... ¡Tenemos una orden de arresto del Reino de Argos que acusa a uno de los vehículos de piratería!"

Un alto funcionario le prestó toda su atención antes de responder: «Remitan todos los detalles al Subcomité Permanente de Defensa para su inmediata consideración. Ah, y envíen una copia al personal de Lady Alizond, con una solicitud de comentarios. Espero que tenga algo que decir sobre cómo abordar el asunto».

Finalmente, dos días después, en las profundidades estigias más allá de la heliopausa, donde el viento solar de Dojima Prime se encuentra con el medio interestelar, se habrá entregado un informe a bordo del puente de una antigua nave estelar. «Capitán, estamos recibiendo señales retransmitidas desde la Baliza Taj. La traidora está a bordo de una nave que acelera desde Shin–Tethys hacia la estación de

la baliza. Hay un mensaje cifrado solo para usted. Según el sobre, dice que quiere hablar».

—Excelente —siseó Sondra. Sus garras se aferraron a los reposabrazos de su trono de mando mientras se inclinaba hacia adelante—. Tomaré el mensaje directamente y responderé. Si cree que estoy dispuesta a negociar, eso solo facilitará las cosas.

“¿Y el plan de ataque…?”

“Continúen según lo ordenado.”

* * *

“Hola, mamá.”

(Había planeado mi mensaje con esmero y lo había redactado con la valiosa ayuda del equipo de relaciones corporativas de Rudi. Habían creado un escenario diseñado para revelar lo menos posible sobre mi situación real. Para Sondra, yo parecía estar en una sala de juntas virtual, vestida con una vestimenta que se asemejaba bastante a la de una monja auditora. Habían programado la cinemática y la apariencia de piernas en lugar de mi parte inferior del cuerpo, y añadido la apariencia de gravedad para que mi ropa cayera y mi piel se hundiera, simulando así una caída libre. Había recuperado recuerdos del palacio junto al mar interior del

chip de Ana para completar el fondo de la simulación. Lo único real que Sondra podría ver era mi rostro, y lo único que oiría serían las palabras que yo quería que oyera.)

"Quiero empezar diciendo lo mucho que admiro tu trabajo. En serio. Sabes perfectamente que soy una experta en la estafa de los viajes FTL. Lo que has hecho… me deja sin palabras. Has creado una obra maestra. Dudo que volvamos a ver algo igual. Es el mayor fraude de la historia; y miles de millones de personas, decenas de sistemas estelares recién colonizados, te deben su existencia."

(Sondra siempre había tenido una alta opinión de sí misma, y no había nada que ganar conteniendo los elogios desbordantes. Especialmente porque se trataba de una transmisión de mensaje unidireccional. El diálogo no era práctico, tanto por la distancia que nos separaba como, para ser honestos, por el hecho embarazoso de que no sabíamos con precisión dónde estaba Sondra. Sí, todo el Sistema Dojima estaba lleno de rumores e informes sobre su ostentosa llegada a Taj Beacon. Pero eso no probaba nada: era lo suficientemente astuta como para estar en dos o más lugares a la vez, y sin duda había cubierto su posición ante cualquier posible ataque.

(Como, por ejemplo, los molestos misiles balísticos que nos perseguían: algunos de los fuegos artificiales de Medea venían equipados con propulsores eléctricos, de modo que, al alejarnos en espiral de Shin–Tethys, lideramos una

maratón mortal de bombas robóticas. O la capilla, que avanzaba pesadamente tras nosotros, emitiendo señales de alto ancho de banda indudablemente tóxicas, señales que los especialistas en guerra de información de Rudi nos aconsejaron alegremente ignorar, pues la Iglesia Madre estaba tan rezagada en la vanguardia del campo que representaban un mayor peligro para sí mismos que para cualquier otro.

(El problema, como señaló Rudi, era que Sondra había venido aquí por una razón —presumiblemente el reparto del botín— pero sin duda daría mayor prioridad a suprimir la noticia de su crimen que a aumentar su ya enorme fortuna. Probablemente habría preferido callarme discretamente, mediante esa asesina doble. Pero era perfectamente capaz de bombardear una estación baliza e intentar asesinar a toda su población para silenciar a todo un sistema estelar: al fin y al cabo, ya lo había hecho antes. Por lo que pude ver, no había límites prácticos para su depravación.

(“Y hay algo ahí fuera”, me había dicho Rudi.

("¿Dónde?")

(«Se acerca una nave.» Sus orejas se crisparon, señal inequívoca de alteración emocional. «Traza una ruta desde Héctor hasta Atlantis y proyéctala a diez años luz, y terminarás a menos de un año luz de Dojima. Y la escala temporal es bastante precisa. Las naves que enviaron a

Atlantis, las que desaparecieron, podrían estar llegando al sistema Dojima si, en lugar de ser saboteadas, hubieran sido secuestradas. Así que, hace años, pusimos un pequeño satélite a vigilar esa parte del cielo. Y, efectivamente, la *Venganza* se acerca. Detectamos su firma térmica hace casi sesenta días.»

(“Pero ¿cómo pudo ella...?”)

(«Es un acorazado, Krina. ¡*Por supuesto* que tiene un láser de baliza! ¿De qué otra forma enviarías un ejército de ocupación?»)

(“¿Qué va a hacer con eso cuando llegue aquí?”)

(“¿Qué te hace pensar *que lo* sé? Todavía está a más de catorce horas luz de distancia; lo único que sabemos es que se dirige hacia el sistema solar interior y llegará allí en un par de semanas. Es tu madre: dime qué harías si estuvieras en su lugar…”)

(Así que planeé y grabé este mensaje. La Oficina Central Cinco Cero lo transmitiría primero en dirección a la supuesta nave espacial —aún me costaba creerlo, a pesar del destello de calor del telescopio térmico, que irradiaba cientos de gigavatios de energía en el vacío, y del revelador espectro de los reactores de fusión desplazado hacia el azul por la vertiginosa velocidad del vehículo— y luego, más de un día después, en dirección a Taj Beacon, de modo que una

respuesta de Sondra en cualquiera de las dos ubicaciones nos llegaría casi al mismo tiempo. El mensaje no estaba cifrado: sin duda se viralizaría, aumentando su volumen en los canales de chismes...)

«Madre, quiero expresarte mi más profundo pesar por el punto tan bajo que ha llegado nuestra relación. Si pudiera retroceder en el tiempo y deshacer esta desafortunada discusión, lo haría sin dudarlo. Pero supongo que nada de lo que diga ahora logrará nuestra reconciliación. Puedes interpretar este mensaje como mi renuncia formal a la empresa familiar; no creo que vuelva a casa después de esto. Pero aún tenemos asuntos pendientes que tratar.»

(Había discutido este tema con Rudi. «Es capaz de una violencia extrema», le señalé. «Si está en Taj Beacon, bien podría intentar destruir todo el hábitat solo para evitar que se filtre la información. La única manera de detenerla es asegurarse de que no haya ninguna posibilidad de que oculte las cosas, y darle un objetivo al que disparar que no esté rodeado de transeúntes inocentes.»)

Continué con mi discurso: «Así que me gustaría proponer una reunión cara a cara a la antigua usanza. Podemos encontrarnos en el espacio profundo. O, si todavía estás a bordo del Taj Beacon, puedo ir a verte. Lo importante es que nos encontremos en algún lugar con un transmisor de baliza, porque una de nosotras abandonará el Sistema Dojima inmediatamente después». Hice un gesto con la mano.

«Corte: versión para el objeto del espacio profundo. Madre, sé de tu nave estelar. ¡Es una jugada bastante asombrosa! Y sé del transceptor de baliza que lleva, que es, por supuesto, la razón por la que ves este mensaje. Lo que propongo es esto: que te reúnas conmigo en el espacio profundo. He dejado mi chip de alma en manos de un servicio de custodia confiable. Si no reciben un mensaje mío, de fuera del sistema —no te voy a decir dónde— en cincuenta años, me resucitarán desde una copia de seguridad y me veré obligada a compartir mis secretos con todo el universo. Pero si reciben el mensaje correcto, refrendado por Hector SystemBank para probar que se envió desde fuera del sistema, borrarán mi copia de seguridad. Así que solo tienes que apuntar tu láser de baliza al destino que yo elija, y podré desaparecer para siempre.»

(El propósito de esta versión del mensaje era simple: convencer a Sondra, si es que realmente estaba a bordo del acorazado, de que yo estaba tan desesperada que confiaría voluntariamente en su equipo para ayudarme a escapar. Sería una ingenuidad desmedida —incluso un suicidio—, pero contaba con que la mala opinión que Sondra tenía de su descendencia la llevaría a un encuentro en el espacio profundo con el Five Zero. Lo cual, sin duda, ella descartaría como una amenaza).

Volví a agitar la mano. “Corte—versión para Taj Beacon. Madre, sé que estás ocupando Taj Beacon, y sé que probablemente estás planeando algo drástico y fatal para mí

cuando llegue allí. Eso sería estúpido. Así que he dejado mi chip de alma en manos de un servicio de custodia confiable. Si no reciben cierto mensaje mío, desde fuera del sistema —aún no te diré dónde— dentro de cincuenta años, me resucitarán desde una copia de seguridad, y me sentiré obligada a compartir mis secretos con el universo entero. Pero si reciben el mensaje, refrendado por Hector SystemBank para probar que se envió desde fuera del sistema, borrarán mi copia de seguridad. Tengo la intención de ir a Taj Beacon, y una vez allí, iré directamente a la terminal de salida y me teletransportaré a otro lugar. He contratado guardaespaldas para garantizar mi seguridad durante la serialización y la carga. Puedes enviar a tu propia gente para confirmar que no hablo con nadie durante el proceso. Mantén tus manos quietas, y me iré de tu lado por un tiempo."

(Y el propósito de *esa* versión era similar: engañar a Sondra haciéndole creer que iba a huir a través de Taj Beacon. El cálculo era el mismo. Como dijo Rudi: «¡En serio no puedes pretender hacer eso y sobrevivir!». En ese momento, confieso que sonreí con suficiencia y dije: «¡Claro que no! Lo único que importa es que Sondra piense que soy lo suficientemente tonta como para intentarlo»).

—Y corta —dije, agitando las manos, y luego me giré para mirar a Rudi—. ¿Crees que funcionará? —pregunté, con un poco de ansiedad.

—Sinceramente, eso espero. —Abrió los brazos y lentamente se elevó hacia el techo de la oficina—. En cualquier caso, le has dado un objetivo jugoso: nosotros.

“Esa era la idea, ¿no? Porque si supiera lo que tienes en el departamento de propulsión, ya habría minimizado las pérdidas y se habría marchado. Para acosarnos otro año más.”

—Sí —dijo, agarrándose a una de las ramas que sostenían el techo y acercando la cara a ella—. Apostaría a que está en el acorazado.

«No acepto esa apuesta». Recordé mis primeros recuerdos y el enfoque punitivo de Sondra en la crianza de los hijos. «Los autoritarios tienen una atracción instintiva por los instrumentos de fuerza». Un pensamiento me asaltó. «¿Cómo va nuestro arsenal de bombas? ¿Corremos el peligro de que se nos escapen?».

—Esa es una buena pregunta —dijo Rudi con una sonrisa, mostrando sus afilados dientes—. Estoy seguro de que Marigold estaría encantada de aclararnos la duda. ¿Por qué no vamos a la sala de guerra y le preguntamos?

* * *

“¡Jean!”

“¿Sí, mi capitán?”

“La transmisión de la traidora. ¿Estamos rastreando la fuente?”

—Sí, capitán. Permítame añadirlo a la trama principal. —Unos dedos aterradores repiquetearon sobre una pantalla crepuscular en la penumbra roja del centro de combate de la nave de guerra—. Observe: El origen es este vehículo, que parece estar en una trayectoria de aceleración continua de alta energía de seis miligés saliendo de Shin–Tethys. Si continúa según lo previsto y realiza un giro a mitad de camino *aquí,* llegará a las proximidades de Taj Beacon en noventa y ocho días estándar. O podría sobrevolar la zona mucho antes, pero no hay una razón clara para ello... En cualquier caso, el vehículo está emitiendo el código de identificación de la Sucursal Cinco Cero de una institución financiera conocida como la Cooperativa de Seguros Permanentes Carmesí de...

“Basta.” Unos enormes ojos oscuros incrustados en un rostro rígidamente blindado escudriñaron la pared de la retina. “¿Qué son *esos?*”

“Parece que hubo un altercado en órbita alrededor de Shin–Tethys. El, ah, traidor parece haber atraído la ira de varias partes, que están enfrascadas en una persecución. Esta es una capilla mendicante de la Iglesia Madre, y como puedes

ver, apenas puede generar cuatro miligés: se está quedando atrás. Este grupo de dieciséis es más preocupante: exhiben características de baja detectabilidad y están realizando interferencias rudimentarias, y están promediando cinco coma cinco miligés, con picos a veinte miligés, para luego mantenerse estables mientras disipan el calor residual. La inteligencia no está segura de qué son, pero especula que son misiles de persecución de largo alcance no tripulados, en cuyo caso el traidor no podrá desacelerar y reunirse con Taj Beacon hasta que se quede sin masa de reacción. Una persecución severa es una persecución larga, ja, ja, ja." Sondra guardó silencio por un minuto, reflexionando. Veo a una fugitiva acorralada que cree que puede chantajearme... ¡Ja! ¡Jean! Una pregunta para el equipo de navegación. Suponiendo que cambiemos de rumbo y aceleración en las próximas horas, ¿podemos, en principio, realizar un encuentro a velocidad cero con este vehículo de la sucursal?

La criatura esquelética sentada frente a ella se quedó paralizada por un instante. —Lo preguntaré, Capitana. Supondrá un cambio importante respecto a nuestro programa de mejora actual, pero no veo por qué no… Lo preguntaré.

—No pienso dejar escapar a la traidora, Jean —murmuró Sondra—. Pero no tiene sentido decirle que aceptamos su propuesta si es obvio que no podemos concretar tal encuentro.

Hubo silencio en el estrecho centro de mando durante unos minutos. Entonces el teniente habló: «Capitán, tenemos suficiente masa de reacción para realizar un encuentro cero–cero con la Oficina de la Sucursal Cinco Cero. Para ello, necesitaremos realizar una maniobra inicial de corrección de rumbo en menos de ochenta mil segundos. Sin embargo, los navegantes también opinaron que la Oficina de la Sucursal Cinco Cero no puede encontrarse con nosotros; si lo intentan, los misiles que los persiguen los alcanzarán al menos dos días antes de nuestro máximo acercamiento».

«Qué fastidio.» Unas garras negras y afiladas se clavaron en las barras de sujeción del torso del dispositivo de aceleración de Sondra. «Eso no puede ser. Teniente: tengo la intención de responder a la traidora, accediendo a su petición. También le notificaré que nos desharemos de sus perseguidores como gesto de buena voluntad. Luego, realizaremos la corrección de rumbo necesaria para reunirnos con ella y reanudaremos la desaceleración.»

—Sí, capitán. —Una pausa—. ¿Hay alguna otra instrucción?

Si Sondra tuviera dientes, los habría mostrado. «Procederemos como ordené. Una vez que estemos en la trayectoria de desaceleración y encuentro, le indicarás a la Fábrica de Armas Dos que intercepte a los perseguidores de la traidora y los destruya. Idealmente, el sobrevuelo y la destrucción tendrán lugar no más de mil segundos antes del encuentro». Hizo una pausa.

“¿De verdad vamos a reunirnos con la traidora?”

“No. Mientras los interceptores detonan, realizaremos una maniobra de quema lateral con el máximo impulso. Las detonaciones y la quema tienen como objetivo ocultar el lanzamiento de bombas de caída libre desde la Fábrica de Armas Uno, dirigidas a la ruta de encuentro de la Oficina Sucursal Cinco Cero. Quiero que tengan el menor tiempo de reacción posible.”

“Quiero estar tan cerca de la muerte que pueda ver las explosiones yo misma. Tan cerca que pueda sentirlas en mi piel. Tan cerca que tenga que regenerar mis ojos después.”

* * *

Las batallas espaciales son aburridas.

Esto me llegó como un descubrimiento inesperado y desagradable. Pero consideremos lo siguiente: el espacio es inmenso y, en su mayor parte, nuestros vehículos aceleran lentamente, a velocidades medidas en miligés, aproximadamente un centímetro por segundo al cuadrado. Sí, hay excepciones: el estallido de alto impulso de un cohete termonuclear y la combustión continua a centigés de una nave estelar. Y en los últimos segundos y minutos de un combate, está el empuje y el rugido ensordecedores de los propulsores químicos, que derrochan prodigiosamente masa

de reacción, zigzagueando y maniobrando desesperadamente para fijar o romper el objetivo. Pero, en general, las batallas espaciales son una danza lenta de dinámica orbital y aceleración continua de bajo empuje durante días, semanas o incluso años: una danza que culmina en un minuto aterrador de embestidas, maniobras evasivas ensordecedoras, seguidas de muerte súbita o supervivencia, y más semanas o meses de empuje lento y constante. En cierto modo, el desarrollo de una batalla espacial se asemeja a un juego de azar en el que ambos bandos se preparan en secreto, revelan otros aspectos de su estrategia a sus rivales, y el resultado se decide en un enfrentamiento final. Pero es un juego que uno o más participantes jamás volverán a jugar. No hay garantía de que haya un ganador, pero siempre hay al menos un perdedor. Si se analiza con detenimiento, incluso se podría percibir cierta similitud con algunos tipos de operaciones con opciones.

Como banquera, esto no me gustaba nada. Así que, después de un par de días, fui a hablar con Rudi sobre mi inquietud.

—Sí, es una apuesta —confirmó—. Pero vamos a ganar. Hemos escondido varias cartas, ¿verdad? Sin duda, tu madre cree que es ella quien va a ganar, y también está ocultando cartas. Pero es evidente que no tiene un motor de teletransporte a bordo de su nave, así que vamos a ganar.

“¿Cómo sabes que no lo tiene?”

Rudi ladeó la cabeza y me miró fijamente. “Porque no estamos muertos. ¡Sinceramente, Krina, esperaba algo mejor!”

—¡Soy contable, no guerrera! —protesté—. No me dedico a asesinar gente. No como mi madre.

“Bueno, tendrás que aprender. Al menos lo suficiente para mantenerte al día, si aspiras a convertirte en gerente de sucursal de Permanent Assurance.”

—¿Dónde sugieres que...? —Me interrumpí, pues Rudi ya no me miraba. Un tintineo proveniente de la retina en su pared atrajo su atención.

—Mensaje entrante —anotó—. De tu madre, para tus ojos. (No se me escapó que Rudi lo había visto primero). —¿Te gustaría verlo?

“'Verlo' no es la palabra que elegiría, pero supongo que tengo que hacerlo…”

La retina parpadeó y se reconfiguró para mostrar una sala de juntas estilizada. Mi madre estaba sentada entronizada a la cabecera de la mesa, ataviada con las rayas ceremoniales propias de su profesión. A ambos lados, se sentaban una fila de ejecutivas, todas hermanas mías, vestidas con las sobrias vestiduras sacerdotales de las banqueras mercantiles. Reconocí la sala, con una punzada de nostalgia, como la Sala del Comité Azul del SystemBank New California, el santuario

sagrado donde se repartía la riqueza de los sistemas estelares y se prestaba a las colonias deudoras suplicantes. Estaba, por supuesto, a más de veinte años luz de distancia (y, por lo tanto, todo este diorama era tan falso como mi mensaje a mi madre), pero aun así me afectó profundamente.

«Hija», me dijo Sondra directamente, con altivez y dignidad. «Que tus actividades me aflijan y me inquieten no debería sorprenderte. Ojalá hubieras puesto tus talentos, hasta ahora no demostrados, al servicio de esta institución en lugar de conspirar en secreto con traidores para defraudarnos. Pero dadas las circunstancias, no veo ninguna forma de que puedas recuperar mi confianza en tu buena fe. Por lo tanto, acepto tu renuncia».

Comprendo tu deseo de huir avergonzada del Sistema Dojima. Y tienes razón en cuanto a que esta nave posee un láser baliza de uso general. Sobre tu burdo intento de chantajearme para que te dé acceso a él, no diré nada más. Tu solicitud de encuentro directo es aceptada, y como tu tripulación habrá notado, ya estoy desacelerando hacia el punto de encuentro indicado. Sin embargo, tengo curiosidad por saber cómo piensas lidiar con tus perseguidores: ¿No te alcanzarán si dejas de acelerar delante de ellos?

“Espero con ansias aceptar tu rendición en persona cuando estemos a menos de un minuto luz de distancia.”

La ventana de mensajes se cerró. Miré a Rudi. «Será mejor que le cuente la historia de las bombas», le sugerí. «De lo contrario, podría empezar a sospechar la verdad».

—Sí. ¿Por qué no lo haces tú? —Rudi pasó la lengua lentamente por su hocico y luego me guiñó un ojo con picardía—. Tengo más cartas que marcar. Mejor empiezo ya…

* * *

Pasaron los días. Luego una semana. Luego casi otra.

Poco después de recibir el mensaje de Sondra aceptando una reunión cara a cara, las bengalas de propulsión de la flotilla de misiles interceptores que nos seguían fuera del pozo gravitatorio de Shin–Tethys se apagaron y se fueron apagando, una a una, dejando a los interceptores a la deriva y cada vez más rezagados. Aparentemente, no estaban diseñados para una persecución en el espacio profundo de tal duración. Fue un resultado de lo más conveniente, pues no volverían a alcanzar al Five Zero hasta casi dos horas después del encuentro programado con la nave estelar de Sondra: e incluso entonces, a la deriva sin control, serían trivialmente fáciles de evadir.

Les deseé la mejor de las suertes, en la intimidad de mi mente.

De los demás participantes en la batalla, no había noticias. La capilla se alejaba cada vez más, lanzando virus y troyanos obsoletos al cielo con creciente desesperación. No eran más que una molestia, pero las distintas agencias de control de tráfico planetario estaban claramente irritadas, a juzgar por las cada vez más estridentes prohibiciones de spam en los canales de emergencia: si continuaban así mucho más tiempo, serían incluidas en la lista negra de las autoridades portuarias y no podrían atracar en ningún sitio. Y hubo un bloqueo informativo total por parte de Nova Ploetsk en particular y del Reino de Argos en general: era evidente que *alguien* estaba ocultando algo.

Dediqué gran parte de mi tiempo a trabajar y estudiar. Según los términos de nuestro acuerdo, Rudi debía entregarme una asignación de acciones de la Sucursal Cinco Cero; más adelante, las transferiríamos formalmente a la institución matriz, pero por el momento yo solo sería teniente primero con participación accionaria y responsable de auditoría, además de un importante cliente con cuenta de depósito. La curva de aprendizaje fue pronunciada: tenía que estudiar numerosos manuales operativos y gran parte del funcionamiento de una agencia de auditoría proactiva era nuevo para mí. Sin embargo, nada concentra tanto como empezar un nuevo puesto directivo en medio de una batalla espacial: hacerlo bien a la primera era cuestión de vida o muerte. Así que me lancé a mi nueva rutina con entusiasmo y una intensidad que, lo admito, me sorprendió.

Como oficial recién incorporada a la corporación, pasaba la mayor parte del tiempo en la oficina de servicios financieros, aprendiendo los entresijos de los bonos, los préstamos y otros instrumentos financieros de la mano de los empleados administrativos más experimentados. No tenía mucho contacto con la dirección de la sucursal, así que me sorprendió un poco, durante mi turno de noche, cuando una persona con un rostro que me resultaba familiar asomó la nariz por encima de mi hombro y anunció su presencia. «¡Graah! ¡El capitán te manda saludos y pregunta por tu presencia ahora mismo! ¡Vienes muy rápido, ¿eh?!»

Parpadeé levemente, negándome a retroceder. —¿Li, verdad? —El especialista en abordajes piratas que me había arrastrado a bordo del Five Zero hacía más de un año me miró fijamente—. ¿Rudi me busca? ¿Dónde?

“El centro de información de combate está en la cubierta de embarque número dos. ¿Me sigues?”

—Enséñame —ordené, fijando la vista en mi retina y nadando hacia el centro de la habitación para seguirlo. Había mejorado mucho en la identificación de murciélagos por su sexo durante el último mes. También había encontrado un hueco en mi agenda para una cita con el cirujano de la nave, y volvía a tener piernas funcionales, aunque con pies palmeados y dedos prensiles. Pero por ahora había conservado la cara de ojos grandes y vergonzosos, las branquias y muchas de las otras modificaciones, y aún no me

había decidido a pedir alas, pelaje y un hocico puntiagudo para encajar mejor: las cirugías mayores y los fluidos corporales funcionan mejor bajo la gravedad o la centrifugación, y simplemente no había tiempo para arreglarlo todo a la vez.

El pirata Li me condujo hacia el núcleo de servicio central del vehículo, pasando por las esferas de hábitat y soporte vital, hasta llegar a un mundo angosto de pasillos grises repletos de escotillas de presión automáticas y estantes de equipos, desde rollos de cinta adhesiva hasta detectores de radiación. Las entrañas sombrías de la empresa, las herramientas de último recurso cuando la negociación y el derecho contractual cedían ante la ley del más fuerte.

El CIC estaba enterrado en un laberinto de pasadizos y conductos, apto para roedores, tras muros sorprendentemente robustos. Dentro de su esfera se encontraba una cápsula sorprendentemente pequeña, apenas más grande que una cripta *Soyuz,* que giraba libremente sobre soportes cardan. Li me hizo señas para que me acercara; nadé hacia la escotilla abierta y asomé la cabeza.

“¡Pasa! ¡Pasa!” Rudi me aleteó, visiblemente nervioso. “Cierra la escotilla, por favor.”

—¿Qué es esto...? —Me dejé caer en uno de los sofás desocupados.

“El búnker. Desde donde algún oficial afortunado tiene que gestionar la sucursal cuando todas las cuentas están en números rojos.” Rudi me miró. “Esta es tu última oportunidad para echarte atrás, ¿sabes?”

Me llevó mucho tiempo formular mi respuesta. El silencio, interrumpido solo por el zumbido de los ventiladores y el gorgoteo del gel acelerador en el tanque debajo de nuestros asientos, parecía prolongarse interminablemente.

—¿Lo planeaste todo con Ana, verdad? —pregunté finalmente—. Todo. Mi secuestro, este enfrentamiento, el golpe bajo que la gente está preparando.

Rudi asintió. "¿Estás enfadada conmigo?"

Suspiré. —Ya lo había dicho. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando con mi hermana?

“Desde hace más tiempo del que quisiera recordar. Nos conocimos en el Trailing Pretties, poco después de que el Five Zero llegara a Dojima; yo buscaba un experto en ciertos aspectos de la legislación comercial local.”

“¿Y fue entonces cuando te habló del Carnet de la Atlántida...?”

—No de inmediato. La sonrisa de Rudi tardó en aparecer. —Había una pequeña cuestión de confianza mutua. Pero ella ya había decidido romper definitivamente con tu linaje antes

de llegar aquí. Descubrir más razones para odiar a tu madre fue… bueno, sirvió para fortalecer nuestra confianza y respeto mutuos.

"Para tu…" Me detuve. Su tono sonaba melancólico. "¿Qué es?"

Rudi puso una membrana de ala sobre su rostro. «Se une al Pueblo. Supongo que era inevitable que nos distanciáramos: la pasión de una relación así solo puede durar unos pocos años, una o dos décadas como máximo. Pero acordamos, hace mucho tiempo, que cuando esto terminara, uniríamos nuestros linajes y tendríamos hijos». Me miró tímidamente por encima del brazo. «Te dio un chip de alma, ¿no? Con un mensaje... y una copia de seguridad actualizada».

Lo miré fijamente. "¡Eres un *murciélago,* Rudi! Ella es una sirena. ¿En qué *estabas* pensando?"

—Te sorprenderías —dijo secamente—. Sé que Sondra minimizó tu libido cuando te concibió. Esa fue otra de las cosas que enfurecieron a Ana. Ella tampoco estaba interesada en la concupiscencia cuando llegó a Dojima.

"No puedo creer lo que estoy escuchando."

"Creer en ello es totalmente opcional, te lo aseguro, querida. Pero, en cualquier caso, no te he llamado para decirte que vas a ser tía. Te he llamado porque el coche de tu madre acaba de cambiar de rumbo."

“Ella está…” Me mareé. “Espera. ¿Qué está diciendo? ¿En qué punto de la línea temporal estamos?”

—Atenta. —Rudi se concentró de repente, chasqueando los dedos como alas hacia la retina que formaba un arco alrededor de nuestros asientos—. *Este* es nuestro vector actual. Aquí, detrás de nosotros, están las cápsulas a la deriva de los, ejem, «misiles interceptores». Hemos disminuido la velocidad lo suficiente como para que se estén acercando de nuevo. Y *este* es el vector actual de Sondra. Por cierto, es una escala logarítmica doble.

Me quedé perpleja. La flecha que representaba la trayectoria de Sondra era enorme. Y cambiaba de dirección visiblemente.

Hasta hace media hora, efectivamente estaba desacelerando hacia el punto de intersección acordado. Pero entonces ejecutó esta maniobra. La pantalla mostraba una espiral compleja, con la magnitud de su aceleración fluctuando. «En este momento no la estamos localizando con radar activo —aún se encuentra a cientos de miles de kilómetros de distancia—, pero esa maniobra concuerda con apuntar su costado hacia nosotros y arrojar algo por la borda. Algo que nos alcanzará poco antes que ella».

“¿Minas? ¿O misiles?”

“Posiblemente ambas cosas. Si continúa su rumbo actual, sus bombas nos alcanzarán un par de cientos de kilómetros antes de que se acerque lo máximo posible. Me temo que tu desafío la ha desestabilizado por completo. Es muy molesto. Quizás tengamos que recurrir al Plan B.”

“¿De verdad piensas dispararle?”

“No: tengo algo mejor en mente. Pero el Plan B *sí* requiere una intervención presencial... si le disparamos sin resolver el problema fundamental, simplemente empeoraremos las cosas.”

“Creo entender: si le disparas, reaparecerá con refuerzos y te denunciará como un forajido. Pero si la dejas a la deriva sin combustible, expuesta y completamente desacreditada, sería mucho mejor para todos.”

Sí. Pero tenemos que desactivar su láser de baliza *y* asegurarnos de que no tenga oportunidad de escapar, ni de suicidarse, ni de asesinar a nuestros testigos. Los testigos a bordo del grupo de pequeñas naves de baja aceleración enviadas por el Pueblo para vigilar nuestras negociaciones con Sondra y exigirle responsabilidades, fueron astutamente confundidos con misiles por los aliados detrás del golpe de palacio que había silenciado a Medea poco después de su lanzamiento. Era una tarea terriblemente arriesgada: si Sondra se daba cuenta de que no eran ojivas abandonadas, podría destruirlas en un instante y alegar defensa propia.

“Creo que vamos a tener que acortar esto”, continuó Rudi. “La maniobra de interceptación es apenas manejable, gracias al combustible extra que llevamos a bordo, y mientras tenga su motor principal encendido y apuntando hacia nosotros, su llamarada de propulsión hará que sea muy difícil distinguir entre el Five Zero y un dron señuelo.

“Entonces, Krina, ¿qué opinas de los abordajes?”

* * *

Las acciones de abordaje son situaciones en las que la tripulación de un vehículo espacial se traslada físicamente a bordo de otra nave en vuelo, secuestrándola por la fuerza.

Es una maniobra peligrosa en el mejor de los casos, generalmente llevada a cabo por corsarios armados contra objetivos como un carguero indefenso o una capilla parcialmente dañada. La idea de un corsario abordando un acorazado interestelar armado con un láser de gigavatios y un complejo militar–industrial portátil preparado para la rápida fabricación de armas termonucleares es... bueno, la palabra "suicida" viene a la mente.

Sin embargo, como ya se mencionó, Rudi guardaba un as bajo la manga: el motor de teletransportación. Además, habíamos embarcado casi dos toneladas de uranio enriquecido apto para armas nucleares en solución acuosa,

almacenado en estrechos tanques con paredes de cadmio: el combustible para cohetes más energético imaginable. Y tenía un plan.

"Vamos a preparar un salto que nos coloque a un par de cientos de kilómetros detrás de su nave estelar. Esta está desacelerando para encontrarse con nuestra trayectoria actual. Dejaremos un señuelo de radar para mantenerla alerta. Una vez en posición, el escudo frontal de su nave nos protegerá de la observación directa. Realizaremos una aceleración continua directa hacia su garganta, usando más de la mitad de esa munición que me pediste." Rudi mostró los dientes. "La tendremos encima en menos de diez minutos. Y luego la abordaremos por la fuerza, detendremos a la tripulación, desactivaremos sus armas y la abriremos a la inspección pública por testigos neutrales."

Lector: Las batallas espaciales son aburridas. Pero los abordajes son *aterradores.*

Yo había estado en el lado receptor de uno, a bordo de la Capilla de Nuestra Señora: ahora iba a descubrir cómo era desde el otro lado.

Nos agachamos en la parte delantera abierta de la bodega de carga del Five Zero, vestidos con una variopinta gama de armaduras, conectados a las armas con las que éramos más hábiles. Yo estaba blindada, pero no realmente armada (a menos que cuentes mi hoja de cálculo y el contenido del

cilindro hueco atado a mi pecho): iba como supercarga, al cuidado de un experimentado equipo de asaltantes. Estábamos sentados atados a la parte superior abierta de un transportador de carga de corto alcance, listos para el salto. Ante nosotros, las estrellas fijas brillaban sin piedad: una estrella en particular parpadeaba con un resplandor violeta, su movimiento real apenas visible a esta distancia. Era la nave de guerra de Sondra, con la antorcha de fusión encendida, retrocediendo hacia nosotros en una ráfaga de radiación gamma y neutrones. «Mantente atrás», me recordó Li.

—Sí. Quédate atrás y podremos protegerte —añadió Marigold. Nos comunicábamos mediante electrosensores encriptados, un implante que el cirujano de la nave me había colocado en la cabeza hacía apenas una hora. Todavía sentía un hormigueo y la mandíbula entumecida.

—Saltaremos en diez segundos —añadió Marigold. Apreté con fuerza las correas que me sujetaban al portacargas, sin saber qué esperar. —Prepárate para la aceleración inmediata.

Intenté contar, y llegué a quince segundos sin que sucediera nada. Estaba a punto de preguntar cuánto tiempo más tendríamos que esperar cuando las estrellas parpadearon en nuevas posiciones. Entonces, un tirón momentáneo en mi sentido vestibular me indicó que estábamos girando: Y un peso invisible de media tonelada cayó sobre mí. Líneas brillantes rozaron los bordes de mi visión, señalando un flujo

de radiación alarmantemente alto. No podía moverme. La aceleración se sintió tan fuerte como cualquier cosa que hubiera sentido durante la reentrada en Shin–Tethys. (No lo era, ni por un orden de magnitud, pero tampoco tenía gel antichoque empaquetado alrededor y dentro de mí). Las estrellas flotaban a través del frente abierto de la bodega de carga, y un rugido vibrante y zumbante me estremeció los huesos. Me esforcé, pero por más que lo intenté, no pude vislumbrar nuestro objetivo. Después de todo, todavía estaba a cientos de kilómetros de distancia.

No solo estaba a más de doscientos kilómetros de distancia, sino que se alejaba de nosotros a veinte kilómetros por segundo, aunque desacelerando, con su antorcha de propulsión apuntando en dirección contraria a nosotros y hacia el vector que habíamos estado siguiendo segundos antes. A diez ge, tardaríamos casi cuatro minutos en evitar que la distancia aumentara aún más, pero luego la cerraríamos con extrema rapidez, para la picada final. La nave espacial en sí desaceleraba constantemente, pero a menos de mil miligés: aunque tenía cantidades prodigiosas de energía a su disposición, si intentaba mantener una aceleración mayor, su tripulación se vería asfixiada por el calor residual de los reactores de fusión. *Nuestros* principales peligros eran tres. Los dispositivos de defensa puntual antimeteroide detrás del escudo frontal de la nave espacial podrían confundirnos con una bola de nieve en trayectoria de colisión; Sondra podría intentar dirigir el láser de baliza hacia

nosotros; o podría hacer algo realmente desafortunado con su antorcha de propulsión si se daba cuenta de lo que estaba sucediendo. Mi mayor esperanza era que siguiera persiguiendo el señuelo de radar, que quedaba oculto a sus sensores ópticos por la columna de humo incandescente del escape de su cohete. Así que soporté varios minutos de creciente angustia y terror mientras esperaba que el círculo de cielo frente a nuestra bodega de carga brillara con más intensidad que un millón de soles y me derritiera la cara.

Esperé, y esperé. Y entonces, sin previo aviso, los pesos invisibles que sujetaban mis extremidades se desvanecieron y la estática en mi visión se disipó. Me impulsé hacia adelante en mi arnés, luego me quedé suspendida de lado mientras las estrellas se deslizaban por la abertura de carga. El rugido de aceleración transmitido por conducción ósea se reanudó, pero esta vez sabía que retrocedíamos hacia nuestro destino, disminuyendo la velocidad, acercándonos para la transferencia final.

—Nos eyectaremos en veinte segundos —dijo Marigold en voz baja—. Aguanta. Y así lo hice.

* * *

Solo conservo impresiones confusas: la oscuridad abismal a cada lado, un frío glacial. Una estructura metálica cilíndrica del tamaño de un rascacielos que emergía de la oscuridad,

salpicada de boquillas inexplicables, marcada por antiguos microimpactos, un punto de luz cegador que quemaba agujeros en el cosmos en un extremo. Empujones, golpes y sacudidas mientras nuestro rudimentario carguero improvisado cruzaba a toda velocidad el hueco, acercándose a una de las muchas ampollas que salpicaban el costado de la nave. Un movimiento de balanceo frenético y un breve vistazo a otro vehículo más pequeño en la distancia, posado sobre otra línea de radiación cegadora como un cuchillo: luego un impacto que hizo temblar los huesos.

Recuerdo estar de pie en un agujero en la pared de una habitación, rodeada de las crisálidas asesinadas de guerreros antiguos, mirando hacia el abismo y diciéndome: ¡*Todavía estoy viva!* Entonces una voz resonó en mis oídos a pesar del vacío que me rodeaba: «¡Krina, baja!». Y momentos después, entre destellos de terror, vi el brillo de cuchillos impulsados por propulsores que se batían en duelo sobre nuestras cabezas.

Pasillos y esqueletos; no eran simples cadáveres frágiles, sino algo distinto: cuerpos desollados, desprovistos de la superficialidad de la carne mecánica, de piel dura y huesos afilados como garras de pesadilla, optimizados para el peso, la velocidad y la matanza. Luego, el cuerpo de un tripulante de abordaje, con las alas de murciélago destrozadas y la espalda rota. Los cómplices de Sondra tenían mejores cuerpos y equipo, pero la gente de Rudi tenía más experiencia en este tipo de operaciones. Un repentino destello de luz en

las sombras y una carga explosiva abrieron el paso hacia una nueva cámara.

Entonces todo terminó. O mejor dicho, Marigold estaba frente a mí, tratando de llamar mi atención. —¿Señorita Alizond? Venga conmigo. Necesitamos que identifique…

Los aposentos del capitán a bordo del *Vengeance* eran más austeros de lo que esperaba: muy diferentes del lujo y la pompa con los que siempre había visto viajar a Sondra. Al menos habían restablecido la presión del aire, así que ya no tenía que parpadear para quitarme los fragmentos de hielo que se formaban en mis globos oculares. Los espacios de la nave eran estrechos y fríos, tan oscuros que me sentí repentinamente aliviado de que mis ojos no hubieran recuperado su tamaño original. Una turba de abordadores piratas rodeaba orgullosamente a una figura encorvada, pegada a un sofá de aceleración desde el que profería imprecaciones. Le habían vertido una gota de espuma de secado rápido sobre las manos y los pies: a juzgar por las contusiones y los daños visibles, no habían capturado a Sondra sin luchar.

Di un paso adelante, rebotando ligeramente en la aceleración onírica de una décima de g. "Hola, Sondra".

Los rasgos terroríficos de su cuerpo de guerra me miraron fijamente y mostró sus colmillos, siseando.

—¡Eso no es muy constructivo! —dije con entusiasmo, intentando disimular mi desdén con una falsa ligereza—. La verdad es que me sentía mareada, casi enferma, con esa sensación de entumecimiento que se produce cuando la actividad neurohormonal se descontrola. —¿No quieres terminar con esto de una vez? Así podremos irnos.

—*Hsss*— Sondra se estremeció entre sus ataduras. Luego se quedó completamente inmóvil. Tras unos segundos, flexionó su pecho esquelético. Entonces me miró. —¿Cuál de las dos *eres?*

Me quedé mirando. —Soy Krina, madre. ¿No me reconoces?

«Krina. ¿La pequeña historiadora? Traidora, te llamo.» Su desprecio era palpable. Y aún me dolía, más de lo que esperaba. «Me debes... todo lo que eres...»

“¡No te debo *nada*! Una deuda no existe solo porque tú lo desees. Si alguien es un traidor aquí, eres tú, para el pueblo de Atlantis, cuya confianza traicionaste.” Me contuve, me obligué a contar hasta diez en silencio antes de continuar. “Podrías haberlo tenido todo, Madre, si hubieras cumplido con tu trabajo de buena fe, administrando su banco central. Pero no lo hiciste, y por eso estamos aquí ahora, para pedirte cuentas.”

Emitió un sonido extraño y apagado. Al cabo de un instante, lo reconocí como una risita. «¿Así que la ladrona viene a casa a acusar a su madre de un robo mayor? ¡Nadie te va a creer! Es tu palabra contra la mía, y hablo alto, porque el dinero manda. Adondequiera que intentes ir en el Sistema Dojima, mis agentes judiciales te seguirán. Y ni se te ocurra pensar que puedes salirte con la tuya aquí: tengo refuerzos. También irán a por ti».

"No si no tienen ningún activo." La observé, pero no parecía entender lo que decía. Lo intenté de nuevo. "¿Cómo crees que supimos lo que pasó en Atlantis, Madre? Cobraste demasiado pronto y no terminaste el trabajo. Gestión de riesgos: de eso trata la banca. Y ahora que todos han venido aquí para liquidar los últimos activos que quedaron de tu fraude, los ciudadanos de Atlantis han decidido sentarse a la mesa y discutir el pequeño asunto de la deuda que creaste.

—Se acabó, madre. El gerente de la sucursal de allá atrás —señalé la pared, el vacío que se extendía más allá y la Oficina Sucursal Cinco Cero— está transmitiendo una transcripción completa de la investigación que Ana y yo hicimos sobre tu fortuna a todos los que tengan una antena para recibirla. Y una descripción completa del teletransportador de enredos, aunque eso sin duda tardará un poco más en cambiarlo todo.

"Pero la conclusión es esta: *ahora mismo,* el valor del dinero lento se está desplomando, en una onda expansiva que viaja hacia afuera a la velocidad de la luz. Es un Jubileo a escala

interestelar: el fin de la esclavitud de la deuda de los mundos. Mientras tanto, usted está aquí sentada, casi sin combustible, con su láser de señalización desactivado y su historial crediticio destrozado."

Me miró fijamente, sin comprender. —Me educaste para pagar siempre mis deudas —le expliqué, haciendo un último intento—. Ya terminé, así que me voy. Extendí la mano y con cuidado dejé el cilindro con una copia de la transcripción completa sobre el escritorio junto a su sofá. —No creo que volvamos a vernos, así que adiós, mamá.

Me giré y esperé a que mi guardaespaldas me abriera paso. Y luego nos fuimos a casa.



ACERCA DEL AUTOR

CHARLES STROSS

Charles David George "Charlie" Stross (nacido el 18 de octubre de 1964) es un escritor británico de ciencia ficción y fantasía. Stross se especializa en ciencia ficción dura y ópera espacial.

Primeros años y educación

Stross nació en Leeds, Inglaterra. Desde temprana edad mostró interés por la escritura y escribió su primer relato de ciencia ficción a los 12 años. Se graduó en Farmacia en 1986 y obtuvo su título de farmacéutico en 1987. En 1989, se matriculó en la Universidad de Bradford para cursar un posgrado en informática. En 1990, comenzó a trabajar como redactor técnico y programador. En 2000, empezó a trabajar como escritor a tiempo completo, inicialmente como redactor técnico, pero luego alcanzó el éxito como novelista.

Carrera

En las décadas de 1970 y 1980, Stross publicó algunos artículos sobre el juego de rol Advanced Dungeons & Dragons en la revista White Dwarf. Algunas de sus criaturas, como el caballero de la muerte, el githyanki (nombre tomado de la novela de George R.R. Martin de 1977, Dying of the Light), el githzerai y el slaad (una raza caótica de humanoides con aspecto de rana), se publicaron posteriormente en el compendio de monstruos Fiend Folio para el juego de rol Dungeons & Dragons.

Su primer cuento publicado, The Boys, apareció en Interzone en 1987. Una colección de sus cuentos, Toast: And Other Rusted Futures, se publicó en 2002; cuentos

posteriores han sido nominados al Premio Hugo, al Premio Nebula y a otros premios. Su primera novela, Singularity Sky, fue publicada por Ace Books en 2003 y también fue nominada al Premio Hugo. Su novela corta The Concrete Jungle (publicada en The Atrocity Archives) ganó el premio Hugo en su categoría en 2005. Su novela Accelerando ganó el Premio Locus 2006 a la Mejor Novela de Ciencia Ficción, fue finalista del Premio John W. Campbell Memorial a la Mejor Novela de Ciencia Ficción, y estuvo en la lista final de nominados al Premio Hugo en la categoría de mejor novela. Glasshouse ganó el Premio Prometheus 2007 y estuvo en la lista final de nominados al Premio Hugo en la categoría de mejor novela; la traducción alemana Glashaus ganó el Premio Kurd–Laßwitz 2009. Su novela corta Missile Gap ganó el Premio Locus 2007 a la mejor novela corta, y recibió el Premio Edward E. Smith Memorial o Skylark en Boskone 2008.

Entre 1994 y 2004, también fue un colaborador activo de la revista Computer Shopper, donde escribía su columna mensual sobre Linux. Dejó de escribir para la revista para dedicar más tiempo a la novela. Sin embargo, continúa publicando artículos como freelance en internet.

Su novela The Atrocity Archives (2004) detallaba una agencia de inteligencia británica encargada de investigar horrores de otro mundo; utilizando ideas similares a las del libro de rol Delta Green (1996), Stross escribió en el epílogo del libro: «Lo único que puedo decir en mi defensa es... que no había oído hablar de Delta Green cuando escribí The

Atrocity Archive... Lo dejaré ahí, salvo para decir que Delta Green estuvo a punto de hacerme volver a coger los dados».: 247

Rogue Farm, su cuento de 2003, fue adaptado a una película animada homónima que se estrenó en agosto de 2004.

Stross fue uno de los Invitados de Honor en Orbital 2008, y en la Convención Nacional Británica de Ciencia Ficción (Eastercon) en marzo de 2008. Fue el Autor Invitado de Honor en la Convención Regional de Ciencia Ficción de Maryland (Balticon) en mayo de 2009. Fue el Autor Invitado de Honor en Fantasticon (Dinamarca) en agosto de 2009. Fue el Invitado de Honor en Boskone 48 en febrero de 2011.

Cubicle 7 utilizó su licencia de juego de rol básico para crear The Laundry (2010), basada en los escritos de Stross, en la que los agentes deben lidiar tanto con los dioses externos como con la burocracia del Reino Unido.

En septiembre de 2012, Stross publicó The Rapture of the Nerds, una novela escrita en colaboración con Cory Doctorow. Ambos también han participado juntos en el movimiento de licencias y derechos de autor de Creative Commons. En diciembre de 2017 dio una charla en la conferencia de hackers 34C3.

Premios

Accelerando ganó el premio Locus 2006 a la mejor novela de ciencia ficción. Missile Gap ganó el premio Locus 2007 a la mejor novela corta. The Concrete Jungle (contenido en The Atrocity Archives) ganó el premio Hugo a la mejor novela corta en 2005; Palimpsest, incluido en Wireless, ganó el mismo premio en 2010, y Equoid en 2014. Glasshouse ganó el premio Prometheus 2009 a la mejor novela; Stross fue finalista a la mejor novela en 2009 por Saturn's Children y ha sido nominado otras cuatro veces por Iron Sunrise (en 2005), Accelerando (2006), The Revolution Business (2010) y Annihilation Score (2016). El Códice del Apocalipsis ganó el Premio Locus 2013 a la Mejor Novela de Fantasía. La obra de Stross también ha sido nominada a otros premios, entre ellos el Premio John W. Campbell Memorial, el Premio Arthur C. Clarke, y el Premio Hugo a la Mejor Novela, así como el Premio Seiun japonés.

Vida personal

Stross cree ser autista, pero no tiene intención de buscar un diagnóstico profesional.